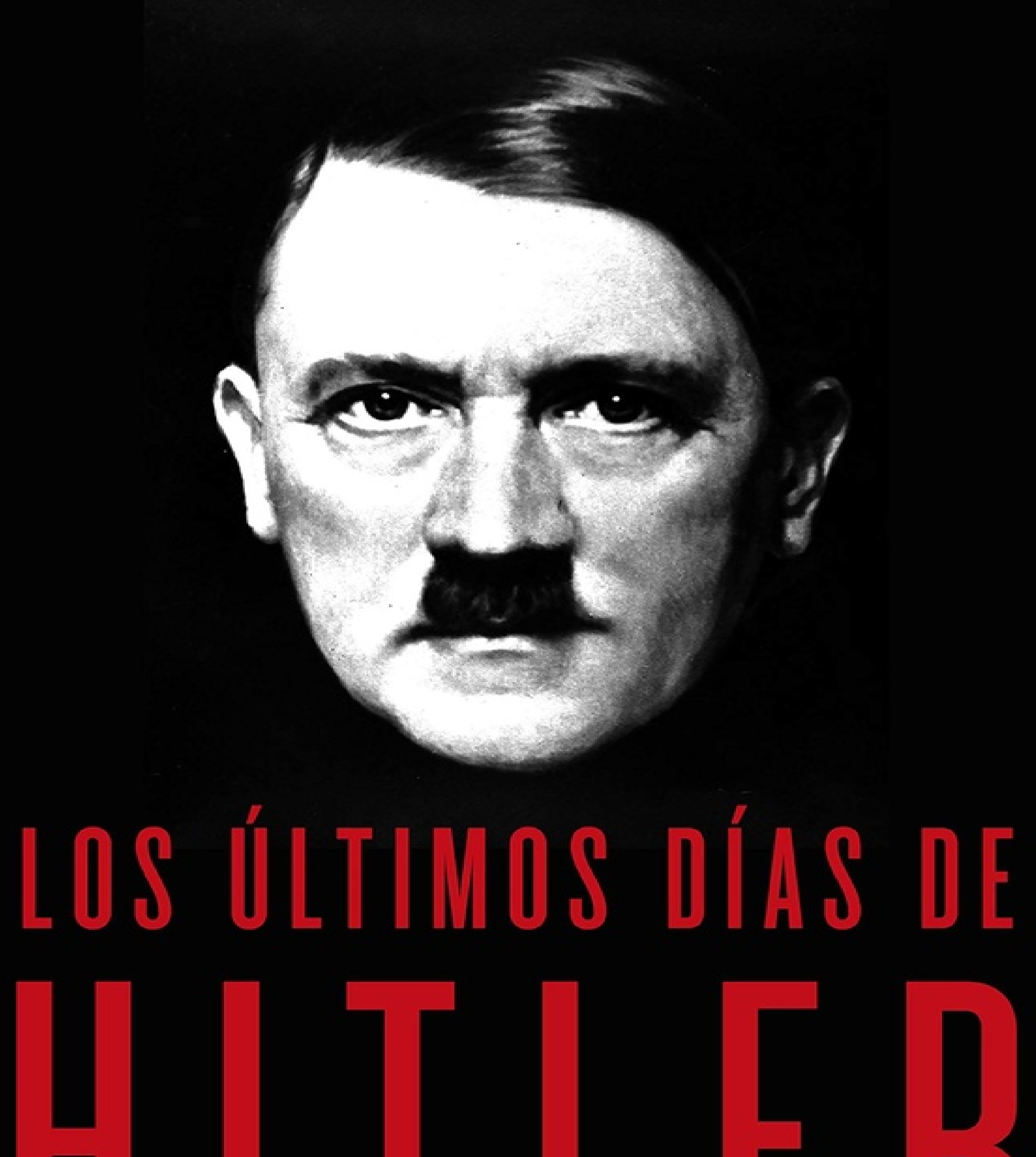


LOS ÚLTIMOS DÍAS DE HITLER

HUGH TREVOR-ROPER

CRÍTICA

Índice

Explora Descubre

Comparte

SINOPSIS

Una vez finalizada la segunda guerra mundial, aún quedaba un gran misterio por resolver: ¿qué había sido del Führer? Su inquietante desaparición alimentaba los rumores acerca de su posible huida, promovidos por la inteligencia soviética. Con el objetivo de desmentirlos y arrojar un poco de luz sobre lo realmente acontecido en el búnker de Berlín en abril de 1945, los Servicios de Inteligencia británicos encargaron al joven oficial e historiador Hugh Trevor-Roper que resiguiera los últimos pasos de Adolf Hitler hasta su muerte.

Los últimos días de Hitler fue el resultado de esta investigación, publicado en 1947 y continuamente reeditado y enriquecido con nuevos testimonios, revisiones y descubrimientos. Considerado como un clásico indispensable para entender el funcionamiento y la estructura del régimen nazi y sus personalidades más destacadas, esta obra reconstruye los últimos momentos del Tercer Reich, todavía bajo el influjo de la dual idea nazi de victoria total o aniquilación: la reunión de Hitler con sus generales el 22 de abril, la traición de Himmler, el fin de Goebbels y su familia, su matrimonio con Eva Braun, su testamento y su suicidio.

HUGH TREVOR-ROPER

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE HITLER

Traducción castellana de
Eduardo de Guzmán y Susana Pellicer



Prólogo a la séptima edición

Han transcurrido cincuenta años desde que fui nombrado por el fallecido sir Dick White, entonces jefe del contraespionaje en la zona británica de Alemania, para averiguar, si era posible, qué le había ocurrido a Hitler, quien por entonces llevaba desaparecido más de cuatro meses. Llevé a cabo mi tarea y presenté mi informe al comité de inteligencia cuatripartito en Berlín el 1 de noviembre de 1945. Con este informe, que en ocasiones se cita como «Informe del servicio de inteligencia británico sobre la muerte de Hitler», terminaban mis deberes oficiales. Más tarde, cuando fui desmovilizado, sir Dick White me convenció para que escribiera este libro, que se publicó por vez primera en marzo de 1947. Se lo dediqué a él entonces, y lo dedico ahora a su memoria, porque fue mi inspirador y amigo fiel.

Un libro que después de cincuenta años no ha dejado de reimprimirse puede celebrar un modesto aniversario, y en este prólogo me gustaría hacer un breve relato de la suerte que ha corrido a lo largo de estos años. Ya he hablado de ello en el capítulo preliminar, que empezó siendo la introducción a la tercera edición, pero fue escrito hace casi cuarenta años, cuando los acontecimientos de 1945 estaban aún frescos en la memoria de todos. Sin embargo, hoy día para la mayoría de los lectores han pasado a formar parte de la historia. Así, desde la distancia, puedo evocar la cuestión con una perspectiva más amplia.

El principal problema al que me enfrenté en 1945 fue el de descubrir el destino personal de Hitler. Esas eran mis instrucciones y me propuse cumplirlas. Pero además de este primer problema, al que podríamos llamar el problema alemán, había otro que me persiguió a lo largo de toda la investigación y que permaneció sin resolver durante varios años: el problema ruso. Me preguntaba cómo era posible que los rusos, habiendo conquistado Berlín y ocupado las ruinas de la cancillería de Hitler, hubieran fracasado a la hora de verificar la información concerniente al destino de Hitler. Tenían la oportunidad y los medios, tal vez incluso el deber de

hacerlo, y sin embargo, en septiembre de 1945, manifestaron su total desconocimiento de este tema, extendiendo así la confusión, la especulación y la sospecha que yo debía disipar.

Desentrañar este segundo misterio no formaba parte de mi labor, por lo tanto no dirigí mis pasos en esta dirección durante mis indagaciones. Pero no pude evitar darme cuenta de la paradoja que encerraba esta situación. Las autoridades rusas se declararon incapaces de resolver el problema, pero tampoco parecían muy interesadas en que otros lo hicieran. Nunca nos solicitaron pruebas ni respondieron a nuestras preguntas. Parecían totalmente faltos de interés y evitaron toda discusión sobre el tema. Cuando leí mi informe, se preguntó al general ruso que estaba presente si quería hacer algún comentario al respecto; su respuesta, en tono inexpresivo, fue lacónica: «Muy interesante». Todo esto me pareció muy extraño; pero como los rusos eran nuestros aliados debíamos respetar sus manías, con las que a esas alturas ya estábamos familiarizados.

La solución al problema ruso se me presentó en 1955, cuando Nikita Kruschev liberó a los prisioneros de guerra alemanes encarcelados en Rusia y los envió a su país. Tras plantearles numerosas preguntas pude establecer los hechos y analizarlos a fondo para escribir la nueva introducción a la tercera edición de mi libro. Desde entonces, esta introducción ha formado parte integral de él, por lo que no creo necesario repetir aquí su contenido.

En 1956 quedaron, pues, resueltos los problemas alemán y ruso respecto a la muerte de Hitler; pero había pendientes ciertas cuestiones secundarias que consideré oportuno consignar en anexos (prólogos o apéndices) a las sucesivas ediciones de mi obra. En la presente edición he decidido suprimir todos estos anexos. No merece la pena que me extienda con detalle en todas las controversias que fueron surgiendo durante mis investigaciones; será suficiente con un breve resumen.

La cuestión secundaria del problema alemán tenía que ver con el destino de Martin Bormann, que también desapareció durante la caída de Berlín. ¿Qué le sucedió? Mi investigación me convenció de que había permanecido en Berlín hasta el final, y de que había intentado sobrevivir. Se había propuesto llegar hasta el Oeste y ofrecer sus servicios como asesor al sucesor designado por Hitler, el almirante Dönitz, quien se encontraba en Ploen, cerca de la frontera con Dinamarca. Sabía que había abandonado el búnker con vida, pero que nunca llegó a su destino. Un testigo, el jefe de las

Juventudes Hitlerianas Artur Axmann, aseguró haber visto su cadáver en Berlín, pero dado que su declaración no fue corroborada por nadie, solo pude aceptarla provisionalmente. La cuestión quedó pendiente.

Esta incertidumbre dio lugar a una larga lista de fantásticas teorías, que han ido surgiendo de forma intermitente durante cincuenta años. En 1965 un periodista soviético autorizado, Lev Bezymenski, publicó un artículo con «pruebas» de que Bormann había huido a Sudamérica para servir al «imperialismo de Estados Unidos» durante la guerra fría. En realidad, su propio trabajo era en sí mismo una jugada más de la partida, aunque bastante floja: interpretándolas correctamente, las pruebas que presentaba demostraban que Bormann se había trasladado de Berlín al Tirol. Sin embargo, la tesis de Sudamérica siguió viva durante una década. Su último defensor fue el escritor norteamericano Ladislas Farago; un hombre muy emprendedor, pero demasiado confiado. Tras seguir una pista supuestamente reciente a través de toda Sudamérica, aseguró que había localizado por fin a Bormann en el hospital de un convento redentorista en Bolivia, y que allí había escuchado sus últimas palabras, pronunciadas débilmente desde el lecho. Después de esto la tesis de Sudamérica también perdió toda su fuerza: no solo había ido demasiado lejos, sino que fue superada por otra.

Sorprendentemente, esta tesis rival situaba a Bormann en Rusia. La idea no era totalmente nueva —desde 1945 se habían propagado algunos rumores a este respecto—, pero en otoño de 1971, mientras Farago perseguía a su presa en Argentina, se lanzó oficialmente en Alemania con un contenido más explosivo. Su defensor era un hombre de gran autoridad en estas cuestiones y con un cargo importante en el país: el general Reinhardt Gehlen.

Durante la guerra, Gehlen había sido el oficial de defensa encargado del espionaje militar en el frente ruso. Más tarde, gracias a su gran experiencia, el mecenazgo de Adenauer y el inicio de la guerra fría, fue nombrado jefe del nuevo servicio de inteligencia de Alemania Occidental, el Bundesnachrichtendienst. Ahora, en sus memorias y rompiendo un largo silencio, según sus propias palabras, revela que durante la guerra él y su superior, el almirante Canaris, llegaron por separado a la conclusión de que Bormann había sido un espía soviético en el cuartel general de Hitler, desde el principio de la guerra con Rusia. Asegura que Bormann suministró al enemigo información estratégica vital que contribuyó a la derrota de

Alemania. Y añade que, más recientemente, había descubierto el desenlace de la historia: en 1945, en recompensa por los servicios prestados, Bormann fue acogido en Moscú. Allí fue visto en diversas ocasiones por testigos fiables, y había muerto en fechas recientes.

Gehlen no reveló las fuentes de información de esta interesante teoría, alegando que estas también necesitaban protección. En consecuencia, fue rechazada por sus críticos y enemigos, que no eran pocos. Por otra parte, tan solo un año después, esta teoría fue en efecto refutada cuando se encontraron dos cadáveres enterrados en un vasto terreno junto a la estación de Lehrter, en Berlín Occidental; es decir, no lejos del lugar donde Axmann aseguró haber visto los cuerpos. Un examen forense de los mismos los identificó como los de Bormann y su compañero de fuga, el doctor Stumpfegger. Con esta evidencia, [1] el proceso penal contra Bormann como criminal de guerra, abierto desde 1945, quedó formalmente concluido. El misterio, se dijo, ha sido resuelto, y después de veintisiete años se puede dar por finalizada la búsqueda. Así estaban las cosas en 1978 cuando me informé del asunto por última vez para la quinta edición de mi libro; y no encontré ningún motivo para añadir más datos a este respecto en la siguiente edición, publicada en 1982.

No obstante, un buen mito no muere fácilmente. A la tesis de Gehlen le quedaba aún un poco de vida, y tal vez también tenía cierto interés político para los grupos derechistas de Alemania. En cualquier caso, en 1983 Hugo Manfred Beer la volvió a lanzar con argumentos más sólidos que los del propio Gehlen. Para ello examinó las pruebas que habían convencido a los oficiales de defensa y las situó en el contexto de toda la carrera de Bormann, con una nueva interpretación hecha por él mismo. [2] Dado que su libro está basado en investigaciones serias, hay que tomarlo en consideración.

¿Cuál fue la prueba que convenció a Canaris y a Gehlen? Principalmente la gran cantidad de mensajes de radio enviados a Moscú, entre 1941 y 1943, por una organización de espías comunistas, la denominada «red Lucy». Bajo el nombre en código de «Werther», estos mensajes, interceptados y descifrados por el Abwehr, transmitían información detallada y actual sobre las órdenes de batalla de los alemanes en el frente oriental. Canaris y Gehlen convinieron en que este tipo de información únicamente podía proceder de un traidor situado en un puesto importante en el cuartel general del Führer, y que controlara además medios

de comunicación secretos y rápidos con Suiza. Decidieron que ese traidor debía de ser Bormann, al que de todos modos detestaban. Al parecer, Canaris informó de sus sospechas a Keitel, pero este se negó a plantear la cuestión ante Hitler; en palabras de Beer, prefería perder la guerra antes que enfrentarse a la cólera de Hitler, pues el Führer tenía fe ciega en Bormann.

Así pues, Canaris y Gehlen no estaban solo especulando: tenían algo en que fundamentar su teoría. Pero ¿fue correcto su razonamiento? ¿Realmente fue Bormann la única fuente posible de la información suministrada por «Werther»? Nunca se ha llegado a establecer la identidad de «Werther», y con el tiempo se han sugerido otros candidatos: el servicio secreto británico, los generales antinazis, el mismo Abwehr. No existe ninguna prueba concreta a favor de estos candidatos y sí, en cambio, objeciones a todos; pero Bormann es el menos probable de todos ellos y la tentativa de Beer de dar consistencia a su teoría presentándolo como un comunista convencido no resulta nada convincente. [3]

Ahora bien, aunque en mayo de 1945 Bormann no fuera un antiguo espía ruso, seguía siendo un fugitivo necesitado de protección, y es posible que si cayó en manos de los rusos, por alguna misteriosa razón, estos hubieran decidido ocultarlo y evitarle el proceso público en Núremberg, a lo que ellos mismos se habían comprometido con anterioridad. Pero ¿existe alguna prueba de esta improbable hipótesis? La última vez que se lo vio se dirigía al Este... Una mujer rusa que nunca lo había visto en persona afirmó haberlo reconocido, a partir de unas fotografías, en un interrogatorio llevado a cabo por los rusos en Berlín... Radio Moscú informó de su captura, lo cual fue desmentido por el alto mando ruso... Todo esto no son pruebas muy sólidas; en cualquier caso, son menos sólidas que los cadáveres exhumados. Si deseamos creer que Bormann huyó a Rusia, tendremos que suponer que los expertos forenses que identificaron su cadáver se equivocaron (aunque incluso Beer admite que el de Stumpfegger se identificó correctamente), o bien que los rusos lo trasladaron en secreto —reducido con métodos artificiales a un estado de descomposición adecuado— desde Moscú a una nueva tumba en Berlín Occidental. Resulta difícil encontrar una explicación a un fraude tan elaborado.

Así pues, las pruebas corroboran el testimonio de Axmann consignado en este libro. Pero ahora la nueva teoría, formulada por Gehlen y perfeccionada por Beer, empieza a cuajar. La idea de Bormann como espía ruso en el cuartel general de Hitler, «el triunfo de Moscú en la batalla de los

servicios secretos», es demasiado seductora para dejar que muera. Resulta ciertamente atractiva para los alemanes, tal vez como explicación de su derrota en la guerra. Otro libro de Beer, titulado *Dolchstosslegende* y publicado por una editorial de tendencias derechistas, ha alcanzado una tercera edición. Y al parecer, también los rusos han aceptado su contenido, pues ¿acaso no supondría otra operación brillante del servicio secreto soviético? Cuando se publiquen estas palabras, seguramente ya estará disponible la obra de Boris Tartakovski *Who Are You, Reichsleiter Bormann* ?, una parte reveladora de la cual, tras haber conseguido la aprobación de la KGB, fue publicada por esta —supuestamente sin el consentimiento del autor— en 1992, y disfrutó de un gran éxito tanto en Rusia, donde según el autor fue enterrado el cadáver de Bormann, como en Sudamérica, donde todavía perdura su fantasma. [4] Sin embargo, después de haber leído el libro de Tartakovski, que podría describirse como una versión novelada de la tesis de Beer, no estoy dispuesto a modificar mi opinión de que Martin Bormann murió en Berlín a primeras horas del día 2 de mayo de 1945, y de que los restos que se desenterraron allí fueron correctamente identificados como los suyos. [5]

El problema de Martin Bormann se ha desvanecido, pues, dejando tan solo otro engaño de los rusos. Mientras tanto, ¿qué sucede con el problema ruso original, es decir, la actitud de los rusos acerca de la muerte de Hitler? Esta cuestión también se ha mantenido viva durante muchos años. Ha sido divertido observar las sucesivas vueltas que ha dado esta elaborada comedia, pero resultaría aburrido repetirlas aquí. Las autoridades rusas abandonaron progresivamente la opinión radical —o mejor dicho el dogma— de Stalin, según la cual Hitler seguía vivo y se encontraba bajo protección en Occidente. Pero este cambio, tras una cortina de humo de desinformación tendenciosa, fue torpemente filtrado a través de periodistas supuestamente independientes, como el versátil Bezymenski. El apéndice a la quinta edición inglesa de mi libro contiene un relato detallado de estas maniobras rusas, que se puede consultar como simple curiosidad histórica. Ahora no se cuestionan los hechos y no es necesaria ninguna revisión de mi capítulo preliminar.

En estas circunstancias, difícilmente podía esperar que mi libro se publicara en la Unión Soviética. De hecho, a pesar de que algunas traducciones han alcanzado cautelosamente las imprentas de otros países comunistas —China entre ellos—, siempre ha estado prohibido en Rusia.

En una ocasión estuvo a punto de cruzar la frontera. Fue en 1959, cuando se permitió al Instituto Británico organizar una exposición de libros británicos en Moscú. Pero el día antes de la inauguración oficial, las autoridades soviéticas examinaron el catálogo y vieron que *Los últimos días de Hitler* era uno de los tres mil volúmenes expuestos. Decidieron vetar la exposición a menos que se retiraran este y dos o tres volúmenes más, ofensivos según su criterio. No se dio ningún motivo, pero al menos la decisión era consecuente con su actitud previa. Yo me encontraba por casualidad en Moscú en esos días, y así pude disfrutar de toda la comedia.

¡Cuántas controversias ha generado este inocente libro! Ahora que las doy por concluidas, tal vez se me permita desvincularme de estos pedantescos detalles y volver la vista atrás, a través del medio siglo transcurrido, a las inolvidables circunstancias en las que llevé a cabo mi investigación y al estado de ánimo con el que escribí este libro. Tal vez se me acuse de vanidad si confieso que, desde el principio, mi deseo no solo era escribir un libro que no quedara anticuado, que conservara toda su autoridad, como debe hacer cualquier historiador, sino que, en este caso particular, creí que podía hacerse. Y esa era mi intención.

No lo considero un mérito personal, ya que fueron las circunstancias las que lo hicieron posible. La mayoría de los tratados de historia contemporánea no son —no pueden ser— duraderos, porque el material al que tiene acceso el escritor rara vez es completo. Siempre surgirán nuevas pruebas que sobrepasen a las conclusiones previas; o también es posible que cambie todo el contexto, y por lo tanto el significado de los acontecimientos concretos en ese contexto. Pero en este caso las circunstancias eran excepcionales, incluso únicas. El teatro en el que tuvo lugar la acción estaba cerrado; los actores eran pocos y conocidos; no había butacas para el público ni la prensa; ni críticas ni anuncios. Los documentos básicos eran pocos, y estaban todos en mi poder. Así pues, en teoría podía contar la historia sin miedo a que fuera objeto de correcciones posteriores. Y sin embargo, por muy aislada que estuviera de la realidad, de los grandes acontecimientos a su alrededor, la acción en el búnker no era trivial ni irrelevante, pues simbolizaba y anunciaba el drama más grave que tenía lugar en el exterior: el drama que afectó a toda una generación. Ese angosto búnker subterráneo encerraba las últimas convulsiones de la agonía europea; una experiencia terrible que, transcurridos cincuenta años, todavía nos asombra. A medida que avanzaba con dificultad por esa oscura y

maloliente madriguera y manipulaba los humedecidos documentos que los rusos habían dejado inexplicablemente sin tocar —los planes megalomaníacos que Hitler y Goebbels habían elaborado juntos mientras las bombas rusas caían a raudales sobre su capital destruida—, ¿cómo podía dejar de meditar en este justo castigo de una ideología funesta y en la pasmosa insolencia del poder absoluto? ¿Qué historiador podría desdeñar un desafío similar, una oportunidad como esta? Para su presentación, la situación era en sí misma tan dramática, tan extraña, tan cargada de ironía, que no necesitaba retórica ninguna: tan solo necesitaba que la expusieran. Y yo la expuse. En palabras del doctor Johnson, tenía que contar hasta diez y lo hice.

En esta edición el contenido del texto no ha sufrido ningún cambio sustancial; pero dado que he suprimido los prefacios y apéndices anteriores, que el tiempo ha vuelto superfluos, también he eliminado ciertas notas al pie que me parecían innecesarias, y he añadido otras con informaciones recientes que he considerado relevantes. Estas nuevas notas van señaladas con: *Nota del autor* , 1995.

Introducción a la tercera edición (1956)

Han transcurrido diez años desde que escribí este libro. En estos diez años se han resuelto algunos misterios de la última guerra, otros se han vuelto más oscuros. Algunos testigos presenciales inaccesibles en 1945 han regresado por fin de su largo encarcelamiento en Rusia. Se han escrito nuevos libros y artículos, y se han cuestionado o cambiado viejas opiniones. Pero ninguna nueva revelación ha alterado la historia de los últimos días de Hitler según fue reconstruida en 1945 y publicada en 1947. Así pues —aparte de las correcciones triviales propias de toda reimpresión—, no veo motivos para modificar el texto de esta nueva edición de mi libro. Sin duda podría añadir algunos datos aquí y allá; pero dado que no hay errores sustanciales ni omisiones significativas, he decidido seguir el sabio ejemplo de Poncio Pilatos y decir: lo escrito, escrito está. He considerado que si un libro merece una reimpresión, bien puede soportar el testimonio de su fecha; y cuando he creído necesario añadir nuevos comentarios lo he hecho en forma de notas al pie o en esta nueva introducción. Para los curiosos, he señalado las notas nuevas con la fecha 1956. En esta nueva introducción me propongo dos cosas. Primero, dar un relato completo de la investigación original que me llevó a la publicación de este libro; un relato básicamente igual al que aparece en la segunda edición, publicada en 1950. Segundo, resumir las nuevas pruebas que han surgido desde entonces; pruebas que no varían la historia tal y como está relatada en el libro, pero que considero arrojan alguna luz sobre otras cuestiones y, en particular, sobre la actitud de los rusos con respecto a los últimos días de Hitler.

En septiembre de 1945, las circunstancias de la muerte o desaparición de Hitler ya llevaban cinco meses de oscuridad y misterio. Circulaban numerosas versiones acerca de su muerte o de su huida. Algunas aseguraban que había muerto luchando en Berlín; otras que había sido asesinado por un grupo de oficiales en el Tiergarten. Otros suponían que

había escapado, por aire o en un submarino, y que ahora vivía en una brumosa isla del Báltico, en una fortaleza de las montañas de Renania, en algún monasterio de España, en una hacienda de Sudamérica, o entre los amistosos bandidos de las montañas de Albania; y los rusos, que de haberlo querido habrían podido aclarar los hechos, prefirieron perpetuar el misterio. En una época aseguraron que Hitler había muerto; en otra pusieron en duda su declaración; más tarde anunciaron que habían descubierto los cuerpos de Hitler y de Eva Braun y los habían identificado gracias a los dientes; a continuación, acusaron a los británicos de haber escondido a Eva Braun y posiblemente también a Hitler en la zona británica de Alemania. Llegados a este punto, las autoridades del servicio de inteligencia británico en Alemania decidieron que esta confusión era innecesaria, y fue entonces cuando se propusieron reunir toda la información disponible para determinar, en la medida de lo posible, la verdad. Fui designado para llevar a cabo esta labor. Dispuse de todas las facilidades en la zona británica; y las autoridades norteamericanas en Frankfurt pronto se ofrecieron generosamente a poner todo su material a mi disposición, a interrogar a sus prisioneros y a garantizar la colaboración de su organización local de contraespionaje, el CIC. [1]

¿En qué estado estaban las pruebas en ese momento? La última autoridad sobre la que se basaba el informe acerca de la muerte de Hitler parecía ser una declaración por radio del almirante Dönitz al pueblo alemán la noche del 1 de mayo de 1945. Dönitz anunció la muerte de Hitler ocurrida esa misma tarde, luchando al frente de sus tropas en Berlín. Esta declaración fue aceptada como auténtica en ese momento, al menos con ciertos propósitos prácticos: al día siguiente apareció una esquela en *The Times* anunciando la muerte de Hitler; De Valera expresó su pésame al ministro alemán en Dublín, y el nombre de Hitler (a diferencia del de Bormann, sobre cuyo destino no se hizo declaración ninguna) quedó excluido de la lista de criminales de guerra que debían ser juzgados en Núremberg. Por otra parte, no había ningún motivo que impulsara a creer en la declaración de Dönitz y a no aceptar, en cambio, otras afirmaciones al respecto. Es cierto que las palabras de Dönitz estaban secundadas por un tal doctor Karl Heinz Spaeth de Stuttgart, quien declaró bajo juramento durante sus vacaciones en Illertissen, en Baviera, que había atendido personalmente a Hitler en su búnker, la tarde del 1 de mayo, de una herida en un pulmón causada por una granada rusa, y certificado su muerte. Pero otra autoridad,

la periodista suiza Carmen Mory, afirmó tajante que Hitler estaba viviendo en una finca en Baviera, junto a Eva Braun, su hermana Gretl, y el marido de esta, Hermann Fegelein. Carmen Mory se ofreció a investigar personalmente esta cuestión, mediante los numerosos canales de que disponía (dado que había estado internada como espía en un campo de concentración alemán, contaba con abundantes fuentes de información); pero advirtió a las autoridades británicas que cualquier intento de prescindir de sus servicios tendría trágicas consecuencias: si alguien vestido de uniforme se aproximaba a la finca, los cuatro se suicidarían sin dudar un segundo. Dado que era imposible que estas historias fueran auténticas, era evidente que las simples declaraciones juradas no se podían aceptar como prueba en este asunto.

Cualquiera que emprenda una investigación de este tipo pronto se dará cuenta de un hecho importante: la inutilidad del simple testimonio humano. Para un historiador es aleccionador reflexionar acerca de que gran parte de la historia escrita se basa en declaraciones tan poco fiables como las del almirante Dönitz, el doctor Spaeth y Carmen Mory. Si se hubieran hecho y registrado este tipo de afirmaciones con respecto a la controvertida muerte del zar Alejandro I en 1825, numerosos historiadores habrían estado dispuestos a tomarlas en serio. Afortunadamente, en este caso fueron hechas por contemporáneos, y fue posible verificarlas.

El historiador inglés James Spedding dijo que al enfrentarse a la relación de un hecho, todo historiador debería plantearse las siguientes preguntas: ¿quién lo relató primero? y ¿qué oportunidades tenía de conocerlo? Sometidas a este sencillo cuestionario, muchas de las evidencias históricas se desvanecerán. Fui en busca del doctor Karl Heinz Spaeth a la dirección de Stuttgart que él mismo había dado. Descubrí que no era una casa particular, sino una escuela técnica. Allí su nombre era desconocido, y tampoco aparecía en la guía telefónica de la ciudad. Era evidente que había dado un nombre y una dirección falsos; y puesto que había mentido en este aspecto de su declaración, no había motivos para dar crédito a otras cuestiones en las que la ignorancia hubiera sido más disculpable. En cuanto a Carmen Mory, toda su historia se vino abajo a la primera crítica: nunca había visto a Hitler ni hablado con alguien que hubiera conocido los hechos. Los hechos que defendía demostraron ser falsos, y en consecuencia sus conclusiones eran totalmente ilógicas. Toda su declaración, al igual que la del doctor Spaeth, era pura fantasía.

¿Por qué hicieron declaraciones falsas? Los motivos humanos nunca tienen una explicación clara, pero a veces se pueden hacer conjeturas. Durante su permanencia en un campo de concentración alemán, Carmen Mory se convirtió en agente de la Gestapo. Ella seleccionaba entre sus compañeros de prisión a las víctimas destinadas a las cámaras de gas o a sufrir experimentos. Este hecho era conocido por todos, y cuando los aliados se apoderaron del campo y liberaron a sus ocupantes, era tan solo una cuestión de tiempo el que Carmen Mory fuera acusada por sus crímenes. Probablemente pensó que inventando una historia que tuviera que investigar ella misma, retrasaría su castigo y recibiría el apoyo de los británicos. En ese caso, se equivocó: no se solicitó su ayuda, y poco después fue condenada a muerte por un tribunal militar. Se anticipó a su ejecución quitándose la vida.

Los motivos del doctor Spaeth fueron, al parecer, menos racionales. El origen de su historia es evidente. Es una ampliación, con detalles circunstanciales y un papel personal asignado al narrador, del mensaje emitido por radio del almirante Dönitz. Este dijo que Hitler había muerto luchando al frente de sus tropas la tarde del 1 de mayo; el doctor Spaeth aceptó y adornó este hecho aparente, añadiendo un toque de color y algunos detalles, y se colocó a sí mismo como figura central. Seguramente sus motivos no fueron racionales sino psicológicos: una alucinación producto de la vanidad, como la que lleva a algunas personas a convertirse en protagonistas de las anécdotas que repiten una y otra vez, o como la que convenció a Jorge IV de que había mandado personalmente la carga de la caballería en la batalla de Waterloo.

La mitomanía es una característica mucho más común del género humano (quizá en especial de la raza germana) que la veracidad; y esta afirmación se ha visto confirmada por numerosos incidentes. Aun en 1947 un piloto alemán, que dijo llamarse Baumgart, declaró en Varsovia que el 28 de abril de 1945 había trasladado a Hitler y Eva Braun en un avión hasta Dinamarca. La historia es pura ficción. Uno de los primeros pasos en mi investigación fue seguir la pista de los dos pilotos de Hitler, el Obergruppenführer Hans Baur y el Standartenführer de las SS Beetz. Descubrí que ambos habían abandonado el búnker junto a Bormann la noche del 1 de mayo. Beetz fue visto por última vez en el puente Weidendammer, y ni su mujer ni sus amigos han vuelto a tener noticias de él. Baur fue capturado por los rusos, y su mujer me mostró un mensaje que

él le envió desde Polonia a Baviera en octubre de 1945. Además, tenemos la firma de Hitler en su propio testamento y certificado de matrimonio «extendido en Berlín el 29 de abril», justo el día después en que Baumgart afirmaba haberlo llevado a Dinamarca. Pero la razón tiene poco que hacer frente a la afición desmesurada por la ficción, y a pesar de que Baumgart acabó internado en un manicomio en Polonia, los que deseen creerle sin duda seguirán haciéndolo.

Por supuesto no todas las leyendas son pura mentira: hay grados de invención humana, y algunos mitos tienen una base real o al menos de ilusión. De este tipo era la leyenda difundida por Schellenberg tras su rendición en Suecia, y aceptada con ansia por los crédulos. Schellenberg aseguraba que Himmler había envenenado a Hitler, pero ¿cómo podía saberlo? Él no había visto a Hitler desde 1942. [2] Su única prueba era su propio anhelo: deseaba creer que Himmler había aceptado su consejo, y por una tergiversación selectiva y prudente de los comentarios de Himmler, logró convencerse a sí mismo de que así había sucedido. Para que la leyenda de Schellenberg se desvaneciera —al igual que ocurrió con las de Spaeth y Mory—, bastaron unas pocas preguntas planteadas a Schellenberg, un estudio del entorno de Himmler y una referencia a los informes del conde Bernadotte.

Así, la evidencia del destino de Hitler se redujo a investigar la declaración de Dönitz. Pero ¿qué oportunidades tuvo Dönitz de conocer los hechos? Se sabe que abandonó Berlín el 21 de abril, y no volvió a ver a Hitler. Su discurso por radio se efectuó desde Ploen, a doscientos cincuenta kilómetros de donde tuvo lugar el incidente del cual pretendía tener constancia. Entonces ¿cómo podía conocerlo? La respuesta a esta pregunta es fácil. Cuando el llamado «gobierno de Flensburgo» fue capturado, también se requisaron todos sus documentos, y entre ellos había una serie de telegramas que se habían cruzado entre Dönitz y el cuartel general de Hitler. El último de esta serie era un telegrama de Goebbels a Dönitz con fecha 1 de mayo. [3] En él se informaba a Dönitz de que Hitler había muerto «ayer —es decir, el 30 de abril— a las 15.30 horas». Dönitz no disponía de ninguna otra prueba, puesto que ninguno de los que habían estado con Hitler hasta el fin logró reunirse con el almirante: los últimos testigos presenciales que llegaron hasta él fueron Ritter von Griem y Hanna Reitsch, y ambos abandonaron el búnker dos días antes del fin. El que Hitler hubiera muerto luchando al frente de sus tropas fue pura invención, y el que hubiera

muerto el 1 de mayo también se vio refutado por la única prueba de la que disponía y que fijaba la fecha de la muerte del Führer el 30 de abril. De este modo, Dönitz pasó a formar parte del mismo grupo que Spaeth, Mory y los periodistas imaginativos, perdiendo toda credibilidad en este asunto. La única prueba de la muerte de Hitler era un telegrama firmado por Goebbels, al cual no se podía interrogar porque estaba muerto, y su cuerpo, a diferencia del de Hitler, había sido encontrado por los rusos.

No obstante, había al menos otra posible fuente de datos. El 9 de junio de 1945, el mariscal Zhúkov, comandante general ruso, anunció a la prensa que, antes de morir o desaparecer, Hitler había contraído matrimonio con Eva Braun. Este sorprendente hecho (pues incluso en Alemania apenas se había oído hablar de Eva Braun) se descubrió, según Zhúkov, gracias a los diarios de los ayudantes del Führer que los rusos habían encontrado en el búnker. Estos diarios, si realmente existían, serían una importante fuente de información, y por lo tanto decidí pedir a los rusos que me permitieran acceder a ellos. Pero primero quería reunir todo el material que me fuera posible obtener en las zonas bajo control británico y norteamericano, y utilizarlo para obtener de los rusos los diarios y cualquier otra información que pudieran poseer.

Algunos hechos podían verificarse con toda seguridad. Los aliados tenían bajo custodia a algunos hombres que habían estado con Hitler hasta aproximadamente el 22 de abril —incluidos Dönitz, Keitel, Jodl, Speer y otras figuras menos importantes—, por lo que lo sucedido hasta ese momento no suponía ningún misterio. Pero el 22 de abril Hitler había celebrado la famosa conferencia de su estado mayor durante la que por fin perdió los estribos, y tras la cual ordenó a todos los presentes que se fueran, declarando que él permanecería en Berlín. El período oscuro era el comprendido entre el 22 de abril y el 2 de mayo, fecha en que los rusos ocuparon la cancillería, y acerca del cual no se presentó ningún testigo. Y sin embargo, tenía que haberlos. La pregunta era ¿quiénes eran? Mi labor consistía en encontrarlos.

Ni la pregunta ni la labor eran realmente difíciles. Los testigos eran los habituales del entorno de Hitler que habían estado con él antes del 22 de abril y no se habían marchado en esa fecha: generales y políticos, empleados civiles y ayudantes, secretarias, guardias y soldados. No fue difícil elaborar una lista de las personas que servían a Hitler en la cancillería: me bastaba con encontrar a los que abandonaron el búnker el 22

de abril —la mayoría de los cuales fueron capturados en Flensburgo o en Berchtesgaden—, e interrogarlos acerca de a quiénes habían dejado atrás en Berlín. Era preciso seleccionar a un representante de cada clase, pues los guardias y taquígrafos podían ser tan buenos testigos como los políticos y generales. Así empecé por localizar a cuantos fugitivos me fue posible, cualquiera que fuese su estatus, de los que estaban custodiados por los aliados. Muy pronto me vi recompensado. Para el grupo de políticos y generales me serví de los prisioneros en Flensburgo: Keitel, Jodl, Dönitz y Speer. En Berchtesgaden encontré a dos de las secretarias de Hitler, que habían abandonado el búnker el 22 de abril: Fräulein Wolf y Fräulein Schroeder. La guardia policial de Hitler recibía el nombre de Reichssicherheitsdienst Dienststelle I; aproximadamente la mitad de sus miembros habían sido evacuados a Berchtesgaden el 22 de abril, y capturados allí. Los interrogué en sus campos de Ludwigsburg y Garmisch-Partenkirchen. La guardia de las SS de Hitler, la denominada Führerbegleitkommando, permaneció en Berlín, pero uno de sus oficiales, el Hauptsturmführer de las SS Bornholdt, había salido en misión especial el 24 de abril y no regresó. Más tarde fue hecho prisionero por los aliados y así me fue posible interrogarlo acerca de sus compañeros en Neumünster, en el estado de Schleswig-Holstein. De este modo, localicé a miembros representativos de todas las escalas sociales dentro del búnker que se habían marchado alrededor del 22 de abril, los cuales me indicaron quiénes habían permanecido en Berlín. Con sus respuestas elaboré una lista completa de todos los hombres y mujeres que permanecieron en Berlín después del gran éxodo. Si lograba encontrarlos, ellos serían los testigos esenciales del período oscuro.

Pero ¿cómo hacerlo? De nuevo el problema era menos complicado de lo que parecía. Todos estaban calificados como «desaparecidos»; pero en realidad la gente no desaparece ni se esfuma, ni siquiera en un período de catástrofe. O fallecieron o seguían vivos: no hay una tercera posibilidad. La palabra «desaparecido» no se puede aplicar a ellos, sino a las pruebas. Si habían muerto, su valor como testigos era nulo; si seguían con vida, podían estar prisioneros o libres. Si estaban prisioneros, los encontraría en algún campo para prisioneros —al menos si estaban bajo custodia de potencias occidentales—; si estaban libres, alguien tenía que haberlos visto, y lo más probable era que estuvieran cerca de sus lugares de origen, donde sus amigos o conocidos los ayudarían a sobrevivir; pero donde también tenían

enemigos (y las enemistades alemanas son profundas) que fácilmente los traicionarían. Al reunir los nombres de los posibles testigos también me ocupé de obtener toda la información acerca de sus lugares de origen, y si sus nombres no aparecían en los registros de los campos de prisioneros aliados, los busqué, y a menudo los encontré, en sus hogares. Gracias a este método, cuando el 1 de noviembre de 1945 presenté el informe de mis conclusiones, había localizado e interrogado a siete testigos presenciales del período oscuro, y asimismo había recopilado gran cantidad de material relevante. Los siete testigos eran los siguientes: Hermann Karnau, un miembro de la guardia policial encarcelado en Nienburg que antes de hablar conmigo había sido interrogado por las autoridades canadienses y británicas; Erich Mansfeld y Hilco Poppen, otros dos policías detenidos en Bremen y Fallingbostel; Fräulein Else Krueger, la secretaria de Bormann, detenida en Ploen e interrogada por mí; Erich Kempka, el chófer de Hitler, capturado en Berchtesgaden e interrogado por oficiales norteamericanos y por mí en Moosburg; Hanna Reitsch, la piloto de pruebas detenida en Austria e interrogada por oficiales norteamericanos, y la baronesa Von Varo, una visitante fortuita del búnker de Hitler, identificada por un periodista británico en Berlín, y localizada e interrogada por mí en el hogar de su madre en Bueckeburg. Otro material relevante incluía el diario del general Koller, publicado más tarde; [4] el diario del conde Schwerin von Krosigk, capturado junto a su autor en Flensburgo, y los documentos del almirante Dönitz y su «gobierno». Basándose en las pruebas obtenidas de estas fuentes, la división de inteligencia en Berlín presentó mi informe ante el gobierno británico y el comité de inteligencia cuatripartito en Berlín. Al final del informe sugería otras fuentes de información a las que tal vez aún se podía tener acceso: en particular mencioné al piloto de Hitler Hans Baur, y al jefe de la Reichssicherheitsdienst, el Brigadeführer Rattenhuber —que ordenó la cremación del cuerpo de Hitler—, quienes estaban bajo custodia de los rusos, según un comunicado oficial difundido por ellos mismos; y sugerí que quizá otros testigos importantes habían sido capturados al mismo tiempo. Solicité el acceso a los diarios de los ayudantes del Führer a partir de los cuales el mariscal Zhúkov tenía conocimiento del matrimonio de Hitler y Eva Braun. Los rusos tomaron nota de mi solicitud, pero nunca obtuve respuesta.

Simultáneamente, se facilitó a la prensa una versión abreviada de mi informe. [5]

La información sobre los últimos días de Hitler creció considerablemente entre la presentación de mi informe el 1 de noviembre de 1945 y la preparación de mi libro durante el verano de 1946. Dado que no varié las conclusiones excepto en dos detalles insignificantes, [6] haré aquí una breve pausa para responder a ciertas preguntas y críticas que se hicieron en el momento de su presentación.

Debo advertir que el informe del 1 de noviembre de 1945 no fue recibido por todo el mundo con el mismo entusiasmo, y no porque encontraran en él problemas de lógica o claridad. A lo largo del verano y el otoño de 1945, un gran número de ingeniosos periodistas habían estado persiguiendo el fantasma de Hitler con energía y entusiasmo. Los tranquilos lagos de la frontera suiza, los románticos Alpes tiroleses y los confortables puntos de veraneo del norte de Austria, recibieron frecuentes visitas de fieles investigadores cuyas conciencias escrupulosas les impedían pasar por alto la más mínima pista. En el curso de estas investigaciones se expusieron interesantes teorías; pero a medida que se acercaba el invierno, y las excursiones al aire libre perdían su atractivo, las opiniones empezaron a consensuarse para admitir que Hitler nunca había abandonado Berlín. La resolución al misterio de su destino cambió de escenario: en lugar de tratar el tema durante fatigosas jornadas en un clima duro, pasaron a discutirlo en los bien acondicionados salones de las cafeterías. En consecuencia, mi informe, que establecía la muerte de Hitler en Berlín el 30 de abril, como había dicho Goebbels, y aseguraba que cualquier otra explicación a su desaparición «estaba en contradicción con las únicas pruebas auténticas y no tenía ninguna base real», fue considerado inaceptable por muchos. Los críticos no negaban las pruebas presentadas, pero mantenían que existía alguna posibilidad de evitar una conclusión tan definitiva. Aseguraban que el cuerpo que se incineró no era el de Hitler, sino el de un doble introducido en escena en el último momento, y se hacían eco del sentimiento, o más bien de las palabras, del profesor Hanky en una ocasión similar: «No importa si encajan nueve de las diez piezas mientras quede una por encajar; no seríamos humanos si no soslayáramos esas nueve y nos centráramos únicamente en la décima». Por otra parte, afirmaban que los testigos en los que se basaba el informe habían sido aleccionados; que sus pruebas eran una tapadera deliberadamente acordada y por tanto debían ser desestimadas en su totalidad; y que a falta de pruebas sólidas cualquiera podía inventar una teoría con cierto atractivo.

En mi opinión, tales sugerencias son fácilmente refutables. Tan solo hay que considerar sus consecuencias lógicas. Si se convence a varias personas para que cuenten la misma historia cuando sean interrogadas, se puede considerar que lo harán (suponiendo que la memoria les sea infalible y firme su lealtad), aun cuando las circunstancias del simulacro (en medio de la batalla y los bombardeos) sean en cierto modo molestas y las del interrogatorio (aislados unos de otros y transcurridos seis meses) más bien difíciles. Pero incluso en estas condiciones ideales, los testigos, que coincidirán en todos los detalles siempre y cuando las preguntas se limiten al guion previamente ensayado, se contradecirán inevitablemente cuando el interrogador los presione acerca de cuestiones no preparadas y tengan que inventar las respuestas. Por otro lado, si en la medida de sus conocimientos los testigos cuentan la verdad sobre una experiencia que realmente han compartido, el desarrollo de sus respuestas avanzará en la dirección contraria. Es decir, al principio sus respuestas diferirán, porque han tenido distintas posibilidades para observar y recopilar información; pero en cuanto el interrogatorio separe estas diferencias debidas a las circunstancias, quedarán solamente las concordancias esenciales. Todos los interrogadores se familiarizan enseguida con estos hechos, y si los tienen en cuenta, a menudo pueden detectar si la historia ha sido ensayada previamente o no. En el caso de la muerte de Hitler, estoy convencido de que los testigos que interrogué, directa o indirectamente, no me contaban una historia preconcebida, sino sus propias tentativas de recordar la verdad.

Veamos un pequeño ejemplo para ilustrar este punto. Karnau afirmaba en todo momento que vio cómo los cuerpos de Hitler y Eva Braun ardían repentinamente, como si se tratara de una combustión espontánea. El chófer Kempka aseguraba que Guensche les había prendido fuego. Estas dos versiones parecen contradictorias, pero preguntándoles nuevamente resultó que eran dos aspectos de la misma realidad. Lo que sucedió en realidad fue que Guensche prendió fuego a los cuerpos arrojándoles encima un trapo en llamas; pero lo lanzó desde debajo del porche del búnker, y por lo tanto quedaba oculto a la mirada de Karnau, que estaba en lo alto de la torre. La autenticidad del incidente queda confirmada por la discrepancia racional de la prueba misma. Si Karnau y Kempka hubieran sido aleccionados en cuanto a sus respuestas, nunca habrían estado en desacuerdo en cómo empezó la cremación.

El informe del 1 de noviembre requería cierta información de los rusos. Esta información nunca se obtuvo, pero siguieron llegando evidencias de otras fuentes que contribuyeron a enriquecer, aunque no a alterar, las conclusiones principales. Al llegar esa fecha, la investigación llevaba en marcha tan solo seis semanas, y resultó imposible identificar, localizar e interrogar a todos los testigos presenciales en tan poco tiempo. Entre los más importantes testigos adicionales que fueron arrestados e interrogados después del 1 de noviembre se encontraba Artur Axmann —sucesor de Baldur von Schirach como jefe de las Juventudes Hitlerianas—, que fue detenido en los Alpes bávaros en diciembre de 1945 después de una larga y complicada operación conjunta de los servicios de inteligencia británico y norteamericano. Pero la aportación más significativa y dramática se debió al descubrimiento, en el invierno de 1945-1946, de un legajo de documentos que confirmaba notablemente las conclusiones del informe del 1 de noviembre. Se trataba de los testamentos privado y político de Hitler, y el certificado de su matrimonio con Eva Braun.

A finales de noviembre de 1945, cuando regresé a Oxford de permiso, recibí un mensaje del cuartel general británico en Bad Oeynhausen anunciándome el descubrimiento de un documento que supuestamente era el testamento de Hitler, pero cuya autenticidad no se había probado. Ahora bien, yo ya tenía alguna información acerca de este testamento, pues en el mismo telegrama en que Goebbels informaba a Dönitz de la muerte de Hitler, mencionaba el testamento del Führer con fecha 29 de abril, que contenía algunos nombramientos políticos y que había sido enviado a Dönitz. Este último declaró que había enviado un avión para recoger al portador, pero que el piloto, después de haber avistado al individuo en cuestión en el lago Havel, lo perdió de vista y regresó con las manos vacías. Dado que el documento que acababa de ser descubierto estaba fechado el 29 de abril, y contenía algunos nombramientos políticos, incluidos los mencionados en el telegrama de Goebbels, había buenas razones para considerarlo auténtico. Pero el telegrama de Goebbels, que parecía confirmar la autenticidad del testamento, hablaba también de la existencia de tres copias, dirigidas por separado a Dönitz, al mariscal de campo Schoerner (en ese momento al mando de un grupo del ejército en Bohemia), y a los archivos del partido en Múnich. Por lo tanto era fundamental investigar las circunstancias de este descubrimiento.

En el verano de 1945, un periodista luxemburgués llamado Georges Thiers se había dirigido al gobierno militar británico en Hannover en busca de un empleo. Explicó que estaba muy bien informado acerca de ciertos asuntos y podía proporcionar datos sobre la vida en el búnker de Hitler en Berlín; pero al no poder dar ninguna explicación válida que justificara su pretendida relación con estos elevados asuntos, su solicitud fue rechazada. Sin embargo, más tarde, se sospechó que utilizaba papeles falsos: fue detenido y admitió que en realidad no era luxemburgués sino alemán, y que su nombre no era Georges Thiers sino Heinz Lorenz. Fue encarcelado, y en noviembre de 1945, durante una inspección de rutina, se halló en su poder un legajo de papeles que llevaba cosido en el forro de su ropa. Resultaron ser los testamentos personal y político de Hitler y un documento firmado por Goebbels titulado «Apéndice al testamento político del Führer». [7] Al ser interrogado, Lorenz admitió que había estado en el búnker de Hitler hasta el fin y había recibido órdenes de transportar estos documentos a Múnich. Confirmó la declaración de Goebbels de que existían tres copias de los documentos; y explicó que en su huida de Berlín lo habían acompañado otros dos hombres: el comandante Willi Johannmeier, que debía llevar el testamento político de Hitler al mariscal de campo Schoerner, y el Standartenführer de las SS Wilhelm Zander, cuya misión consistía en entregar al almirante Dönitz dos copias de los testamentos y el certificado de matrimonio con Eva Braun. Para completar esta información y verificar la autenticidad de estos documentos más allá de toda duda, era preciso encontrar a Johannmeier y a Zander.

Encontrar a Johannmeier fue fácil: estaba viviendo con sus padres en Iserlohn. Como honrado soldado, de lealtades incondicionales y valor apolítico, al principio negó cualquier conocimiento del búnker; pero después, al comprender que era imposible mantener su actitud, insistió en que únicamente se lo había enviado como escolta militar de Zander y Lorenz, para ayudarlos a cruzar las líneas rusas. Desconocía qué misión se les había encargado y como buen soldado no preguntó. Nada le hacía modificar su actitud, y a pesar de la discrepancia entre su declaración y la de Lorenz, casi convenció a sus interrogadores. Por lo menos quedaba claro que la investigación no avanzaría hasta obtener nuevos datos por parte de Zander.

El hogar de Zander estaba en Múnich, pero todos los indicios demostraban que no había vuelto a ir por allí desde la derrota de Alemania. Su mujer vivía con sus padres en Hannover, y confirmó que no había visto a su marido desde el final de la guerra. Explicó que seguía esperando noticias, y que con gusto nos proporcionaría fotografías de Zander, así como las direcciones de su madre y hermanos, en la confianza de obtener alguna información sobre su paradero. Pero ninguna pista parecía conducir a ninguna parte, hasta que resultó evidente que todo formaba parte de una elaborada estratagema destinada a despistar a los perseguidores. Durante una visita a Múnich en diciembre de 1945, obtuve de casualidad cierta información que me convenció de que Zander estaba vivo, pero escondido, y que Frau Zander, en su celo por ocultarlo, incluso había convencido a la madre y a los hermanos de su marido de que este había muerto. Tras un breve examen de los testimonios locales se pudo averiguar que Zander vivía bajo el nombre falso de Friedrich Wilhelm Paustin, y que se había dedicado algún tiempo a la horticultura en el pueblo bávaro de Tegernsee.

A partir de ese momento, el arresto de Zander era solo cuestión de tiempo. Los archivos locales de Tegernsee pronto revelaron sus movimientos, y tras una incursión fracasada en su supuesta dirección, su pista llevó hasta el pequeño pueblo de Aidenbach, cerca de Passau, en la frontera austríaca. Allí me dirigí acompañado por miembros del CIC norteamericano y, a las tres de la mañana del 28 de diciembre, lo encontramos y arrestamos. Estaba viviendo con la secretaria de Bormann. Al interrogarlo se reveló como un idealista nazi desilusionado que veía cómo su antiguo mundo se desmoronaba, y habló libremente. Su historia coincidía con la de Lorenz: había llevado sus documentos hasta Hannover y una vez allí, al ver que era imposible entregárselos a Dönitz, se había desplazado hasta Múnich y los había escondido en un baúl. El baúl estaba ahora en casa de un amigo en Tegernsee; pero no fue necesario ir hasta allí. Asustado por la incursión previa, el guardián del baúl lo había entregado voluntariamente al CIC local mientras yo estaba en Aidenbach buscando a Zander. Los documentos se hallaban efectivamente en el baúl; como había afirmado Lorenz, se trataba de los dos testamentos de Hitler y su certificado de matrimonio.

Tras el arresto de Zander, el interés volvió a centrarse en el norte de Alemania, es decir, en el irreducible Johannmeier, cuya declaración de que no sabía nada se veía ahora contradicha por el testimonio unánime de sus

dos compañeros. No obstante, se mantuvo firme en su versión. Decía que no tenía ningún documento y, por lo tanto, no podía mostrarlo. Era evidente que actuaba así únicamente por lealtad. Había recibido órdenes de no permitir, bajo ninguna circunstancia, que estos documentos cayeran en manos de los aliados, e intentaba cumplirlas a pesar de los hechos. Insensible al miedo, indiferente a la recompensa, parecía que nada le haría cambiar de opinión excepto la razón. Y yo apelé a ella. No iba a darnos nada que no tuviéramos ya; no podíamos aceptar su historia que se contradecía con toda la información de que disponíamos; no nos interesaba retenerlo pero debíamos hacerlo hasta que nos aclarara esta dificultad obvia. Durante dos horas Johannmeier resistió con firmeza a toda petición; incluso las pruebas parecían dudosas ante su firme insistencia. Al final, fue una pausa en el procedimiento lo que llevó a su conversión. En un interrogatorio la presión debe ser continua, pero la persuasión requiere pausas, pues es únicamente durante una pausa cuando uno puede reflexionar y comprender el razonamiento. En esa pausa, Johannmeier razonó consigo mismo y se convenció. Según explicó más tarde, durante el viaje en coche hasta Iserlohn, decidió que si sus compañeros, miembros más antiguos y mejor situados en el partido, podían traicionar tan fácilmente una confianza que para ellos estaba unida a sus presuntos ideales políticos, entonces resultaba quijotesco por su parte, que no tenía tales relaciones con el partido (pues no era más que un simple soldado), seguir sufriendo por este motivo o defender la causa que ellos ya habían traicionado. Así pues, después de la pausa, cuando empezó de nuevo el interrogatorio aparentemente interminable, dijo por fin: « Ich habe die Papiere» . No hicieron falta más palabras. Me acompañó en coche hasta Iserlohn, y allí me llevó al jardín trasero de su casa. Había anochecido. Con un pico cavó en el suelo helado y desenterró una botella. Acto seguido, rompió la botella con el pico y me entregó el último documento desaparecido: la tercera copia del testamento político de Hitler, y la enérgica carta adjunta en la que el general Burgdorf comunicaba al mariscal de campo Schoerner que «la demoledora noticia de la traición de Himmler» había llevado a Hitler a tomar esa última decisión.

Tras el descubrimiento de todos esos documentos, los datos acerca de los últimos días de Hitler estaban prácticamente completos; pero las investigaciones que se habían empezado con anterioridad comenzaron a dar sus frutos. En enero, quince días después de la capitulación de Johannmeier, el teniente coronel Von Below fue descubierto estudiando derecho en la

Universidad de Bonn. Había sido el último en abandonar el búnker antes de la muerte de Hitler, y el portador de sus últimas recriminaciones de despedida al alto mando. Más tarde, en la primavera y el verano de 1946, se encontró a las dos secretarias de Hitler, Frau Christian y Frau Junge; la primera había estado esquivando el arresto desde el otoño de 1945, cuando se me escapó por pocos días de casa de su suegra en el Palatinado. Estas y otras capturas, y el interrogatorio de numerosos personajes secundarios, añadieron detalles y color a la historia, y resolvieron pequeñas dudas restantes, pero no supusieron ningún cambio significativo: las líneas generales de la historia eran las mismas desde el primer informe del 1 de noviembre de 1945.

Así es la historia de la investigación que llevé a cabo en 1945, a partir de la cual, con el permiso y el apoyo de las autoridades del servicio de inteligencia británico, escribí posteriormente este libro. Cuando el libro se publicó, enseguida despertó una fuerte oposición de aquellos que preferían aceptar otras conclusiones; pero como el mundo ha elegido no recordar a mis críticos, no seré yo quien perturbe este olvido nombrándolos aquí. Pasaré ahora a considerar los nuevos datos obtenidos desde la publicación de mi libro y que han podido confirmar, completar o poner en cuestión mis descubrimientos. En particular, me ocuparé de la información aportada por los testigos que, cuando empecé la investigación, ya habían desaparecido en las prisiones rusas, pero que ahora, diez años después, han sido por fin liberados y han podido contar su historia.

Los principales testigos que intenté pero no pude encontrar en 1945 eran cinco: Otto Guensche, el ayudante de las SS de Hitler, y Heinz Linge, su criado personal, los cuales sin duda vieron a Hitler muerto y tomaron parte en la cremación de su cadáver; Johann Rattenhuber, que dirigía la guardia personal de Hitler y conocía, a mi parecer, el lugar donde fue enterrado; Hans Baur, el piloto personal de Hitler, que estuvo con él hasta el fin, y Harry Mengershausen, un oficial de la guardia personal de quien se dijo estaba al corriente del entierro de los cuerpos. Por supuesto existían otros testigos importantes que no había encontrado, pero eran estos cinco los que realmente me interesaban porque tenía pruebas claras de que seguían con vida. Guensche y Linge habían sido vistos e identificados entre los prisioneros de los rusos en Berlín, y estos mismos incluían los nombres de Baur y Rattenhuber entre sus prisioneros en un comunicado oficial que

publicaron el 6 de mayo de 1945. No obstante, nuestras peticiones en este sentido fueron inútiles: los rusos se negaron a responder a nuestras preguntas y al final escribí mi libro prescindiendo de estos testigos desaparecidos. Sin embargo, no perdí totalmente el contacto con ellos. Durante los siguientes años tuve noticias suyas ocasionalmente a través de compañeros de prisión más afortunados que ellos que habían regresado a Alemania. Así me enteré de que algunos seguían vivos en la cárcel Lubianka de Moscú, en la cárcel Vorkuta del Ártico o en el gran campo de prisioneros de Sverdlovsk. A veces incluso me llegaban, de segunda mano, retazos de sus historias de los últimos días en el búnker. Entonces repentinamente, en el otoño de 1955, tras la visita de Adenauer a Moscú, se abrieron las puertas de las prisiones, y en enero de 1956 los cinco hombres estaban de regreso. Si bien es cierto que uno de ellos, Guensche, seguía siendo inaccesible: clasificado aún por los rusos como criminal de guerra, regresó a la Alemania Oriental para desaparecer en otra cárcel comunista en Bautzen. [8] Pero los otros cuatro, de vuelta en la Alemania Occidental, pudieron contar su historia al mundo. Una vez en Berlín, Linge no perdió el tiempo y publicó su relato en la prensa. [9] Baur, Rattenhuber y Mengershausen respondieron libremente a todas las preguntas que les planteé en entrevistas privadas en sus hogares de la Alemania Occidental.

¿Cuál es el resultado de estas revelaciones? La cuestión esencial es que confirman del todo la historia que yo ya conocía por otras fuentes. En ningún punto la contradicen ni siquiera la modifican. [10] Pero ¿acaso la amplían o completan? En concreto, ¿arrojan alguna luz sobre los misterios que me había visto obligado a dejar sin resolver? Para responder a esta cuestión, primero es preciso preguntarnos ¿cuáles son estos misterios? Son dos. Primero, ¿qué ocurrió con los cadáveres de Hitler y Eva Braun después de que fueran quemados en el jardín de la cancillería? Segundo, ¿qué le pasó a Martin Bormann?

Con respecto al destino final de los cuerpos de Hitler y Eva Braun, en 1945 no disponía de ninguna información de primera mano. El mejor indicio que tenía era el del guardia Erich Mansfeld que, en la medianoche del 30 de abril de 1945, descubrió que el cráter de bomba situado cerca de la salida de emergencia del búnker había sido removido recientemente, y dedujo que los cadáveres habían sido enterrados allí. Hubo nuevas pruebas de que miembros de la guardia policial habían enterrado los cuerpos, y Artur Axmann, el jefe de las Juventudes Hitlerianas, afirmó

insistentemente, aunque sin alegar que lo había visto, que el entierro fue «en uno de los cráteres de bomba que había alrededor de la cancillería del Reich». Por otra parte, había otras historias que circularon por el búnker, haciendo imposible cualquier certeza; por lo cual, en 1945, terminé por dejar la cuestión sin resolver. A su regreso a Alemania en octubre de 1955, Linge y Rattenhuber declararon que a pesar de no haber presenciado el entierro, les habían informado de que los cadáveres habían sido enterrados en un cráter de bomba. Rattenhuber añadió que le habían pedido que buscara una bandera con la que envolver el cuerpo de Hitler para el entierro, pero que no había conseguido ninguna. Tres meses más tarde, Mengershausen llegó a Bremen, su ciudad de origen, y confirmó estas declaraciones, admitiendo que de hecho él mismo había cavado la tumba. Dijo que los cadáveres no habían sido consumidos por el fuego, con lo que incluso eran reconocibles, y que los había enterrado encima de tres tablones de madera a un metro de profundidad. Al parecer le ayudó un compañero llamado Glanzer, quien, más tarde, murió luchando en Berlín. Así pues, la sepultura de Hitler en la cancillería ha dejado de ser un misterio. Por otra parte, esto no resuelve definitivamente la cuestión, ya que, como se verá, ahora sabemos que el cadáver fue más tarde exhumado y trasladado a otro destino todavía desconocido.

Hasta aquí la primera cuestión. ¿Qué ocurre con la segunda, la cuestión del destino de Martin Bormann? En 1945, la información sobre este tema era conflictiva e incierta. Varios testigos aseguraban que Bormann había muerto en un tanque que explotó al ser alcanzado por un Panzerfaust en el puente Weidendammer, cuando intentaban cruzar las líneas enemigas la noche del 1 al 2 de mayo. Por otra parte, todos estos testigos reconocieron que la escena se había desarrollado en medio de una gran confusión, y ninguno dijo haber visto el cadáver de Bormann. Uno de ellos, Erich Kempka, incluso admitió que él mismo había quedado cegado por la explosión, y por tanto es difícil imaginar cómo habría podido ver la muerte de Bormann ni ninguna otra cosa. [11] Además, ya en 1945 tenía tres testigos que afirmaban por separado que habían acompañado a Bormann en su intento de fuga. Uno de estos testigos, Artur Axmann, más tarde declaró haberlo visto muerto. Si creemos o no a Axmann es una simple cuestión de elección, pues su palabra no está respaldada por ningún otro testimonio. En su favor se puede decir que la información aportada por él en todos los demás puntos está justificada. Ahora bien, si lo que pretendía era evitar que

siguiera buscando a Bormann, su trayectoria natural debería haber sido aportar pruebas falsas de su muerte. Así las cosas, en 1945 llegué a la única conclusión lícita: Bormann sobrevivió a la explosión del tanque, pero posiblemente murió esa misma noche, aunque no hay modo de saberlo con certeza. Este era el balance de las pruebas en 1945. ¿Cómo le afecta la nueva información de 1956?

La respuesta es: de ningún modo. Por una parte, Linge y Baur declaran que Bormann murió en la explosión del tanque; o al menos dicen creerlo así, ya que admiten que la escena era confusa y que nunca llegaron a ver su cadáver. Por otra, Mengershausen afirma con seguridad que Bormann no murió en esa explosión, pues si bien era cierto que iba subido en un tanque, no era el suyo el que estalló en pedazos. Y además, desde 1945 ha aparecido otro testigo que asegura que estuvo con Bormann *después* de la explosión. Se trata de un antiguo comandante de las SS llamado Joachim Tiburtius, que en 1953 hizo una declaración a un periódico suizo. [12] Dice Tiburtius que en la confusión de la explosión perdió de vista a Bormann, pero que más tarde volvió a verlo cerca del Hotel Atlas. «Por aquel entonces ya iba vestido de civil. Avanzamos juntos hacia la Schiffbauerdamm y la Albrechtstrasse. Finalmente lo perdí de vista. Pero tenía las mismas oportunidades que yo de escapar.»

Así pues, la evidencia aún nos lleva a pensar que Bormann sobrevivió a la explosión, y no proporciona el apoyo necesario al relato de Axmann para que podamos creerlo. Si aceptamos que Bormann está muerto, es simplemente porque nadie nos ha aportado ninguna prueba aceptable de que siguiera vivo después del 1 de mayo de 1945. [13]

Esta es la aportación de los prisioneros recién llegados a la historia reconstruida en 1945. Vista desde la perspectiva adecuada, no resulta de gran ayuda. La conjetura de que el cadáver de Hitler fue enterrado en un cráter de bomba se convierte en un hecho; el destino de Martin Bormann sigue siendo un misterio. Pero si esos nuevos testigos no aportan demasiado a mi historia de los últimos días de Hitler, hay otro tema sobre el que arrojan una luz nueva e interesante: la actitud de los rusos en la cuestión de los últimos días de Hitler. Ahora, con la ayuda de estas nuevas fuentes, creo que puedo completar la historia.

En teoría los rusos no tenían mayor problema, puesto que eran ellos quienes controlaban toda la información desde el principio. El 2 de mayo de 1945 invadieron el búnker en el que había muerto Hitler. Aproximadamente

al mismo tiempo, capturaron en una bodega de la Schönhäuser Allee a varios ayudantes principales de Hitler que conocían los hechos, dos de los cuales fueron identificados en cuestión de cuatro días. El jardín de la cancillería que ocultaba los restos de Hitler estaba bajo su control, y todavía lo está. Además, antes incluso de ocupar la cancillería del Reich, habían recibido una declaración formal de la muerte de Hitler y quizá también una explicación informal de las circunstancias de esta. La declaración les fue facilitada por el general Hans Krebs.

Los lectores de este libro sabrán que, en la noche del 30 de abril al 1 de mayo de 1945, el general Krebs fue enviado al cuartel general ruso con una oferta de rendición temporal, en la que Bormann y Goebbels actuaban como sucesores *de facto* de Hitler. Ahora bien, este general Krebs no era tan solo el último jefe del alto mando de Hitler y uno de los testigos de su última voluntad y testamento: anteriormente había sido subagregado militar en Moscú. Hablaba ruso con fluidez, conocía personalmente a los dirigentes del Ejército Rojo y siempre se lo había considerado un gran defensor de la cooperación ruso-germana. Como símbolo viviente de ella, en cierta ocasión fue abrazado públicamente por Stalin. Así pues, el emisario que se presentó ante el mariscal Zhúkov o ante el comandante local ruso, general Chuikov, [14] a primeras horas de la mañana siguiente a la muerte de Hitler no era un extraño. Además, tuvo que explicar su cometido y por qué el mensaje que llevaba estaba firmado por Bormann y Goebbels en lugar de Hitler. Según un informe ruso de la época, Krebs dijo: «Estoy autorizado para informar al alto mando soviético que ayer, 30 de abril, el Führer Adolf Hitler abandonó este mundo según su propio deseo». Naturalmente, este informe oficial ruso es escueto y objetivo; desconocemos si, durante esta primera visita o la que tuvo lugar unas horas después, se pidió a Krebs que lo explicara o justificara. Todo lo que podemos decir es que, de habérselo pedido, podría haberlo hecho fácilmente, puesto que había sido testigo presencial y hablaba perfectamente ruso. De todos modos, el hecho mismo del suicidio de Hitler fue relatado por Krebs a los rusos pocas horas después de haberse producido. [15] Lo único que quedaba por hacer era comprobarlo.

No cabe duda de que, en el curso de la semana siguiente, los rusos empezaron a verificar el informe, porque el 13 de mayo mostraron un importante documento a Harry Mengershausen, el guardia que había enterrado el cadáver de Hitler. Mengershausen había sido hecho prisionero la noche del 1 al 2 de mayo, pero durante los diez días posteriores a su

captura había negado obstinadamente cualquier relación con Hitler. Sin embargo, frente a este documento comprendió la inutilidad de seguir con su negativa y renunció a su discreción. El documento, fechado el 9 de mayo, era un relato completo y detallado de la muerte de Hitler y de su entierro a cargo de Mengershausen, y había sido recopilado para los rusos por otro alemán que evidentemente había tomado parte en los sucesos, posiblemente Guensche. [16] Este documento era (al menos) la segunda prueba que poseían los rusos, y su autenticidad quedaba demostrada por el hecho de que había servido para vencer al hasta ahora obstinado Mengershausen.

Inmediatamente después de admitir que había enterrado a Hitler, Mengershausen fue trasladado al jardín de la cancillería y allí los rusos le ordenaron que indicara dónde estaba la sepultura. Sin ninguna vacilación, llevó a su escolta junto al cráter de bomba, solo para descubrir que ya habían cavado en la tumba y se habían llevado los cuerpos de Hitler y Eva Braun. Sin duda los rusos ya habían actuado al obtener la información anterior, que así se veía confirmada por Mengershausen.

En realidad, ahora es evidente que los rusos habían exhumado los cadáveres el 9 de mayo, el mismo día en que recibieron el documento que hablaba de la muerte y sepultura de Hitler. Ese día dos oficiales rusos, un hombre y una mujer, visitaron la consulta del doctor Hugo Blaschke, en la Uhlanstrasse. El doctor Blaschke era el dentista de Hitler; pero no estaba para recibir a los rusos. Había huido a Múnich, y ahora su clientela la atendía un dentista judío de Silesia que lo había sustituido, el doctor Feodor Bruck. Los rusos le pidieron el historial dental de Hitler. El doctor Bruck respondió que desconocía el trabajo de Blaschke y los remitió a su asistente, Fräulein Kate Heusemann, que él había heredado de su predecesor y que, por una extraña coincidencia, se había refugiado en la cancillería durante el cerco de Berlín y había sido testigo de muchos detalles de los últimos días de Hitler. Fräulein Heusemann dijo a los rusos que Hitler nunca había estado en la consulta de Blaschke; este siempre iba a la cancillería y era en el laboratorio de la cancillería donde debían buscar su historial dental. Ella misma a menudo había acompañado a Blaschke en estas visitas y conocía a fondo la dentadura de Hitler. Según ella, tenía ciertas características peculiares: en particular, puentes identificables en ambas mandíbulas y una corona raramente utilizada en la odontología moderna en uno de los incisivos. [17] Por consiguiente, llevaron a Fräulein Heusemann a la cancillería y, al no encontrar allí los archivos que buscaban, la trasladaron al

cuartel general ruso en Buch. Una vez allí, un oficial ruso le mostró una caja de puros; dentro había una condecoración —una Cruz de Hierro—, una insignia del partido nazi, y varios accesorios dentales. Al preguntarle si reconocía estos accesorios, respondió que sin duda eran los de Adolf Hitler y —aunque menos segura— de Eva Braun. El 11 de mayo Fräulein Heusemann fue liberada y regresó a la consulta del doctor Bruck para contar su historia. A los pocos días, un muchacho le llevó un mensaje: tenía que preparar sus maletas para una ausencia de varias semanas. Esa fue la última vez que el doctor Bruck la vio. Ocho años después, una prisionera liberada procedente de Rusia contó que en la cárcel de Butyrka había una tal Kate Heusemann, que repitió a sus compañeros de encarcelamiento *zum Überdruss* —hasta la saciedad— el relato de los últimos días de Hitler y de la dentadura póstuma. [18]

La historia de Fräulein Heusemann ha sido confirmada por otro testigo al que también se pidió que identificara la dentadura de Hitler. Era un mecánico dental llamado Fritz Echtmann que en 1944 había confeccionado los accesorios para Hitler y algunos para Eva Braun. Fue igualmente emplazado por los rusos, que le mostraron la misma caja con el mismo contenido. También identificó los accesorios como pertenecientes a Hitler y Eva Braun. Y, para su desgracia, también fue llevado a la fuerza a Rusia, a la cárcel Lubianka de Moscú. Más tarde compartió una celda con Harry Mengershausen y ambos pudieron intercambiar viejas historias. En 1954 fue liberado y prestó declaración ante el tribunal regional de Berchtesgaden, que estaba estudiando la posibilidad de declarar a Hitler legalmente muerto. [19]

Así pues, es evidente que el 9 de mayo, fecha en que Echtmann y Heusemann fueron arrestados, los rusos ya habían exhumado los cadáveres de Hitler y Eva Braun. También es probable que lo hubieran hecho ese mismo día, ya que entonces les fue presentado el memorándum que hizo posible localizar la sepultura. Al parecer la exhumación la llevó a cabo un destacamento especial del servicio de inteligencia soviético, el NKVD; pues un miembro del mismo, el capitán Fjedor Pavlovich Vassilki, contó más tarde al oficial de policía del Berlín Oriental con quien se alojaba cómo habían conseguido los cadáveres de Hitler y Eva Braun. [20] Vassilski explicó: «El cráneo y las mandíbulas de Hitler estaban prácticamente intactos»; confirmó asimismo que gracias a los dientes su identidad había sido probada «sin ningún género de dudas». Acto seguido de la

identificación de la dentadura, se produjo la identificación de la sepultura por parte de Mengershausen, el día 13 de junio. Por último, a finales de mayo, los rusos dieron otro paso adelante. Mostraron a Mengershausen el cadáver de Hitler.

Mengershausen ha descrito el incidente. Fue trasladado en coche hasta un bosque en Finow, cerca de Berlín. Allí le mostraron tres cadáveres calcinados, cada uno en un cajón de madera. Le preguntaron si los reconocía. Para él, a pesar de los estragos causados por el fuego y la descomposición, eran inconfundibles. Eran los cadáveres de Goebbels, su esposa y Hitler. Los dos primeros solo presentaban quemaduras superficiales. El estado del de Hitler era mucho peor. El fuego había consumido por completo los pies, mientras que la piel y la carne del resto solo estaban calcinadas; pero la estructura facial era perfectamente identificable. Se apreciaba un agujero de bala en una sien, pero las mandíbulas estaban intactas. Tras identificar los cuerpos, Mengershausen fue encarcelado de nuevo. No sabe qué sucedió luego con ellos. Tres meses después, al igual que Heusemann y Echtmann, también a él lo trasladaron a Rusia, donde permaneció once años.

Por consiguiente, a principios de junio los rusos ya conocían las circunstancias de la muerte de Hitler y habían identificado su sepultura y su cuerpo, gracias a diversos testimonios coincidentes. Aparte de la declaración de Krebs acerca de la noche del 30 de abril al 1 de mayo, y de las que hubieran obtenido de otros prisioneros del búnker, tenían el documento del 9 de mayo, cuya autenticidad quedaba probada por su éxito al vencer la resistencia de Mengershausen; tenían la declaración de este en cuanto a la sepultura y al cadáver allí encontrado; tenían la declaración por separado de Heusemann y de otros prisioneros sobre los últimos días del búnker, y las declaraciones técnicas de Heusemann y Echtmann acerca de la dentadura de Hitler. Además, los rusos habían requisado —o al menos así lo afirmaba el mariscal Zhúkov— los «diarios de unos ayudantes del Führer», gracias a los cuales supieron del matrimonio de Hitler y Eva Braun. Estos «diarios» podrían haber sido idénticos al documento con fecha 9 de junio, que era claramente una reconstrucción, no un diario auténtico; pero también podrían haber sido documentos independientes que vendrían a engrosar el volumen de las pruebas. Ahora bien, todos estos datos apuntaban claramente en una misma dirección, y aunque en teoría podrían responder a un plan preconcebido, en realidad había suficientes testigos para que

resultara imposible una conspiración seria y duradera. En resumidas cuentas, la primera semana de junio los rusos ya disponían de una información mucho más amplia acerca de los últimos días de Hitler que la que yo conseguí para mi reconstrucción cinco meses después.

Podríamos preguntarnos entonces por qué nunca publicaron sus conclusiones. ¿Era porque no querían que se conocieran los hechos? Toda su actitud de entonces —la búsqueda de archivos, el arresto de testigos, las reiteradas identificaciones— [21] contradice esta suposición. ¿Sería pues porque en cuestiones de información eran incompetentes? Su investigación en el búnker de Hitler, por ejemplo, fue sorprendentemente incompleta: el diario de Hitler —un volumen sólidamente encuadernado de 35 por 18 centímetros— permaneció encima de su sillón durante cuatro meses hasta que fue descubierto por un visitante británico. Pero nadie puede tachar a los rusos de faltos de inteligencia o de poco sistemáticos a la hora de interrogar prisioneros, y no creo que debamos congratularnos pensando que son menos eficientes que nosotros. Si queremos responder a esta pregunta, debemos abstenernos de hacer este tipo de suposiciones y estudiar atentamente los hechos reales del caso.

No cabe la menor duda de que la primera semana de junio los rusos admitieron en Berlín la muerte de Hitler. El 5 de junio, cuando los comandantes en jefe aliados se reunieron en esta ciudad para establecer la organización del gobierno cuatripartito, «oficiales rusos responsables» aseguraron al estado mayor del general Eisenhower que el cadáver de Hitler había sido recuperado e identificado «casi a ciencia cierta». Dijeron que el cadáver era uno de los cuatro que encontraron en el búnker. Estaba gravemente carbonizado, hecho que por aquel entonces atribuyeron (erróneamente, como ahora sabemos) a los lanzallamas con que las tropas rusas habían despejado el lugar. Añadieron que los cadáveres habían sido examinados por médicos rusos, y que este examen había tenido como resultado una «identificación casi segura». [22] Si los rusos no hicieron ningún comunicado oficial sobre la muerte de Hitler, fue simplemente (según los oficiales rusos) porque se resistían a pronunciarse mientras quedara «una sombra de duda». Pero dejaron muy claro que, por lo que mostraban las pruebas, parecía concluyente. [23]

Cuatro días después, el 9 de junio, el mariscal Zhúkov hizo una declaración pública a la prensa. Describió los últimos días en la cancillería. Habló del matrimonio de Hitler y Eva Braun, a la que calificó

equivocadamente de actriz de cine. Según dijo, basaba el conocimiento de estos hechos en «los diarios de los ayudantes de Hitler», que habían caído en manos de los rusos. Pero en la cuestión crucial de la muerte de Hitler titubeó. No mencionó las investigaciones rusas, las revelaciones alemanas, la cremación o el entierro, la exhumación, los dentistas, ni la dentadura. «Las circunstancias son muy misteriosas —dijo—. No hemos identificado el cadáver de Hitler. No puedo decir nada definitivo acerca de su suerte. Tal vez huyó de Berlín en avión en el último momento. El estado de la pista se lo hubiera permitido.» [24] A continuación tomó la palabra el comandante militar ruso en Berlín, coronel general Berzarin. Dijo que Hitler podía seguir con vida. «Hemos encontrado varios cadáveres, uno de los cuales podría ser el de Hitler, pero no podemos afirmar que esté muerto. Mi opinión es que está oculto en algún lugar de Europa, posiblemente con el general Franco.» Con eso quedaba cerrada la cuestión. A partir de ese momento, el cuartel general ruso en Berlín nunca volvió a mencionar ese asunto ni las circunstancias de la muerte de Hitler. Un silencio absoluto envolvió al misterio sin resolver, y este aparente rechazo de las confesiones hechas con anterioridad llevó, más que ninguna otra cosa, a la creciente convicción de que Hitler estaba vivo después de todo. [25]

Este cambio gradual de opinión resultó evidente en la actitud del general Eisenhower. Hasta el 9 de junio, Eisenhower había admitido públicamente la muerte de Hitler. Pero el 10 de junio, al día siguiente de la declaración pública de Zhúkov, este y Eisenhower se entrevistaron en Frankfurt. Cinco días después, en París, Eisenhower dio fe del cambio de doctrina que había seguido a este encuentro. Con anterioridad, dijo, había aceptado el hecho de la muerte de Hitler, pero en fecha reciente se había entrevistado con dirigentes rusos que tenían grandes dudas al respecto. [26] Estas dudas eran tan grandes que una semana más tarde, cuando los británicos publicaron la historia de Hermann Karnau, un miembro de la guardia policial de Hitler que había presenciado la cremación de los cadáveres, fue recibida con total desconfianza. En septiembre los rusos llevaron su desconfianza más lejos: acusaron a los británicos de esconder a Hitler y Eva Braun en su zona de Alemania, probablemente para utilizarlos contra sus aliados rusos, y esta es la acusación que motivó mi designación para esclarecer los hechos. El 6 de octubre el general Eisenhower visitó Holanda, y en unas declaraciones a los periodistas en Utrecht dijo que si bien en un principio había creído que Hitler estaba muerto, ahora «existían

motivos para creer que seguía con vida». Casualmente, en ese momento me hallaba en el cuartel general de Eisenhower en Frankfurt, y pude explicar que no había ninguna razón para creer que Hitler estaba vivo, cualesquiera que fuesen los defectos de las pruebas a favor de su muerte. A su regreso a Frankfurt, el general Eisenhower modificó su declaración. Dijo que a él mismo le resultaba difícil creer que Hitler estuviera vivo, «pero que sus amigos rusos le aseguraron que no habían sido capaces de descubrir ninguna prueba tangible de su muerte». [27]

Pero los rusos no solo insistían en que no habían descubierto nada, sino que tampoco mostraban ningún interés en las pruebas obtenidas por los aliados. Al no hallar al doctor Blaschke en Berlín, tampoco pidieron a los norteamericanos que lo buscaran en Múnich. No hicieron ningún caso de Hermann Karnau y su historia. El 1 de noviembre de 1945, cuando presenté mi informe en Berlín, los rusos lo recibieron con absoluta falta de interés. Ni siquiera se hizo mención de él en la prensa rusa. Mi petición para interrogar a algunos prisioneros de los rusos no se tuvo en cuenta. Dieciocho meses después, cuando se publicó mi libro, su actitud seguía siendo la misma. A pesar de que se tradujo a la mayor parte de los idiomas europeos y algunos asiáticos, *Los últimos días de Hitler* nunca cruzó el telón de acero. Las excepciones aparentes a esta regla son en realidad confirmaciones. La edición checa se publicó antes del golpe de Estado comunista de febrero de 1948; la yugoslava después de la emancipación de Tito en junio de 1948; la edición polaca nunca salió de las oficinas del editor; la búlgara fue destruida por la policía en la fecha de su aparición. Durante años después del 9 de junio de 1945, la teoría oficial rusa siguió siendo la misma, aparentemente inalterable. Nunca admitieron que Hitler pudiera estar muerto. Dieron por supuesto, y en ocasiones afirmaron abiertamente, que seguía vivo.

¿Cómo explicar este extraordinario cambio de opinión? Es imposible saberlo con certeza, pero hay algunos datos sugerentes. Para descubrirlos debemos centrarnos no en Berlín ni en ninguna otra oficina secundaria, sino en el centro de la ortodoxia rusa: Moscú.

Durante todo ese tiempo, incluso cuando los rusos estuvieron a punto de anunciar en Berlín la muerte de Hitler, en Moscú Stalin afirmaba tajante que estaba vivo. A primeras horas de la mañana del 2 de mayo, antes de que los rusos entraran en la cancillería del Reich, la agencia de noticias oficial rusa, Tass, afirmaba que la declaración por radio de los alemanes acerca de

la muerte de Hitler era «un nuevo truco fascista». Y a continuación añadía: «Al difundir la noticia de la muerte de Hitler, es evidente que los fascistas alemanes están preparando el terreno para que Hitler desaparezca de escena y pase a la clandestinidad». [28] El 26 de mayo, cuando los rusos todavía recopilaban y asimilaban datos en Berlín, Stalin, en el Kremlin, dijo a Harry L. Hopkins, representante del presidente norteamericano, que creía «que Bormann, Goebbels, Hitler y posiblemente Krebs habían escapado y permanecían ocultos». [29] Esta declaración difícilmente se podía basar en las pruebas obtenidas en Berlín, donde hacía tiempo que se había encontrado e identificado el cadáver de Goebbels, en palabras de los rusos, «sin ningún género de dudas». Parece por tanto un prejuicio personal de Stalin que quería creerlo así, o lo decía simplemente para que los demás lo creyesen. De nuevo, el 6 de junio, mientras los oficiales del estado mayor de Zhúkov aseguraban a los de Eisenhower que habían descubierto, exhumado e identificado científicamente el cadáver de Hitler, Stalin, en Moscú, repetía a Hopkins que no solo no tenía pruebas de la muerte de Hitler, sino que «estaba seguro de que seguía vivo». [30] Tres días después, Zhúkov cambió su parecer públicamente. Stalin se mantuvo en el suyo. El 16 de julio se desplazó a Berlín para la Conferencia de Potsdam. Allí, sorprendió al secretario de Estado norteamericano, James F. Byrnes, diciendo que creía que Hitler estaba vivo, probablemente en España o Argentina. [31] El almirante Leahy, representante del presidente Truman, también tomó nota de la observación. «Con respecto a Hitler —escribe—, Stalin repitió lo que había dicho a Hopkins en Moscú. Creía que el Führer había huido y se ocultaba en algún lugar. Dijo que tras una cuidadosa investigación no se había descubierto ninguna pista de los restos de Hitler ni ninguna otra prueba positiva de su muerte.» [32] Diez días después insistió en que su opinión no había cambiado. [33]

Ante esta evidencia, es inevitable concluir que durante su estancia en Berlín, Zhúkov fue rectificado desde Moscú: en algún momento, entre el 5 y el 9 de junio, recibió la orden de renunciar a su creencia, basada en la evidencia, de que Hitler estaba muerto y sustituirla por la opinión de Stalin, derivada de algún otro motivo, de que estaba vivo, «en la clandestinidad... posiblemente con el general Franco». [34] La credibilidad de esta conclusión se apoya en el hecho de que precisamente por esas fechas Andrei Vishinski, el primer vicecomisario soviético de Asuntos Exteriores, llegó a Berlín procedente de Moscú evidentemente para poner a Zhúkov en su sitio. El 5

de junio, en Berlín, Eisenhower había notado que «Zhúkov parecía poco dispuesto a responder a ninguna pregunta sin antes consultar con Vishinski». Dos días después, Hopkins, a quien Stalin acababa de decir en Moscú que «Zhúkov tendría muy poco poder de decisión sobre los asuntos políticos de Berlín», observó que Vishinski «estuvo hablando al oído de Zhúkov durante toda la conversación». El 9 de junio, cuando Zhúkov declaró que después de todo Hitler podría estar vivo, Vishinski estaba junto a él; y al día siguiente, cuando Zhúkov viajó a Frankfurt y comunicó a Eisenhower su nueva teoría, Vishinski lo acompañaba. Allí Zhúkov, en presencia de Vishinski, pronunció un discurso haciendo hincapié en el deber del soldado de obedecer al político; una teoría que parece haber modificado posteriormente. No hay duda de que en esos momentos, según explicó Hopkins a Eisenhower, «el gobierno ruso se proponía controlar totalmente al general Zhúkov». Meses más tarde, Zhúkov —a quien sus enemigos alemanes consideraban el más competente de los generales rusos— fue trasladado de Alemania y prácticamente exiliado; primero como comandante en jefe de la defensa nacional rusa; a continuación, y para su vergüenza, como gobernador militar en Odesa: un exilio del que únicamente regresó —y lo hizo con cierto éxito— tras la muerte de Stalin. [35]

¿Por qué Stalin rectificó de este modo a Zhúkov, y sustituyó la «casi segura» y al menos legítima conclusión de que Hitler estaba muerto por la afirmación categórica de que estaba vivo? ¿Por qué necesitaba silenciar las pacientes investigaciones de los oficiales rusos en Berlín, sus interrogatorios, exhumaciones e identificaciones? ¿Por qué rechazó aceptar de sus aliados occidentales pruebas que quizá hubieran resuelto de una vez el asunto si existía auténtica duda? [36] ¿Consideraba acaso que la muerte o supervivencia de Hitler era una cuestión «política», es decir, juzgó políticamente necesario, cualquiera que fuese la evidencia, sostener públicamente que Hitler, lejos de haber tenido una muerte heroica en su destruida capital, se había escabullido y permanecía oculto? ¿Temía quizá que la confesión de la muerte de Hitler, en caso de un resurgimiento del nazismo, daría lugar a la generalización de peregrinajes, santuarios y reliquias, que a su vez provocarían posteriores cruzadas antibolcheviques? ¿Temía el poder político de algunos generales rusos y por tanto decidió quitarles el control sobre esta cuestión «política»? El trato que dio a Zhúkov, al igual que su adopción del título de generalísimo, sugiere que

desconfiaba de ellos; y los sucesos que tuvieron lugar después de su muerte, cuando los líderes del Ejército Rojo en general y Zhúkov en particular se vengaron con su sucesor y su partido «georgiano» en Rusia, sugieren que existía un enfrentamiento real entre ellos. Posiblemente —cuando recordamos los estrechos y recónditos frentes en los que se desarrollaban las luchas internas de los bolcheviques—, la cuestión de la muerte de Hitler, y la teoría oficial sobre ella, fuera el símbolo de otras tensiones más profundas en el panorama político ruso. ¿O acaso Stalin preparaba un nuevo garrote con que sacudir a su bestia negra, el general Franco? [37] ¿O todo esto es un análisis demasiado complicado? ¿No podría ser que Stalin estuviera simplemente equivocado, y su irreflexivo dogmatismo se convirtiera en una verdad necesaria gracias al sencillo mecanismo del poder ideológico? No podemos excluir esta posibilidad. En 1945 Stalin ya era, según su propia visión, el mejor hombre de Estado, el mejor estratega, el mejor filósofo del mundo, el padre y maestro de la humanidad; y gracias a la amplia jerarquía de obedientes pelotilleros sobre los que mandaba, sus observaciones más simples acababan siendo verdades infalibles, ante las cuales debía inclinarse y retirarse cualquier evidencia inconveniente. Es bastante probable que, sin ningún propósito concreto, Stalin declarara que Hitler seguía vivo y que la burocracia de la tiranía ideológica convirtiera estas palabras casuales en un dogma. En todo caso, el dogma prevaleció. Los rusos en Berlín conocían las pruebas en su contra. Para ellos era un dogma difícil de sostener y, sin embargo, imprudente rechazarlo. En tales circunstancias su mejor política era el silencio. Ahora comprendo lo molesto que debió de ser para ellos cuando, en respuesta a su silencio, sus aliados occidentales se ofrecieron a ayudarlos para conseguir lo que menos deseaban: más pruebas.

No obstante, el dogma no duró para siempre. En 1950, cuando se publicó la segunda edición inglesa de mi libro, su dominio permanecía intacto, al menos en público. Pero entretanto, en Rusia, se estaba preparando discretamente el terreno para un cambio. En 1949 se inició el rodaje de un nuevo «documental» en color. En junio de 1950 se estrenó en el sector ruso de Berlín. El título era *La caída de Berlín* . [38] Estaba producido por M. Chiaureli, y su principal característica era una veneración incesante, servil y repugnante a Stalin, quien por entonces seguía vivo y disfrutando la última etapa de su apoteosis en la tierra. Pero en un aspecto el

documental se desviaba de la ortodoxia estalinista previa. Ya no se representaba a Hitler huyendo a España o Argentina, sino suicidándose en el búnker de la cancillería; en esencia, como se narraba en mi libro.

¿Qué había sucedido para que se produjera este repentino e injustificado cambio de opinión en Rusia, esta nueva y súbita inversión en la línea del partido? Los interrogatorios a los prisioneros recién llegados de Rusia proporcionan algunas pistas para resolver este problema. Después de la inversión del 9 de junio, todo el escenario, los actores y el attrezzo se trasladaron de Alemania a Rusia. Para finales de agosto todos habían llegado; incluida, al parecer, la figura central del drama: los restos calcinados y descompuestos del Führer. [39] Los testigos, que previamente habían sido prisioneros del Ejército Rojo, tenían ahora la clasificación de prisioneros políticos, y como tales se hallaban concentrados en la prisión Lubianka de Moscú, pero no les estaba permitido comunicarse entre ellos. Allí se encontraban Baur, Rattenhuber, Mengershausen, Echtmann, Linge, Guensche y otros. Se los conocía como «el grupo de la cancillería del Reich». Y ahora, una vez recompuesto el escenario, fueron de nuevo interrogados separada y sistemáticamente. Les hicieron escribir el relato completo de sus experiencias durante los últimos días del Berlín nazi. Repitieron cansadamente los hechos que ya habían relatado en Alemania. Durante mucho tiempo no les creyeron. Los rusos acusaban a Baur —el piloto de Hitler— de haber trasladado en avión al Führer, o de haber dispuesto su vuelo, a algún lugar seguro fuera de Berlín. ¿Acaso no estaba ahora en España o Argentina? Acusaban a Rattenhuber —responsable de la seguridad de Hitler— de haber preparado su fuga secreta a bordo de un submarino hasta Argentina. Siempre hablaban de España o Argentina, al igual que Stalin en mayo de 1945. En cierta ocasión, cuando Rattenhuber había repetido la misma historia por enésima vez, el interrogador le dijo: «Vamos, déjese de patrañas y cuéntenos la verdad». Por último, tras casi un año de interrogatorios, Baur al menos tuvo la impresión de que la incredulidad de sus captores empezaba a aflojar. Entonces, en el verano de 1946, se representó una nueva escena en esta lenta y persistente comedia rusa.

Repentinamente, reunieron al grupo de la cancillería del Reich y los sacaron de la prisión. Sin mediar ninguna explicación los subieron a un tren y después a un avión. Al aterrizar vieron que estaban en Berlín. Fueron llevados a la cancillería, y allí, en el escenario original, se les hizo

representar toda la escena de la muerte, la cremación y el entierro de Hitler. [40] Al parecer, este macabro incidente satisfizo por fin a los rusos. En un momento dado, mientras estaban en Berlín, incluso prometieron a Baur y a los demás mostrarles los restos mortales del Führer; pero esta promesa nunca llegó a cumplirse. Después, una vez convencidos de las conclusiones, los rusos se dispusieron a hacer desaparecer las pruebas. Trasladaron a los prisioneros de vuelta a Rusia y los dispersaron por distintas prisiones: algunos al Ártico, otros a los Urales; devastaron la cancillería, volaron el búnker con explosivos de alta potencia. En cuanto al cuerpo de Hitler, cuya cremación había dispuesto él mismo para que no cayera en manos de los rusos y pudieran deshonrarlo, ellos trataron a su vez de ocultarlo para que los alemanes no lo hicieran objeto de veneración. Tres años después, un prisionero alemán, conducido desde los Urales a la prisión Lubianka, al que preguntaron si podía reconocer una fotografía de los cadáveres carbonizados de Hitler y Eva Braun, fue incapaz de dar una respuesta afirmativa. Para ello, dijo, tendría que ver los cadáveres en persona. «Entonces ¿no cree que los cuerpos estén en Moscú?», preguntó el interrogador. El prisionero admitió que así era. Y entonces le dijeron: «El cadáver de Hitler está mejor custodiado por nosotros que bajo la puerta de Brandeburgo en Berlín. Los muertos pueden ser más peligrosos que los vivos. Si Federico el Grande no hubiera sido enterrado con tanta pompa en Potsdam, los alemanes no habrían iniciado tantas guerras en los dos últimos siglos. Los alemanes adoran a los mártires». [41] Pero a este mártir no lo tendrían. A pesar de que la información posterior ha alterado los antecedentes circunstanciales, mi observación original sigue siendo cierta: «Al igual que Alarico, enterrado en algún lugar secreto bajo el lecho del río Busento, el destructor moderno de la humanidad jamás será descubierto».

Así pues, tras un largo período de incredulidad y a pesar de los prejuicios oficiales, los rusos aceptaron por fin la verdad sobre los últimos días de Hitler sustancialmente tal y como la relato en mi libro. Sus métodos y fuentes fueron distintos; su investigación totalmente independiente; y llegaron a regañadientes a sus conclusiones. Pero estas coinciden con las mías. Esta concordancia, en tales circunstancias, me parece el mejor apoyo que podría desear, si en efecto necesitara alguno, para las conclusiones que

ya había alcanzado mediante métodos racionales. No pasará mucho tiempo antes de que esta evidencia convenza incluso a los tribunales alemanes, que aún en mayo de 1956 dudan en declarar muerto a Hitler. [42]

He dicho que la versión rusa es «sustancialmente» igual a la mía, porque debo admitir que discrepamos en un pequeño detalle. Tanto en sus primeras confesiones como en el documental posterior, los rusos sugerían que Hitler se había suicidado ingiriendo veneno. El 5 de junio de 1945, los oficiales del alto mando de Zhúkov declararon que, tras el examen del cadáver de Hitler, los médicos rusos habían establecido su muerte por envenenamiento. En el documental, Hitler aparece tragándose una cápsula de veneno. Por otra parte, yo he declarado que se pegó un tiro en la boca. Dado que los rusos tenían el cadáver de Hitler y yo no, ellos estaban en una posición más favorable para determinar la causa de la muerte. Pero ninguna de sus declaraciones ha sido contundente, razonada ni siquiera circunstancial. Sus primeras declaraciones, anteriores al 9 de junio de 1945, fueron extraoficiales y de segunda mano: en algunos aspectos eran totalmente incorrectas —al menos en la forma en que se relataron—; y su documental no era más que propaganda descarada llena de inexactitudes tendenciosas: no es en modo alguno documentación científica. En estas circunstancias, tal vez sea mejor retroceder hasta sus imprecisas declaraciones y volver a examinar las pruebas disponibles.

El primer testigo que estuvo disponible en 1945 fue Erich Kempka, el chófer de Hitler. Había huido de Berlín y había sido capturado por los norteamericanos. Al ser interrogado declaró que inmediatamente después de la muerte de Hitler, Guensche, que había examinado el cadáver, le dijo que el Führer se había pegado un tiro en la boca. Esto, por supuesto, es información de segunda mano; pero Kempka añadió que después de llevar el cadáver de Eva Braun al exterior para su cremación, él mismo entró en la «sala de la muerte» y vio en el suelo dos pistolas, una Walther 7.65 y una Walther 6.35. Siete meses después, esta información fue confirmada y completada por el jefe de las Juventudes Hitlerianas, Artur Axmann, que había estado oculto en los Alpes bávaros y por lo tanto no había tenido contacto con Kempka. Axmann declaró que había sido uno de los que entraron en la «sala de la muerte» inmediatamente después del suicidio de Hitler. «Al entrar, vimos al Führer sentado en un pequeño sofá, Eva Braun a su lado con la cabeza apoyada en su hombro. El Führer estaba ligeramente inclinado hacia delante y todos nos dimos cuenta de que estaba muerto. La

mandíbula le colgaba floja y había una pistola en el suelo. Por ambas sienes le corrían hilillos de sangre y la boca también estaba ensangrentada, pero no había muchas salpicaduras alrededor... Creo que Hitler se tomó primero el veneno y a continuación se pegó un tiro en la boca, y que la conmoción cerebral producida por el disparo explica la sangre en las sienes del Führer.»

Tales eran los datos de que disponía en 1946. Ahora están complementados por la información de Linge y Mengershausen, quienes no tuvieron ocasión de confabularse con Kempka o Axmann, dado que habían pasado la década intermedia en prisiones rusas. Linge es un testigo de primera mano: él también entró en la «sala de la muerte» inmediatamente después del suicidio de Hitler, y también fue él quien llevó el cadáver al jardín. Según él, cuando entró en la habitación, «allí estaba el cadáver de Adolf Hitler, en el sofá, casi erguido. En la sien derecha había un pequeño agujero, del tamaño de un marco de plata alemán, y un hilillo de sangre se deslizaba lentamente por su mejilla». Tras esta declaración, que confirma exactamente todo el relato de Axmann, Linge corrobora los detalles dados por Kempka: «en el suelo había una pistola, una Walther 7.65, que le había caído de la mano derecha. A un metro más o menos había otra pistola calibre 6.35». [43] A esto hay que añadir la declaración de Mengershausen, quien afirma que cuando le mostraron el cadáver de Hitler casi un mes más tarde, la cabeza presentaba un agujero de bala en la sien. Mengershausen señala que a partir del estado de la cabeza cuando la examinó, piensa que Hitler se disparó en la cabeza y no en la boca como yo había escrito. El agujero en la sien le pareció el de entrada de una bala, no el de salida. Según él, si Hitler se hubiera disparado en la boca la presión del aire habría destrozado las mandíbulas, que sin embargo estaban intactas. No tengo los conocimientos suficientes para juzgar esta cuestión, y los expertos que consulté me dieron respuestas tan distintas que me contentaré con dejarla en el aire. Pero las pruebas demuestran que si bien Hitler pudo haber ingerido veneno, [44] según las conjeturas de Axmann, está claro que se suicidó pegándose un tiro. [45]

En efecto, esto es lo que cabía esperar de un hombre de su naturaleza. A Hitler le gustaba recordar, y demostrar, que era un soldado. Le gustaba aleccionar a sus generales, de los que desconfiaba, acerca del comportamiento correcto de un auténtico soldado alemán. Ya dos años antes había dejado muy claro en qué consistía este deber. Fue en febrero de 1943, cuando le llegó la noticia de que el mariscal de campo Paulus se había

rendido en Stalingrado. Al oír la noticia, Hitler se puso fuera de sí y soltó a sus generales una diatriba al respecto. ¿Por qué había hecho mariscal de campo a Paulus en el último momento? ¿Por qué si no para demostrar que su Führer lo honraba a su muerte? Porque por supuesto esperaba que Paulus y sus comandantes se suicidaran. Deberían haber «cerrado filas, formado un parapeto, y haberse suicidado con sus últimas balas». ¿Por qué no suicidarse? Gritó amenazador: «Es el camino que todo hombre debe seguir en algún momento». Hasta en tiempos de paz, «en Alemania entre dieciocho mil y veinte mil personas al año deciden suicidarse, incluso sin estar en semejante posición». ¿Cómo se puede excusar a un dirigente de la guerra derrotado? «Cuando se pierde el control, lo único que uno puede hacer es admitir que no domina la situación y pegarse un tiro.» [46] En abril de 1945, Hitler reconoció que se enfrentaba a su Stalingrado particular. No creo que hubiera dejado de seguir al pie de la letra su propio precepto. Sin duda habría elegido la muerte formal del soldado: con una pistola.

Entonces ¿por qué los rusos eliminaron la pistola de su versión acerca de la muerte de Hitler? Existe una explicación perfectamente racional que, aunque simple conjetura, podría ser cierta. Los rusos podrían querer ocultar el modo en que se suicidó Hitler precisamente por la misma razón que él lo escogió: porque era la muerte que elegiría un soldado. Yo mismo sospecho que esta fue la razón. Después de todo, está en la línea de sus costumbres. A lo largo de la historia, muchas tiranías del espíritu han tratado de aniquilar filosofías derrotadas pero peligrosas mediante categóricas ejecuciones públicas: la horca, el tajo, los sanguinarios descuartizamientos exhibidos *in terrorem populi* . Pero tales liquidaciones espectaculares, por muy efectivas que fueran en la época, a posteriori suelen producir mitos: existen reliquias de los muertos y peregrinaciones a los lugares de ejecución. Los bolcheviques rusos prefirieron por tanto un método en general menos enfático: sus enemigos ideológicos han caído en el olvido en anónimas tumbas y fechas inciertas, y no quedan reliquias suyas para posterior veneración. Ya he sugerido antes que fue por esta razón, y conforme a esta filosofía, que ocultaron las circunstancias de la muerte de Hitler, escondieron sus restos y destruyeron el escenario de su suicidio y de su funeral nórdico. Podría ser que cuando este encubrimiento total resultó imposible y decidieron admitir los hechos, hubo uno que pensaron sería

oportuno alterar. La muerte del soldado quizá resultara heroica a ojos de los alemanes. El suicidio con veneno habría parecido a los rusos una versión más conveniente.

En tal caso, surge una interesante cuestión general. Yo escribí este libro también, en primer lugar, por exactamente la misma razón que hizo que los rusos lo desaprobaran: para impedir (en la medida en que este medio puede hacerlo) el renacimiento del mito de Hitler. De este modo, parecería que en esta cuestión los rusos y nosotros buscábamos exactamente el mismo fin con medios diametralmente opuestos: ellos eliminando pruebas, nosotros publicándolas. Es discutible cuál de los dos métodos es más efectivo. Solo diré que personalmente creo en el mío. Porque ¿cuándo la represión de la verdad ha evitado el nacimiento de un mito si se necesitaba uno? ¿Cuándo la falta de reliquias auténticas ha evitado el descubrimiento de otras falsas en el momento que se han necesitado? ¿Cuándo la incertidumbre acerca de un sepulcro auténtico ha evitado la peregrinación a otro falso? Y además, si lo he descrito correctamente, en el razonamiento ruso hay una implicación algo siniestra. Si temen la verdad, ¿no parece que crean en su poder: que el dominio de Hitler fue realmente inspirador, que su fin fue en verdad glorioso, y que el secreto es necesario para evitar que se extienda esta visión? Es una visión que yo no comparto. En mi opinión, y quizá yo tenga una confianza demasiado inocente en la naturaleza y la razón humanas, el dominio de Hitler fue tan funesto, su carácter tan detestable, que nadie puede acabar sintiendo admiración por él al leer la verdadera historia de su vida o de su melodramática y cuidadosamente dirigida muerte.

Porque resulta evidente para mí que los últimos días de Hitler fueron una obra teatral meticulosamente puesta en escena. Hitler no eligió esta forma de morir tan solo porque deseara evitar un juicio público, u ocultar su cadáver de los rusos. Toda su historia previa había sido conscientemente teatral, quizá incluso operística; y hubiera sido contrario a su forma de pensar terminar semejante carrera con un final insípido o chapucero. Mucho antes, durante su época triunfal, a menudo había declarado que la única alternativa satisfactoria a la apoteosis era el aniquilamiento espectacular: al igual que hizo Sansón en Gaza, él perecería sepultado bajo los templos de sus enemigos. Incluso llegó a indicar —mucho antes de pensar siquiera en la derrota— el método ideal para morir. En febrero de 1942 señaló: «En pocas palabras, si uno no tiene una familia a quien legar su casa, lo mejor sería morir quemado en ella con todo su contenido; ¡una magnífica pira

funeraria!». [47] Poco pensó, en esos meses triunfales, que pronto estaría siguiendo al pie de la letra su propio precepto. Afortunadamente, llegado el momento tenía junto a él al hombre esencial, el empresario del movimiento nazi, Joseph Goebbels, quien durante veinte años ideó el decorado, el acompañamiento y la publicidad de este espantoso melodrama wagneriano. El 27 de marzo de 1945, el ayudante de Goebbels, Rudolf Semler, anotó en su diario los preparativos para este último acto. «Goebbels ha convencido a Hitler de que no abandone Berlín. Le ha recordado el juramento que hizo el 30 de junio de 1933. Esa noche, Hitler le había dicho a Goebbels en la cancillería del Reich: “Nunca saldremos de este edificio por nuestra propia voluntad. Nada en el mundo nos obligará a abandonar nuestra posición”. Ahora se están haciendo todos los preparativos para la verdadera “escena del crepúsculo de los dioses”.» [48] Mi libro es la historia de esta escena tan meticulosamente preparada. También es la prueba de su experta dirección. Pero este melodrama tan bien escenificado, ¿suscita respeto o inspira emulación? Le corresponde al lector decidirlo. El futuro lo dirá.

1

Hitler y su corte

Ahora que el Nuevo Orden ha pasado a la historia y el Reich milenario se ha hundido en una década, somos capaces, al fin, escarbando entre las ruinas humeantes, de descubrir la verdad acerca de aquel episodio fantástico y trágico. Es un estudio que tiene tanto de interesante como de aleccionador, porque no solo descubrimos la verdad de los hechos, sino la extensión de nuestros errores. Si hemos de comprender el extraordinario relato de los últimos días de Hitler y valorar la verdadera naturaleza de los políticos nazis, resulta esencial que señalemos primero todos aquellos errores. Debemos reconocer que Hitler era algo más que un simple peón movido por determinadas fuerzas; que el Estado nazi no era (cualquiera que sea la significación que demos a la palabra) un Estado totalitario y que sus jefes políticos no eran un gobierno, sino una corte; una corte tan descuidada de sus deberes de gobernar y tan incalculable en su capacidad para la intriga como cualquier sultanato oriental. [1] Además, hemos de conocer la verdadera significación política de la doctrina nazi, hasta qué punto conservó su pureza, y la influencia que tuvo en los acontecimientos de los últimos días; y también, la naturaleza de la lucha de Hitler con el estado mayor del ejército, el único grupo disidente que no pudo ni disolver ni eliminar y que, en determinado momento, pudo haberlo eliminado a él. A menos que tales realidades políticas y relaciones sean comprendidas certeramente, los acontecimientos de abril de 1945 resultarán incomprensibles, y la tarea de acumular y ordenar la complicada masa de pruebas y documentos habrá resultado, en cierto sentido, estéril; porque mientras resolvemos un misterio de hecho, tropezaremos con un misterio todavía mayor de interpretación.

Algunas de las afirmaciones precedentes pueden parecer pura paradoja. ¡Cuánta gente fue seducida en años pasados por la propaganda, llegando a creer de buena fe que la Alemania nazi estaba organizada como un estado

«totalitario», es decir, con integración total, movilización total y control rigurosamente centralizado! Si esto hubiera sido verdad, Alemania podría haber ganado la guerra, porque sus ventajas en tiempo, recursos y preparación militar fueron enormes; pero en realidad el totalitarismo alemán fue algo muy distinto de lo que precisaban. Únicamente la política, y no la administración, estaba efectivamente controlada por el centro. Para los nazis la guerra total no significaba, como significó para nosotros (y acaso solo para nosotros), una concentración de todos los esfuerzos en la guerra y una suspensión de todas las actividades industriales no esenciales, pues en Alemania continuó la producción de muchas industrias de lujo innecesarias; significaba, exclusivamente, hacer la guerra por todos los procedimientos y en todos los elementos. En la Alemania nazi ni la producción de guerra, ni la mano de obra, ni la administración, ni el servicio de inteligencia estaban racionalmente centralizados; y la protesta de Ribbentrop en Núremberg de que el espionaje en el exterior no lo dirigía el Ministerio de Asuntos Exteriores es sustancialmente verdad. La estructura de la política y la administración alemanas, en lugar de ser como los nazis proclamaban, «piramidal» y «monolítica», era, en realidad, una confusión de imperios, ejércitos y servicios de inteligencia, todos ellos privados. A fin de cuentas, el absolutismo irresponsable es incompatible con la administración totalitaria, pues la inseguridad de los políticos, el peligro de un cambio arbitrario y el temor a la venganza personal, hacen que cada hombre cuya posición lo obliga a considerarse fuerte o vulnerable, necesite protegerse contra cualquier sorpresa, reservando para sí y en detrimento de la colectividad la mayor parte del poder que haya logrado conquistar. Así resulta que al final no existe un criterio común. La irresponsabilidad de los gobernantes corre pareja con la irresponsabilidad de los súbditos; el concepto de la comunidad de destino no existe fuera de la propaganda oficial, y los políticos vienen a ser como los señores de una anarquía feudal, en la cual el poder personal de un déspota indiscutido puede hacer ocultar los defectos, pero nunca suprimirlos por completo.

¡Y cuán equivocados estábamos muchos de nosotros con respecto al déspota mismo, a menudo representado como un simple instrumento, pero cuyo poder personal era en realidad tan indiscutible que perduró hasta el fin, que se sobrepuso al caos creado por él mismo, y ocultó su propia naturaleza, y que aun desde la tumba parecía gravitar sobre el ánimo de sus subordinados sentados en el banquillo de Núremberg! Si este absolutismo

no hubiera chocado, tropezado, con una fuerza externa, habría sido tonto suponer que pudiera terminar con él ninguna resistencia interior. Nadie puede escapar a la corrupción del poder absoluto. Las inhibiciones, las amonestaciones, las introspecciones que pueden influir en el ejercicio del poder, cuando este se encuentra limitado por la inseguridad o la competencia, desaparecen con tales límites; y en los últimos años de Hitler sería inútil buscar los gestos diplomáticos o las concesiones que marcaron sus primeros pasos y mucho menos las reservas o humildades circunstanciales del *Mein Kampf* . [2]

Tenemos, además, el nazismo en sí, la religión de la revolución germana, que reforzó e inspiró su temporal, pero espectacular triunfo, y fue un elemento tan importante en su política, como lo fuera el calvinismo en la vida europea de unos siglos atrás. Muchos escritores respetables han examinado con todo detenimiento este vasto sistema de bestialidad y majadería nórdicas, analizando sus componentes, descubriendo sus remotos orígenes, explicando su significación y señalando sus errores; pero de todos los trabajos sobre tan disparatado tema, el mejor, el más revelador, el más valioso en mi opinión, no procede de ningún investigador concienzudo ni de cualquiera de las víctimas virtuosas del movimiento, sino (porque el fracaso proporciona con frecuencia una mejor educación política que la habilidad para escribir, o la virtud y entereza con que se soporta el sacrificio) de un nazi decepcionado. Hermann Rauschning, un magnate de la Prusia Oriental, uno de aquellos militares aristocráticos que se unieron al movimiento en los primeros tiempos, esperando utilizarlo en la consecución de sus propios fines, contribuyó al triunfo, se vio defraudado en sus esperanzas de recompensa y contempló la ruina final de su clase en la «purga» de 1944. Más inteligente que sus compañeros, Rauschning se apartó pronto de un movimiento que no podía controlar ni detener y escribió dos libros en los que expuso con terrible sinceridad la verdadera significación del movimiento nazi. No fueron muy puros los motivos que lo impulsaron ni a incorporarse ni a separarse del partido. No era ni demócrata, ni pacifista, ni mártir (si podemos entender y admitir tales condiciones como profesiones); la claridad intelectual con que se expresa no procede del sufrimiento, sino de la desilusión. Pero la verdad es independiente de los estímulos que provocaron su descubrimiento y de las condiciones que han regulado su expresión; por lo tanto, decir que Rauschning no es mejor que cualquiera de los individuos de su clase, no es

realizar una crítica inteligente de sus libros. En esos libros ha demostrado, como ningún otro lo ha conseguido, el nihilismo esencial de la filosofía nazi. Este nihilismo, la expresión de la frustración ante el mundo actual, había inspirado el movimiento en sus primeros tiempos; fue oscurecido en los años de poderío y esplendor por otros intereses más positivos, que vivieron parasitariamente sobre él; pero en los últimos días, a los que se refiere este libro, cuando toda esperanza de beneficios personales se había esfumado, cuando todos los rivales fueron eliminados o escaparon, el partido, dueño de un indiscutido poder, ya no tenía nada positivo que ofrecer a sus seguidores y retornó al nihilismo como a su última filosofía. La voz que surgía de entre las ruinas de la ciudad de Berlín en el invierno de 1944 y la primavera de 1945 era la auténtica voz del nazismo, purgada de todas las desviaciones, libre de sus concesiones, dando la bienvenida a las consecuencias lógicas de su dilema primitivo: dominio mundial o aniquilamiento.

En el invierno de 1944 la alternativa real del dilema había desaparecido, como sabía todo el mundo, excepto algunos fanáticos ciegos. Esa alternativa real se expresaba, en términos generales, como «dominio mundial» o «grandeza histórica»; definida de una manera más concreta y precisa quería decir tan solo una cosa: la conquista de Rusia, el exterminio de los eslavos y la colonización del Este. No era otro el verdadero mensaje que traía el nazismo. Era el fondo mismo del *Mein Kampf* ; [3] un poco oscurecido por planes en apariencia más vastos, aparece en las conversaciones de que nos informa Rauschning; [4] y en el último mensaje escrito de Hitler, cuando ya los rusos estaban a las puertas de la cancillería de Berlín, el postrer designio real que esboza ante su pueblo es todavía «la conquista de los territorios del Este». [5] Esta política de expansión hacia Oriente era la esencia del nazismo; todos los demás designios esbozados —la conquista de Francia o de Inglaterra, por ejemplo— fueron subsecuentes o incidentales, complementarios, en fin de cuentas, del fundamental. La ofensa inferida por Francia a Alemania era su tradicional política de alianzas orientales, la cual le había permitido durante tres siglos intervenir constantemente en la vida alemana. La ofensa de Inglaterra era su persistente negativa a conformarse con una supremacía marítima, y su firme propósito de impedir el dominio de Europa por una sola potencia continental. Pero la ofensa de Rusia era la existencia de Rusia. Como las ofensas eran diferentes, también tenía que ser distinta la respuesta de

Alemania a cada una de ellas..., por lo menos hasta que Hitler, envenenado por sus triunfos, abandonó toda diplomacia e inteligencia. Francia tenía que dejar de ser una gran potencia; debía ser reducida a nación de segundo orden, y una vez conseguido esto podría sobrevivir como una Croacia occidental o una Eslovaquia independiente, incapaz de intervenir activamente en la política europea. Inglaterra tendría que contentarse con ser una potencia marítima; no era preciso hacerla descender a nación de segundo orden —Hitler estaba siempre dispuesto a «garantizar el Imperio británico»—, pero no debía volver a intervenir jamás en la política continental. Así la política nazi con respecto al Occidente aseguraría la libertad de Alemania para enfrentarse con el problema fundamental que estaba en el Este. Para Rusia la solución no podía ser tan benévola. Como el crimen de Rusia era su existencia, el castigo tenía que ser su exterminio. La guerra en el Occidente sería una guerra tradicional, una guerra de objetivos diplomáticos y fines limitados, en la cual era posible observar algunos restos de las convenciones internacionales; la guerra del Este era una cruzada, «una guerra de ideologías», en la cual se olvidarían todas las convenciones. Es esencial que recordemos constantemente el básico significado antirruso del nazismo. Todos los conceptos generales de aquel terrible credo ocultan un objetivo antirruso. Racismo quiere decir la supremacía de los germanos sobre los eslavos; «espacio vital» y «geopolítica», la conquista de su territorio; el gobierno de la «raza superior», la esclavitud de las masas supervivientes. Las cruzadas exigen cruzados; y de nuevo es en la significación antirrusa del nazismo donde hallamos explicación al carácter de las SS, los más fanáticos y místicos misioneros del nuevo evangelio. Fueron ellos quienes predicaron el racismo y el «espacio vital» y practicaron el exterminio y la esclavitud de los habitantes de los territorios conquistados; ellos quienes acentuaron el carácter de cruzada de la guerra, organizando millares de extranjeros en legiones antirrusas; ellos llevaron el misticismo nórdico a extremos que el propio Hitler ridiculizaba; y ellos quienes, al final, pretendieron llevar adelante la cruzada del Este, incluso pagando un precio que Hitler rechazaba: la rendición en el Oeste. No fue Hitler, sino Himmler, el sumo pontífice de las SS, quien expresó el evangelio nórdico en sus formas más ultrajantes; y lo expresó de una manera esencial con respecto a Rusia. [6] Una clara apreciación de este carácter antirruso del nazismo no es solo necesaria

para la comprensión del nazismo en sí; explica también, en parte, la más significativa oposición a Hitler dentro de Alemania: la oposición del estado mayor general del ejército.

La lucha de Hitler en el estado mayor general del ejército es uno de los aspectos más interesantes de la historia nazi durante la guerra, porque el estado mayor fue la única oposición que Hitler, si bien logró destruir al final, no pudo conquistar por completo en ningún instante. En 1924, cuando Hitler escribió el *Mein Kampf* consideraba al estado mayor alemán como «la organización más admirable que el mundo había conocido»; [7] pero una vez que conquistó el poder descubrió con disgusto que el estado mayor no se contentaba con ser un poderoso instrumento de su política, sino que tenía una política propia. Igual que había dictado sus condiciones al káiser, aspiraba a dictárselas al Führer. Hitler liquidó las organizaciones obreras de un golpe; aterró a la clase media obligándola a someterse; sedujo a los industriales; no tuvo preocupaciones por parte de las Iglesias, y los comunistas, perdida su independencia, rendidos ante él, le proporcionaron los primeros conversos para engrosar sus filas. Pero el ejército se negaba a dejarse convertir, aterrar o seducir; y como Hitler lo necesitaba no podía pasarlo por alto ni liquidarlo; al contrario, tuvo que aumentarlo. En una ocasión, en 1934, el ejército lo obligó a aplastar el ala radical del partido y proclamar públicamente su disconformidad con la Revolución de la Destrucción. [8] Incapaz de tomar por asalto este último reducto, Hitler se dispuso a agotarlo y hundirlo. Con dimisiones forzadas y nuevos nombramientos casi lo logró, pero solo en parte. En 1938, en el momento de la crisis de Múnich, el estado mayor general, dirigido por Halder, decidió sustituir aquel gobierno de dementes; pero la inesperada noticia de que Chamberlain había aceptado los dictados de Múnich arrancó de sus manos las armas en el momento en que se disponían a utilizarlas. [9] El éxito de Hitler en Múnich tuvo fatales repercusiones para los jefes del ejército. No contaban con ningún apoyo fuera de sus filas; se representaban únicamente a sí mismos; eran impotentes frente a un dictador capaz de conseguir triunfos tan resonantes y definitivos. Por algún tiempo la oposición del estado mayor general prácticamente desapareció. Además, la política que el gobierno alemán había de seguir durante los tres años siguientes era, en líneas generales, la suya propia.

Los jefes del ejército alemán creían en una política de conquistas limitadas. Deseaban que Alemania fuese una gran potencia, capaz de soportar un ejército eficiente, bien pagado y privilegiado. Tal cosa podía lograrse simplemente con dar la vuelta a los acontecimientos de 1918; en realidad, bastaría con restablecer las condiciones de vida del antiguo imperio. En tanto que Hitler se limitase a ganar para ellos lo que necesitaban, estaban dispuestos a apoyarlo e incluso a pasar por alto algunos de los aspectos menos agradables de su movimiento; pero como hombres prácticos, inteligentes y calculadores, no místicos ni profetas, se oponían a cualquier aventura de fines ilimitados, cuyo desarrollo no pudieran prever por anticipado y controlar sus consecuencias. En especial, se negaban a toda conquista que alterase la estructura social de Alemania y sumergiera su clase privilegiada entre las masas de un nuevo Reich nazi milenario. Por todo esto, eran contrarios a la guerra con Rusia. Rusia era el aliado tradicional de los *junkers* alemanes, cuyos prejuicios, firmemente arraigados en la oficialidad prusiana, dominaban aún el estado mayor general. La revolución bolchevique no alteró esta alianza, porque eran hombres prácticos que se consideraban por encima de las meras concepciones ideológicas; y, en realidad, había sido un convenio con la Rusia bolchevique lo que les había permitido conservar una sombra de ejército en los días oscuros que siguieron a Versalles. El interés de los jefes del ejército alemán se daba por satisfecho con las conquistas de Polonia y Francia; en 1940 hubieran acogido con agrado un alto el fuego que les permitiera estabilizar las ganancias conseguidas. Desgraciadamente, lo que bastaba para satisfacerlos a ellos no hacía más que dar a Hitler una gran confianza en sí mismo y estimular su apetito. Las fronteras imperiales de Alemania le parecían una ambición demasiado mezquina; [10] lo que era un fin para los militares, no pasaba de ser un medio para él. En junio de 1941, impulsado por el triunfo y envenenado por la propaganda que lo calificaba como «el mayor genio estratégico de todos los tiempos», se lanzó a realizar el objetivo fundamental del movimiento nazi: la colonización del Este.

Con el inicio de la campaña rusa en 1941, volvió la oposición del estado mayor general. Su última manifestación fue el complot del 20 de julio de 1944, pero había cruzado una larga serie de túneles, marchando durante un largo recorrido por debajo de tierra antes de que apareciera en la superficie de aquella manera repentina y espectacular. Al principio, los generales se limitaron a aconsejar y protestar. Una guerra en Rusia iba

contra sus intereses políticos, pero sus intereses políticos habían dejado de importar. Se habían lanzado en medio de la parda corriente nazi sin estar seguros de su dirección y ahora se veían arrastrados por el torrente. La lucha iba también contra sus conocimientos estratégicos. Tampoco estos importaban nada ahora, porque frente a ellos se alzaba un hombre que se creía el mayor genio militar de todos los tiempos, y al que molestaban profundamente las sugerencias de los «expertos» que pretendían saber más que él. Que Rusia pudiera resistir a los ejércitos alemanes se le antojaba una creencia ridícula. Afirmaba: «No tenemos más que dar una patada en la puerta y se hundirá toda la casa». Cuando el jefe del estado mayor general presentó las cifras acerca de la producción rusa de tanques, Hitler montó en cólera y ordenó que el departamento técnico que había recopilado cifras tan «derrotistas» fuera suprimido. [11] Los militares tuvieron que inclinarse ante él, como lo había hecho la *bourgeoisie* , como todo el mundo (de acuerdo con la filosofía hitleriana) tendría que inclinarse ante la superioridad de su voluntad. La aventura rusa comenzó. Es cierto que la casa no se derrumbó con la primera patada en la puerta, pero esto no tardó en ser explicado satisfactoriamente. Del mismo modo que Inglaterra aparentaba no haber sido derrotada, así Rusia estaba aparentemente en pie. Con propósitos prácticos, Hitler anunció en octubre de 1941 que la guerra estaba a punto de concluir. «¡Los rusos ya no *existen* !», gritó a los generales que lo ponían en duda. [12] Expresando de una manera más concreta su pensamiento, hubiera dicho que el oso ruso estaba muerto..., pero se negaba a tumbarse. Para demostrar su confianza ordenó la disolución de cuarenta divisiones del ejército, la devolución de suficiente mano de obra a la industria y el cese de la producción de armamentos, sin dar cuenta de ello previamente al ejército. Sin embargo, los generales siguieron dudando. En noviembre de 1941, Hitler tomó personalmente el mando supremo del ejército alemán. Nueve meses después, Halder, jefe del estado mayor del ejército por acuerdo de los más capacitados generales alemanes, el único continuador de la gran tradición militar de Moltke y Schlieffen, fue destituido. Mientras tanto, el OKW, o sea el mando general combinado, [13] se había convertido en un nuevo directorio político de las fuerzas armadas, y a su frente habían sido colocados los generales más gratos al partido: el rastrero Keitel, que creía en el genio estratégico de Hitler [14] y el laborioso Jodl, que lo secundaba. Desde los cuarteles generales del Führer, instalados en profundos refugios

subterráneos de Berlín y Rastenburg, la guerra era dirigida de una manera extraña y confusa; el control del partido sobre el ejército era total; y la oposición del estado mayor general seguía su marcha bajo tierra.

La existencia de una oposición seria a Hitler, en el seno del estado mayor general entre 1941 y 1944, ha sido puesta en duda algunas veces. Hitler no cometió jamás el error de menospreciarla. La mayor mortificación para su espíritu era que el único instrumento de que no podía prescindir fuera, secreta pero fundamentalmente, opuesto a su política. Así lo dijo con frecuencia. También declaró en más de una ocasión que en 1941 los generales habían perdido el control de sus nervios, y que solo su voluntad de hierro, su genio estratégico, había salvado a los ejércitos alemanes en el primero y terrible invierno de guerra en Rusia. A veces envidiaba y elogiaba abiertamente el poder, la previsión y la resolución de Stalin que había liquidado su estado mayor por medio de una «purga», sin preocuparse por los riesgos de una guerra próxima. A menudo descargaba su rabia contra sus propios oficiales de alta graduación, a los que llamaba en su cara embusteros y traidores, de forma que el resentimiento, como algunos suponen, los lanzó de lleno a la conspiración. Antipatías personales venían a aumentar su odio por toda la clase. Sin embargo, por mucha seguridad que tuviera en su genio estratégico, por halagador que fuera el eco que sus palabras encontraban entre quienes lo rodeaban, no lograba convencerse nunca de que todo el mundo lo aceptara y reconociera así. Procuraba estar siempre atento para descubrir el menor asomo de burla; según declaraciones de Keitel, si alguien de su corte deseaba arruinar la carrera de cualquier militar, bastaba con decir en el momento adecuado que su víctima propiciatoria se había referido a Hitler llamándolo «el cabo». No obstante, aunque esta oposición al curso seguido por la guerra existía desde 1941, y aunque sus jefes estuvieron planeando el asesinato de Hitler a partir del mes de enero de 1942, no era posible, teniendo en cuenta la falta de representación de esos dirigentes, traducir sus deseos en actos hasta que el mito de la omnipotencia de Hitler se tambalease a impulsos de la derrota. En 1944 se dieron estas condiciones; pero en 1941 el partido aparecía más triunfante que en ningún otro momento anterior.

Si 1941 marca el triunfo del partido sobre el ejército, también marca un cambio apreciable dentro de la gobernación del país: la transformación del gobierno en una corte. El poder absoluto trae inevitablemente una corrupción general, y después de los triunfos de 1940 fue fácil advertir

claros síntomas de descomposición en el carácter de todos los dirigentes nazis. Hubo, asimismo, grandes cambios del personal. El predominio de Hitler dentro del partido continuó, es cierto, sin experimentar la menor disminución hasta el fin; incluso en los últimos días, cuando se había desvanecido toda esperanza de premio o recompensa, cuando estaba en ruinas toda la maquinaria coercitiva que obligase a cumplir sus determinaciones, cuando había desaparecido toda ilusión de triunfo y todo sueño de gloria, aquel carácter demoníaco por su propia personalidad, y acaso también por la fuerza de la costumbre, reinaba sin discusión sobre sus seguidores. Pero si Hitler moría, ¿quién podría conquistar su puesto entre los aduladores que lo rodeaban? El más inteligente y menos corrompido miembro de aquella corte, es decir Speer, dice: «Las relaciones entre los diversos jefes supremos puede ser comprendida tan solo si interpretamos sus aspiraciones como una lucha por la sucesión de Adolf Hitler. La guerra de los Diadocos [15] se preparaba activamente entre bastidores». Al principio de la sucesión se le otorgó, por un decreto de 1 de septiembre de 1939, a Goering, quien, aunque políticamente cobarde, era considerado todavía como un hombre capaz y un funcionario importante —no se olvidaba que era el creador de la Luftwaffe, el iniciador del plan de cuatro años, jefe de la Hermann Goering Werke, inspirador de la Gestapo y de los campos de concentración—, un tipo resuelto que había asumido responsabilidades o derramado sangre en los momentos en que incluso Hitler vacilaba. Según el mismo decreto, después de Goering venía Rudolf Hess en la lista de los sucesores; Hess, hombre ingenuo, un poco chiflado, poco firme en sus determinaciones y absurdo en sus creencias. Pero en 1941 Hess había emprendido su vuelo a Escocia con su inconcebible misión, y el problema de la sucesión tenía que ser examinado de nuevo.

Albert Speer, que se encontraba en el chalet de Hitler en Obersalzberg en la fecha de la huida en avión de Hess, ha descrito cómo recibió el Führer la noticia del extravagante gesto de su subordinado. Dos de los ayudantes de Hess se presentaron en el chalet, anunciando que tenían una carta personal de Hess para Hitler. Uno de ellos penetró en su habitación, entregándole la carta. Desde el pasillo, Speer oyó la voz del Führer dando órdenes; Martin Bormann, infatigable acompañante de Hess, que ya empezaba a hacer sombra a su jefe inmediato, recibió orden de ponerse en comunicación telefónica con los sátrapas de la corte —Goebbels, Ribbentrop, Goering y Himmler—, quienes habían de presentarse

inmediatamente. Luego Hitler llamó a Udet, el as de la Luftwaffe, y le preguntó si Hess tenía posibilidades de llegar a Escocia volando en un biplano, solo, y sin ninguna ayuda. La réplica del piloto de la Luftwaffe fue una negativa rotunda; según los técnicos, Hess caería al mar mucho antes de llegar a su punto de destino. Animado por esta afirmación, hubo quien abogó por que fuese ocultado todo el asunto: Hess perecería, y nadie tenía por qué saberlo. Pero Hitler no estaba muy convencido. Despreciaba la opinión de los expertos, acaso porque conocía la habilidad de Hess como piloto; incluso en ocasiones lo había reprendido por su afición a tan peligroso deporte. [16] Antes de que los ingleses dieran la noticia y procurasen explotar el valor propagandístico del incidente, Hitler redactó un comunicado. Los dos ayudantes de Hess fueron detenidos, y en 1945 continuaban en la cárcel, aunque, como observa el cáustico Speer, «la costumbre de castigar a los portadores de malas noticias únicamente se conocía hasta entonces en determinados países asiáticos».

Cuando Hess voló a Escocia, comenzaba a ser ya una figura borrosa en el entorno del Führer, en el cual iba siendo sustituido gradualmente por el tenaz Bormann. Este hombre-topo, que parecía rehuir la luz del día y la publicidad, [17] y que despreciaba los honores y las distinciones, era insaciable en su apetito por el poder efectivo; por su constante presencia llegó a hacerse indispensable a Hitler; con sus hábiles insinuaciones logró triunfar en el último momento, apartando a todos sus rivales del trono de su señor. Al principio, aunque consejero privado y administrador financiero de Hitler, era nominalmente dependiente de Hess; pero su trabajo le sirvió para introducirse en el círculo personal del Führer. Encargado de la construcción del chalet de Hitler en el Berghof y de la compra de cuadros para sus colecciones, pronto se situó entre los favoritos de la corte y no perdió tiempo en desembarazarse de sus antiguos aliados. Hitler, convencido de que había encontrado un hombre trabajador e inteligente, no pareció advertir, o por lo menos nunca criticó, la desmesurada ambición que impulsaba a su silencioso secretario, que por su parte procuraba disimularla cuanto le era posible. En 1941, Bormann, que ya ocupaba el puesto de secretario personal del Führer, casi había reemplazado a Hess dentro del círculo íntimo. Estaba allí de una manera permanente, en tanto que Hess aparecía cada vez con menos frecuencia.

Cuando se produjo la huida en avión de Hess, Bormann fue candidato al cargo que quedaba vacante como jefe de la cancillería del partido. Goering, viendo en él un rival peligroso y a quien detestaba personalmente, aconsejó a Hitler en su contra, pero sin resultado. Quince días más tarde, al abrir su periódico matutino, vio que Bormann había sido designado para ocupar el puesto que abandonó Hess. Pero todavía no podía aspirar al más relevante de sus cargos, al de ser el segundo en la lista de los posibles sucesores de Hitler. Un decreto de 29 de junio de 1941 citaba como heredero exclusivamente a Goering. Desde aquel instante Goering se convirtió en el mayor enemigo de Bormann, su próxima posible víctima en la política bizantina de Berlín, Berchtesgaden y los cuarteles generales móviles del Führer.

Sin embargo, aunque Goering aparentaba ocupar todavía la primera posición después de Hitler en el Estado nacionalsocialista, la realidad tenía pocos puntos de contacto con su expresión oficial. Desde 1941 en adelante, la corrupción del poder y las fastuosidades propias del arribista empezaron a oscurecer, y más tarde a borrar por completo, la un tiempo poderosa inteligencia de aquel formidable carácter, hasta que al final era considerado por todos como un hombre entregado a la voluptuosidad, como un perfumado Nerón tocando la cítara mientras Roma ardía. En 1941 Goering había logrado todo aquello con que pudiera soñar. Era gran visir, mariscal del Reich, enormemente rico y satisfecho por completo. La guerra, afirmaba, estaba ganada; no eran necesarios nuevos esfuerzos. Goering comenzó a sentirse a gusto rodeado de un coro de aduladores y descuidó sus tareas. La Luftwaffe fracasó, aparecieron los bombarderos enemigos, la industria alemana se hundió, pero Goering solo aparecía raramente por Berlín. Estaba en Karinhall, su inmenso palacio campestre del Schorfheide, ataviado (según afirma un testigo presencial) tan pronto como un marajá oriental, como con un deslumbrante uniforme azul llevando en la mano un bastón de oro puro y marfil con incrustaciones de pedrería, o vestido de seda blanca, igual que un Dux veneciano, adornado con joyas, portando en la cabeza las astas simbólicas del ciervo de san Huberto, y una cruz esvástica de relucientes perlas entre la punta de los cuernos. Allí, en medio de escenas de lujo romano, celebraba fiestas y cacerías, organizaba reuniones y enseñaba a sus distinguidos invitados las maravillas arquitectónicas y artísticas de su morada: un despacho inmenso como la mitad de una iglesia, una biblioteca semejante a la del Vaticano, con una

mesa de ocho metros de largo, toda de caoba, con incrustaciones de esvásticas en bronce, sobre la que lucían dos grandes candelabros barrocos de oro, una escribanía de ónice, y una larga regla de marfil adornada con piedras preciosas. Mientras, sus secuaces llegaban continuamente procedentes de París y Roma, de Atenas y Kiev, e incluso de los museos alemanes, trayendo su tributo de joyas y estatuas, pinturas de los viejos maestros y *objets d'art* , tapices de los Gobelinos, retablos, trabajos delicados de los plateros de Augsburgo y toda clase de obras sacadas de los museos y los viejos palacios de las más antiguas y famosas ciudades del mundo.

Allí, por el momento, hemos de dejar a Goering, pues cualquiera que haya sido la *pose* que fuera capaz de adoptar en Núremberg, la realidad es que al final de la guerra era una figura completamente desacreditada como quedará evidenciado en el transcurso de este relato. Había aceptado las palabras de Hitler como verdades indiscutibles y se conducía como si la guerra estuviera ganada, aunque distaba mucho de estarlo. El oso ruso se negaba obstinadamente a tumbarse; los británicos se resistían a admitir su derrota, y pronto fue preciso, además, tener en cuenta a los norteamericanos. Crecían por doquier las dudas acerca de la estrategia sonámbula del Führer; ante las derrotas del Este, los bombardeos del Oeste y la perplejidad mental de todos, la breve unión del partido, el ejército y el pueblo comenzó a descomponerse; otras figuras se colocaron en lugares más destacados que el mariscal del Reich, capaz de darse por satisfecho demasiado pronto. Para resolver las dudas mentales, para combatir los rumores heresiarcas, la voz del profeta Goebbels se alzó una vez más, después de un prolongado silencio, porque en tiempos de victoria los profetas son una distracción innecesaria. Para impedir que las herejías se tradujesen en complots y conspiraciones, el poder de Himmler inició aquel rápido crecimiento que le dio la apariencia en los últimos momentos de colocarlo por encima incluso de la autoridad de Hitler.

Joseph Goebbels era el intelectual del partido nazi; quizá su único intelectual. A diferencia de la mayoría de los jefes del partido, que procedían con monótona uniformidad de Sajonia, Baviera y Austria, era un alemán de Occidente, de la Renania latina; y fue esta agilidad latina de su cerebro y la habilidad poco germánica para argumentar, los dones que hicieron de él un predicador mucho más eficaz que todos los ceñudos nacionalistas del sur. Por naturaleza, Goebbels era un hombre práctico, con

un carácter inquieto y radical que buscaba resultados inmediatos y totales. Era tan capaz de ver la realidad como de despreciarla, por tanto podía servirse de ella. Y dado que las ideas siempre eran para él moneda corriente, y no artículos de valor, en todo momento podía probar lo que le interesaba.

Así Goebbels persuadía a los alemanes de que sus derrotas eran victorias, de que el enemigo era solo superior en apariencia y de que las nuevas armas serían capaces por sí solas de resolver todos los problemas; hasta que al fin, frente a la contundencia de los hechos, su propaganda se hizo ridícula y dejó de producir efecto. Speer observaba: «A menudo tuve ocasión de advertir que el estilo de Goebbels era "latino", no "germánico". Sus principios propagandísticos eran también esencialmente latinos. Hubiera sido mucho mejor, por ejemplo, que Goebbels diera a su pueblo la misma consigna que Churchill dio al suyo: "sangre, sudor y lágrimas". Esta era una consigna dura, pero honrada, que habría aceptado de buen grado el pueblo alemán. Pero Goebbels siempre procuró levantar falsas esperanzas entre las gentes, lo cual acabó por abrir un abismo entre sus afirmaciones y el sentir popular.» En realidad, la posición de Goebbels no dependía exclusivamente de su propaganda. Era respetado por su inteligencia, su eficacia administrativa y su aparente integridad personal; ni creía en palpables majaderías, ni realizaba bufonadas ridículas, ni exhibía una opulencia indecente; no manejaba instrumentos de terror u opresión; además, era un radical que no solo predicaba la guerra total, sino también la total movilización, con la cual no podían estar conformes aquellos que, como Goering, tanto apreciaban su nivel de vida privilegiado. No obstante, la propaganda se sigue considerando su éxito definitivo, lo que le proporcionó derecho a la fama. Y, cualquiera que sea la opinión que la historia tenga de Goebbels, será preciso reconocer que prestó una eficaz contribución a la ciencia de los políticos; una terrible, pero positiva contribución que, como la bomba atómica, podrá ser condenada, pero no ignorada. Goebbels creó un sistema de propaganda, irónicamente titulado «de ilustración pública», con el cual lograba hacer creer a la gente que lo negro era blanco. Desde luego, ni Hess ni Bormann ni Goering podrían presentar méritos semejantes a los suyos.

Al otro lado de Hitler, la siniestra figura de Himmler aumentaba diariamente en importancia. En la imaginación popular, Himmler es una figura real y terrible, un ogro inhumano, de sangre fría, consagrado a la

tarea de exterminar a millones de prisioneros indefensos, empleando con ellos todos los refinamientos de la más sádica tortura; no era un hombre, sino una abstracción impersonal, una criatura para quien las debilidades de la compasión y del perdón eran totalmente desconocidas; un monstruo implacable cuya rabia fría y maligna no podían aplacar un solo instante ni las plegarias ni los sacrificios humanos. Himmler era, desde luego, implacable. Su poder parecía tan ilimitado como sus ansias de destrucción. Sin alterarse, de la forma más desapasionada, ordenaba el exterminio de razas enteras, las matanzas de judíos y eslavos. No conocía la piedad; nada le horrorizaba. La idea de cientos de miles de hombres y mujeres asfixiados en las cámaras de gas —episodios que en ocasiones volvían locos a sus criminales ayudantes—, el conocimiento de que las cámaras de tortura de Europa estaban llenas de víctimas suyas, y de que a cada hora del día su nombre era execrado por los moribundos habitantes de todo un continente...; estas cosas (si es que pensaba en ellas) nunca interrumpieron la regularidad de sus comidas, jamás alteraron la rutina de su trabajo, en ningún instante borraron de su rostro aquella expresión de fría complacencia. Sin embargo, Himmler no era un sádico. No había nada terrible o explosivo en su carácter. Su misma frialdad era un elemento negativo; no obedecía a seguridad en sus actos y dominio de sus nervios, sino a pobreza de sangre. No gozaba con la crueldad; le era totalmente indiferente; los escrúpulos de los demás no le resultaban despreciables, sino incomprensibles. «¡Pero si son animales!», o «criminales», decía con ingenuo asombro, cuando embajadores extranjeros o incluso sus propios subordinados se asustaban en ocasiones ante algún holocausto demasiado salvaje. En aquel monstruo había muchas extrañas cualidades que bastan para presentárnoslo como un ser enigmático e inconcebible. Era extraordinariamente ignorante e ingenuo. El hombre que, después de una carrera como la suya que culminaba en una derrota total, se consideraba a sí mismo como la persona adecuada para negociar con los jefes aliados y esperaba continuar en su puesto con permiso de los vencedores, no puede haber sido un hombre de inteligencia diabólica. Fue, también, un individuo respetado y querido por sus subordinados, hombres desde luego de conciencia poco escrupulosa, pero acaso por ello más sujetos a todas las debilidades. Sus ayudantes y consejeros continuaron, incluso después de su muerte, guardándole una lealtad incondicional. Ni uno solo de los miembros de las SS conspiró contra él. Hasta el final fue su Reichsführer;

sus subordinados hablaban de él con afecto y cariño llamándolo *Reichsheini* . «¿Brutalidad?», preguntarán sus inferiores formando un ingenuo coro, afirmando a renglón seguido que no había el menor signo de brutalidad en su carácter; la vacilación les parecerá, si acaso, su característica más destacada. Himmler mismo no llegó a comprender jamás la reputación que había conquistado. Al final desistió de intentar explicárselo; se trataba a su parecer de alguna extraña debilidad de los extranjeros; se dio por satisfecho, gastando algunas bromas irónicas acerca de todo ello en su círculo de amigos íntimos. [18]

Sin embargo, el carácter de Himmler no era tan misterioso como los hechos anteriormente consignados pudieran sugerir a las personas poco familiarizadas con la complejidad del cerebro humano. Es cierto que en un mundo civilizado hombres de esa clase son difícilmente tolerables; pero si volvemos la vista a las épocas confusas de la humanidad, a los períodos revolucionarios y de violentos cambios sociales, encontramos tipos semejantes. Es el gran inquisidor, el místico de la política, el hombre dispuesto a sacrificar a la humanidad entera por sus ideales abstractos. Los grandes inquisidores de la historia no fueron crueles ni egoístas. Muchas veces eran dolorosamente concienzudos y de vivir austero. En ocasiones eran extremadamente compasivos con los animales, [19] como san Roberto Belarmino, que se negaba a sacudirse los piojos de sus ropas. Afirmaba que como no podían esperar ningún tipo de felicidad teológica, sería una falta de caridad negarles aquella satisfacción carnal, la única a que podían aspirar. Pero para aquellos hombres que pudiendo venerar correctamente elegían mal, ninguna medida era demasiado severa. Así reunieron y quemaron a los homosexuales, también prendieron fuego a los herejes y sus libros, y esos amables obispos se fueron a sus casas para cenar pescado blanco y verduras baratas, alimentar a sus gatos y canarios, y meditar sobre los salmos penitenciales. Mientras, los capellanes se sentaban en sus estudios para escribir las biografías de sus superiores y explicar a la posteridad la vida de los santos, las prácticas y austeridades, el reparto de limosnas y la sencillez de esos pastores ejemplares, sabiendo (como dijo el cardenal Newman) que es preferible que toda la humanidad perezca en la mayor agonía antes de que se cometa el pecado más venial. Esta comparación acaso parezca caprichosa; pero la naturaleza es caprichosa al dibujar el cerebro humano, y las épocas de revolución exaltan a las más altas posiciones a hombres que en períodos de estabilidad pasarían

inadvertidos en cárceles y monasterios. Himmler en sí era, como todo el mundo reconoce, un tipo insignificante, vulgar, pedante y despreciable. Amaba con avaricia el dinero y era incapaz de pensar; y, sin embargo, no podía sustraerse a su anhelo de profundas especulaciones intelectuales, de perderse en las trivialidades de la interpretación minuciosa de la pura doctrina nazi. Hitler mismo no era, en determinado sentido, un nazi puro, porque las teorías del nazismo, un gran sistema de majaderías teutónicas, en su mano no eran más que un arma política; en palabras de Speer, «criticaba y ridiculizaba la ideología de las SS; para Himmler, en cambio, era la verdad de la superioridad aria, y todo aquel que no la mantuviera pura e inmaculada perecería eternamente». Con tan cerrada pedantería analizó Himmler los detalles de esta estúpida teoría, que muchos han supuesto, equivocadamente, que fuera un antiguo maestro de escuela. A Speer le produjo la impresión de ser «medio maestro y medio chiflado». Durante la guerra, mientras Goebbels pedía la movilización total, Himmler empleaba millares de hombres y millones de marcos en defensa de su monomanía religiosa. En un departamento de su servicio de inteligencia exterior, activos investigadores estudiaban cuestiones tan importantes como el rosacrucianismo y la francmasonería, el simbolismo de la supresión del arpa en el Ulster, y el oculto significado de los pináculos góticos y de los sombreros de copa de Eton. [20] Los laboratorios científicos de las SS trabajaban sin resultado en un inútil intento por aislar la sangre aria pura. Un explorador fue enviado al Tíbet para descubrir rastros de una raza germánica pura que había de conservar los antiguos misterios nórdicos en aquellas montañas poco visitadas. A través de toda Europa se realizaban excavaciones buscando reliquias de la auténtica *Kultur* teutónica. Cuando el ejército alemán se disponía a evacuar precipitadamente Nápoles, la única petición de Himmler era que no olvidaran llevarse la enorme lápida de Conradino, el último emperador de la familia Hohenstaufen. Mientras, los financieros opulentos, si deseaban formar parte del reducido Círculo de Amigos, [21] tenían que comprar su admisión, suscribiendo una cuota de hasta un millón de marcos al Ahnenerbe, una institución «científica» que llevaba a cabo costosas investigaciones en relación con los orígenes arios. [22] Incluso en abril de 1945, cuando todo el Reich se caía a pedazos, Himmler estaba proyectando la colonización de Ucrania por una nueva secta religiosa recomendada por su masajista [23] y en el curso de una conversación con el conde Bernadotte (de quien afirmaba que era el único

hombre equilibrado que quedaba en Alemania), interrumpió las discusiones sobre la guerra y la paz, para disertar durante una hora sobre las runas, los caracteres del alfabeto empleado por los antiguos escandinavos. Según declaraciones de Speer, los estudiaba con entusiasmo y fervor porque creía encontrar ligeras semejanzas entre ellos y los ideogramas japoneses, lo que serviría para probar que, después de todo, también los japoneses eran arios.

En un carácter de este tipo es difícil encontrar sutilezas intelectuales. Himmler era un creyente elemental. Su fanatismo no era fruto del temor y la debilidad, ni su vacilación consecuencia de la duda. La duda no podía herir la infantil serenidad de su credulidad cósmica. Precisamente porque su mentalidad era incapaz de seguir un laborioso proceso intelectual o los laberínticos complots tramados por sus subordinados, no llegó nunca a verse envuelto en ellos; y precisamente porque estaba seguro de la lealtad hacia él en última instancia de todos los que lo rodeaban, no se mezcló nunca en lo que podían ser, y a veces eran, verdaderas traiciones. Durante dos años este *treuer Heinrich* , este «leal Heinrich», que evidentemente creía ser de una absoluta lealtad hacia Hitler, permitió que su consejero favorito se entregase a absurdos, aunque serios, intentos de llegar a una paz con los aliados. No es posible que ignorase en absoluto los planes para colocarlo en el puesto del Führer; pero nunca quiso ni condenar tales actividades ni aceptar la responsabilidad que implicaban. Sus seguidores se desesperaban advirtiendo su interminable vacilación. En realidad, se limitaba a cerrar los ojos. El verdadero creyente puede permitir que los demás especulen, con tal de que su lealtad final esté asegurada.

Naturalmente, si Himmler solo hubiera sido un chiflado habríamos oído hablar mucho menos de él. Era también, en un sentido ejecutivo, extraordinariamente eficaz, y tenía una gran habilidad para elegir subordinados útiles. Es cierto que en su corte personal había algunas figuras extrañas; que fue aconsejado en muchas ocasiones por el doctor Gebhardt, el siniestro personaje a quien muchos consideran como su genio diabólico; que (lo mismo que Hitler y Wallenstein) se dejaba influir profundamente por su astrólogo Wulff; que su masajista, Kersten, ocupaba a su lado una posición que los creyentes más ortodoxos suelen confiar a un padre espiritual, y que sus relaciones con Hitler dependían en buena parte del lacayo Fegelein, que era casi analfabeto; pero todos estos eran consejeros personales. En el aspecto puramente ejecutivo, Himmler escogía bien; todo

lo bien que era posible escoger en un mundo como el que lo rodeaba y en el que se movía. Como recompensa, fue bien servido; sus subordinados le guardaron una devoción intensa incluso después de muerto.

Este carácter dual de Himmler, su fría eficacia como ejecutor y su oceánica credulidad como pensador, es, según creo, la clave de su fantástica carrera. Animado por una lealtad incondicional hacia Hitler, al que, conforme repetía a menudo, se lo debía todo, e inspirando, como suelen lograr los temperamentos de su tipo, una lealtad similar de sus propios seguidores hacia él, era, siempre y cuando se mantuviera la armonía de su carácter, el jefe de policía ideal para el líder de una revolución. Se cuenta que poco después de su ascensión al poder, Hitler llamó en cierta ocasión a Múnich al viejo filósofo Oswald Spengler, a fin de recibir la bendición de aquel desacreditado sabio. La réplica del oráculo a sus preguntas tuvo un laconismo desacostumbrado: «Desconfíe de su guardia pretoriana». El 30 de junio de 1934 Hitler tomó las precauciones necesarias. Desde entonces la guardia pretoriana estuvo en las manos del estúpido, resuelto, cruel, insensible y místico Himmler, y Hitler pudo sentirse a salvo. A salvo, naturalmente, hasta que los acontecimientos destrozaron el delicado equilibrio de la personalidad de Himmler; entonces fue la inesperada defección de Himmler lo que impulsó a Hitler hacia el final del drama. Solo teniendo muy en cuenta esta dualidad del carácter de Himmler pueden ser comprendidos los extraordinarios acontecimientos del mes de abril de 1945.

Desde el comienzo de la campaña de Rusia el poder de Himmler fue en constante aumento, porque dicha guerra, que contaba con la repulsa del ejército regular, o por lo menos del estado mayor general, era la consumación de la ambición más cara de las SS. Mientras Hitler y Goering, intoxicados por el propio orgullo y la seguridad desbordante en sí mismos, «cortaban el gigantesco pastel» de la Rusia europea, reservándose para sí el Volga y Crimea, Bialystok y Bakú, y adjudicando a sus satélites balcánicos los trozos de menor valor, Himmler clavaba su mirada más mística en un horizonte más dilatado y remoto. Reclamaba «un camino abierto hacia el Este, la incorporación al Reich germánico de todos los territorios, la integración en la comunidad nacional de treinta millones de personas de nuestra sangre, de forma que lleguemos a constituir un pueblo de ciento veinte millones de almas germánicas». [24] La derrota de Stalingrado, que produjo profunda impresión en otros pensadores más realistas, no afectó para nada a las grandes ambiciones de Himmler (acaso porque los hechos

tienen poca influencia sobre los fanáticos y los locos), aunque hizo más necesarias que nunca sus actividades policíacas. A lo largo de 1943 y 1944 su poder siguió creciendo. Ya era jefe de las SS, del ejército de las SS (Waffen SS), de la policía secreta y de la policía criminal; en 1943 fue designado ministro del Interior, y todo el sistema policíaco de Alemania se unificó bajo su mando. En 1944 consiguió un triunfo más señalado aún. El servicio de inteligencia alemán en el extranjero, o Abwehr, había formado parte hasta aquel momento del mando general combinado. Bajo la dirección incompetente del almirante Canaris, un oscuro intrigante político poco interesado en sus obligaciones oficiales, [25] el Abwehr había vivido durante los dos primeros años de la guerra como un parásito feliz alimentado y cubierto por los triunfos del ejército alemán, y sus bien remunerados agentes habían podido disfrutar alegremente de la vida de los cafés y los cabarets de Madrid y Estoril, y especular provechosamente en los mercados negros de Belgrado y Sofía, con la conciencia tranquila. Pero cuando la iniciativa militar pasó a manos de los aliados, el partido empezó a esperar más; esperaba habilidad e inteligencia que pudiera bastar para restablecer la superioridad perdida, y como el Abwehr no le dio nada de esto, comenzó a criticarlo. La crítica más pesada y molesta procedía de las SS, cuyo propio servicio de inteligencia exterior crecía en eficacia y ambición bajo el control de Walter Schellenberg.

Entre los nada descollantes cerebros que dirigían las SS, Schellenberg, el más joven de sus generales, gozaba de una extraordinaria reputación. Se aseguraba que conocía y comprendía los asuntos exteriores. Es cierto que sus ideas eran un poco menos desmedidas que las de algunos de sus rivales, y el hecho de que empezara a procurar precaverse de la derrota a partir de 1942 lo separa francamente de las obtusas inteligencias que dominaban el partido. Alemán del norte, estaba libre de creer en todo el galimatías ideológico que enturbiaba la cabeza de muchos nazis austríacos y bávaros. Schellenberg no creía en la fuerza, ni en las majaderías, sino en la astucia, y se creía un hombre astuto. Este fue, quizá, su mayor error, porque no tenía la habilidad y la sutileza que imaginaba; pero si este fue el mayor, no resultó el único de sus errores. Como muchos de los subordinados de Himmler, creía en él y aspiraba a convertirse en el genio bueno de su superior, capaz de contrarrestar la influencia de monstruos como Kaltenbrunner y Ohlendorf, [26] y consejeros como Gebhardt capaces de pervertir el recto criterio del Reichsführer. Creía que Himmler solo era

capaz de purgar la administración de su inveterada corrupción e ignorancia, y de rectificar la política extranjera desastrosa y arrogante de Hitler y Ribbentrop. Si lograba que Himmler no fuera influido por nadie más que por él, si el dueño de la mayor y más eficiente organización alemana era certeramente dirigido por una inteligencia astuta y bien informada, entonces (al menos así lo creía ingenuamente Schellenberg) habría una autoridad que podría rivalizar con el funesto maniático de Berchtesgaden y, con un poco de suerte y una cuidadosa preparación, sería capaz de salvar a Alemania negociando un compromiso de paz.

Tales eran, como posteriormente demostraron los acontecimientos, los planes de Schellenberg, el oficial de la Gestapo que en 1941 había conseguido la dirección del servicio de inteligencia en el extranjero de Himmler. Pero para la realización de sus planes eran necesarias dos cosas. Primero había de crear un servicio de inteligencia superior a todos sus rivales en poder y eficacia; en segundo término debía conseguir cierta buena voluntad en el campo aliado y en las naciones neutrales, y procurar, si ello era posible, mitigar el odio que en el mundo entero rodeaba el nombre de Himmler. Schellenberg se aplicó a la tarea de conseguir ambas cosas. Durante dos años mantuvo negociaciones con amigos suecos y suizos, facilitando la fuga de judíos y prisioneros de guerra y tratando de mitigar la severidad de los juicios de Himmler, y de frustrar las salvajadas de Kaltenbrunner. [27] A medida que fue pasando el tiempo se hizo más ambicioso, aunque profundamente equivocado con respecto a sus posibilidades. Igual que Hess, creía que las grandes figuras políticas británicas harían caso de sus proposiciones. Envió emisarios a través de países neutrales con tan desmedidas misiones, que fueron acogidas en forma humillante para quien las idease; incluso descubrió a un perturbado psicólogo que creía poder lograr «la resurrección psicológica del alma del cristianismo en el pueblo alemán» mediante una buena terapia psicológica. ¿Qué mejor emisario podía encontrarse para formular proposiciones de paz a la religiosa Inglaterra? Schellenberg planeó mandar al perturbado psicólogo a presentar su delicada misión ante el arzobispo Temple.

Al mismo tiempo trabajaba por dar la mayor eficacia a su servicio de inteligencia en el extranjero. Como muchos alemanes era un admirador, un desesperado admirador del servicio de inteligencia británico, una organización de la cual conocía evidentemente muy poco, pero sobre cuyas actividades había leído mucho en la serie de relatos novelescos que llenaban

la biblioteca de consulta de la Gestapo. En esos relatos había aprendido mucho acerca de la incansable maquinaria que, fundada por Eduardo III y perfeccionada por Oliver Cromwell, había proporcionado éxitos increíbles a la diplomacia y a la política británicas, y que operando a través del YMCA, el movimiento de los *boy scouts* , y otras organizaciones dependientes, derrocó monarquías, alteró gobiernos y asesinó a ministros poco gratos en todos los países del mundo. La creación de un servicio semejante en Alemania constituía el sueño ambicioso de Schellenberg. El primer paso hacia este ideal era la liquidación del servicio de inteligencia existente hasta ese momento, el Abwehr; y esto lo consiguió al cabo de dos años de disputas, durante los cuales explotó hábilmente todos los errores y todos los fracasos de sus rivales. El Abwehr se daba perfecta cuenta de la trampa que le preparaban, pero estaba prácticamente indefenso. Podrido por la corrupción, claramente ineficaz, sospechoso políticamente, no podía hacer nada; los espasmódicos esfuerzos de algunos oficiales del estado mayor para procurar reformarlo, concluyeron en la desilusión y la resignación. Mientras, el servicio de Schellenberg, si no era mucho más eficaz, gozaba de todas las ventajas del ataque. En febrero de 1944, demostrado su definitivo fracaso por toda una serie de repetidos errores, Canaris fue destituido. En mayo Himmler se hizo cargo de todo. Los directores supervivientes del viejo servicio fueron reunidos en el Kursalon de Salzburgo, y allí hubieron de enfrentarse con Himmler, que llevaba a su lado a Schellenberg. En un ampuloso discurso, Himmler trazó las líneas generales de su programa. El nombre Abwehr no era alemán, porque implicaba simplemente defensa. En su lugar iba a crear un servicio nuevo, agresivo, totalitario, puramente ario. Y luego, abandonando los tediosos detalles de la organización por las misteriosas generalidades tan gratas a su espíritu idealista, habló acaloradamente de los acontecimientos que iban a producirse. No había lugar para el derrotismo, afirmó; pronto tendrían lugar importantes acontecimientos. El Führer se sentía más inspirado que nunca; sus dotes de gran estadista, su destreza, su intuitiva sabiduría no habían producido aún la obra maestra. Deseaba que los envalentonados plutócratas de Occidente fueran lo suficientemente locos para lanzarse a la aventura de pretender invadir el continente. Serían rechazados, «ahogándose en los mares de su propia sangre». Luego le llegaría su turno al Este. En un año los rusos serían expulsados al otro lado del Volga, más allá de los Urales, hasta Asia, su bárbara morada, donde una muralla china, construida por

esclavos de raza eslava, les impediría volver a salir jamás. [28] Quince días más tarde las potencias aliadas desembarcaban en Normandía. Dos meses después se produjo el acontecimiento político más espectacular desde 1934: el complot de los generales del 20 de julio de 1944, el cual probaba que los jefes del ejército alemán consideraban perdida la guerra y se disponían, al fin, a romper su alianza con el partido.

Muchos detalles del complot de los generales son bien conocidos ya. Es imposible negar o desconocer su importancia. Después de muchos años, un pequeño sector del pueblo alemán se decidía a tomar la iniciativa. Soslayando o despreciando los titubeos y vacilaciones de otros conspiradores más timoratos, realizaron un esfuerzo positivo y resuelto para derrocar el régimen nazi, y estuvieron a punto de triunfar. Aquel sector estaba integrado primordialmente por la aristocracia de la Prusia Oriental (y fue precisamente en la Prusia Oriental donde estalló el complot), aquella aristocracia militar que dirigió antaño el ejército alemán y ahora solo controlaba el estado mayor general; hombres del mismo tipo que Rauschning, que, como él, habían creído que era posible aprovechar en beneficio propio el espíritu agresivo del pangermanismo, aceptando como aliados complacientes a los nazis, y que pretendían atenuar las consecuencias de su error con aquel intento desesperado. Era demasiado tarde. Su error era irreparable ya. Como clase, los *junkers* habían desaparecido para siempre; pertenecían al pasado, exactamente igual que el mamut y el mastodonte. [29]

Con todo, la conspiración estuvo bien planeada y anduvo muy cerca del triunfo. En diversas ocasiones la carga explosiva había estado en el cuartel general de Hitler y volvió sin ser utilizada a algún escondrijo, antes de que el conde Von Stauffenberg la introdujese dentro del salón de conferencias de Rastenburg, oculta en un maletín. Cuando Hitler ocupó su puesto y la conferencia comenzó, Von Stauffenberg dejó su maletín apoyado en una pata de la mesa y salió de la sala con una excusa. Mientras cruzaba el recinto exterior oyó el ruido de la explosión. Entonces corrió a su avión, voló a Berlín y anunció confiadamente la muerte de Hitler y la triunfal usurpación del nuevo gobierno. Fue un anuncio prematuro. Mientras (así lo reconocieron todos los buenos nazis), la Providencia había intervenido. Cómo escapó Hitler a la muerte, no está muy claro todavía. O se había movido del sitio que ocupaba, o la especial construcción de la mesa desvió la explosión en otro sentido. Cuando pasaron el estruendo y la

confusión del estallido, se vio claramente que el complot había fracasado. Hitler tenía los tímpanos rotos, el brazo derecho fracturado, su uniforme hecho jirones y había caído, aturdido, entre los brazos del siempre obsequioso y servicial Keitel; pero en tanto que cuatro hombres estaban muertos o gravemente heridos a su alrededor, él seguía vivo. Si la conferencia se hubiera celebrado como de costumbre en un refugio de cemento en vez de en una casa de madera, ni uno solo de los participantes habría salvado la vida.

Casi todos los elementos de la situación política alemana se vieron profundamente afectados por el complot del 20 de julio. Desde aquel instante, Hitler supo que el ejército, como institución, estaba en su contra; que si llegaba a ganar la guerra, sería a pesar de los generales, no gracias a ellos. A partir de aquel momento, se rodeó cada vez más de oficiales de la marina y la Luftwaffe. La marina alemana no había desempeñado un papel destacado en la guerra, pero no estaba corrompida por la traición; la Luftwaffe no respondía a las esperanzas que en ella se depositaron, pero esto no era culpa suya, sino de Goering. En cuanto al ejército, los soldados eran indudablemente leales, y Hitler se sintió más identificado con ellos que nunca, si bien excluyendo terminantemente a la oficialidad. Si todavía confiaba en algunos generales era en unos pocos aduladores como Keitel y Burgdorf; [30] como clase, los consideraba a todos traidores, y la imagen de su traición estaba siempre presente en su pensamiento y con frecuencia en sus labios. Dondequiera que retrocedía un ejército o se perdía una fortaleza, el Führer gritaba hablando de traición; telegramas de acres recriminaciones y de coléricas lecciones de estrategia salían constantemente del cuartel general de Hitler; el inseparable Bormann apoyaba y reforzaba las acusaciones de su amo. En la última conferencia celebrada, Hitler acusó a los generales en su propia cara de estarle engañando; y en su postrer documento escrito, en el testamento que legaba a la posteridad, no pudo dejar de expresar una enérgica condena a la traición de los oficiales del ejército y del estado mayor general.

Apartándose así de sus generales para sentirse a salvo en compañía de sus íntimos admiradores, Hitler aceleraba, inevitablemente, la transformación de su cuartel general de guerra, en una corte de rastreros aduladores. Cuán lejos había llegado este proceso, nos lo dice con toda claridad el relato de los testigos presenciales de la escena que se produjo a renglón seguido de la explosión. Aquel mismo día 20 de julio, Mussolini,

entonces gobernador títere de Lombardía, tenía que acudir a Rastenburg para visitar a su protector. El tren llegó a la estación a primera hora de la tarde, y Hitler, blanco como el papel, estaba esperándolo en el andén. Mientras abandonaban la estación, Hitler explicó el milagro de su salvación ocurrido unas horas antes, y al llegar al cuartel general llevó a su huésped a contemplar el escenario del incidente. La sala era un montón de escombros, porque las paredes habían ardido a consecuencia de la explosión, y el techo se había derrumbado. Después de andar un rato entre las ruinas, abandonaron el lugar para tomar el té. Como ocurría muy a menudo, Hitler mostró toda su violencia delante de una taza de té.

Eran las cinco cuando comenzaron a tomar el té, y la concurrencia reunida en el cuartel general del Führer hablaba, naturalmente, de la reciente y milagrosa salvación de Hitler. La charla no tardó en desviarse hacia una serie de acres y mutuas recriminaciones. Las voces empezaron a subir de tono y en los labios aparecían palabras más duras a cada instante; se acusaban unos a otros de que la guerra no hubiera sido ganada ya. Ribbentrop y Dönitz atacaban a los generales porque habían traicionado a Alemania en beneficio de Inglaterra, y los generales replicaban acusando a su vez a Ribbentrop y Dönitz. Durante todo este tiempo, Hitler y Mussolini permanecían silenciosos y reservados, como si fueran simples espectadores de la escena, en tanto que Graziani les contaba sus aventuras africanas. Repentinamente alguien mencionó el otro famoso complot en la historia nazi, el complot de Roehm el 30 de junio de 1934 y la sangrienta purga que le había seguido. Inmediatamente Hitler se levantó furioso, echando espuma por la boca y gritando que se vengaría de todos los traidores. Aseguraba chillando que la Providencia le había mostrado una vez más que era un ser escogido para cambiar la historia del mundo; voceó en forma salvaje anunciando terribles castigos, no solo para los hombres, sino para sus mujeres y sus hijos, todos los cuales irían a parar a campos de concentración; ojo por ojo y diente por diente, serían exterminados implacablemente cuantos se atrevieran a levantarse contra el elegido de la divina Providencia. Toda la corte guardó un profundo silencio, mientras Hitler estuvo chillando durante más de media hora; los visitantes debieron de pensar que se había vuelto loco. «Yo no sé —dice uno de ellos— por qué no me pasé a los aliados allí mismo.» Mussolini parecía azorado y no dijo nada; Graziani pretendió nerviosamente romper el profundo silencio que

siguió a los gritos del Führer iniciando una discusión técnica con Keitel. Y durante todo este tiempo los camareros, impecablemente vestidos de blanco, circulaban con sus tazas de té entre los confusos invitados.

La escena fue interrumpida por una llamada de Berlín, donde aún no se había restablecido el orden. Hitler cogió el teléfono y gritó dando órdenes de fusilar a todo el mundo inmediatamente. ¿Por qué no había llegado Himmler todavía? A continuación llegó la más asombrosa afirmación del megalómano Führer: «Estoy empezando a dudar si el pueblo alemán es digno de mis grandes ideales».

Aquellas palabras rompieron el pesado silencio que envolvía a la reunión. Al instante todo el mundo comenzó a hablar, manifestando su lealtad personal. En términos grandilocuentes, Dönitz cantó las glorias de la marina alemana. Goering inició una riña violenta con Ribbentrop y lo amenazó con su bastón de mariscal; por encima del tumulto se oyó la voz de Ribbentrop protestando: «Soy todavía ministro de Asuntos Exteriores y mi nombre es *Von* Ribbentrop». Únicamente Hitler estaba silencioso ahora. Se habían cambiado los papeles en aquella ópera cómica y la *prima donna* callaba, mientras el coro cantaba desafinadamente. El Führer tomó asiento en silencio; en la mano tenía un tubo de brillantes píldoras de colores que de vez en cuando se llevaba a la boca; [31] tan solo de vez en cuando, como un volcán todavía humeante, expresaba en una frase de odio salvaje la emoción que aún sentía, mezclando en sus palabras las alusiones a la Providencia con la exigencia de sangre y la amenaza de los campos de concentración.

Esta escena quizá sea un poco exagerada en la forma en que nos ha sido descrita, [32] pero no resulta improbable. El poder absoluto corrompe todo cuanto toca, y tenemos tantos relatos sorprendentes de la vida en aquella corte, que es difícil dudar de ciertas cosas, aunque sean tan asombrosas como estas. Cuando un serio general alemán comparaba a Goering con Heliogábalo no exageraba. En el absolutismo, la opulencia y la degeneración del Imperio romano es donde mejor podemos establecer un paralelo con el Reich nazi. En las severas páginas de Gibbon hallamos referencias de personajes de aparente entereza, con una autoridad sin límites, que examinados de cerca resultaban ser juguetes en manos de concubinas y meretrices, de eunucos y libertos; así vemos en torno al Führer a la élite del Reich milenario, integrada por una serie de payasos sanguinarios manejados por las más sorprendentes influencias. Hasta

Mussolini se sentía molesto; pero Mussolini, después de todo, tenía, como Goebbels, una mentalidad latina; no podía encontrarse jamás a gusto entre aquellos ruidosos nibelungos. Por cierto que Goebbels no se hallaba presente en la reunión; estaba en Berlín dando órdenes para reprimir la revuelta.

El efecto del complot de los generales sobre la carrera de Himmler fue también decisivo. Tanto en el sentido personal como en el político. Personalmente el complot tuvo un efecto sorprendente: volver a Himmler hacia Dios. En abril de 1945 describía a un amigo esta conversión insigne, diciéndole: «Sé que me consideran generalmente como un irredimible pagano, pero en el fondo de mi corazón soy creyente. Creo en Dios y en la Providencia. En el transcurso del último año he vuelto a creer, también, en los milagros. La salvación del Führer el 20 de julio fue un milagro; y un segundo milagro lo he conocido, en mi propia vida, esta misma primavera...». Lo que Himmler consideraba milagroso era el repentino deshielo del Oder por el punto en que él mandaba un grupo de ejército, cuando los rusos se disponían a cruzar el río sobre el hielo. [33]

Políticamente, el complot de los generales marcó el comienzo del declive de Himmler. Para quienes miraban desde lejos los acontecimientos, nunca pareció tan poderoso como durante los meses que siguieron al 20 de julio, la época en que muchos supusieron que asumía el control completo del Estado, ya que creían que Hitler había muerto víctima de la explosión o estaba secuestrado por él. Es cierto que después del complot, Himmler incrementó su autoridad, pues los policías no son nunca más necesarios que cuando acaba de descubrirse una peligrosa conspiración. Uno de sus primeros actos fue completar la victoria obtenida anteriormente sobre el servicio de inteligencia del ejército, algunos de cuyos antiguos jefes figuraban entre los conspiradores y habían proporcionado la carga para el explosivo. En los primeros años de la guerra dichos jefes habían demostrado su incompetencia; Himmler podía probar ahora que eran desleales. Contra el almirante Canaris no hubo pruebas definitivas; sin embargo, fue encerrado en una prisión y asesinado nueve meses después mediante una ejecución salvaje propia de la Edad Media. [34] Su sucesor, el coronel Hansen, fue ejecutado. El general Freytag von Loringhoven, quien, como jefe del departamento de sabotajes, había proporcionado el explosivo, se suicidó para ahorrarse un final más doloroso. Su predecesor, el coronel Lahousen y algunos otros escaparon milagrosamente para contar la historia

en Núremberg y mortificar a Goering con su supervivencia. Pero el antiguo servicio de inteligencia era simplemente un departamento del estado mayor del ejército, y todo el estado mayor estaba implicado, o era sospechoso por lo menos, en la extensa conspiración. En la gran «purga» sangrienta que siguió al complot —una «purga» más drástica aun que la de 1934—, más de cincuenta altos oficiales del estado mayor perecieron y otros varios centenares fueron destituidos de los puestos que ocupaban. El general Halder fue encerrado en un campo de concentración como sospechoso, y durante cuatro meses no vio la luz del día. Su predecesor, el general Beck, el líder reconocido de casi todos los grupos que participaron en la conspiración, fue obligado a quitarse la vida. A Zeitzler, su sucesor, lo destituyeron. Stauffenberg y otros tres conspiradores fueron fusilados en el acto por orden de Fromm, que así pretendía ocultar su propia culpabilidad, aunque todo resultó inútil porque también fue ahorcado. Stuelpnagel, comandante de los ejércitos de ocupación en Francia, que se había apresurado a obedecer las órdenes de los usurpadores, deteniendo a la Gestapo de París, trató de suicidarse en un bosque cerca de Verdún. Desgraciadamente, solo consiguió cegarse y fue ejecutado poco después. Kluge, comandante de la campaña, se mató. Witzleben fue ejecutado; también Fellgiebel, un general filósofo que siguió los más ilustres ejemplos y empleó las últimas horas de su vida en discutir con su ayudante acerca de la inmortalidad del alma. En cuanto a Rommel, durante algún tiempo el general predilecto de Hitler, cuyo prestigio había sido exagerado, y que (como ahora resultaba evidente) se dejó envanecer demasiado por los elogios, el Führer mandó a entrevistarse con él al general Burgdorf, su más asiduo adulador, llevando un revólver y una cápsula de veneno. Le dijeron que si se suicidaba sin escándalo no se daría publicidad a lo sucedido ni se tomarían represalias con su familia, [35] y obedeció. Un general que murió poco después, estaba a punto de recibir grandes honras fúnebres cuando se descubrió su complicidad; inmediatamente se cambiaron las órdenes y fue arrojado a una fosa común. No es sorprendente que Hitler se recluyera en un aislamiento casi absoluto; tampoco que rehuyera la compañía de sus más competentes consejeros militares, y escuchara únicamente a los pretenciosos aficionados de las SS; en realidad, no podría estar seguro en adelante de la fidelidad de ningún militar profesional. Es igualmente lógico que Himmler pareciera gozar en aquellos meses de un poder casi ilimitado. El mismo día del complot sucedió a Fromm como comandante en jefe del

ejército de reserva. Poco después arrebató a las fuerzas armadas el control de todos los campos de prisioneros de guerra. Al poco tiempo este antiguo sargento mayor estaba al frente de un grupo de ejércitos, tratando en vano de contener a los rusos en el frente del Vístula.

Sin embargo, pese a este aparente incremento de poder, Himmler había iniciado en realidad su declive. Aunque el atentado contra la vida de Hitler lo hizo momentáneamente más necesario que nunca, lo cerca que estuvo de triunfar el intento demostraba que también Himmler había fracasado. Después de todo, los generales casi lograron su propósito. Fue la Providencia (como el propio Himmler reconocía), y no la policía, quien salvó la vida del Führer. Hubo incluso quienes sostuvieron que una conspiración tan extensa no podía haberse desarrollado durante mucho tiempo sin conocimiento de Himmler; era algo increíble que, cuando menos, estaba contra todos los precedentes. [36]

Tales dudas fueron convenientemente explotadas por el paciente y obstinado Bormann. Este «genio diabólico de Hitler», esta «eminencia parda sentada en las sombras», como lo califica Schwerin von Krosigk, «el Mefistófeles de Hitler», según se lo conocía generalmente, estaba ahora conquistando una indiscutible supremacía como nunca se había conocido en el entorno inmediato de su amo. Hasta entonces Hitler siempre había procurado, o al menos así lo parecía, no consentir que ninguno de sus ministros alcanzara una posición preeminente. En todo momento se complacía en enfrentar a unos ministros con otros, para poder dominarlos a todos con mayor facilidad. Pero ahora Martin Bormann que, como Holstein en los gobiernos del káiser, había «comprendido desde el principio la importancia de aparecer como insignificante», obtuvo el premio debido a su infinita paciencia. Sin apartarse nunca del lado de su señor, haciendo una vida tan excéntrica como la suya —levantándose a mediodía y retirándose a descansar a las cuatro y media o las cinco de la mañana—, controlando por entero la complicada maquinaria del partido, indispensable, infatigable y ubicuo, era en aquel momento el único guardián de los secretos de Hitler, el único canal a través del cual pasaban sus órdenes, el único camino para acercarse al Führer, más inaccesible que nunca. Durante los años de la guerra había aprovechado todos los acontecimientos para ir fortaleciendo su autoridad. Los Gauleiters estaban subordinados exclusivamente a él; había incrementado su subordinación y alterado su carácter. Los Gauleiters originales fueron antiguos trabajadores del partido que, habiéndose

comportado con entusiasmo en los primeros tiempos de la lucha, se vieron recompensados en el momento del triunfo por estos cargos lucrativos y no demasiado laboriosos. Bormann había cambiado la situación. Uno tras otro todos los viejos Gauleiters fueron desapareciendo, y ahora ocupaban sus puestos hombres más jóvenes, más enérgicos, más fanáticos, que no se lo debían todo al impersonal partido de la época en que Bormann era un desconocido, sino al mismo Bormann. A lo largo de la guerra la maquinaria del partido, al igual que las SS, había crecido considerablemente; como las SS, se había apoderado de muchos servicios de las fuerzas armadas, especialmente en materias de administración, intendencia, fortificaciones y evacuación; como las SS, se había hecho más fuerte, más indispensable con cada derrota de las armas germanas. Observadores que vigilaban el desarrollo paralelo de aquellas dos maquinarias gemelas se preguntaban qué ocurriría cuando entrasen en conflicto; cuando Himmler y Bormann, una vez absorbidas o conquistadas todas las posiciones intermedias hubieran de encontrarse frente a frente al final. En 1943, en el instante mismo en que Himmler fue nombrado ministro del Interior, se produjo aquel esperado momento. Hasta entonces las relaciones entre los dos hombres habían sido excelentes; en adelante surgirían constantes conflictos. Los más pequeños intentos por parte de Himmler para ejercer su autoridad fuera de las SS, fueron abiertamente condenados por Bormann. En diversas provincias varios altos mandos de las SS y jefes de policía [37] que entendieron que las atribuciones conferidas a Himmler les permitirían desconocer la existencia de los Gauleiters fueron llamados al orden. «Bormann informó inmediatamente de tales casos a Hitler, explotándolos para fortalecer su propia posición. Con gran sorpresa por nuestra parte [es Speer quien habla] no tardó mucho tiempo en lograr unas tablas ventajosas con Himmler como ministro del Interior.» [38] Tales son las ventajas de una posición cercana a la fuente del poder.

Del mismo modo, tampoco fue remiso Bormann, después del complot del 20 de julio, en explotar los errores u omisiones cometidos por su rival. Mientras Himmler creía ingenuamente que (puesto que Goering no gozaba ya de la simpatía del Führer) era el seguro heredero del trono, y recibía cada nuevo nombramiento como una confirmación de dicha certidumbre, Bormann sabía que en realidad Himmler se estaba moviendo no hacia arriba y en dirección al centro del poder, sino hacia atrás y lejos de él. En los días oscuros del último invierno de guerra, Bormann conquistó un triunfo aún

mayor: el nombramiento de Himmler como comandante en jefe del grupo de ejércitos del Vístula, una nueva formación luchando a la desesperada contra los rusos al este de Berlín. Por este procedimiento Himmler se alejaba de Berlín, donde todavía podía atraerse el favor de Hitler o disminuir la influencia de Bormann; y Bormann, que permaneció en posesión, en monopolio mejor, de los oídos del Führer, no dejó de atribuir el irresistible avance del Ejército Rojo a la incompetencia, e incluso a la traición, de su rival.

Sin embargo, aunque era poderoso, Bormann no estaba solo ni podía considerarse omnipotente en el cuartel general de Hitler. En primer lugar quedaba todavía Goebbels. Sobre todos (o todos menos uno) de los subordinados de Hitler, Goebbels gozaba de una indiscutible ventaja: era más inteligente que ellos. Incluso Bormann reconocía que reñir con Goebbels podría resultarle fatal; Goebbels, a su vez, admitía que Bormann tenía una ventaja considerable derivada de su estrecho y permanente contacto con el Führer. Entre estos dos hombres, aunque diferían considerablemente en muchos puntos políticos, hubo un acuerdo que subsistió hasta el final. Como amigo íntimo y personal, Goebbels tenía acceso directo al Führer; no obstante, creyó prudente no enemistarse con Bormann, utilizándolo como intermediario en cuestiones que no tenían una importancia esencial, y haciendo valer sus derechos solo en ocasiones especiales. Bormann, agradecido por esta deferencia, no pretendió nunca obstaculizar la ocasional independencia de Goebbels. En los últimos días, las acciones de Goebbels y Bormann fueron como un símbolo de este compromiso práctico, pactado entre los dos supervivientes de todos los altos sacerdotes del nazismo. Su consejo era diferente, sus ambiciones distintas, sus planes diversos, pero estaban de acuerdo en obedecer al Führer y en todas las mojigangas de su corte, y ambos oficiaron juntos en sus últimos sacramentos paganos del matrimonio y el funeral, antes de separarse definitivamente para seguir su marcha hacia destinos diferentes.

El segundo individuo cuya personalidad limitaba el imperio de Martin Bormann, era el mismo Hitler. Los refugiados liberales, los teóricos marxistas e incluso los desesperanzados reaccionarios, han sostenido con frecuencia, llegando a veces a creérselo, que Hitler no era más que un peón en una partida que no estaba jugando él, sino otros políticos o ciertas fuerzas ocultas y secretas. Pero todo esto no pasaba de ser un error fundamental. Cualesquiera que sean las fuerzas independientes que haya

utilizado y los apoyos incidentales que pidiera prestados en un momento dado, Hitler siguió siendo, hasta el mismo final, dueño absoluto del movimiento que había inspirado y creado, y que bajo su dirección había de hundirse. Ni Roehm, ni Himmler, ni el ejército, ni los *junkers* , ni la alta banca, ni la industria pesada llegaron a controlar nunca a aquel genio desastroso y diabólico, cualesquiera que fuesen las asistencias que pudieron darle o recibir de él en un momento dado y por grandes que fueran las esperanzas con que acogieran sus errores o alimentaran sus ilusiones de lograr algo totalmente diferente. Y, desde luego, por mucha ascendencia que pudiera lograr sobre Goering, Hess y Himmler, Bormann no llegó jamás a controlar la incontrolable voluntad de Hitler, a cuyo favor debía el puesto que ocupaba. Su último consejo político —abandonar Berlín con rumbo a Obersalzberg en abril de 1945— fue rechazado; su mayor deseo —conservar el poder tras la muerte de Hitler—, insatisfecho. En 1939, cuando sir Nevile Henderson sugirió a Goering que podía utilizar su influencia para alterar la determinación de Hitler, Goering contestó que una vez que el Führer había resuelto una cosa, «todos los demás no somos más que el polvo bajo sus pies». Era una gran verdad, una verdad para Goering lo mismo que para Bormann, tan cierta en 1945 como en 1939. Podemos admitir, dice Speer, que Bormann había logrado controlar todos los asuntos internos; pero en cualquier momento Hitler, de haberlo deseado, pudo quitarle hasta el último resto de ese control. «El Führer practicó siempre el viejo principio “Divide y vencerás”. Había diversos grupos políticos dispuestos a lanzarse unos contra otros. Unas pocas palabras displicentes de Hitler hubiesen bastado para que todos los enemigos de Bormann, apresuradamente unidos, le saltasen a la garganta.» Si Bormann ejerció de hecho su poder hasta el final, no se debió a sus condiciones personales, sino al apoyo que le prestó el formidable dictador, cuya increíble voluntad de poder, cuya hipnótica influencia obligaba incluso a sus críticos a rendirle pleitesía y a obedecer. «¿Fue Hitler, como fenómeno histórico, un producto de los años posteriores a la primera guerra mundial? ¿Fue una secuela del Tratado de Versalles, de la revolución y de los acontecimientos que la siguieron? Esa serie de sucesos, ¿tenían por fuerza que determinar una figura exacta a la del Führer?» Así reflexionaba Albert Speer en la tranquilidad filosófica de la fortaleza granítica en la que estuvo encerrado. Pero al buscar respuesta a todas estas preguntas se veía obligado a revisar el carácter del hombre a quien consideraba responsable del hundimiento de

Alemania; y al revisar su carácter tenía que reconocer que Hitler era algo más que todo aquello. «Es cierto que sin dichos acontecimientos Hitler no hubiera encontrado un suelo abonado para que sus prédicas crecieran con tanta rapidez y dieran tan extraordinario fruto; pero la entera y demoníaca personalidad de aquel hombre no puede ser explicada simplemente como producto de los acontecimientos mencionados. El ansia de protesta del pueblo alemán pudo encontrar su expresión en un político nacionalista de talla mediocre. Pero Hitler es uno de esos inexplicables fenómenos históricos que se producen en muy raras ocasiones en la vida de la humanidad. Su sola persona determinó el destino de la nación. Él solo la colocó y la mantuvo en el camino que había de conducirla a tan desastroso final. La nación entera estaba hechizada por él como pocas veces lo haya estado ningún pueblo en el transcurso de la historia.»

Esta concepción de Hitler como un ser excepcional, que solo aparece una vez cada varios siglos, como un fenómeno cósmico exento de las leyes ordinarias, no era aceptada por todo el mundo dentro de Alemania. No era aceptada por los generales, aquellos hombres de cabeza dura, pensamiento frío, incapaces de arrebatos místicos, simples máquinas militares. Para ellos el Führer no era más que un individuo vulgar, con ciertas dotes de elocuencia que no bastaban en modo alguno para ganarle el calificativo de genio. «Cuando trabajaba con él —dice el general Halder, uno de los más inteligentes de su clase—, siempre lo miraba buscando síntomas de su genio. Procuraba pensar honrada, imparcialmente, sin dejarme cegar por la antipatía que despertaba en mí ese hombre. Pero *nunca* encontré nada genial en él, excepto su lado diabólico.» Pero no faltó quien lo creyera sin vacilaciones, y en esa plena seguridad halló la mejor base para su triunfo. Este hombre escribió: «A veces, con largos intervalos en el curso de la historia humana, se produce el sorprendente fenómeno de que el político práctico y el filósofo político coincidan en una misma persona. Cuanto más grande es la unión de uno y otro, con mayores dificultades habrá de enfrentarse. Porque tal hombre no puede limitar su labor a satisfacer las demandas de cualquier filisteo; busca objetivos más lejanos, más completos, más grandes, pero que precisamente por su grandeza solo son comprensibles para unos pocos. Su vida y su obra se mueven, oscilantes, entre el odio y el amor de quienes lo rodean. La protesta de la generación actual que no lo comprende, choca con la gratitud de la posteridad para quien realmente está trabajando».

El autor de la descripción precedente es el mismo Hitler; se trata de un autorretrato. [39] Lo escribió en la cárcel, mucho antes de conquistar el poder que ambicionaba. Su propia creencia en su mesiánica misión fue, quizá, la base más firme de su poderosa personalidad, que siguió influyendo en las gentes incluso después de que hubieron desaparecido las razones externas para su persistencia. La aceptación de este mito hasta por el inteligente Speer es la mejor prueba de su poder.

2

Hitler y la derrota

Así estaba dispuesto el escenario y tales eran los principales personajes del drama, cuando los aliados, irrumpiendo por la brecha de Avranches en el mes de agosto de 1944, abrieron el último acto de la tragedia de Alemania. El resto de la obra —el ritmo de la catástrofe, la interrelación y concatenación de los acontecimientos— fue determinado por una fuerza externa e incontrolable: el avance de los ejércitos aliados. A cada nueva crisis, a la caída de cualquier gran fortaleza, al paso de un río importante, una nueva fiebre parecía agitar a los comediantes de Rastenburg, Berlín o Bad Nauheim; pero estas agitaciones eran simples etapas en el desarrollo del drama, no cambios o factores que alterasen su marcha. Aunque los más extraños errores persistían en la extraña corte, iletrada desde el punto de vista político, que rodeaba al Führer; aunque Himmler se consideraba a sí mismo como un verdadero coloso, y Ribbentrop seguía creyendo en una ruptura inminente entre los aliados, en realidad solo quedaban en pie dos preguntas para las cuales urgía una respuesta: ¿cuándo se produciría el final?, ¿y cómo reaccionarían el partido nazi en general y Hitler en particular? Porque desde el fracaso del complot de los generales era evidente que solo el Führer podía decidir la cuestión. Con aquella última victoria había logrado, si no la posibilidad de salvar a Alemania o de retrasar su hundimiento, el poder de señalar, cuando menos, a qué extremos de destrucción había de llevarla.

A la primera de las anteriores preguntas, ninguna respuesta racional podía darse desde el lado germano, ya que no dependía de Alemania. El partido, naturalmente, tenía una respuesta oficial: no se produciría el final..., al menos no se produciría en forma de una derrota para Alemania. Sus afirmaciones giraban siempre en torno a la palabra «nunca». «¡No capitularemos nunca!», el grito que simbolizó los propósitos de Hitler ya en 1933, [1] seguía repitiéndose cada vez más a menudo, gritado con mayores

fuerzas que en cualquier otro período, durante el último invierno de la guerra. Si todo el mundo hubiera admitido tal respuesta, la segunda pregunta carecería por completo de interés; pero en realidad nadie, ni siquiera los propios jefes del partido, creían ya lo que afirmaban; muchos de ellos ultimaban sus planes para escapar o, cuando menos, para sobrevivir. Sin embargo, esa era la respuesta oficial y no se consentía ninguna otra. Se producía un hecho sorprendente y en cierto modo lógico: con gritos de victoria en los labios, todo el mundo se preparaba para la derrota; y como no se podía prever ninguna preparación oficial, se exteriorizó una quiebra total de la disciplina y de la organización. Eran imposibles los planes para una resistencia colectiva o una salvación colectiva, porque todos, o casi todos, estaban comprometidos, personalmente, en negociaciones secretas para la rendición o en proyectos igualmente secretos para desertar. Se estaban realizando grandes preparativos en un inexpugnable bastión montañero del sur, construyéndose un reducto alpino en las sagradas colinas de la mitología nazi, colinas llenas de leyendas de Barbarroja y santificadas por la resistencia de Hitler; pero cuando nadie, excepto Hitler y algunos pocos fanáticos, creían en tal resistencia y todos andaban preocupados con sus proyectos de rendición o de fuga, tales planes de resistencia no pasaban de ser fruto de la calenturienta imaginación germana. El mismo fatal destino amenazaba desde el comienzo al titulado movimiento alemán de resistencia. De hecho, no hubo nunca tal movimiento. Un «movimiento de resistencia», tal como todos lo entendemos, es el movimiento de un pueblo no conquistado en una nación conquistada. Pero impidiendo que pudiera existir tal movimiento, la tesis oficial del gobierno nazi era que Alemania no solamente no sería conquistada, sino que no podría serlo en ningún instante y bajo ninguna circunstancia. Una vez sentada tal afirmación, quedaba automáticamente prohibida toda alusión seria a un posible movimiento de resistencia. Schellenberg nos ha contado cómo en aquellos días oscuros un tal comandante general Gehlen, que había estado estudiando con todo detenimiento el movimiento clandestino polaco, trazó un plan cuidadoso y similar para la resistencia alemana, y también que cuando el propio Schellenberg presentó tales planes a Himmler, la violencia con que este los acogió llegó a hacerle temer por su vida. La respuesta de Himmler fue: «¡Esto es una completa locura! Si llegase siquiera a discutir estos proyectos con Wenck, [2] pronto me vería denunciado como el primer derrotista del Tercer Reich. Y esta noticia pronto se serviría al Führer como

un plato bien caliente»; y siguió denunciando a los «oficiales de alta graduación» que se ponían a salvo en las zonas de evacuación y trazaban planes para la postguerra en lugar de combatir. Incluso en febrero de 1945, cuando uno podría pensar que la inscripción dramática que aparecía en el muro no necesitaba de hábiles intérpretes, los oficiales del estado mayor recibieron una circular recordándoles las severas penas existentes para el derrotismo y consignando los nombres de tres oficiales del estado mayor que habían sido fusilados por tal crimen. Como los augures romanos que internamente se reían de las prácticas religiosas a las que con tanta solemnidad se entregaban, muchos oficiales del estado mayor, cuyos planes secretos ya llevaban tiempo trazados, debieron de sonreír íntimamente a la lectura de este documento, en cuya eficacia tenían las mejores razones para no creer.

¿Y los Werewolves?, preguntará alguien. La respuesta es sencilla. Los Werewolves no contradicen sino que confirman cuanto anteriormente decimos. Cierto que durante bastante tiempo los hechos fueron incomprensibles, porque parecían contradictorios. Se sabía que una organización de guerra de guerrillas, la denominada Asociación Werewolf, acababa de ser organizada en secreto y puesta bajo la dirección del ubicuo Himmler; más tarde la radio germana anunció el carácter desesperado, la invencible determinación y los grandes resultados que se esperaban de aquel formidable movimiento. Se pensó, naturalmente, que sería una organización militar clandestina comparable con los movimientos de resistencia que habían combatido a los ejércitos alemanes de ocupación en Polonia y Francia, en Italia, Dinamarca y los Balcanes. Asimismo resulta sorprendente saber que el jefe de los Werewolves, el Obergruppenführer de las SS, Hans Pruetzmann, estaba comprometido, junto con el Gauleiter de Hamburgo y otros varios, en negociaciones o intentos de negociación, con los británicos, a través del movimiento clandestino danés para una rendición pacífica. Y cuando llegó la rendición y lógicamente debieron comenzar las actividades de los Werewolves, ocurrió todo lo contrario. En una alocución por radio, el almirante Dönitz, nuevo Führer, ordenó el cese de todas las operaciones de los Werewolves en Occidente. Fue obedecido. De todos los países conquistados de Europa, tan solo Alemania no ha dado lugar a un movimiento de resistencia.

La explicación de estos hechos, en un principio oscura, parece perfectamente clara ahora. En mayo de 1945, Pruetzmann, jefe de los Werewolves, se rindió en Flensburgo. Desgraciadamente, logró suicidarse antes de ser interrogado a fondo; pero los informes que pudo dar, ha sido posible recogerlos de otras fuentes. Los Werewolves no pretendieron jamás operar después de la derrota; puesto que nadie admitía la derrota y estaba prohibida incluso la más velada alusión a ella, era un punto fuera de toda discusión. Pretendían actuar como una formación paramilitar, como un ejército auxiliar luchando detrás de las líneas aliadas como fuerzas de disuasión, siempre en contacto y colaboración con los ejércitos alemanes. Su actividad tenía que ser, por lo tanto, paralela y complementaria de la del ejército regular, no continuación de este cuando las fuerzas armadas de la nación hubieran dejado de existir. Jamás pretendieron operar independientemente del alto mando alemán. Incluso cabe consignar que los Werewolves no creían que tuvieran que luchar vestidos de paisanos; suponían que llevarían su correspondiente uniforme para que en el caso de ser capturados se les guardasen las consideraciones debidas a los prisioneros de guerra; el descubrimiento de que no era así, fue causa directa de muchas deserciones.

Entonces ¿por qué los Werewolves fueron considerados una seria amenaza? Aquí también hemos de recurrir a una información obtenida con posterioridad para aclarar una vieja duda. El día 1 de abril de 1945 ocurrió un acontecimiento que sirve a un mismo tiempo para oscurecer el panorama y para mostrarnos las condiciones de guerra selvática y salvaje que destrozó no pocos de los planes y organizaciones nazis. Como centro controlador de las actividades de una vasta organización, las oficinas de Pruetzmann, según cuanto hemos podido averiguar, resultaban ineficaces y poco satisfactorias. Pruetzmann mismo era un tipo inútil, indolente y jactancioso. La organización de su centro directivo estaba, dice Schellenberg, en relación directa con la capacidad mental de sus miembros; mostraban una clara incapacidad, y Schellenberg llega a decir que criticó ante Himmler toda la organización, calificándola de «criminal y estúpida». El día 1 de abril apareció un nuevo instrumento de centralización. Fue la Radio Werewolf, que comenzó por sacar de su profundo secreto a la organización y convirtió el nombre Werewolf de un misterioso símbolo en un lema público. Pero esa Radio Werewolf era, en realidad, algo completamente independiente de la organización de Pruetzmann, porque la propaganda del movimiento había

sido reclamada por Goebbels quien, todavía con ansias de lucha en aquella hora crítica, se quedó con la propaganda pensando que así lograría dominar toda la organización. Goebbels no mantenía relaciones amistosas con Pruetzmann, a quien indudablemente encontraba poco radical. Pero el empleo que hizo de la radio, lejos de corregir los defectos del movimiento, solo sirvió para hacerlo más caótico, porque se entregó a una prédica nihilista que no tenía la menor relación con los reales y limitados objetivos de los Werewolves y cuya consecuencia inmediata fue sembrar la desilusión y el desánimo entre sus miembros. La usurpación por parte de Goebbels de la Radio Werewolf tiene la culpa de la mayor parte de los errores que circularon acerca de la importancia del movimiento, así como de la diferencia existente entre la amplitud de sus supuestos objetivos y sus éxitos reales. No resultó nada beneficioso para la causa nazi; si acaso, al desacreditar el movimiento, precipitó su colapso. [3]

Sin embargo, la Radio Werewolf tuvo su importancia, porque en ella hallamos respuesta a la segunda parte de nuestra pregunta: ¿cómo afrontaría el partido nazi una derrota cuya posibilidad se negaba a admitir en público? Como la respuesta a esta pregunta no se dio nunca de una manera oficial, es claro colegir que Hitler permaneció siempre fiel a su programa original: *Weltmacht oder Niedergang* , es decir, dominio mundial o aniquilamiento. Si no podía alcanzar el dominio mundial, entonces (y tenemos que pensarlo así a juzgar por cuanto conocemos de él), el Führer procuraría causar los mayores estragos posibles, y él mismo, como Sansón en Gaza, perecería en el cataclismo que provocase. Porque hemos de tener bien presente que Hitler no era una figura propia del Occidente europeo, aunque se proclamara a sí mismo como campeón suyo contra el bolchevismo asiático; tampoco su carácter melodramático responde al ideal confuciano de una muerte digna y serena. Cuando Hitler se consideraba a sí mismo desde un punto de vista histórico, cuando se acaloraba su imaginación, y su vanidad intoxicada por el éxito y las adulaciones lo hacía identificarse con los grandes conquistadores del pasado, no era en Alejandro, César o Napoleón en quienes pensaba; sus preferencias iban siempre hacia los ángeles de la destrucción, hacia Alarico, el saqueador de Roma; hacia Atila, «el azote de Dios», o Gengis Kan, el jefe de la horda amarilla. «No he venido al mundo —declaró en una de sus frases mesiánicas— a hacer mejores a los hombres, sino a hacer uso de su debilidad»; [4] y de acuerdo con este ideal nihilista, de este amor sin reservas por la destrucción, soñaba con destruir, si no podía a

sus enemigos, a Alemania y a él mismo, con tal de que todo quedara en ruinas. «Incluso si no podemos triunfar y conquistarlo todo —había dicho en 1934—, [5] lograremos arrastrar a la ruina a la mitad del mundo, y no quedará nadie que pueda triunfar sobre Alemania. No habrá otro 1918. No nos rendiremos.» «¡No capitularemos nunca, nunca! Podemos ser destruidos, pero en ese caso arrastraremos con nosotros a todo el mundo envuelto en llamas.» [6] Más tarde, cuando sintió crecer en su ánimo un odio violento contra el pueblo alemán, que le había fallado en la realización de sus designios megalómanos, volvió una y otra vez sobre el mismo tema. El pueblo alemán no era digno de sus grandes ideales; era preferible que pereciese. «Si el pueblo alemán es capaz de dejarse conquistar en el transcurso de la lucha —dijo en una reunión de Gauleiters en agosto de 1944, según Speer—, es porque habrá sido demasiado débil para cumplir su papel en la historia, y en ese caso solo es digno de la destrucción.»

Tal era la respuesta de Hitler ante la posibilidad de una derrota. En parte era una respuesta personal, el gesto vindicativo de un orgullo herido; pero en parte era, también, un aspecto de su terrible filosofía. Porque Hitler creía en el mito, en ese mito que exaltan y proclaman los filósofos irracionales del tipo de Sorel y Pareto, cuyos preceptos siguió el Führer con tanta lealtad y tan elocuentemente ratificó. [7] Además, despreció hasta el límite máximo al káiser y a sus ministros, «los tontos de 1914-1918», contra los que vertió constantes invectivas e injurias. Los despreciaba por muchas razones; los despreciaba por muchos errores en los cuales incurrió a su vez, como el de infravalorar a sus enemigos y hacer la guerra en dos frentes [8] a un mismo tiempo, y por otros muchos que rehuyó cuidadosamente, como los de ser demasiado blando en su política, y excesivamente escrupuloso en la elección de los métodos de guerra, y los despreciaba, sobre todas las cosas, por no haber comprendido la importancia del mito y las condiciones en las cuales podía crecer y desarrollarse. En 1918 el káiser se había rendido; débil, irresoluto, desesperado, había arrojado la espada (esta era al menos la versión nazi) sin esperar a que lo derrotasen. De tal debilidad, de tan terrible irresolución no era posible que surgiera un mito potente, por muchas mentiras que se inventaran. Los mitos requieren un fin dramático, heroico. Aunque sus campeones hayan sido aplastados, la idea puede continuar viviendo, de forma que cuando pase el invierno de la derrota y soplen de nuevo los aires acariciadores de la primavera, pueda dar nuevas flores, y su savia será una

continuación de la sangre heroica. Así era (aunque tales especulaciones pudieran parecer remotas y ridículas) como Hitler y sus apóstoles se disponían a afrontar el desastre. En el invierno de 1944-1945, parecía cercano el momento de corroborar dicha teoría; y, lo mismo que en todas las horas oscuras, el profeta Goebbels hizo su aparición para confirmarla.

Todos sus trucos habían sido empleados ya y habían fracasado, o en su momentáneo triunfo habían sido de poca utilidad para la causa defendida. Predicó la gloria del militarismo y había fracasado; el «verdadero socialismo» y fracasó también. Proclamó el Nuevo Orden y falló. La cruzada contra el bolchevismo fue otro desastre. Habló, por último, de la defensa de Europa contra la invasión de las hordas asiáticas sin lograr el menor éxito. Cuando los días se oscurecieron más aún, trató (como Speer pensaba que debía haber hecho desde un principio) de presentar ante los alemanes un panorama de sangre, sudor y lágrimas, parecido al que constituyó un gran éxito para Churchill. Pero la propaganda está sujeta a una ley, según la cual lo que produce gran efecto en un momento determinado, no vuelve a dar el mismo fruto si se utiliza por segunda vez; lo que había bastado en la Inglaterra de 1940 no podía bastar en la Alemania de 1944, especialmente después de tantas promesas incumplidas, y esta pretensión de la propaganda falló también. Entonces Goebbels pretendió basar su propaganda en las guerras de Federico el Grande. Constantemente se recordaba al pueblo alemán cómo en el siglo XVIII , incluso el gran Federico pasó por instantes en los que pudo creérselo vencido, cuando se vio apartado de sus aliados, cercado por sus enemigos, los rusos penetraron en Berlín y hubo de hacer frente a fuerzas muy superiores en número. Sin embargo, Federico había logrado triunfar al fin, gracias a su resistencia, a la brillantez de su estrategia y la indudable protección de la Providencia que sembró la desunión entre sus adversarios. Puesto que los alemanes de 1944 estaban dirigidos por un hombre de no menores recursos, por el mayor genio estratégico de todos los tiempos, claramente elegido por la Providencia (como los acontecimientos habían mostrado últimamente), ¿podía caber la menor duda de que Alemania acabaría triunfando en esta ocasión si las gentes hacían gala de resolución y energía? Pero incluso esta llamada parecía inadecuada en el invierno de 1944-1945. Entonces ¿qué le quedaba por profetizar al profeta?

Goebbels volvió la mirada hacia el principio. Si todos sus esfuerzos propagandísticos habían fracasado, si los numerosos partidarios de los días triunfales se apresuraban a echarse a un lado, todavía tenía a su disposición el lema original del nazismo revolucionario, el lema que había impulsado a los desprestigiados y a los desposeídos, a los proscritos y malditos de la sociedad que habían creado y defendido el nazismo antes de que los *junkers* , los industriales, los generales y los empleados civiles apoyaran el movimiento, y con los cuales podía contar incluso ahora, cuando fallaban todos los aliados posteriores. Desde Radio Berlín primero y luego a través de la Radio Werewolf, volvió a oírse aquel lema: el lema de la destrucción, la auténtica voz del nazismo que resurgía, tras los años de interinidad, sin experimentar el menor cambio; la misma voz que Rauschning había oído, con tímido desmayo aristocrático, levantarse repentinamente entre las tazas de té, los bollos de crema, los relojes de cuco y las curiosidades bávaras del primitivo Berchtesgaden. Era la doctrina de la guerra de clases, de la revolución permanente, sin otro objetivo que la destrucción de la vida y la propiedad y de todos los valores de la civilización que, si bien pretendió servilmente imitar en ocasiones, detestaba fundamentalmente el nazismo alemán. Los consejos de guerra y los horrores de los bombardeos parecían adquirir de pronto un nuevo significado para el doctor Goebbels: eran instrumentos, no de dolorosa, sino de saludable destrucción, y les daba la bienvenida. «Las bombas —gritaba— no hacen distinción entre las casas de los ricos y las de los pobres; ante la violencia de la guerra total, las últimas barreras clasistas han tenido que desaparecer.» Como un eco, la prensa germana escribía: «Bajo los escombros de nuestras ciudades arrasadas, los últimos restos de la llamada clase media del siglo XIX han quedado enterrados definitivamente». La Radio Werewolf chillaba: «No hay un punto final para la revolución; una revolución solo está condenada al fracaso, cuando quienes la realizan dejan de ser revolucionarios»; y recibía con agrado las bombas que noche tras noche, con mayor eficacia cada vez, caían devastadoras sobre las ciudades industriales de Alemania: «Junto con los monumentos de la cultura, se hunden también los últimos obstáculos que se oponían a la realización de nuestra tarea revolucionaria. Ahora que todo está en ruinas, tendremos que reconstruir Europa. En el pasado, la propiedad privada fue como una valla burguesa opuesta a nuestras ansias renovadoras. Ahora las bombas, en lugar de matar a todos los europeos, solo han destruido los muros de la prisión en que permanecían encerrados

[...]. Al intentar destrozar el futuro de Europa, el enemigo solo ha conseguido aplastar su pasado; y con él ha desaparecido todo lo gastado e inútil». El mérito principal de Goebbels era su lucidez, la claridad latina de su pensamiento y lenguaje. El idioma alemán, especialmente en boca de sus filósofos, resulta a menudo oscuro e incomprensible; tales sentimientos, expresados por Hegel o Spengler, Rosenberg o Streicher, habrían tenido caracteres de oráculo, pero hubieran sido demasiado ambiguos y podían ser falsamente interpretados. Este peligro no existía con el lenguaje empleado por Goebbels. No había posibilidad de error en su interpretación.

Mientras tanto, ¿qué era de Hitler? Después del complot de los generales del 20 de julio había rehuido toda publicidad (o lo habían obligado a rehuirla con tanta eficacia que eran muchos los que lo creían muerto o apresado por el todopoderoso Himmler). Como a las insinuaciones solo se respondía con un profundo silencio, los rumores se extendieron rápidamente, adornándose con toda clase de detalles para adquirir ciertos visos de verosimilitud. Periodistas imaginativos describieron, con la meticulosa exactitud de Dante o el Baedeker, las catacumbas medievales en que el destituido Führer permanecía encerrado; o demostraban, por la forma de sus orejas, que el Hitler que aparecía en las fotografías alemanas era un doble del auténtico, exhibido únicamente para ocultar al pueblo la muerte de su verdadero señor. Pero en realidad no hay acaso ningún otro período de la vida del Führer que nos sea tan familiar ahora como el que comprende los cinco meses transcurridos entre octubre de 1944 y fines de febrero de 1945; sobre dicho período poseemos el diario llevado por orden suya por su criado personal Heinz Linge. Este diario, encontrado entre las ruinas de la cancillería en el mes de septiembre de 1945 por un oficial británico, consigna las entrevistas y compromisos diarios de Hitler; pero la referencia a tan imprevisibles interrupciones como las alarmas de bombardeo aéreo, muestra que las anotaciones se hacían después, no antes de los hechos a que se refieren. Estos acontecimientos se consignan hora por hora en las páginas de la izquierda. Las de la derecha contienen únicamente, aparte de la firma de Linge, la dirección del cuartel general del Führer en cada momento: hasta el 20 de noviembre, *Wolfschanze* («Fuerte del Lobo»), en Rastenburg, donde estalló el complot; desde entonces hasta el 10 de diciembre en Berlín; del 11 de diciembre hasta el 15 de enero *Adlershorst* («Nido de

Águila»), en Bad Nauheim, en las colinas de Taunus, desde donde Hitler dirigió la ofensiva de las Ardenas; y, por último, desde el 16 de enero hasta el final en Berlín, en la cancillería del Reich, que nunca llegó a abandonar.

Este diario, aunque sus anotaciones son concisas y rutinarias, hablando escuetamente de entrevistas, comidas y reuniones, tiene, sin embargo, gran valor para el historiador de Hitler. Nos presenta la rutina de su vida diaria, la naturaleza de su corte y de sus visitantes, sus problemas de salud, la regularidad excéntrica de sus costumbres. Se despertaba a diario cerca del mediodía y la tarea de cada jornada consistía en una serie de entrevistas con políticos y generales, ayudantes, oficiales de enlace, doctores y secretarias, interrumpidas tan solo por comidas tardías, algún paseo de media hora por el jardín y una breve siesta en ocasiones, hasta la última recepción, un té en el que no se hablaba de política, que tenía lugar entre las dos y dos y media de la madrugada, seguido un par de horas después por su retirada a la cama. El efecto que horas tan intempestivas producían en los demás es fácil de imaginar, pues las entrevistas duraban en ocasiones hasta las tres y media de la madrugada, y no todos podían dormir tranquilamente, como Hitler, a la mañana siguiente. En los últimos meses aún fue más excéntrica la vida del Führer, que había reducido a tres sus horas de sueño. [9] Solo un hombre imitaba por completo sus costumbres y seguía con regularidad cronométrica sus horas. Era el voluntarioso Bormann, decidido a no perder nunca de vista a su señor del que dependía todo su poder, ni a consentir que otro pudiera deslizar sus consejos en tan provechosos oídos. Bormann ajustó su vida a la de Hitler. En todo momento estaba dispuesto a responder a sus demandas.

Aparte de ese diario, tenemos, naturalmente, otras fuentes de información sobre la vida personal de Hitler en estos meses finales. Una de ellas procede del indispensable Speer, quien ha descrito el cambio gradual experimentado por las costumbres y el carácter de Hitler durante los años de guerra y especialmente después del complot del 20 de julio de 1944. No era tan solo la corrupción del poder absoluto lo que lo impulsaba a rechazar las críticas, a sostenerse con halagos y a rodearse de aduladores; [10] no era solo la creciente convicción de que solo él tenía la voluntad precisa para continuar la lucha, de que mientras seguía creyendo en la victoria final y en su divina misión, todos los demás perdían las esperanzas y deseaban capitular; fue un cambio fundamental en su manera de vivir, que no hizo más que acentuar todos los demás factores citados. Porque Hitler (insiste Speer) era por temperamento un artista, enemigo de las horas metódicas y

del trabajo incesante que hubo de desarrollar en los últimos meses de su vida. En los días de paz había encontrado en las películas y las comedias, los descansos y las fiestas, las excursiones, los viajes de inspección, los fines de semana en Obersalzberg y las reuniones desenfadadas con amigos «artistas», el alivio que exigía la presión a que vivía sometido por sus actividades políticas. El relato que hace Speer de la vida de Hitler en tiempo de paz es casi idílico, acaso porque Speer tiene un marcado interés en dar un matiz romántico a este pasado. Después de todo Speer había compartido aquella vida, y llevado de su satisfacción personal se olvidó con frecuencia del precio a que había sido comprada, de las crueldades de los campos de concentración sobre los que se basaba y la sanguinaria política que le permitía sostenerse en pie; cosas ambas que a él, un tecnócrata feliz, le parecían entonces distracciones sin importancia. Nostálgicamente evoca aquellos días libres de preocupaciones, cuando Hitler escuchaba las críticas, reía y charlaba con sus compañeros y, cuando las responsabilidades políticas se le hacían demasiado pesadas, se marchaba a Obersalzberg en compañía de unos amigos que no hablaban de política, y de Eva Braun. Allí podía ocupar su mente en la consideración de problemas demasiado vastos para ser meditados en la barahúnda de la cancillería del Reich; paseaba de un lado para otro envuelto en la gloria del verano alpino, visitando pequeñas hosterías donde hallaba «la calma interior y la seguridad precisa para sus decisiones que habían de estremecer al mundo»; pero en general allí se ocupaba más intensamente de cosas artísticas, de arquitectura y de cine, y se recobraba del agotamiento producido por la política: sus ojos adquirían nuevo brillo, sus reacciones eran rápidas, su entusiasmo renacía. Su concepción de la vida se hacía casi burguesa: le gustaba comportarse como un hospitalario padre de familia austríaco, de buen humor, alegre, amistoso y amable con todos. Mientras Goering y otros se cargaban de medallas, Hitler mostraba la mayor sencillez tanto en su vestuario como en sus costumbres, lo cual aumentaba su crédito a los ojos del pueblo y lo reconciliaba con medidas y determinaciones políticas poco populares. «Sospecho —dice Speer— que no se sentía feliz con su “misión”; que hubiera preferido ser arquitecto que político. Con frecuencia expresó claramente su aversión por los políticos y más aún por los asuntos militares. Anunció su determinación de apartarse de los problemas del Estado después de la guerra, de construirse una gran casa en Linz [11] y terminar en ella sus días. Afirmó que se retiraría por completo. No quería en forma alguna

obstaculizar el camino de su sucesor. Pronto lo olvidarían, dejándolo llevar su propia vida. Posiblemente alguno de sus antiguos colaboradores lo visitaría de vez en cuando, aunque no confiaba mucho en que así fuera. Aparte de Fräulein Braun, no se llevaría a nadie consigo; ni ninguna otra persona viviría a su lado, de su libre voluntad, durante mucho tiempo...» Tales eran los sueños de Hitler en 1939; y no solo los conocemos a través de Speer. El 25 de agosto de 1939, sir Nevile Henderson mantuvo una entrevista con Hitler en Berlín. El embajador inglés informa: «Entre los varios puntos mencionados por Herr Hitler me sorprendió la afirmación de que por temperamento era un artista, no un político, y que una vez resuelta la cuestión polaca, terminaría su vida como un artista y no como un traficante en guerras». [12]

Un juicio ingenuo, patéticamente ingenuo. Es sorprendente que un observador sagaz como Speer pueda ser un psicólogo tan elemental y admita que este estético *cri-de-coeur* pudiera tener un valor absoluto, y no una muy relativa significación. Pero es un error muy frecuente. ¡Cuántos historiadores han caído en la misma equivocación, defendiendo a políticos corrompidos, gobernantes débiles y tiranos sedientos de sangre, exaltándonos sus virtudes domésticas, sus gustos artísticos, la amable sencillez de sus vidas íntimas! Es el error común de todos los que, como Speer, no tienen en cuenta la política, la dejan a un lado y, al hacerlo así, insensiblemente, juzgan a los políticos con medidas totalmente inadecuadas para ellos. En este punto por lo menos, Rauschning demuestra más juicio y acierto que Speer. Menos interesado por el arte y los artistas, no se dejó engañar por aquella burguesa afabilidad. Por encima del crujido de los pasteles o del sonido de las cucharillas de plata en las tazas de té, supo oír, si no el llanto de los torturados en los campos de concentración, el himno de la universal destrucción que se avecinaba; y sacó las consecuencias lógicas.

Aunque el relato que hace Speer de la vida de Hitler antes de la guerra tiene solo un valor parcial, hemos de concederle, sin embargo, algún interés dentro de ciertos límites, y, desde luego, los hechos que consigna son verdaderos. Pero durante la guerra, según explica, todo el panorama cambió. Cuando se convirtió en el gran señor de la guerra, en el mayor genio estratégico de todos los tiempos, el acompañamiento de Hitler se modificó, sus horas de trabajo adquirieron una monótona regularidad, la velocidad de los acontecimientos no le permitió descansar, y se encontró entregado de lleno a una tarea ininterrumpida, sin la menor válvula de

escape para sus nervios. El comienzo de la derrota aceleró el proceso. Si el pueblo alemán debía abandonar los placeres, él tenía por obligación que sacrificar los suyos, aunque no fueran verdaderos placeres, sino períodos de relativo descanso y distracción en el ajetreo de su vida política. Después vinieron las sospechas y las desconfianzas, y, como secuela inevitable, las neurosis; los efectos corrosivos del poder aumentados por el miedo a la traición. Ya no hubo más películas ni más visitas a Obersalzberg. Hitler se rodeó, no de artistas y amigos, sino de soldados incultos a quienes desde la altura de su vanidoso desdén, no solo despreciaba social y políticamente, sino incluso en el terreno militar. La charla, en lugar de ser un alivio, quedó circunscrita a las tediosas trivialidades de los barracones y los cuarteles. No tenía ninguna clase de compensaciones. Había sido tradición del ejército alemán permitir cierta libertad de crítica por parte de los oficiales. Cuando el partido intensificó su control, la crítica quedó reducida a muy estrechos límites; después del 20 de julio de 1944, cesó por completo. Un ambiente de recelo general impedía las conversaciones en voz alta y multiplicaba los efectos de cada revés. El en un tiempo sociable Führer se fue convirtiendo en un verdadero ermitaño con todas las represiones psicológicas inherentes a tal estado. Se encontraba aislado de las personas y de los acontecimientos. Estaba convencido de que solo él podía sacar al pueblo alemán de la derrota para llevarlo a la victoria, y de que su vida tenía una importancia fundamental para el destino del mundo; pero al propio tiempo creía que todas las manos se alzaban contra él y que un asesino lo aguardaba a la vuelta de cada esquina. Como consecuencia lógica, procuró salir lo menos posible de la protección de su cuartel general subterráneo o abandonar la sociedad trivial de su curandero doctor, de sus secretarias y los poco espirituales generales que todavía se maravillaban de su inspiración. Visitaba muy pocas veces los frentes; nunca conoció en toda su extensión el desastre de sus ejércitos, de sus ciudades, de sus industrias; jamás, en toda la duración de la guerra, visitó una ciudad bombardeada. Permanecía al margen de la catástrofe, recluido en un mundo bajo tierra, estremecido y miserable. Cada vez soñaba con mayores ansias en su agradable retiro de Linz. Mientras Alemania entera estaba cubierta de ruinas, Hitler se ocupaba de proyectos arquitectónicos. No estaba, como decían sus enemigos, pensando en reedificar el palacio de Buckingham para su propio uso; proyectaba un nuevo teatro de ópera y una nueva galería de arte en Linz. [13] Y a medida que crecían su desprecio y desconfianza con respecto al resto de

la humanidad, pensaba más y más en Eva Braun, que estaba libre del vicio universal de la traición. Decía que únicamente Eva Braun y su perro alsaciano *Blondi* , le eran absolutamente leales. Repetía que solo tenía un amigo que le sería leal en la última y decisiva hora y este amigo era Eva Braun. «No le quisimos creer —dice Speer—, pero esta vez no le falló la intuición.»

Los efectos de esta vida sobre la salud física de Hitler son fáciles de imaginar. «Hasta 1940 —escribe el doctor Von Hasselbach, el más competente de sus médicos—, [14] Hitler aparentaba ser más joven de lo que realmente era. Desde esa fecha envejeció rápidamente. De 1940 a 1943 representaba su edad. Después de 1943 parecía mucho más viejo.» Según Speer, en las últimas semanas tenía un aspecto claramente senil; y en los verdaderos días postreros de su vida, a finales de abril de 1945, todos los que lo vieron coinciden en que era una ruina física. Este rápido deterioro de la salud de Hitler ha sido atribuido a los efectos de la explosión de la bomba del 20 de julio de 1944, pero no fue así. Las heridas que Hitler recibió en aquella ocasión no tuvieron gran importancia y curó pronto de ellas. El hundimiento de sus energías físicas en los últimos meses procedía de dos causas distintas: su estilo de vida, que ya hemos descrito, y sus médicos.

Cualesquiera que hayan sido las afecciones psicológicas de Hitler —y en este terreno, dado lo extraordinario del carácter, sería imprudente toda especulación—, no hay duda de que desde el punto de vista físico era extraordinariamente fuerte. De no ser así no hubiera podido resistir durante tanto tiempo una vida agitada y convulsa como la suya. Antes de la guerra la única enfermedad que se le conoció fue una afección de la garganta. En 1935, en la época del acuerdo naval anglo-germánico, Hitler se inquietó y envió a buscar a un especialista, el profesor Von Eicken, del Hospital de la Caridad, en la Luisenstrasse de Berlín, quien previamente había atendido a uno de los ayudantes del Führer. [15] Von Eicken diagnosticó un pólipo en las cuerdas vocales y lo extirpó; después Hitler se repuso, y aparte de algunos zumbidos en los oídos producidos por el exceso de trabajo y de cierta tendencia a sufrir calambres estomacales, siguió disfrutando de buena salud hasta 1943. Personalmente, Hitler creía tener un corazón débil, y a partir de 1938 procuraba evitar todo ejercicio físico. En la cima de una montaña cercana a Berchtesgaden había hecho construir un magnífico mirador, el Kehlstein, desde donde podía contemplar los fabulosos Alpes bávaros, la conquistada Austria y el bello lago de Königsee. Un ascensor, construido en

las entrañas de la masa rocosa, lo subía a él y a sus invitados hasta aquel soberbio nido de águilas; pero Hitler pronto dejo de frecuentar ese costoso mirador. En la atmósfera rarificada de la cima, a mil seiscientos metros sobre el nivel del mar, sentía cierta opresión en el pecho que atribuía a la debilidad del corazón; pero sus médicos no encontraron pruebas de tal afección y llegaron a la conclusión de que dicho síntoma, al igual que los dolores del epigastrio y los calambres, tenían un origen histérico.

Durante todo aquel tiempo Hitler fue atendido principalmente por tres doctores: Brandt, Von Hasselbach y Morell. El profesor Karl Brandt era su cirujano, y permanecía a su lado desde 1934. Un afortunado accidente favoreció la carrera de Brandt y de otros doctores. Brandt pertenecía al círculo de médicos nazis que rodeaban al profesor Magnus y tenían su centro en Berlín en la clínica de la Ziegelstrasse. En el mes de agosto de 1933, Brandt, que entonces contaba veintinueve años, fue enviado a la Alta Baviera, cuando la sobrina de Hitler y su ayudante Brückner resultaron heridos en un serio accidente automovilístico en Reit-im-Winkel. Brandt fue uno de los doctores encargados de asistirlos; produjo una favorable impresión, y al año siguiente fue invitado por Brückner para viajar a Venecia como cirujano personal del Führer. Este fue el comienzo de su carrera en la corte. Brandt se convirtió en cirujano oficial de Hitler y de su estado mayor. Pero como tenía poco que hacer y su cargo lo obligaba a descansar durante largos períodos, impidiéndole practicar la cirugía (porque en realidad Hitler no necesitó nunca su bisturí), Brandt presentó en la corte sucesivamente a otros dos miembros del círculo del profesor Magnus: primero al profesor Haase, que se retiró poco después por razones de salud, y que aparecerá de nuevo al final de este relato, y más tarde, como sucesor de Haase, al profesor Hans Karl von Hasselbach. Brandt y Von Hasselbach permanecieron cerca de Hitler hasta que después de la gran batalla entre los médicos del Führer en octubre de 1944, que narraremos inmediatamente, Brandt fue destituido de su cargo de comisario del Reich para la salud y la sanidad; su declaración está incluida en estas notas respecto a la salud de Hitler.

El profesor Theodor Morell era el médico oficial de Hitler. Si Brandt y sus amigos no figuraban, profesionalmente, entre los cirujanos de primera fila; si debían su éxito principalmente a coincidencias fortuitas y afortunadas, que por otro lado determinan la mayor parte de los nombramientos oficiales, no eran en absoluto desdeñables como cirujanos.

Por lo menos, merced a los cuidados de Brandt, Brückner se recobró por completo de su accidente de automóvil, y no cabe duda de que si Hitler hubiera sufrido heridas de parecida importancia habría sido cuidado con esmero y competencia. Pero de Morell, en cambio, resulta difícil hablar en los términos mesurados y el discreto vocabulario propio de su profesión. Morell era un curandero. Aquellos que lo vieron tras su detención por parte de las fuerzas norteamericanas contemplaron a un hombre gordo, viejo, de gestos rastreros, de hablar un poco inarticulado, y con las costumbres higiénicas de un cerdo, y no podían concebir cómo un hombre tan absolutamente desprovisto de todo respeto hacia sí mismo, podía haber sido elegido como médico personal por cualquiera que tuviese la menor posibilidad de elegir. Pero Hitler no solo lo eligió, sino que lo mantuvo a su lado durante nueve años, prefiriéndolo por encima de todos los demás doctores, y al final, entregando su persona, contra el consejo de cuantos lo rodeaban, a los desastrosos experimentos del charlatán. Desde 1936 a 1945, Morell fue, según sus propias palabras, «el fiel acompañante de Hitler»; y, sin embargo, la salud de su paciente tenía para él solo una importancia muy secundaria. De todas las pruebas que tenemos resulta perfectamente claro que el único dios de Morell era la riqueza. Le importaban muy poco tanto la ciencia como la verdad. En lugar de entregarse a lentos trabajos de paciente investigación, prefería emplear drogas de efectos rápidos y fantasear acerca de supuestos remedios secretos; y cuando algunos críticos le señalaban lo poco adecuado de su tratamiento, procuraba defenderse echando mano de toda clase de mentiras. Aseguraba, por ejemplo, que era el verdadero descubridor de la penicilina, pero que después de consagrar años enteros de laboriosos esfuerzos a conseguir su descubrimiento, el ubicuo servicio de inteligencia británico le había robado la fórmula, y un médico inglés reclamó su paternidad. Pero en realidad Morell no necesitaba inventar mentiras de esta clase para defenderse, pues su posición ante Hitler dependía de su debilidad, no de su inteligencia. Hitler simpatizaba con las hechicerías, del mismo modo que simpatizaba con la astrología y las pretendidas promesas del sonambulismo. «Tenía muy poco respeto por los médicos —dice uno de ellos, el profesor Gebhardt—, y creía en una especie de medicina mística semejante a la Ciencia Cristiana.» Por esto cuando aquel doctor, que había llegado a gozar de cierta fama como médico de enfermedades venéreas entre el *demi-monde* artístico de Berlín, llegó a Berchtesgaden como acompañante del fotógrafo de Hitler, Hoffmann, hizo

rápidamente fortuna. Y la fortuna no quería decir únicamente la modesta opulencia de un médico con muchos pacientes. Las ambiciones financieras de Morell eran más amplias que todo esto. Construyó fábricas y produjo toda una serie de remedios patentados. Como médico de la corte, tenía asegurada una lucrativa difusión de sus remedios. A veces logró que algunos de sus productos fueran de adquisición obligatoria; otras consiguió monopolios ventajosos para sus empresas. Sus chocolates vitaminados fueron un espléndido negocio. Por una orden de Hitler, los polvos contra piojos Russia, de Morell, fueron declarados obligatorios para todas las fuerzas armadas y no se permitió que ninguna prioridad se interpusiera en la construcción de las fábricas donde habían de producirse. Ultraseptyl, la sulfamida fabricada por la compañía de Morell en Budapest, fue condenada por la Facultad de Farmacia de la Universidad de Leipzig como perjudicial para los nervios y muy inferior al producto similar germano. El informe fue mostrado a Hitler pero no produjo el menor efecto. El producto patentado de Morell obtuvo la sanción política precisa, y se le garantizó todo lo necesario para incrementar su fabricación.

Lo asombroso es que estas drogas no eran repartidas entre el pueblo alemán sin un ensayo preliminar, y que tales experimentos fueran hechos sobre Hitler mismo. Una lista *casi* completa de las drogas utilizadas por Morell con Hitler, redactada por él mismo (que no es de suponer que exagerase en este punto), aun excluyendo la morfina y los hipnóticos que también fueron empleados, contiene los nombres de veintiocho mezclas de drogas, entre los que figuran el Ultraseptyl, condenado por las autoridades farmacológicas, y varios narcóticos, estimulantes y afrodisíacos. La forma en que Morell hacía uso de tales drogas es descrita en los siguientes términos por el doctor Brandt: «Morell se fue aficionando más y más al tratamiento por medio de inyectables, hasta que al fin no empleaba otro procedimiento. Por ejemplo, combatía un simple resfriado por medio de inyecciones de sulfamidas que aplicaba a todos los miembros del cuartel general de Hitler. Discutí muchas veces con Morell sobre este procedimiento. Morell recurrió más tarde a la aplicación de inyectables que contenían dosis de dextrosa, hormonas, vitaminas, etc., de forma que el paciente se sentía mejor inmediatamente, y este tipo de tratamiento parecía impresionar favorablemente a Hitler. Tan pronto como se sentía un poco resfriado se ponía de tres a seis inyecciones diarias, con lo que impedía el desarrollo de la infección. Terapéuticamente no dejaba de ser satisfactorio.

Luego Morell comenzó a utilizar el mismo procedimiento como profiláctico. Si Hitler tenía que pronunciar un discurso con tiempo frío o lluvioso, le inyectaba el día antes, el día del discurso y al día siguiente. La resistencia normal del cuerpo era así reemplazada por un medio artificial. Cuando comenzó la guerra, Hitler se consideró indispensable, y durante todo el conflicto estuvo poniéndose inyecciones de una manera casi constante. En los dos últimos años se inyectaba a diario. Cuando pregunté a Morell por el nombre de las drogas que empleaba, se negó a dármelo. Hitler llegó a depender de estas inyecciones; su dependencia fue absoluta durante los últimos meses; con la única excepción del general Jodl, todos los miembros del estado mayor de Hitler eran tratados de vez en cuando por Morell».

En la época en que Brandt hizo estas declaraciones estaba detenido, tenía motivos para odiar a Morell, y su opinión pudo parecer en un principio inspirada por el rencor; pero ahora no tenemos dudas de su veracidad. Está confirmada por la de cuantos doctores tuvieron ocasión de conocer los hechos. Hablando del excesivo esfuerzo mental que Hitler exigía de sí mismo, Speer dice: «Creo que cualquiera que realice un trabajo cerebral intenso puede comprender perfectamente esa situación de agotamiento; pero será difícil hallar otra persona que haya soportado durante tanto tiempo un esfuerzo tan rudo y continuado, y que al mismo tiempo tuviera a su lado a un médico que ensayara constantemente nuevas drogas sobre él para conservar su capacidad de trabajo, y a la vez llevar a cabo un experimento sorprendente. Sería interesante analizar la escritura de Hitler durante los últimos meses; tenía las vacilaciones de la de un anciano. Por su testarudez y sus repentinos accesos de cólera, me recordaba a menudo a un hombre senil. Así permaneció, salvo muy raras interrupciones, a partir de 1944». En otro punto de sus declaraciones el mismo Speer añade: «Por razones y motivos puramente físicos, la mayor parte de los hombres se hubieran hundido al cabo de algún tiempo de llevar una vida semejante, y habrían necesitado un período de reposo antes de recuperar su capacidad de trabajo, o la naturaleza los habría forzado al descanso por medio de una enfermedad. Pero Morell, el médico de Hitler, se daba maña para ocultar el agotamiento de su paciente por medio de estimulantes artificiales; un procedimiento que, como es bien sabido, acaba por arruinar completamente al que lo sufre. Hitler se acostumbró a las drogas, y hacia el

final llegaron a serle totalmente imprescindibles. Admiraba a Morell y sus remedios, y en cierto sentido dependía enteramente de él y de sus inyecciones». [16]

Bajo la acción combinada de una vida agitada y de tales remedios, solo su fuerte constitución hizo posible que no se derrumbara físicamente mucho antes. En 1943 comenzaron a aparecer los primeros síntomas de alteración física. Empezaron a temblarle las extremidades, especialmente el brazo y la pierna izquierdos; al andar arrastraba un poco el pie izquierdo y se veía acometido de cierto abatimiento. La naturaleza del temblor que agitaba sus miembros nunca fue explicada de una manera satisfactoria. Algunos médicos opinaban que muy bien pudo deberse al mal de Parkinson, [17] pero otros le suponen un origen histérico, sin que haya sido posible llegar a una conclusión definitiva. De cualquier forma, ese temblor no fue, como a menudo se ha dicho, una consecuencia de la explosión del 20 de julio de 1944; había sido visible con anterioridad, y el claro declinar de la salud del Führer fue incluso objeto de un emocionado discurso radiado por parte de Goebbels con ocasión del cumpleaños de Hitler en el mes de abril de 1943 en el que trazó un cuadro patético del estado del Führer, «con el aspecto de un Atlas sosteniendo sobre sus hombros el mundo entero». [18] En realidad, todos los médicos están de acuerdo en que el temblor, que se había ido acentuando, cesó a raíz de la explosión; pero más tarde comenzó de nuevo en forma más grave y continuó aumentando hasta el final.

Así pues, los acontecimientos del 20 de julio de 1944, aunque representaran una crisis aguda desde el punto de vista militar, político y psicológico, tuvieron poca influencia física sobre la vida de Hitler. El primer doctor que lo atendió en dicha ocasión fue Erwin Giesing, especialista de garganta, nariz y oídos en un hospital militar cercano; fue seguido poco después por el profesor Von Eicken, que ya había operado a Hitler con anterioridad. Hallaron que las membranas de los tímpanos de casi todos los oficiales presentes se habían roto a consecuencia de la explosión. Hitler tenía rotas las de ambos tímpanos. También sufría una profunda irritación en el laberinto del oído, lo que le causó una pérdida del equilibrio, y una hemorragia subcutánea en el brazo derecho. [19] Le recomendaron guardar cama, y al cabo de cuatro semanas se había recobrado por completo de los efectos inmediatos de la explosión.

Pero no resultaba tan fácil curarlo de los efectos de su vida sobrecargada de trabajo y del tratamiento de Morell. Cuando Hitler reanudó su vida normal en Rastenburg, recomenzó una existencia poco saludable, trabajando a horas intempestivas, en un refugio subterráneo, en el clima inhóspito de Prusia Oriental. Nunca abandonaba el refugio, porque sus fobias habían aumentado considerablemente a consecuencia del atentado; rehuía el aire libre, temía hacer cualquier tipo de ejercicio, y en todas partes creía que lo acechaban peligros mortales. El profesor Von Eicken, que lo visitaba con cierta regularidad, lo apremiaba una y otra vez para que dejase aquel agujero con su aire estancado. Todavía era verano y una o dos semanas en el Obersalzberg lo curarían; pero Hitler se negó a ir. Más tarde, Keitel insistió en forma parecida; pero aunque al final Hitler cedió a su presión y en noviembre retornó a Berlín, no fue sin antes oponer una tenaz resistencia. A todas las sugerencias el Führer respondía: «Debo permanecer en Rastenburg. Si abandono Prusia Oriental, entonces caerá. Mientras continúe aquí, mantendrá su resistencia». Era un hombre enfermo que pasaba algunos días en la cama, con ciertos intervalos, pero que siempre se levantaba para su conferencia diaria con el estado mayor, aunque su salud había disminuido sensiblemente y su voz, fuerte, enérgica y apasionada antes, era ahora temblorosa y débil. En septiembre primero, y luego en octubre, Von Eicken le trató una infección en el seno maxilar; también padecía inflamación de las glándulas del cuello. En octubre le extrajo otro pólipo de las cuerdas vocales. Durante todo este tiempo, Hitler sufría constantes dolores de cabeza y calambres de estómago, que Morell le trataba por medio de drogas. Estos calambres de estómago no eran cosa nueva; llevaba sufriéndolos varios años. Pero ahora revestían mayor gravedad, y Hitler tuvo que volver a guardar cama durante quince días. [20]

Está perfectamente claro que en el otoño de 1944 los efectos de la declinante salud de Hitler no podían seguir ocultándose; y el diario de Heinz Linge, que comienza el 14 de octubre, registra las idas y venidas de toda una serie de médicos. Además de Von Eicken y de Morell, aparecen el doctor Weber, especialista del corazón; el profesor Blaschke, odontólogo, y otros varios cuyas visitas continuaron hasta finales de noviembre; después todo parece quedar en calma y vuelve a ejercer su omnímoda voluntad el inevitable Morell. Aparentemente, Hitler ha superado la crisis. Cuando Von Eicken lo visita de nuevo, tras un mes de ausencia, el 30 de diciembre, en su cuartel general de Bad Nauheim, Hitler parece gozar de buena salud; su

voz ha vuelto a adquirir firmeza, y tiene un aspecto fuerte y saludable. Sin embargo, este período de enfermedad no ha transcurrido sin dejar rastro en la historia de la corte, porque durante él, y como consecuencia directa del tratamiento de Morell, estalló la gran disputa médica.

La crisis se produjo en el mes de septiembre. Los calambres estomacales de Hitler alcanzaban su punto álgido y el doctor Giesing, el especialista de garganta, nariz y oídos que había acudido a poco de producirse la explosión, hizo un interesante descubrimiento. [21] Descubrió que para aliviar dichos dolores, Morell llevaba dos años dando a Hitler una droga conocida con el nombre de Píldoras del Doctor Koester, [22] compuestas de estricnina y belladona. La dosis que Hitler había estado tomando era de entre dos y cuatro píldoras en cada comida, aunque la dosis máxima que se podía prescribir sin riesgo inminente para la salud del enfermo era de ocho píldoras diarias. Y no era esto lo peor, sino que Morell no administraba directa y personalmente las píldoras, se las entregaba a granel a Heinz Linge, el criado del Führer; Linge se las daba a su amo cuando este se las pedía, sin que el médico vigilase las que ingería. Fue precisamente en un cajón de Linge donde Giesing encontró por casualidad el veneno. Sorprendido por su descubrimiento, Giesing consultó con el doctor Brandt, el cirujano. Ambos convinieron en que, con el tratamiento empleado por Morell, Hitler estaba siendo envenenado lentamente, y que este envenenamiento crónico no solo bastaba para acentuar los dolores de estómago, que debiera aliviar, sino para producir la progresiva decoloración de la piel del Führer que se apreciaba con mayor claridad cada día que pasaba. Brandt consultó con Von Hasselbach quien estuvo conforme con su parecer. Entonces Brandt y Giesing dijeron a Hitler que estaba consintiendo que minaran su salud tolerando el lento envenenamiento a que lo sometía Morell. Pero había pasado la época en que Hitler era capaz de atender argumentos y razones. Durante un rato reinó un profundo silencio, en tanto la deidad parecía envuelta en humo azul; luego estalló la tormenta. Brandt se vio destituido en el acto de todos sus cargos e incluso del puesto profesional que llevaba ocupando doce años; Von Hasselbach siguió una suerte semejante y Giesing no volvió a ser llamado al cuartel general del Führer. Los ministros que caen en desgracia a los ojos de cualquier tirano oriental, suelen encontrar rápidamente la muerte; si Brandt escapó a este castigo final a su temeridad, no fue porque sus enemigos no procuraran aplicarle la máxima pena. El día 16 de abril de 1945, cuando la última fase

de la batalla de Berlín estaba a punto de comenzar, y el tirano clamaba pidiendo más sangre antes de que fuera demasiado tarde, Brandt fue detenido por orden personal de Hitler, y sometido a un juicio sumarísimo. Se lo acusaba de haber enviado a su mujer a un lugar donde había de caer en manos de las tropas norteamericanas que avanzaban. El tribunal recibió una carta personal de Hitler, acusando a Brandt de haber perdido su fe en la victoria. Fue condenado a muerte. Artur Axmann, ponente del tribunal, dijo al inculpado: «Su manera de pensar no es la nuestra; tendrá que atenerse a las consecuencias». Por orden de Bormann, Brandt fue trasladado a una celda de condenado a muerte en la prisión de Kiel. Pero los acontecimientos se desarrollaron con mayor rapidez de lo que podían suponer los jefes nazis, y la ligera dilación en cumplir la sentencia salvó la vida de Brandt. Lo esperaba un juicio más justo y por crímenes más reales. [23]

La destitución de Brandt y Hasselbach dejaba vacante el puesto de cirujano de la corte de Hitler. Para cubrir dicha vacante, Hitler recurrió al leal Himmler. En aquellos días de universal traición, había pocas personas en quienes pudiera confiar. ¿Estaba en condiciones el Reichsführer de las SS de recomendarle un hombre de absoluta confianza? Himmler decidió pedir consejo, en tan importante materia, a hombres de conocimientos profesionales. Y preguntó a su propio médico, el profesor Karl Gebhardt.

El profesor Gebhardt era íntimo amigo de Himmler desde los primeros tiempos, y existe una sorprendente unanimidad de pareceres con respecto a él. Todo el mundo lo consideraba como el genio diabólico de Himmler. Schellenberg lo califica de «detestable». Ohlendorf, otro de los subordinados de Himmler y hombre de no excesivos escrúpulos (en Núremberg se confesó autor del asesinato en masa de noventa mil judíos), lo describe como un tipo corrompido y egoísta, movido tan solo por intereses personales. Otros hablan de él como un entrometido en política, que ocultaba sus intrigas bajo el manto inocente de la medicina. Como médico llevó a cabo experimentos médicos con jóvenes polacas presas en el campo de Auschwitz, y fue recompensado por Himmler con el cargo de presidente de la Cruz Roja alemana. El contacto de Speer con él fue curioso. Cuando Speer sufría de una larga enfermedad en 1944 aceptó sus servicios médicos, por indicación de Himmler. Pero como su salud no respondió al tratamiento, sus amigos, que empezaron a sospechar algo, llamaron al profesor Koch, del Hospital de la Caridad de Berlín, para que analizase los métodos curativos de Gebhardt. El profesor Koch declaró

terminantemente que el tratamiento prescrito por Gebhardt estaba encaminado a agravar, no a curar la dolencia. Los doctores discrepan con frecuencia, y acaso el incidente no tuvo verdadera importancia; pero dada la reputación de Gebhardt cabía atribuirle el más siniestro significado, y desde aquel instante Speer redujo al mínimo sus relaciones con Himmler. Tal era el adecuado consejero a quien recurrió Himmler; tal el fiador que recomendó al más destacado de sus alumnos, a Ludwig Stumpfegger, un competente cirujano ortopédico que había trabajado en su clínica de Hohenlychen y estaba especializado en la regeneración de huesos.

Cualesquiera que fuesen los motivos que impulsaran a Himmler y Gebhardt a mandar a Stumpfegger a Prusia Oriental como nuevo cirujano de Hitler —y quienes conocían a Gebhardt no podían admitir que lo hiciera sin un propósito egoísta—, es evidente que no sacaron nada de su acción. Posiblemente no buscaban nada, porque Himmler por lo menos era demasiado ingenuo para concebir planes complicados. De todas formas, Stumpfegger no tenía intención de continuar sirviendo a aquellos que lo enviaron. Una vez en el cuartel general del Führer no tardó en hacerse notar por su incondicional, y al parecer sincera, lealtad hacia Hitler. Era un verdadero gigante, que inclinaba la cabeza en gesto de adoración ante el dios en cuya presencia se veía al fin, y frecuentemente hablaba con desprecio del fiador a quien debía su entrada en aquel reducido círculo. Stumpfegger apareció por vez primera en el cuartel general de Hitler el día 31 de octubre. Después sus visitas fueron haciéndose cada vez más frecuentes. En el diario de Heinz Linge a que hemos hecho referencia figura casi todos los días la palabra *Spaziergang* , con la que se alude a la única forma de ejercicio de Hitler, es decir su paseo por el jardín que rodeaba el refugio. Raramente se menciona a las personas que lo acompañaban en estos paseos; los únicos de quienes se habla son Himmler, Goering, Albert Bormann (un ayudante de Hitler, hermano de Martin Bormann) y Stumpfegger. En los últimos días, Stumpfegger fue a Berlín en compañía del Führer. Cuando otros, incluso Morell, lo abandonaron o fueron destituidos, continuó en su puesto. Al preguntarle si realmente suponía que Alemania podía ganar todavía la guerra, respondió con la pueril convicción de los verdaderos creyentes, que, aun ignorante en el aspecto militar, no suponía, sabía que ganarían. La seguridad que veía en los ojos de Hitler era su mejor garantía. Aquellos paseos por el jardín no eran los paseos de un

enfermo con su médico —en realidad Hitler no necesitaba un cirujano—, sino la comunión del Mesías con su discípulo, de la divinidad con su más escogido pastor.

No es preciso decir que Stumpfegger no cayó jamás en el mismo pecado que Brandt. Nunca riñó con Morell. Se limitó a cumplir sus deberes de cirujano, forma adecuada de evitarse disputas con el todopoderoso médico. El control de Morell sobre la vida de Hitler durante los seis últimos meses fue casi absoluto. Logró incluso hacer coincidir la destitución de Brandt con la de Hoffmann, el fotógrafo personal de Hitler, cuya providencial enfermedad había sido el punto de partida de su triunfal carrera, pero cuya presencia solo le servía ahora para recordarle las humillaciones del comienzo. Con todos los anteriores médicos alejados, destituido también su primer protector y con el nuevo cirujano obediente a sus indicaciones, Morell podía mirar tranquilamente hacia delante pensando que, si la guerra lo permitía, podría gozar del más espectacular monopolio médico.

Así, en sus últimos días, aunque no padecía ninguna enfermedad orgánica, Hitler se había convertido, según el testimonio de cuantos lo conocieron, en una ruina física. El trabajo incesante, la pérdida de toda libertad, la frustración de todas las esperanzas, las drogas de Morell, y quizá más que todo esto la violencia de su temperamento cuando las amarguras y los desencantos se multiplicaban en torno a él, habían reducido al que fuera un día poderoso conquistador, a un espectro tembloroso. Todos los testigos de los días finales coinciden al describir el rostro enflaquecido, la tez grisácea, el cuerpo embotado, las manos y los pies temblorosos, la voz ronca y vibrante, y el velo de agotamiento que le cubría los ojos. También coinciden al referirse a otros síntomas menos claros: su recelo por todo y por todos, sus constantes rabietas, los violentos cambios del optimismo a la desesperación. Pero, sin embargo, conservaba todavía dos de las características más acusadas de su temperamento. No había perdido su fascinadora mirada, que hechizó a tantos hombres dueños al parecer de sus nervios, los que habían vencido a Speer, estremecido a Rauschning, seducido a Stumpfegger y convencido a un gran industrial de que el Führer tenía comunicación telepática directa con el Altísimo. [24] Es inútil que sus enemigos afirmasen que aquellos ojos eran en realidad repelentes. «No son ni profundos ni azules —declara Rauschning—; tiene una mirada inmóvil,

casi muerta, carente de la brillantez y el atractivo de la verdadera inteligencia.» [25] Sin embargo, pese a sus explicaciones y evasivas, Rauschning tenía que admitir lo mismo que Speer reconocía francamente, y millares de alemanes (y de no alemanes) atestiguan sin vacilaciones, y es que Hitler tenía en los ojos un poder hipnótico que le granjeaba la admiración y el sometimiento de cuantos se movían a su alrededor. Incluso sus médicos, y el más crítico de todos ellos, reconocen la fascinación de aquellos ojos grisazulados que compensaban la grosería y tosquedad de sus demás rasgos fisonómicos, y dicen: «Las fotografías no pueden reflejar el poder sugestivo de su rostro». Conservó hasta el final este magnetismo personal; y acaso únicamente teniéndolo en cuenta podamos explicarnos la extraordinaria obediencia con que eran acatadas sus órdenes en las últimas semanas de su vida, cuando toda la maquinaria coercitiva había desaparecido, era evidente el fracaso desastroso de su gobierno, y solo quedaba en pie su extraordinaria personalidad.

En segundo lugar, el ansia de Hitler por la sangre no había menguado, sino que pareció incrementarse a medida que pasaba el tiempo y la derrota se aproximaba. Aunque experimentaba un temor físico a la vista de la sangre, el pensar en ella lo excitaba y envenenaba, exactamente igual que la destrucción en todas sus formas parece haber complacido en todo momento el profundo nihilismo de su espíritu. En sus conversaciones de los primeros tiempos (conforme nos informa Rauschning), cuando hablaba de la revolución por medio de la cual el nazismo conquistaría el poder, «se extendía con especial complacencia sobre la posibilidad de una destrucción sanguinaria en las calles de la resistencia marxista», porque estaba convencido de que ninguna grandeza histórica podía ser conquistada sin derramamientos de sangre. [26] No le importaba de quién pudiera ser la sangre derramada; era el espectáculo, la imaginaria contemplación de ríos de sangre humana lo que le interesaba, no el pensar en la victoria y el uso práctico que haría de ella. «La naturaleza es cruel; nosotros también debemos ser crueles —dijo en 1934, discutiendo acerca de los judíos y los eslavos—; si tengo que mandar la flor de la nación alemana al infierno de una nueva guerra, sin la menor compasión por la preciosa sangre germana que habrá de ser derramada, entonces tengo derecho a aniquilar a millones de seres de una raza inferior que crecen como gusanos.» [27] ¡*Sin la menor compasión* !... Como silogismo lógico la proposición es quizá defectuosa; pero como ilustración psicológica tiene una fuerza extraordinaria.

Durante la guerra, Hitler dio constantes pruebas de su entusiasmo por la sangre, de este deleite morboso del carnicero por la contemplación de su labor. Los generales, hombres fríos, verdaderos autómatas, se vieron sorprendidos en múltiples ocasiones por esta ansia frenética del Führer, y nos han dado numerosos detalles de este aspecto de la personalidad del dictador germano. Durante la campaña de Polonia, Halder sostenía que el asalto de Varsovia era innecesario; caería por sí sola, puesto que el ejército polaco ya no existía, pero Hitler insistió en que Varsovia debía ser destruida. Su temperamento artístico parecía entusiasmarse al hablar de las deliciosas escenas que produciría la acción que exigía: el cielo oscurecido por los incendios, un millón de toneladas de explosivos lloviendo sobre la ciudad y la gente ahogándose en su propia sangre; «los ojos se le salían de las órbitas y parecía una persona diferente. Se sentía agitado por su ansia de sangre». El general Heim nos ha descrito cómo recibió Hitler la noticia de que su regimiento personal de las SS, el Leibstandarte Adolf Hitler, había sido diezmado en Rusia. El general Reichenau explicó dolorido que las pérdidas alemanas habían sido, desgraciadamente, demasiado elevadas. Hitler lo interrumpió, gritando triunfalmente: «Las pérdidas no son nunca demasiado altas, porque son la simiente de la futura grandeza». Ya hemos visto cómo, después del complot del 20 de julio, la simple mención de la sangrienta «purga» de 1934 bastaba para hacerlo caer en uno de sus famosos delirios. Las satisfacciones nunca aplacaron sus ansias de sangre que, como su anhelo de destrucción material, parecieron aumentar cuando el precio tenía que ser pagado, no en sangre de inferior calidad, sino en buena sangre aria. En sus últimos días, en los días de la Radio Werewolf y la estrategia suicida, Hitler parecía un dios caníbal, gozando de la destrucción de sus propios templos. Casi todas sus órdenes postreras fueron para que se realizasen ejecuciones; los prisioneros debían ser asesinados; su antiguo cirujano había de ser fusilado; su propio cuñado fue ejecutado; todos los traidores debían morir sin molestarse en hacer averiguaciones. Como un héroe antiguo, Hitler deseaba que sobre su tumba se realizaran cruentos sacrificios humanos; y la incineración de su propio cuerpo, que nunca había dejado de ser centro y tótem del Estado nazi, era el lógico y simbólico final de la revolución de la destrucción.

3

La corte y la derrota

La perspectiva de una destrucción universal puede ser estimulante para un espíritu estético, especialmente si no espera sobrevivir y tiene la libertad de ánimo precisa para admirar, como un espectáculo, la apocalíptica grandeza de su propio funeral. Pero aquellos que piensan que habrán de vivir entre las ruinas calcinadas del mundo, tienen mucho menos tiempo y gusto por tales experiencias puramente espirituales. No es, pues, sorprendente que hubiera en Alemania muchas personas que pensaran con desagrado en aquella orgía de deliberada destrucción y resolvieran impedirla en la medida que les fuera posible. Una de esas personas fue Karl Kaufmann, Gauleiter de Hamburgo. Habiendo visto su ciudad —el mayor puerto y una de las poblaciones más antiguas y prósperas de Alemania— devastada por los bombardeos aéreos, resolvió no dejar que la destrucción se completara, fuera por las bombas británicas o por la dinamita nazi. Y otra, fue el más íntimo amigo de Kaufmann y quizá el más inteligente y capaz de todos los dirigentes nazis: Albert Speer.

Hemos mencionado con frecuencia a Speer y citado textos suyos en el curso de esta narración. Y no lo hemos hecho sin examinar críticamente sus afirmaciones, o porque resultara más sencillo reproducir sus palabras que escribir por nuestra cuenta sobre el mismo tema. Otros muchos políticos nazis han empleado la dolorosa quietud de su encierro para escribir sus autobiografías o apologías y enunciar esos proyectos de cósmicas proporciones, tan gratos a las mentalidades germanas. Citamos textos de Speer porque sus observaciones no hacen otra cosa que dar forma literaria, a veces incluso lapidaria, a las conclusiones a que habíamos llegado ya por el estudio de declaraciones menos personales y, en apariencia, más imparciales. No es necesario —en realidad resultaría totalmente desacertado— reproducir por ejemplo parte de la cuidadosa autobiografía de Schellenberg, porque los juicios y opiniones del experto de Himmler en

cuestiones internacionales, no arrojarían luz alguna, excepto sobre la pobreza de su inteligencia y el provincianismo de sus horizontes. Y la autobiografía del conde Lutz Schwerin von Krosigk, aunque haya sido ministro por espacio de trece años, merece nuestra atención, no por la sagacidad que pretende, sino por la imbecilidad de sus observaciones. Los textos de Speer son, en cambio, interesantes por sí mismos. Sus conclusiones no son nunca estúpidas ni pedestres; parecen siempre honradas; a menudo son profundas. Si en ocasiones da la impresión de haberse dejado dominar demasiado por la influencia del tirano al que servía, por lo menos es el único sirviente cuyos juicios no parecen corrompidos por el servilismo hacia su temible señor; conserva, como mínimo, la serenidad precisa para examinar su propia conducta y la honradez de proclamar lo que considera sus errores y sus aciertos. En los últimos días del nazismo no tuvo miedo de decir cuanto pensaba al propio Hitler; y durante su cautividad en manos de los aliados no tenía inconveniente en proclamar, tras un meditado análisis de la historia y carácter de Hitler, los restos de su lealtad hacia el dictador, lealtad de la que nunca se despojó por completo.

Toda la carrera política de Speer fue algo extraordinario, si «extraordinario» no es una palabra que pierde gran parte de su significado al tener que aplicarla a la mayor parte de los acontecimientos del gobierno nazi. Es bastante extraño que un hombre de sus características haya podido elevarse en el corrompido entorno de Hitler; y que habiéndose elevado, haya podido mantenerse en la cima, aislado, solitario, en aquella encrucijada de recelosos y vengativos conspiradores. Que sin haber tenido jamás ningún cargo político ni administrativo se viera repentinamente, a los treinta y seis años y en un momento de crisis, al frente de toda la fabricación de armamentos, coordinando las diversas producciones, de la construcción y sostenimiento de los medios de transporte y de la dirección y reforma de la industria, es quizá menos sorprendente, dado el mundo arbitrario en que tenía que moverse; pero que consiguiera triunfar, y que lo hiciera una y otra vez en su gigantesca tarea, resulta en verdad casi increíble; y que después de ese triunfo siguiera con la frialdad de inteligencia precisa para analizar serenamente los acontecimientos, es un misterio nada fácil de interpretar. Speer comenzó su carrera como arquitecto. En 1934, a los veintinueve años, trabajaba en la construcción de la cancillería del Reich, como subordinado del arquitecto de Hitler, profesor Troost. Considerándose un artista, Hitler se interesaba por sus arquitectos, y

después de algunas breves charlas incluyó a Speer en su círculo íntimo, invitándolo a comer e interesándose por él. Desde aquel momento el porvenir de Speer estaba asegurado. Hitler lo había escogido «intuitivamente», como había escogido a Ribbentrop, el vendedor de champaña, para convertirlo en embajador y ministro de Asuntos Exteriores, y a Rosenberg, el mistagogo báltico, para gobernar los territorios conquistados en el Este. Pero Speer fue una elección más afortunada que las otras dos. Es cierto que sucumbió, como todos los demás, a la influencia mesmérica de su jefe; igual que ellos no pudo rehuir el poder misterioso de aquellos ojos glaucos ni el mesiánico egotismo de aquella voz dura y enérgica. Speer explica: «Todos caían bajo su influencia, ciegamente obedientes a sus deseos, sin otra voluntad que la suya..., cualesquiera que sean los términos médicos que puedan designar este extraño fenómeno. Advertí, durante mis actividades como arquitecto, que permanecer durante un rato en su presencia, me dejaba cansado, agotado y *vacío* . Toda posibilidad de trabajo independiente quedaba paralizada». Es cierto, también, que sus realizaciones arquitectónicas tenían una muy discutible elegancia: la inmensa cancillería del Reich, por ejemplo, que recibió orden de terminar con toda premura a tiempo para la recepción del presidente Hacha de Checoslovaquia y del príncipe Pablo de Yugoslavia, simples reyes tributarios que temblarían de emoción ante la geométrica magnificencia del palacio del nuevo faraón. Pero por lo menos, a diferencia del Tercer Reich, tenían sólidos cimientos. Incluso ahora, como las ruinas de Menfis, los restos de aquel grandioso edificio son lo más destacado en el inmenso cementerio que es el centro de Berlín.

Porque en verdad (y aquí reside posiblemente el secreto de su supervivencia), Speer no era un artista ni un político. No tenía intereses o ambiciones comunes con el resto de los miembros de la corte. Observaba sus bufonadas, pero no pretendía competir con ellos; y como se trataba de un subordinado directo y amigo personal de Hitler —quizá el único amigo personal que tenía—, los demás entendieron que resultaba conveniente dejarlo a un lado, solo en su incomprensible aislamiento. Speer era un tecnócrata y creía en una filosofía tecnocrática. Para el tecnócrata, como para el marxista, los políticos tienen escasa importancia. La prosperidad y el futuro de un pueblo dependen, no de las personalidades que desempeñan los cargos públicos, ni siquiera de las instituciones que formalizan sus relaciones —ambas cosas son fenómenos sin una decisiva trascendencia—,

sino de los instrumentos técnicos de que puede disponer la sociedad, de las carreteras y los ferrocarriles, los canales y los puentes, los servicios y las fábricas donde una nación emplea sus energías y de los que obtiene toda su riqueza. Es una filosofía muy práctica; y es verdad que en determinados momentos la política puede ser desdeñada. Durante cerca de dos años después de que sucediera a Todt como ministro de Armamentos, Speer pudo despreciar a los políticos, contemplando sus bufonadas desde su asiento en el palco real, mientras concentraba sus actividades e intereses en las comunicaciones y las fábricas que constituían toda su ilusión. Más tarde se sintió profundamente desilusionado. Cuando Hitler y Goebbels levantaron la bandera de «tierra quemada» y ordenaron al pueblo alemán que destruyera sus ciudades y fábricas, que volara sus diques y sus puentes, que sacrificara sus ferrocarriles y sus autopistas en honor de un mito y una delirante fantasía wagneriana, Speer comprendió al fin la falacia de su filosofía. La política importa; los políticos pueden decidir la suerte de las naciones. Entonces se produjo la gran crisis de su vida.

No era fácil su decisión. Durante once años, sostenido por una filosofía adecuada a sus fines, Speer había gozado de los resplandores del favor de Hitler. Se había enriquecido y adquirido poder a la sombra de un tirano cuya tiranía (estaba convencido de ello), como no obstaculizaba sus impersonales ambiciones, carecía de importancia para él. Durante mucho tiempo se sintió fascinado por la personalidad y halagado por las atenciones de su amo; pero seguía (si podemos perdonar su error inicial de aceptar la barbarie totalitaria) intelectualmente incorrupto. Continuaba siendo fiel a sus ideales impersonales; y cuando Hitler se declaró enemigo de ellos, Speer se dispuso a sacrificar, no sus ideales, sino a Hitler junto con toda la protección que le había dispensado y la amistad y la influencia personal derivadas de unas relaciones tan largas. Trató, naturalmente, de engañarse a sí mismo. Habiendo colaborado con el nazismo durante un período tan largo, no podía admitir (como el exiliado Rauschning) que ese nihilismo estuvo siempre implícito, y a veces incluso explícito, en el fondo de la filosofía nazi. Prefirió suponer un cambio repentino, la arbitraria modificación de su trayectoria por parte de un déspota corrompido por lo exorbitante de un poder ilimitado. Hitler tomaba un camino equivocado que había de llevarlo a las más terribles consecuencias. «Deliberadamente estaba pretendiendo que todo su pueblo muriese con él. No reconocía ya ningún límite moral; era un hombre para quien su propio fin debía significar

el fin de todo.» Un observador más imparcial habría advertido que Hitler nunca conoció límites morales; después de todo así lo había proclamado en diversas ocasiones.

Entre su deber público y su relación personal, Speer no vaciló. «Desde entonces —afirma—, y no solo dentro de las funciones que oficialmente me competían, tuve que planear, iniciar y ejecutar muchos actos dirigidos contra la política de Hitler y aun contra Hitler mismo.» Mientras el Führer, con acrecentado radicalismo, exigía la destrucción de Europa, Speer, con redoblado celo, procuraba anular los efectos de sus órdenes. Tenía el encargo de destruir las instalaciones industriales y dio orden de preservarlas. A cada orden de suicidio industrial dictada desde el cuartel general de Hitler, la cancillería del partido o Radio Berlín, Speer respondía, en secreto, con una contraorden. Gracias a su enorme autoridad y a sus constantes viajes por toda Alemania, consiguió detener la mano de los destructores y persuadió a sus agentes, subordinados y simpatizantes de que si las comunicaciones y las fábricas habían de ser entregadas al enemigo, debían ser entregadas intactas. Las minas y fábricas de Bélgica y el norte de Francia, los canales de Holanda, las minas de níquel de Finlandia, los yacimientos de los Balcanes y los campos petrolíferos de Hungría fueron protegidos por él; y cuando llegó el nuevo año y los ejércitos aliados penetraron en la misma Alemania, Hitler y su único amigo personal continuaron la misma silenciosa pero amarga lucha sobre el conjunto de Alemania.

Fue en febrero de 1945 cuando el dilema intelectual de Speer se hizo más agudo. La situación era claramente desesperada; pero la desesperación no hacía más que aumentar el nihilismo del partido. El general Guderian, jefe del estado mayor general del ejército desde el complot de julio, dijo a Ribbentrop que la guerra estaba perdida. Ribbentrop informó a Hitler de esta declaración, y Hitler llamó a Guderian y a Speer y les dijo que tales palabras constituían una traición, y que en adelante ni el grado ni el cargo que ocupasen libraría a los traidores de la muerte ni a sus parientes de la detención. Al mismo tiempo Goebbels, enloquecido por el gran ataque aéreo sobre Dresde, exigía la anulación de la Convención de Ginebra, la matanza de cuarenta mil aviadores aliados y el empleo de dos nuevos y terribles gases venenosos, Tabun y Sarin. Por su parte, Speer se lanzó con

mayor claridad por el camino de la traición. Decidió incluso intervenir en política, en aquella misma política que durante tanto tiempo creyó posible dar de lado.

El plan de Speer consistía nada menos que en eliminar, mediante el asesinato, a toda la dirección política del Reich. Siete meses antes tal proyecto le hubiera parecido inconcebible; ni tuvo conocimiento antes de que estallara ni aprobó después el complot de los generales; pero desde entonces toda su concepción del mundo había variado, y el discípulo predilecto se había convertido en el más implacable enemigo del Führer. Hitler se encontraba ahora en Berlín, en la cancillería. Tenía costumbre de discutir los acontecimientos diarios con sus inmediatos colaboradores —Goebbels, Bormann, Burgdorf y Ley—, [1] en su refugio subterráneo que nadie, ni siquiera las altas personalidades del partido, podía pisar sin ser antes concienzudamente registrado para evitar que portasen explosivos. Pero el plan de Speer no hacía precisa la entrada de armas visibles. El refugio estaba aireado por medio de una instalación de ventiladores, y el tubo de una de las chimeneas salía al jardín de la cancillería. Como arquitecto, Speer conocía la forma en que estaba construido y completó su conocimiento hablando con el ingeniero de la cancillería. Descubrió que si se introducía un gas venenoso por la chimenea durante una de las conferencias de Hitler, el gas se distribuiría rápidamente por todo el refugio, de forma que en pocos minutos no quedase vivo uno solo de los que soñaban con destruirlo todo. Speer hizo partícipes de su proyecto a varios colaboradores de absoluta confianza, y comenzaron los preparativos para su ejecución. Cuando los preparativos estuvieron concluidos, Speer visitó el jardín de la cancillería, y pudo comprobar entonces que por una reciente orden personal del Führer se había construido un armatoste defensivo de unos tres metros y medio de alto en torno a la chimenea, y que el plan ya no era realizable. Y así, por segunda vez en siete meses, Hitler escapó a una tentativa de asesinato. [2]

Sin embargo, no fue solo un pequeño inconveniente técnico lo que salvó a Hitler de las manos de Speer, porque en una de las contadas declaraciones que un poco contra su voluntad ha hecho sobre este desagradable asunto, describió otro incidente que también contribuyó a su fracaso. Por aquella época Speer visitó el frente alemán del Rin, y allí, una noche, buscó refugio en la boca de una mina entre un grupo de mineros alemanes. En la oscuridad, únicamente rota por alguna bengala de las

distantes trincheras, nadie lo reconoció; escuchó en silencio la conversación que sostenían los mineros, y de ella sacó una nueva conclusión de tipo político. Estaba convencido de que aquellos mineros representaban al soldado y al trabajador alemán corriente, y vio con claridad que todavía confiaban en Hitler y en nadie más que en Hitler. Creían que solo él comprendía a la clase trabajadora de la que había salido y los misterios de la política, ocultos para el resto de la raza germana, y que sería más capaz que nadie, pese a las circunstancias adversas, de realizar el milagro de su salvación. Impresionado por lo que había visto y oído, Speer reconsideró sus planes. Si eliminaba a Hitler, eliminaría al gran destructor de la industria y de las comunicaciones alemanas; pero al mismo tiempo privaría al pueblo alemán del único jefe político en quien aún seguían creyendo, a quien continuaban considerando como intérprete de su común voluntad, y cuyas órdenes serían capaces de obedecer hasta en el último instante. Una vez más, Speer comprendió toda la importancia de la política y el fracaso de su sencilla filosofía tecnocrática. Abandonó su proyecto para destruir a Hitler y su corte, y pasó a formar parte de ese enorme y descorazonador grupo de alemanes: los conspiradores que habían fracasado.

Cuál de estos dos factores, el inconveniente técnico o la lección política, determinó en realidad el fracaso de Speer como asesino, es un problema de pequeña importancia al cual ni siquiera él mismo ha dado una clara respuesta; [3] pero un hecho resalta de esta curiosa historia: ninguna conversión intelectual puede realizarse sin una terrible vacilación; y la aparente decisión con que Speer rompe con Hitler, que a primera vista contrasta tan poderosamente con las infinitas dudas de Himmler, no debe impedirnos ver las dificultades con que tropezó, la crisis psicológica a que se vio lanzado. La importancia de esta se deduce claramente de su historia posterior: la de un hombre luchando entre su antagonismo político y su admiración personal.

El 18 de marzo, a pesar del veto explícito de Hitler, Speer le escribió proclamando que tanto militar como económicamente la guerra estaba perdida; si no quería que la nación se perdiera también, era preciso preservar algunas materias primas gracias a las cuales, al margen de lo básico de su naturaleza, el pueblo pudiera proseguir su vida. Era una proclama en contra de la política de destrucción preconizada; la respuesta de Hitler fue rotunda. Llamando a Speer le dijo: «Si la guerra se pierde, la nación perecerá. Es un destino inevitable. No es necesario, por lo tanto,

reservar nada para que la vida pueda continuar. Es preferible, por el contrario, destruirlo todo y hacerlo nosotros mismos. La nación habrá probado su debilidad y el futuro pertenecerá a la nación más fuerte del Este. Además, los que queden en pie después de la batalla tendrán muy poco valor, porque en la lucha habrán caído todos los buenos». Aquel mismo día Hitler y Bormann dieron nuevas órdenes de destrucción; la lucha había de ser llevada a cabo «sin consideración hacia el pueblo alemán»; ocho oficiales que no volaron a tiempo un puente fueron fusilados por orden del Führer, y la noticia se publicó en el boletín de las fuerzas armadas. La autoridad de Speer sobre la industria quedó en suspenso.

Sin embargo, Speer continuó sus actividades, aunque ahora no las ejerciera por completo de manera oficial. Ordenó ocultar los explosivos más potentes y disminuir su fabricación a fin de que se agotaran pronto los existentes; proveyó de pistolas automáticas a sus encargados industriales para emplearlas contra los Gauleiters que pretendieran llevar a la práctica las órdenes de destrucción. Enviaba sus disposiciones por medio del mando general combinado, y cuando le fallaban sus propios canales utilizaba los del alto mando o los ferrocarriles del Reich. La suspensión de su autoridad no había producido el menor efecto, y el 29 de marzo Hitler volvió a llamarlo a su presencia.

Hitler lo acusó de sostener públicamente que la guerra estaba perdida y le ordenó que proclamase de una manera solemne lo contrario. Speer replicó: «La guerra está perdida». Hitler le dio veinticuatro horas para que meditara sobre su posición, al cabo de las cuales Speer volvió con una carta defendiendo sus puntos de vista. [4] Hitler se negó a recibir la carta y ordenó a Speer que se fuera con permiso indefinido, abandonando su labor. Speer se negó; afirmó que su deber lo obligaba a permanecer en su puesto. A renglón seguido se produjo una extraña escena de reconciliación entre el Ángel de la Destrucción y su recalcitrante y no castigado discípulo. «Yo le aseguré —dice Speer— que aun así podía tener absoluta confianza en mí en el futuro.» Por tan sencillo procedimiento, Speer se encontró restablecido en su puesto, que utilizó, como antes, para tratar de impedir la destrucción. La dualidad de la conducta de Speer se verá ratificada en el curso de este relato. Aparecerá con toda claridad en su última visita al refugio de la cancillería y su franca confesión a Hitler el 23 de abril. Se advierte también en las palabras con que termina su propia descripción de la personalidad del Führer. Dice: «Aunque en mi fuero íntimo había roto con él en aquella

época, resulta difícil para mí escribir estas notas incluso en este momento. Lo hago porque creo que mi deber consiste en señalar sus faltas, origen de su desastrosa influencia, tan trágica para Alemania como para el resto del mundo. Pero aunque a veces tenga que emplear términos duros, no quisiera que se me contara entre los que lo atacan maliciosamente sin otro propósito que exculparse a sí mismos».

Mientras, no era solo Speer quien había atravesado una crisis intelectual en su actitud con respecto a Hitler, aunque «intelectual» no sea quizá la palabra más adecuada al hablar de un carácter tan increíblemente primario como Himmler. Porque Himmler también había empezado a comprender la inconsecuencia, la excentricidad y la perversión de la conducta del Führer. No lo había descubierto por sí mismo, naturalmente; pero una vez que se le había señalado (y no faltaban conspiradores ansiosos de hacerlo) Himmler tenía que admitir que hacía tiempo que no recibía aquellas órdenes claras, explícitas e inteligentes que le permitían ocultar, bajo la eficacia de su acción ejecutiva, la indecisión crónica de su ánimo. El dios parecía estar fuera del mundo; ¿qué tenía que hacer entonces su pontífice? Sus letanías, sus sacramentos, los innumerables sacrificios humanos parecían vanos y carentes de todo significado. Necesitaba otro dios. Es cierto que había encontrado otro Dios en el cielo, gracias a los milagros del año anterior; pero aquel Dios era demasiado remoto y sus consejos demasiado generales para que pudieran serle de mucha ayuda práctica en la complicada situación política y militar de la Alemania contemporánea. Necesitaba un dios más terrenal, y la tragedia íntima de Himmler durante aquellos meses de su vida fue que no pudo encontrarlo; halló tan solo un misionero con la persuasión suficiente para destrozar su creencia en la vieja revelación, pero sin lograr convencerlo jamás de la validez de la nueva. Este misionero fue Walter Schellenberg.

En su primera labor de constituir un vasto, eficiente y totalitario servicio de inteligencia, Schellenberg había fracasado ya, y además por completo. No es justo condenarlo por su fracaso, porque la tarea resultaba casi imposible. En la encrucijada de egoísmos encontrados que era la Alemania «totalitaria» de los últimos años de la guerra, Schellenberg no podía conseguir gran cosa. Pero en su segundo y más limitado proyecto, en el intento de convertir a Himmler en el rival, el sucesor y, si era preciso, el aniquilador de Hitler, en el hombre providencial que negociase la paz con Occidente y salvase a Alemania, estaba consiguiendo, o al menos así lo

creía, un éxito mucho más grande y claro. Durante cerca de un año no se había cuidado mucho de ocultar a Himmler el alcance de sus planes, y convencido de su propia astucia, de su brillante percepción, de su dominio del complicado juego de la diplomacia, probablemente creía que Himmler comprendía y aceptaba mucho más de sus ideas y proyectos de lo que podía comprender una mente tan lenta y poco aguda como la del Reichsführer. Es cierto que Schellenberg tuvo la precaución de no hablar a Himmler de las esperanzas que abrigaban algunos de los fracasados conspiradores de julio, grandes amigos suyos; pero con habilidad había deslizado algunas alusiones a Fräulein Hanfstaengl, de Múnich, que ideara un plan para recluir por la fuerza a Hitler en Obersalzberg, donde permanecería como jefe nominal, pero impotente del Estado, mientras todos los actos de gobierno se realizaban bajo las órdenes directas de Himmler. Este no parecía haber hecho mucho caso de sus insinuaciones en ese sentido, pero Schellenberg tenía dispuesto otro proyecto. En Hamburgo había descubierto a un prometedor astrólogo llamado Wulff, que estudiaba además los venenos, el sánscrito y otros temas igualmente interesantes. Las profecías de Wulff, vistas por Schellenberg retrospectivamente, parecían de un extraordinario interés. Wulff había profetizado que Hitler escaparía a un grave peligro el 20 de julio de 1944; que enfermaría en noviembre del mismo año y que moriría misteriosamente antes del 7 de mayo de 1945. Sus profecías con respecto a Himmler eran igualmente interesantes, aunque procuraba mantenerlas en un diplomático silencio. Schellenberg supo que Wulff era, en política, poco sanguinario; se lo presentó a Himmler a fin de que sirviera de contrapeso al cruel Kaltenbrunner; y esta presentación tuvo tanto éxito que antes del final del Tercer Reich, según Schellenberg, «Himmler no daba un solo paso sin consultar primero con su horóscopo». [5] No menos valioso para Schellenberg era Kersten, el masajista finlandés de Himmler. Schellenberg afirma que Himmler padecía un cáncer intestinal; sufría bastante, y solo Kersten lograba aliviar sus dolores. Poco a poco, Himmler llegó a depender tan íntegramente de los masajes de Kersten, como Hitler de las drogas de Morell. Viéndose imprescindible, Kersten pronto comprendió que podía decir a Himmler cosas que ni siquiera Schellenberg se atrevía a insinuar; y Schellenberg, que conocía la importancia de los masajes de Kersten, supo que tampoco el masajista era partidario de una

política de crueldad. Por aquella época, Kersten se convirtió en un nuevo agente de Schellenberg, que se felicitó a sí mismo por esta nueva prueba de astucia.

Así, poco a poco, por medio de intencionadas alusiones y calculadas indiscreciones, particularizando unas veces, generalizando otras y siempre admirando su propia habilidad, Schellenberg fue triunfando, o lo creyó cuando menos, en su intento de romper aquella cadena de incondicional lealtad de la que pendía toda la personalidad de Himmler; y al mismo tiempo en el altar de la adoración de Himmler, del cual iba siendo lentamente expulsada la imagen de Hitler, Schellenberg fue pausada y tenazmente, contra la desesperada resistencia del propio adorador, sustituyéndola por una nueva y aún más inadecuada imagen: la del propio Himmler, coronado segundo Führer, como la segunda encarnación del espíritu ario de Alemania. Con qué tenacidad trabajó Schellenberg y con qué obstinación se resistió Himmler, queda claramente expuesto en el largo relato que el primero ha hecho de sus interminables maniobras. En febrero de 1945, Himmler, desacreditado como general, hundido su espíritu, sufrió un «colapso físico y espiritual» y se retiró a la clínica que el profesor Gebhardt tenía en Hohenlychen. ¿Cómo podía Schellenberg dejarlo solo en manos del aborrecido Gebhardt? Inmediatamente marchó a Hohenlychen con una nueva serie de profecías del astrólogo Wulff, y volvió a plantearse el viejo tema. Cuando el conde Folke Bernadotte, representante de la Cruz Roja sueca, fue a Berlín, Schellenberg empleó toda su habilidad diplomática para organizar unas entrevistas con el vacilante Himmler, y lo hizo de forma que no pudieran decir nada ni Ribbentrop ni Kalternbrunner. Las entrevistas fracasaron, es cierto, porque Bernadotte no quería comenzar por iniciativa propia las conversaciones con los aliados, y Himmler no pudo decidirse a actuar independientemente de Hitler. «Quizá lo crea sentimental, incluso absurdo —protestó—, pero he jurado lealtad a Adolf Hitler; soy un soldado y un alemán y no puedo faltar a mi juramento.» [6] Schellenberg, sin embargo, no desesperaba de conseguir sus fines. Hay casi un brutal deleite en los términos que emplea para hablar de la insistencia de sus asaltos sobre las dudas agonizantes de Himmler. «Le debo todo lo que soy a Hitler —afirmaba el Reichsführer—, ¿cómo puedo traicionarlo? He formado las SS sobre la base de la lealtad; no puedo abandonar ahora ese principio básico.» Pero el astuto tentador tenía ya preparados un centenar de argumentos que justificaban el abandono de aquel principio básico. Himmler se defendía

diciendo que su salud languidecía, «y en verdad —reconoce Schellenberg—, era la imagen de un alma desgarrada, de un espíritu atormentado por las dudas y las vacilaciones». Pero Schellenberg no se impresionaba por el espectáculo de la tortura mental del hombre a quien parece (por increíble que pueda antojársenos) haber admirado sinceramente. «Luché con él —dice insensible— como un demonio lo haría para conseguir un alma.»

Era ya la primavera de 1945 cuando llegó el momento decisivo, y Schellenberg resolvió dejar de lado las precauciones, abandonar las alusiones estériles y presentar con claridad a Himmler todo el alcance de sus proyectos. Había vacilado durante mucho tiempo, porque Himmler estaba rodeado por otros consejeros más siniestros: por Kaltenbrunner, el asesino austríaco que controlaba las oficinas centrales de Himmler y (en teoría) a Schellenberg mismo, ensoberbecido ahora por el favor personal de Hitler; por Skorzeny, el terrorista vienés que había rescatado a Mussolini y secuestrado al hijo del regente de Hungría, y que estaba al frente, por orden de Himmler, de todas las bandas terroristas del Reich, y por Fegelein, el ignorante preparador de caballos de carreras que desempeñaba el cargo de representante de Himmler en el cuartel general del Führer, y había llegado a ser íntimo del círculo familiar de Hitler, tan entrometido y tan inevitable como Bormann o Burgdorf. Estos formaban el grupo de los «Sudistas», los intransigentes que preconizaban una resistencia hasta el fin, que rechazaban todo compromiso y hablaban con orgullo e ignorancia de las posibilidades de un glorioso *Götterdämmerung* («crepúsculo de los dioses») en los Alpes, mientras los «Nordistas», como Speer y Schellenberg, preferían pensar en términos de compromiso político. Sin embargo, Schellenberg se creía ahora lo suficientemente fuerte para arrostrar todos los riesgos y habló claro. «¿De forma que me propone que deponga al Führer?», preguntó Himmler. «Sí», replicó Schellenberg. A partir de aquel momento las conversaciones entraron en un cauce de mayor claridad.

«En el transcurso de dichas conversaciones —afirma Schellenberg—, Himmler hablaba a menudo de la salud precaria de Hitler. A mi pregunta de cómo podía seguir ejerciendo tan amplias funciones, Himmler respondía que su energía no había disminuido, aunque la vida antinatural que llevaba convirtiendo la noche en día y durmiendo tan solo unas pocas horas, su actividad constante y sus ataques de cólera, habían terminado por agotar a su entorno y creado una atmósfera insoportable. Yo sugerí que quizá el complot del 20 de julio habría dañado la salud de Hitler, especialmente su

cabeza. Himmler lo creía muy posible, y señalaba el encorvamiento del Führer, la palidez de su semblante, el temblor incesante de su brazo izquierdo y sobre todo la operación que fue preciso practicarle en el oído en el mes de noviembre, consecuencia indudable de la conmoción sufrida entonces.»

Estas afirmaciones de Himmler no eran totalmente exactas, aunque sirvieron de base al activo Schellenberg para proseguir sus maniobras. A principios de abril visitó a su amigo el profesor De Crinis, director del Departamento de Psicología del Hospital de la Caridad, en busca de información sobre la salud de Hitler. De Crinis no era uno de los médicos que cuidaban al Führer, pero en los círculos científicos había oído hablar bastante acerca de sus dolencias y contestó: «En mi opinión, los movimientos descontrolados que he podido observar en Hitler en los últimos noticiarios son signos evidentes de la enfermedad de Parkinson». A la mención de tal enfermedad, Schellenberg se sintió satisfecho y contento. Concertó una entrevista entre Himmler y De Crinis, a la que el primero asistió acompañado del encargado de la salud del Reich, Conti, quizá el mayor charlatán de todos los médicos nazis. De Crinis expuso nuevamente su parecer sobre el estado de Hitler y los síntomas de la enfermedad de Parkinson, y el Reichsführer, como informó posteriormente, «escuchó sus explicaciones con gran interés y admirable comprensión».

Varios días más tarde, el 13 de abril, Himmler llamó a Schellenberg a su cuartel general del viejo castillo Ziethen, en Wustrow, y allí estuvieron hablando animadamente durante hora y media. «Schellenberg —dijo Himmler—, me parece que nada se puede hacer ya por Hitler. ¿Cree usted que De Crinis tiene razón?» Schellenberg contestó que hacía dos años que no veía al Führer, «pero a juzgar por todo lo que he visto y sabido, entiendo que ha llegado el momento de que usted se decida a actuar». Discutieron cuestiones de detalle como el problema judío y los contactos con el exterior. Eran nuevas y delicadas negociaciones que había de llevar a cabo Schellenberg.

«Himmler atravesaba momentos de grave preocupación. Incluso de una manera pública se sentía casi completamente abandonado por el Führer. Hitler había ordenado al Leibstandarte Adolf Hitler que se despojara de sus brazaletes como un castigo deshonroso. [7] Himmler me decía que, con excepción quizá del Standartenführer Brandt, [8] yo era el único hombre en quien podía confiar. Pero ¿qué podía hacer? No era posible fusilar a Hitler,

envenenarlo o arrestarlo porque toda la maquinaria militar se paralizaría inmediatamente. Yo le expliqué que cabía hacer otra cosa: ir a ver a Hitler, hablarle con entera sinceridad de la marcha de la guerra durante los dos últimos años y convencerlo para que dimitiera. Al oírme, Himmler replicó: “¡Imposible! ¡Montaría en cólera y me fusilaría sin más!”. Entonces, es preciso que se proteja usted contra ese peligro —le indiqué—. Tiene a su disposición suficiente número de altos oficiales de las SS que podrían detener en un momento dado al Führer; o, si no hay otro medio, pueden intervenir los médicos.»

Himmler no respondió a estas insinuaciones. Estaba dispuesto a considerar desde un punto de vista abstracto todas estas medidas, pero Schellenberg no había logrado cambiarlo lo suficiente para que se decidiera a actuar en tal sentido. Cuando la conversación concluyó, todo lo que Himmler pudo conceder fue que trataría de celebrar una reunión con el profesor De Crinis, el profesor Morell, el doctor Stumpfegger y Bormann para deliberar sobre la salud de Hitler y la necesidad de tomar determinaciones. Nada mejor podríamos encontrar para probar la falta de realidad de las ideas de Himmler, o la ingenuidad de Schellenberg al pensar que Himmler pudiera convertirse jamás en un conspirador. Morell y Bormann dependían enteramente de Hitler. Su poder no descansaba en una independencia política, en un ejército personal, ni siquiera en ser imprescindibles o insustituibles, sino en el favor del Führer. En cuanto a Stumpfegger, aunque Himmler pudiera pensar que todavía se mantenía leal a sus antiguos jefes de Hohenlychen, la realidad era que ya estaba quemando incienso ante el nuevo dios de la cancillería del Reich. Ninguno de estos hombres iba a declarar incapacitado a Hitler y a facilitar la tarea de Himmler de apartarlo. En realidad, De Crinis hizo lo que se le dijo. Consultó con Stumpfegger acerca de la salud del Führer. Pero Stumpfegger no estaba de acuerdo en que Hitler padeciera la enfermedad de Parkinson; y aunque De Crinis se ofreció para preparar algunos medicamentos que Stumpfegger reconoció que sentarían muy bien al Führer, no se presentó nunca a recogerlos como había prometido. En realidad, ¿por qué había de hacerlo? Stumpfegger era un cirujano, no un médico, y después de la experiencia de Brandt no resultaba muy aconsejable mezclarse en los asuntos de Morell.

Frustrado una vez más, Schellenberg se acordó de otro colaborador que podía acudir en su ayuda y convencer a Himmler para actuar. Concertó con Himmler una entrevista para el 19 de abril con el conde Lutz Schwerin von Krosigk, ministro de Finanzas de Hitler. Pero antes de descender en la escala de la ineptitud hasta el conde Schwerin von Krosigk, debemos trasladar nuestro relato a Berlín.

Hitler había vuelto a Berlín para hacer frente a la última y más desesperada batalla de la guerra. En el mes de diciembre había dirigido desde Bad Nauheim su postrer contraataque en el Oeste, la ofensiva de las Ardenas; había fracasado, y los aliados se disponían a cruzar el Rin. El Führer volvió sus ojos hacia el Este, agrupando divisiones en masa para contraatacar a los rusos en el Danubio; también fracasó, y los rusos habían cruzado el Oder y estaban en la parte alta del Elba. Ahora, en su refugio subterráneo bajo la cancillería del Reich, Hitler dirigía las operaciones finales. Todo su estado mayor, toda su corte, sabían interiormente que la guerra estaba perdida; algunos de ellos lo sabían desde hacía años; pero el Führer continuaba creyendo en su estrella, en la Providencia, y en su propia indispensabilidad. Era más indispensable que nunca, puesto que no tenía sucesor en ese momento. El decreto designando a Goering como sucesor era todavía válido desde un punto de vista legal, pero Goering había perdido su favor y estaba casi olvidado. [9] El monopolio de Bormann sobre los asuntos internos del partido y el Reich y el control de Himmler sobre las SS parecían señalarlos como sucesores, pero ninguna disposición había consagrado sus aspiraciones. Los jefes militares estaban totalmente descartados después del 20 de julio; tan solo algunos complacientes aduladores habían logrado librarse de las sospechas que rodeaban a todos los militares. En una conversación sostenida con sus secretarias en marzo de 1945, Hitler admitió que en materia de sucesión no había tenido suerte. Hess se había vuelto loco; Goering, por culpa de la vida que llevaba y del fracaso de la Luftwaffe, era rechazado por el pueblo alemán; en cuanto a Himmler, que podía parecer la persona más indicada, cuyo mismo título de Reichsführer denotaba para muchos que sería el heredero de la corona, Hitler afirmaba que no podría elegirlo: se llevaba mal con el partido (es decir, con Bormann) «y de cualquier manera no sirve, dada su falta de todo sentimiento artístico». No sabía a quién podría escoger y como lógica consecuencia no designó a nadie. En aquella época, Hitler ignoraba,

naturalmente, que Himmler estuviera dispuesto a negarlo y que Speer ya lo había hecho, pero respiraba una atmósfera de traición a su alrededor. Afortunadamente estaba acompañado, también, de dos seres a quienes creía libres de aquella enfermedad contagiosa: *Blondi* y Eva Braun.

«Para todos los escritores de historia —dice Speer—, Eva Braun será un chasco»; y, también, para los lectores de esa misma historia. No tenía ninguno de los rasgos característicos y convencionales de las amantes de los tiranos. No era una Teodora, ni una Pompadour ni una Lola Montes. Pero tampoco Hitler era un tirano típico. Detrás de sus accesos de cólera, de sus enormes ambiciones, de su absoluta confianza en sí mismo, no se escondía la voluptuosidad de un hombre apasionado, sino los gustos vulgares, las convenciones domésticas de un pequeño burgués. No debemos olvidar su afición por los pastelillos de crema. Eva Braun apelaba a este elemento estable y más bien oculto de su personalidad, y dado que sacaba a la luz lo trivial y no lo extraordinario de la naturaleza de Hitler, solo podemos concluir que ella misma no debía de ser muy interesante. En realidad, lo más destacado de su existencia es, probablemente, lo bien guardado que estuvo el secreto de la misma, ya que su amistad había durado al menos doce años y los dos murieron antes de que el conocimiento de sus relaciones traspasara el círculo de amigos íntimos. Una conspiración de silencio rodeaba la vida de Eva Braun; los criados tenían prohibido hablar con ella, y se tuvo buen cuidado de que no circulase una sola de las fotografías en las que aparecía junto al Führer.

La presentación de Eva Braun a Hitler fue realizada, como la de Morell, por el fotógrafo Hoffmann, con quien trabajaba. Más bonita que hermosa, con las mejillas coloreadas y los pómulos ligeramente salientes, sin grandes ambiciones personales, deseosa únicamente de agradar, pronto logró una gran ascendencia sobre Hitler, proporcionándole un ideal plácido y tranquilo que parecía en contradicción con su vida política, pero que ansiaba su espíritu burgués. A su lado Hitler halló la calma y el sosiego que no pudo encontrar en ninguna otra parte; dándole una tranquilidad hogareña, no pretendiendo jamás influirle en asuntos políticos, Eva endulzaba un poco la existencia de aquel hombre de vida dura y atormentada. Magnífica esquiadora y alpinista, aficionada al baile (que había estudiado profesionalmente), pasando por culta entre el círculo ignorante que rodeaba al Führer, deseosa siempre de discutir sobre libros y cuadros, y ayudando a Hitler en su compra de *objets d’art* , encajaba muy

bien en el mundo «artístico» de Berchtesgaden, donde estuvo confinada la mayor parte del tiempo, ya que solo en los dos últimos años de su vida Hitler le permitió trasladarse a Berlín. En su afecto por ella, Hitler no sufrió la menor alteración; no tuvo rivales; [10] la vistosa actriz nórdica que Goebbels le presentó en la cancillería con objetivos puramente propagandísticos, no llegó a interesarle nunca. En realidad, Hitler parece haber tenido miedo a las mujeres; temía que quisieran intervenir en la política; hablaba con desprecio de los «políticos falderos», aunque no sean mucho más dignos los políticos de una corte absolutista. En este aspecto no había el menor peligro en Eva Braun. Limitaba sus actividades a los intervalos de la vida pública del Führer, haciendo de anfitriona en las reuniones para tomar el té y excluyendo la política totalmente de las horas de descanso. Todos elogiaban su moderación. Pese a todas las tentaciones y oportunidades que tuvo, jamás pretendió aprovecharlas o explotarlas, lo que la hace aun menos interesante. Aunque sentía profunda antipatía por Bormann, nunca quiso predisponer a Hitler contra él; acaso, si lo hubiera pretendido, Hitler no se lo habría consentido, pero no lo intentó. A su vez, Hitler se preocupaba por ella, por su salud y por su seguridad; no la dejaba volar, ni conducir un coche a más de sesenta y cinco kilómetros por hora.

Respecto a sus relaciones íntimas no sabemos nada. El odioso doctor Morell dice: «Dormían en camas diferentes; sin embargo, yo creo...». Pero las suposiciones del doctor Morell no tienen importancia. Hitler gozaba con aquellas relaciones que consideraba puramente ideales; «muchos años de sincera amistad», dice hablando de ellas en su testamento. Para no manchar tal amistad con conversaciones prosaicas, pero inevitables, acerca de los medios de subsistencia, procuró darle una absoluta independencia económica, concediéndole junto con Hoffmann, un monopolio para la venta de sus fotografías. Indudablemente, hubo, sin embargo, ciertas irregularidades con respecto a su estado legal. Los criados, que la llamaban siempre «E. B.» al hablar de ella, bajaban la voz al mencionarla; e incluso ahora, cuando todo el asunto tiene únicamente un interés histórico, continúan haciéndolo. Durante doce años su posición fue un poco equívoca; no era ni la esposa ni la amante oficial. La ambigüedad de su posición, provocó, o acentuó, síntomas de un complejo de inferioridad en Eva Braun, que pretendió ocultarlos bajo una apariencia altanera y despectiva. También a la misma causa se debieron, sin duda, otros rasgos de su carácter; tanto en las cartas como en los diarios muestra ciertos signos de falta de madurez

psicológica, expresándose a menudo en el tono melodramático de una colegiala. Cuando Hitler estaba ausente o pasaba algún tiempo sin verlo, adoptaba actitudes teatrales y amenazaba con suicidarse. Pero estas son cosas de reducida importancia, que acaso complacían en el fondo a Hitler.

Puesto que el Führer la amaba indudablemente, es lógico preguntarse por qué la mantuvo durante tanto tiempo en una situación tan indefinida como embarazosa. Aunque los detalles íntimos de su amistad continuarán siendo un enigma indescifrable, acaso la respuesta más fácil sea la más acertada. Si sus relaciones eran, o querían que lo fuesen a los ojos del mundo, enteramente platónicas, Eva Braun no debía ser nunca ni la mujer ni la amante oficial de Hitler. Desde luego, unas relaciones platónicas resultaban las más apropiadas para el Mesías germano, para el espíritu revolucionario que parecía, y debía parecer, fuera y por encima de todas las limitaciones humanas. Si esta interpretación es correcta, el matrimonio celebrado la víspera de su muerte tiene tan solo una significación simbólica; sin alguna definición previa de su situación legal, Eva Braun no tenía más derecho a figurar en la muerte ritual del Führer que sus secretarias o Fräulein Manzialy, la cocinera vegetariana que a veces, cuando Eva Braun estaba ausente, compartía mesa con Hitler. Pero Eva Braun estaba decidida a no perderse aquel acto final. Cuando la batalla se aproximaba a Berlín, Hitler la envió a Múnich, pero ella no quiso quedarse allí. El 15 de abril, en momentos en que la capital estaba preparándose para un sitio, llegó, sin que nadie la invitase, a la cancillería del Reich. Hitler le ordenó que se fuera, pero no quiso marcharse. Eva Braun llegaba para la boda y para la ceremonia de la muerte.

De la atmósfera política de Berlín en aquellos días tenemos un documento de extraordinario y un poco irónico interés. Es el diario del conde Lutz Schwerin von Krosigk, el amigo en quien el infatigable Schellenberg depositaba ahora sus esperanzas. Schwerin von Krosigk, como Schellenberg, fue uno de esos alemanes cultos que en sus esfuerzos por identificarse con la civilización occidental solo consiguen demostrarnos lo poco que la comprenden. Schwerin von Krosigk había aprovechado todas las oportunidades para compenetrarse con Occidente; había estado incluso estudiando en el colegio Rhodes de Oxford. Pero no había asimilado ninguna de las virtudes inglesas. Aunque hablaba como los ingleses, no pensaba ni actuaba como ellos. Igual que Schellenberg, deploraba las majaderías nórdicas y las confusas metafísicas tan gratas al espíritu

germano, y cuidadosamente aconsejó a Himmler que, al hablar con los educados suecos, «no aludiese al *Karma* entre los dos pueblos ni al *Weltanschauung* , etc.»; sin darse cuenta se excedía al señalar la importancia de «lo que yo llamaría la trascendencia cósmica del acontecimiento». Pese a su cuidadosa educación y sus anhelos occidentalistas, Schwerin von Krosigk se perdía con frecuencia entre las nubes de la retórica germana. Al igual que Schellenberg, además, estaba completamente fuera de la realidad. En definitiva, los dos forman una pareja magnífica representante de la tontería alemana. La verdad es que, como ha señalado algún sagaz filósofo, no es posible tocar la pez sin mancharse; y tanto Schellenberg como Schwerin von Krosigk habían sido durante demasiado tiempo miembros destacados de la administración nazi. Su creencia de que podrían conservar su independencia, de que podrían influir favorablemente en el curso de los acontecimientos y de que serían aceptados como antinazis o cuando menos como no nazis por los vencedores, demuestra la extensión de su ceguera. Todos los nazis desconocían a los políticos extranjeros; a Schellenberg y a Schwerin von Krosigk les correspondía el dudoso honor de desconocer además a los políticos nazis. Quizá porque no los comprendió pudo Schwerin von Krosigk sobrevivir tanto tiempo entre ellos. Desde luego demostraba un genio indudable para sobrevivir. Fue ministro antes de que los nazis llegasen al poder en 1933; siguió siendo ministro a lo largo de toda la era nazi; el nuevo gobierno indicado a Dönitz en el testamento político de Hitler incluía su nombre; tenía un lugar reservado en el gobierno fantasma proyectado por Himmler, y, aunque este proyecto no llegó a materializarse, Von Krosigk tuvo su consuelo. Cuando Dönitz constituyó su ministerio, aunque rechazó los límites y condiciones fijados por el testamento de Hitler y casi todos los nombres que le señalaba, designó como ministro de Asuntos Exteriores (fue, en realidad, su único nombramiento) al conde Schwerin von Krosigk.

Schwerin von Krosigk redactó el diario de su larga pero poco deslumbrante carrera: en el invierno de 1932-1933, cuando los nazis escalaban el poder, y en abril de 1945, cuando se hundían definitivamente. Conforme declara, no escribió su diario, como pudiera pensarse, para que la posteridad conociera exactamente los acontecimientos de aquellas épocas de gran interés para la historia, sino «para que mis descendientes sepan qué clase de hombre era su antepasado, miembro de los gobiernos alemanes

durante el período de mayor ascensión de la grandeza de Alemania y de su más profunda caída». Si la posteridad deduce que Schwerin von Krosigk fue un perfecto tonto, lo deberá en buena parte a esa deliberada declaración.

La segunda parte de su diario comienza el 15 de abril de 1945, pero retrocede unos cuantos días para narrar un importante acontecimiento. Goebbels dijo a Schwerin von Krosigk que en los últimos tiempos había estado leyendo algo en voz alta al Führer para solazarlo un poco en medio de sus disgustos. Le había estado leyendo su libro favorito: *Historia de Federico el Grande* , de Carlyle, y el capítulo que le leyó describía «cómo el gran rey no veía ningún camino para salir de las dificultades que lo rodeaban, ni podía trazar ningún plan esperanzador; cómo todos sus generales y ministros estaban convencidos de que se acercaba su caída; cómo los enemigos daban Prusia por destruida; cómo el futuro se oscurecía ante él, y en su última carta a su ministro, el conde Finckenstein, [11] se daba a sí mismo un último plazo: si no se producía algún cambio antes del 15 de febrero se consideraría vencido y tomaría un veneno. Carlyle escribe: "¡Valiente rey! ¡Aguarda un poco aún, y pasarán los días de tu sufrimiento! ¡Ya el sol de tu buena fortuna se abre paso por entre las nubes y pronto verás sus rayos!". El 12 de febrero murió la zarina; el milagro que esperaba la casa de Brandeburgo se había producido». Goebbels dijo que al escuchar este emocionante relato «las lágrimas afluyeron a los ojos del Führer». Discutieron detenidamente el tema y en el curso de la charla enviaron a buscar dos horóscopos cuidadosamente redactados por uno de los departamentos de investigación de Himmler: el horóscopo de Hitler redactado el 30 de enero de 1933, y el de la República, fechado en 9 de septiembre de 1918. Aquellos documentos sagrados fueron examinados cuidadosamente y se comprobó «un hecho asombroso», que en realidad se habría podido advertir con facilidad en un examen anterior. «Ambos horóscopos habían predicho el comienzo de la guerra en 1939, la serie de victorias hasta 1941, y más tarde un gran número de derrotas que culminaban en los mayores desastres durante los primeros meses de 1945, especialmente en la primera quincena de abril. Más tarde se produciría una sorprendente victoria en la segunda mitad de abril, la situación seguiría estacionaria hasta agosto y en agosto llegaría la paz. Después de la paz vendría una época difícil para Alemania que duraría tres años; pero a partir de 1948 se elevaría de nuevo hacia su mayor grandeza. Al día siguiente, Goebbels me envió los horóscopos. No pude encontrar en ellos nada de lo

anunciado, pero sí en la interpretación, recientemente redactada, que me adjuntaba. Y ahora estoy esperando con ansiedad los acontecimientos de la segunda quincena de abril.»

Tales eran los incidentes que animaban las sombrías horas de espera en el búnker subterráneo de la cancillería del Reich. Los horóscopos, que con tanta seguridad habían profetizado el pasado, eran mucho menos seguros con respecto al futuro, y Schwerin von Krosigk esperó en vano la resonante victoria que había de traerles la segunda quincena de abril; pero la lectura de Carlyle tuvo una secuela que merece la pena hacer constar.

Pocos días más tarde, después de un largo y duro bombardeo aéreo sobre Berlín, Schwerin von Krosigk estaba levantado pasada la medianoche, bebiendo vino con algunos amigos, cuando supo que la última fábrica de pólvora de Alemania había sido evacuada por orden del estado mayor. El fin se aproximaba, como reconocieron sus amigos; «sin municiones no pueden luchar ni los más valientes soldados». El retórico autor del diario se pregunta: «¿Será este realmente el fin, aquel final que mi razón me presenta como inevitable, aunque mi espíritu se resista a admitirlo? En aquel momento sonó el teléfono; el secretario de Estado deseaba hablarme. ¿Qué podía querer a una hora tan avanzada? Únicamente me dijo una frase escueta: “Roosevelt ha muerto”. Sentimos el susurro de las alas del Ángel de la Historia a través de la habitación. ¿Marcaría este hecho el tanto tiempo esperado cambio de fortuna?». A la mañana siguiente, Schwerin von Krosigk llamó por teléfono a Goebbels para felicitarlo por el acontecimiento; y no solo para felicitarlo, sino para aconsejarle. Porque Schwerin von Krosigk, como Schellenberg, se creía hombre hábil y astuto; veía siempre las sombras más finas, los gestos imperceptibles para observadores menos sensibles, y temía que, de no dejarse guiar por sus consejos, la prensa alemana echara a perder esta magnífica oportunidad. Sugirió a Goebbels que el nuevo presidente de Estados Unidos no debía ser atacado, ni demasiado elogiado, pero que debería señalarse claramente la diferencia entre él y el fallecido Roosevelt. Goebbels replicó educadamente que su ministerio ya había considerado con todo detenimiento la cuestión, y estaban dadas las oportunas instrucciones. Luego Goebbels le contó que el día anterior había estado en el cuartel general de Busse, instalado en Kuestrin, y por la noche charló con los oficiales de su estado mayor, desarrollando «su tesis de que, por razones de necesidad histórica y de justicia, era inevitable un cambio de fortuna,

semejante al milagro de la casa de Brandeburgo durante la guerra de los Siete Años. Uno de los oficiales, en tono escéptico e irónico, había preguntado: “¿Qué zarina morirá esta vez?”. Goebbels replicó que no podía decirlo, pero que el destino tenía muchos recursos en sus manos. A continuación, volvió al ministerio, donde recibió la noticia de la muerte de Roosevelt. Inmediatamente había telefoneado a Busse, diciéndole: “La zarina ha muerto”. Busse respondió que la noticia causaría gran impresión entre sus soldados, que verían una nueva posibilidad de triunfo. Goebbels creía que la noticia despertaría nuevas esperanzas en el pueblo alemán; seguramente verían en todo ello la mano de la necesidad histórica y de la justicia... Yo (dice el sentencioso conde) lo interrumpí: “Diga mejor, de Dios”».

Schwerin von Krosigk es tan amante de la retórica, tan partidario de sus razonamientos abstractos, tan predispuesto a sentir las alas del Ángel de la Historia agitándose por encima de su cabeza, que su relato puede ser un poco hiperbólico; pero tenemos confirmación indirecta de cuanto dice de otra fuente casi independiente: de una de las secretarias del Ministerio de Propaganda. [12] Dice: «Recuerdo muy bien el viernes 13 de abril. Todas las semanas, Goebbels hacía una visita al frente oriental para soltar discursos a las tropas y llevarles cigarrillos, coñac y libros. Dicho día estuvo en Kuestrin... Mientras regresaba a Berlín en coche, recibimos la noticia de la muerte de Roosvelt. Goebbels, como de costumbre, volvió muy tarde por la noche. Se desarrollaba en aquel momento un intenso bombardeo y estaban ardiendo la cancillería y el Adlon Hotel. Salimos a esperar a Goebbels a la puerta del Ministerio de Propaganda. Un periodista le dijo: “Señor ministro: Roosevelt ha muerto”. Goebbels saltó de su coche y permaneció un instante inmóvil, como transfigurado. Nunca olvidaré la expresión de su cara, claramente visible a la luz de los incendios de Berlín. “Ahora —dijo—, saquemos nuestro mejor champaña y vamos a charlar por teléfono con el Führer.” Entramos en su despacho y sirvieron el champaña. Goebbels habló con Hitler por su línea privada y le dijo: “Mi Führer, lo felicito. Roosevelt ha muerto. Estaba escrito en las estrellas que a mediados de abril se produciría el cambio para nosotros. Estamos a viernes 13 de abril. Es el comienzo del cambio que esperábamos”. Hitler le respondió algo y Goebbels colgó el auricular. Parecía haber caído en éxtasis». [13]

Parece increíble que en aquellos últimos días del Tercer Reich, sus dirigentes creyeran que las estrellas o un alarde de sutileza pudieran salvarlos; sin embargo, a juzgar por todas las pruebas, tenemos la seguridad de que no llegaron a comprender todo lo inevitable de su hundimiento. Aislados durante doce años tras una muralla china de suficiencia política e intelectual, hacía tiempo que habían dejado de comprender, si es que alguna vez las comprendieron, las políticas, las costumbres y las ideas de las demás naciones. Ninguno de los líderes alemanes se daba cuenta de que cualesquiera que fuesen las diferencias políticas o diplomáticas que creyeran advertir en el seno de la Gran Alianza, todos sus miembros estaban firmemente resueltos a que nada pudiera entorpecer la derrota completa de Alemania y a no aceptar acuerdos de ninguna clase mientras el gobierno nazi no hubiera sido destruido. Hemos de leer con cierta incredulidad el relato de los planes de Schellenberg, de los ingenuos consuelos buscados por Schwerin von Krosigk y de las promesas astrológicas de Goebbels y Himmler. En aquella época, cuando los ejércitos del este y del oeste casi habían dividido en dos Alemania, Goebbels seguía diciendo que la inevitable ruptura entre los rusos y los anglosajones estaba tan próxima (seguramente por razones de necesidad histórica y justicia), que el gobierno alemán solo necesitaba esperar tranquilamente en Berlín a que se produjera. Pero la prueba más chocante, la más concluyente demostración del limbo en que vivían todos aquellos hombres, es la violencia con que esta serie de marionetas continuaba disputándose las migajas del poder. La sucesión de Hitler seguía sin determinarse, aunque legalmente le correspondía a Goering. Lógicamente cabía pensar que a estas alturas era una herencia poco agradable. Pero nadie parecía pensarlo así. Himmler daba por seguro que pasaría a sus manos, aunque empezaba a prestar atención a los apremios de Schellenberg para que acelerase la transmisión del mando. Bormann, todavía en el centro del aparato gubernamental, seguía destilando astuto veneno en los oídos de su amo, destruyendo, en la medida de lo posible, a sus competidores y rivales. Goebbels intrigaba para lograr el Ministerio de Asuntos Exteriores en el puesto de Ribbentrop. [14] Solo Ribbentrop no parecía participar en estas febriles intrigas, acaso porque no tenía un partido ni unos amigos con quienes hacer combinaciones en la complicada política de la corte de Hitler. Todos los demás, enemigos decididos en las otras cuestiones, solo coincidían en esto: Ribbentrop debía ser destituido. Este era el ansia común a Goering y Himmler, Goebbels y

Bormann, Speer, Schellenberg y Schwerin von Krosigk. El coro había entonado su canción en presencia del Führer, pero Hitler repuso que «no comprendían la habilidad de Ribbentrop»; era un «segundo Bismarck» del que no se podía prescindir. Y en aquella ocasión Ribbentrop se vio recompensado con la satisfacción de su más vivo deseo: la publicación de una fotografía del ministro de Asuntos Exteriores visitando el frente. [15]

En esos días de intrigas y conspiraciones, Schellenberg y Schwerin von Krosigk, una vez que se conocieron, [16] estuvieron cimentando su alianza. Cada uno tuvo una impresión favorable del otro. Schellenberg encontró al conde muy bien informado sobre política exterior y especialmente respecto a los asuntos británicos; al conde le pareció Schellenberg un «joven, muy capacitado y simpático». Mantuvieron varias conversaciones. Convinieron en que era preciso tratar de abrir negociaciones con el Oeste. Los dos criticaban a Ribbentrop. En un aspecto teórico solo una dificultad obstaculizaba sus proyectos. Schwerin von Krosigk sostenía que cualquier potencia extranjera con quien pudieran entablar negociaciones debía comprender, como condición preliminar, que aun cuando podían prescindir de inmediato de todos los demás jefes nazis, Hitler y Himmler tenían que continuar, por ser la única garantía contra el caos. Desgraciadamente, los aliados parecían considerar a Hitler y Himmler como los más culpables de todos... Suavemente, Schellenberg trató de preparar las cosas con arreglo a sus deseos. Admitió que era cierto que el nombre de Himmler aparecía rodeado de una trágica aureola en el exterior. Se lo culpaba de muchas cosas que habían sido realizadas en su nombre, pero no por orden suya (esta sutil distinción se refería, indudablemente, a Belsen y Buchenwald). Schellenberg estaba trabajando activamente para arreglar este malentendido. Durante largo tiempo había procurado, por medios habilidosos, influir sobre la prensa extranjera en su favor... ¿Querría Schwerin von Krosigk entrevistarse con Himmler? Había una dificultad: los dos se habían peleado a principios de año, pero Schellenberg podía limar las asperezas. De Hitler, Schellenberg no dijo una sola palabra. No tenía el menor interés en limpiar su reputación.

El 19 de abril todo estaba dispuesto, y Himmler y Schwerin von Krosigk mantuvieron una larga conversación en la casa del conde. Y este, que había sido bien aleccionado por Schellenberg, trasladó a Himmler la urgente necesidad de negociar con el Oeste, porque solo se podría pedir al pueblo alemán que continuara su heroica resistencia si se le ofrecía algún

pequeño respiro. Himmler preguntó cómo podían llevarse a cabo tales negociaciones. Schwerin von Krosigk señaló toda una serie de posibilidades. En primer lugar estaba el Papa. Los católicos de Norteamérica formaban un bloque sólido y compacto, mientras que los protestantes estaban divididos en muchas sectas. Si el Papa les pedía que... Estaban, además, el doctor Burckhardt, jefe de la Cruz Roja europea, y el doctor Salazar, de Portugal, y un número crecido de hombres de negocios y de profesores. Y siempre había que contar con la falta de comprensión y los recelos entre los rusos y los anglosajones. «Pero ¿qué hará Hitler?», objetó Himmler. Schwerin von Krosigk admitió que constituía un problema difícil, un enigma psicológico. «Sin embargo, por muy grandiosos que sean sus planes, el Führer no es, después de todo, más que un hombre con los pies asentados en tierra; seguramente puede ver la situación tal cual está planteada; no creo que se haga ilusiones. ¿A qué espera, entonces?» Himmler se movió inquieto en su asiento. Dijo vagamente que Hitler tenía algún proyecto y que seguramente tendría razón; él, Himmler, también estaba convencido de que todo acabaría bien. No era una creencia razonada, sino una convicción instintiva. ¿Se había dado cuenta el conde de que Himmler ya no era el obstinado pagano de antes, sino que ahora creía en Dios y en la Providencia? Para convencerlo de ello le contó los milagros que habían determinado su conversión: el salvamento del Führer el 20 de julio y el deshielo del Oder. Pero, con todo, Schwerin von Krosigk no pudo ir más lejos que Schellenberg en su charla con Himmler. Apenas había tocado el punto crucial del problema, cuando Himmler se le había escapado para responder en términos vagos y generales, y la conversación terminó dejando las cosas igual que estaban antes.

Cuando Himmler y Schwerin von Krosigk hubieron terminado, se reunieron con Schellenberg y Seldte, [17] un amigo del conde. Los dos últimos habían estado discutiendo el mismo problema, pero, como de costumbre, habían ido un poco más lejos que sus superiores. Decidieron que Himmler debía hacerse dueño de todos los poderes del Estado y obligar a Hitler el día de su cumpleaños (es decir, al día siguiente) a dirigir por radio un manifiesto al pueblo alemán, anunciando el final del partido único y de los tribunales populares y prometiendo elecciones inmediatas. Cuando Himmler salió, Seldte lo abordó para pedir que empleara toda su influencia con el Führer para obligarlo a negociar la paz. Afirmó con rotundidad que no se trataba de un asunto personal; había que salvar «la sustancia biológica

del pueblo germano». No hay la menor duda acerca del origen de estas palabras; constituían una de las frases favoritas de Schellenberg. En el coche, mientras regresaban de casa de Schwerin von Krosigk, Schellenberg volvió a la carga con su jefe. Apremió a Himmler para que actuase, e hizo grandes elogios de los méritos de Schwerin von Krosigk, el hombre más indicado para ser ministro de Asuntos Exteriores en el gobierno de Himmler.

Así, tanto por mediación de Schwerin von Krosigk como a través de Kersten y Wulff, Schellenberg apremiaba incesantemente a Himmler a separarse de Hitler, a deponerlo, y, si era preciso, a asesinarlo, a fin de abrir negociaciones con los anglosajones. Naturalmente, un hombre decidido, seguro de su inteligencia y desconocedor de la realidad como Schellenberg, podía creer que cada esfuerzo lo acercaba al éxito ambicionado. Pero los hechos nos indican algo muy distinto. Himmler seguía tan obstinado y vacilante como siempre, suspenso en todo momento entre la lealtad y la duda. Aquel día envió a medianoche a buscar champaña para brindar por el Führer, porque era su cumpleaños. Cuando Schellenberg oyó la orden abandonó la casa. No podía participar en tal ceremonia. Se marchó a Harzwalde, en busca de su amigo y aliado Kersten para continuar sus incesantes y desesperadas maquinaciones.

4

Crisis y decisión

20-24 de abril de 1945

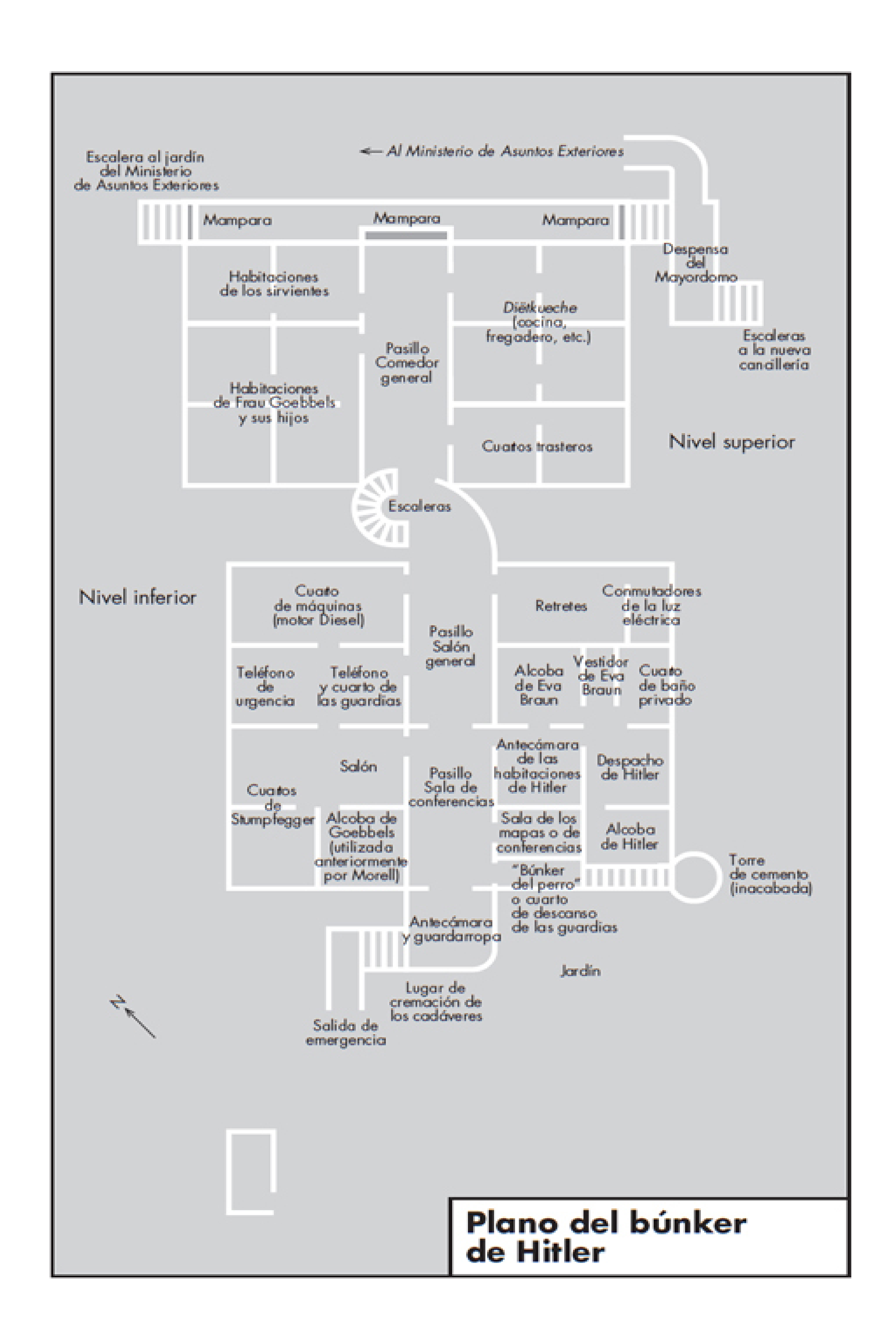
El 20 de abril era el cumpleaños de Hitler, acontecimiento que fue recordado a los alemanes mediante un discurso radiado de Goebbels, pidiendo a todos que confiaran ciegamente en el Führer y en las estrellas que habían de sacarlos pronto de las presentes dificultades. Aquel día Hitler había proyectado abandonar Berlín con rumbo a Obersalzberg para desde allí, desde las fabulosas montañas de Barbarroja, dirigir las batallas del sur. Según Artur Kannenberg, diez días antes había mandado a sus criados para que preparasen la casa. Pero aquellos diez días habían sido una sucesión de desastres. «Durante toda la semana —dice Schwerin von Krosigk— no hubo más que un desfile de mensajeros de Job.» Alemania casi estaba dividida en dos; solo un estrecho corredor de tierra separaba a los norteamericanos, que estaban en el Elba, de los rusos que se encontraban en el Oder y el Neise y amenazaban Dresde y Berlín. En el norte, los británicos habían alcanzado los alrededores de Bremen y Hamburgo; en el sur, los franceses estaban sobre el Alto Danubio y, los rusos, en Viena. En Italia los ejércitos del mariscal Alexander habían conquistado Bolonia y se extendían por el valle del Po. Y en el corazón de Alemania, el general Patton se abría paso a través de Baviera, cuna del movimiento nazi, rumbo a los Alpes, que pretendían fuera su tumba.

El cuartel general de Hitler estaba en la cancillería del Reich, el vasto mausoleo elegido para albergar su orgullo y recibir el homenaje de los reyes sometidos. Los enormes salones, con sus paredes de pórfidos y mármoles, sus puertas suntuosas y numerosos candelabros, aparecían abandonados. Las bombas habían caído por doquier sobre el edificio, el fuego lamió sus paredes y tuvieron que ser abandonados como despachos ministeriales para ser utilizados como puestos de mando. Pero debajo de la vieja cancillería y

del jardín, a quince metros de profundidad, se había construido durante la guerra un formidable búnker al que se accedía desde dentro del edificio por unas escaleras que comenzaban en la despensa de las cocinas. Al pie de esta escalera había un estrecho descansillo cerrado por mamparas impermeables al aire y al agua. Una de esas mamparas daba paso a la despensa del mayordomo o «avenida Kannenberg» (*Kannenberggang*) como se la llamaba (Artur Kannenberg era el mayordomo de Hitler); la segunda conducía a otra escalera que daba acceso al jardín del Ministerio de Asuntos Exteriores; la tercera conducía al búnker propiamente dicho. [1] El búnker estaba dividido en dos partes. La primera consistía en doce cuartos, no más grandes que un armario de dimensiones regulares, seis a cada lado de un pasillo central. En estos cuartos se amontonaban los más diversos objetos, se acomodaban los criados y la *Diätküche* , o cocina vegetariana, donde se preparaban las comidas de Hitler. En un extremo del pasillo central, utilizado como comedor por los hombres de la guardia, una escalera de caracol conducía a un refugio más profundo y un poco mayor. Este era el búnker del Führer, o refugio de Hitler, el escenario donde se representó el último acto del melodrama nazi. Dentro de tan estrechos límites resultaba fácil, por lo menos, conservar las esenciales unidades preconizadas por Boileau.

El búnker del Führer consistía en dieciocho habitaciones, todas ellas pequeñas e incómodas, y un pasillo central. No se podría soñar un contraste mayor que el existente entre la enorme amplitud de los salones de la nueva cancillería, que temblorosos embajadores habían tardado en atravesar, a su parecer, una eternidad de tiempo, y estas miserables guaridas subterráneas donde la disminuida corte rendía su tributo de admiración servil al amo. El pasillo central estaba dividido a su vez en dos partes. Uno de sus lados se utilizaba como comedor general, y las habitaciones a que daba acceso estaban ocupadas por distintas oficinas, los lavabos, el cuarto de guardia, el teléfono de urgencia y el cuarto de máquinas. Al otro lado del tabique que dividía el pasillo central se hallaba el sanctasanctórum. El trozo del pasillo central se convirtió en salón de conferencias, donde Hitler presidía a diario las reuniones del estado mayor. Una puerta a la izquierda conducía a una *suite* de seis cuartos, las habitaciones privadas de Hitler y Eva Braun. Eva Braun disponía de una alcoba, un cuarto de baño y un vestidor; Hitler, de una alcoba y un despacho. La sexta habitación era la antecámara. Dos puertas del lado izquierdo conducían a la sala de los mapas, utilizada para

conferencias de reducidas dimensiones, y a un estrecho departamento conocido con el nombre de «Búnker del perro» (*Hundebunker*) y utilizado como lugar de descanso para la escolta personal del Führer. En un extremo de esta estrecha habitación, una escalera daba acceso a una torre de cemento inacabada, que asomaba al jardín para que sirviera de punto de observación. A la derecha del pasillo estaban los dos cuartos ocupados por los médicos de Hitler, Morell y Stumpfegger, y la habitación del primer ayudante de este último. A comienzos de abril, Hitler había ordenado a Stumpfegger instalar una pequeña clínica de urgencia en la cancillería para atender a los heridos en la lucha, y el cirujano se había traído su instrumental quirúrgico del hospital de Hohenlychen. La clínica no estaba en el búnker, sino debajo de la nueva cancillería.



Plano del búnker de Hitler

Al extremo del pasillo, una puerta daba a una pequeña antecámara, utilizada como guardarropa, desde donde cuatro tramos de escalones de cemento llevaban al jardín de la cancillería. Esta era una salida de emergencia.

Aparte del búnker del Führer, había otros refugios subterráneos dentro del área de los edificios gubernamentales. Estaba el búnker de la cancillería del partido, donde vivían Bormann y su estado mayor, con los oficiales de servicio y la guardia de las SS, y un tercer refugio ocupado por el Brigadeführer de las SS, Mohnke, comandante de la cancillería, y sus ayudantes, mientras Goebbels y sus colaboradores se alojaban en los sótanos del Ministerio de Propaganda. De todos estos refugios, oficinistas y oficiales iban diariamente al búnker del Führer para las continuas conferencias que tenían lugar en el angosto pasillo central. Jodl y Keitel también iban allá procedentes de sus cuarteles generales de Zossen o Potsdam, con el nuevo jefe del estado mayor general del ejército, que ya no era el general Guderian. Al igual que su predecesor, fue incapaz de someterse a la inspirada estrategia de Hitler, y el 30 de marzo, después de una serie de violentas discusiones, aceptó la «sugerencia» de Hitler de presentar su dimisión alegando problemas cardíacos. En su lugar, el Führer nombró al general Hans Krebs, que había estado durante mucho tiempo como agregado militar en Moscú. «Un tipo zalamero y un superviviente» en opinión de Speer, adulador de Hitler y amigo íntimo de Bormann, Krebs se declaró en todo momento fiel seguidor del nacionalsocialismo, y su última misión fue como emisario de la rendición ante sus amigos rusos.

A este búnker subterráneo acudieron en aquel 20 de abril algunos visitantes ordinarios y otros extraordinarios, llevando sus protocolarias, y en su mayor parte poco sinceras, felicitaciones al Führer en el día de su cumpleaños. Desde mediodía en adelante estuvieron llegando y marchándose, y la jornada estuvo ocupada con recepciones, discursos y conferencias. Pese a lo catastrófico de la situación, encontraron a Hitler confiado y sereno; todavía creía que los rusos iban a sufrir ante Berlín la más sangrienta de las derrotas. En el jardín de la cancillería recibió a una delegación de muchachos de las Juventudes Hitlerianas, presidida por su jefe Artur Axmann y en presencia de Himmler, Goering y Goebbels (pero sin que estuvieran delante militares profesionales que pudieran hacer sombra a tan jóvenes guerreros) les dio las gracias y los condecoró por sus

esfuerzos en la batalla decisiva. Luego marchó a su pequeño salón de conferencias donde recibió, uno a uno por turno, a Dönitz, Keitel y Jodl. El resto se alineó después en su presencia y Hitler les estrechó la mano a todos. Con Keitel se mostró particularmente amable. Le dijo: «No lo olvidaré nunca. Nunca olvidaré que fue usted quien me salvó la vida cuando el complot, y que usted me sacó de Rastenburg. [2] Su actitud era la adecuada para el momento en que la adoptó». Entre otros personajes presentes en esta última ocasión ceremoniosa se encontraban Bormann, Ribbentrop y Speer.

Después de las recepciones vino la conferencia. El gran problema presentado a la conferencia era la grave amenaza para la unidad geográfica del Reich. En pocos días, horas quizá, podía quedar cortada la última ruta de escape por tierra. ¿Consentiría Hitler en trasladar su cuartel general al sur, cuando todos los servicios y ministerios habían marchado para allá o estaban a punto de hacerlo? Sus consejeros coincidían, sin excepción, en que el cerco ruso en torno a la ciudad no tardaría en cerrarse; que una vez atrapado en él no habría manera de escapar; que la única alternativa era irse al sur, a Obersalzberg, y que la marcha tenía que realizarse inmediatamente, mientras el camino estuviera abierto, o no podría realizarse jamás. Goering y Keitel, Himmler y Bormann, Krebs, Goebbels y Burgdorf, todos rogaban a Hitler que abandonara la destruida capital; pero Hitler no dio ni una conformidad ni una negativa. Lo único que quiso hacer fue poner en práctica las determinaciones adoptadas diez días antes en previsión de que una situación de parecida gravedad pudiera presentarse. Entonces se había acordado que si los ejércitos aliados dividían el Reich en dos zonas, dos mandos autónomos serían establecidos en las áreas separadas. En el norte el gran almirante Dönitz, y en el sur el mariscal de campo Kesselring tomarían el mando de todas las fuerzas armadas, a menos que Hitler decidiera trasladarse a una u otra de las zonas. En su conferencia del 20 de abril, Hitler decidió conferir a Dönitz toda clase de poderes militares en el norte; pero con respecto al sur no hizo todavía ningún nombramiento definitivo. No era que desconfiase de Kesselring o supiera que incluso su mariscal predilecto había perdido toda esperanza y estaba pensando en una rendición incondicional. [3] Era simplemente que aún no había llegado a una conclusión. Más pronto o más tarde decidiría, o, mejor aún, dejaría que la Providencia decidiera. Porque la indecisión no era para Hitler, como lo era para Himmler, un estado de ánimo permanente, sino una situación que precedía siempre a las grandes determinaciones; y una vez que tomaba una

determinación resultaba totalmente inútil pretender que la modificara. Qué decidiría, nadie podía decirlo aún. Cuando la conferencia terminó, Bormann aseguró a su secretaria que en uno o dos días Hitler y sus acompañantes abandonarían Berlín. Otros estaban menos convencidos. El coronel Nicolaus von Below, ayudante de las fuerzas aéreas de Hitler, que había trabajado a su lado durante ocho años, manifestaba su convicción de que no saldría de Berlín.

Después de la conferencia los visitantes abandonaron el búnker, y un largo convoy de camiones y aviones encauzaron el éxodo general hacia Obersalzberg. Entre quienes se marchaban estaban los altos jefes de la Luftwaffe. Salieron con un suspiro de alivio. En Obersalzberg, por lo menos, podrían verse libres de los insultos, las órdenes imposibles de cumplir y las constantes recriminaciones con que Hitler recibía cada uno de sus fracasos. «Deberíamos fusilar a uno o dos jefes de la Luftwaffe —dijo a un general que se disculpaba— y todo cambiaría.» «Todos los miembros de la Luftwaffe deberían ser ahorcados», gritó por teléfono al tembloroso general Koller, colgando seguidamente el auricular. Porque la Luftwaffe había fracasado, fracasado por entero, y nada a estas alturas podía enmendar las consecuencias de su fracaso. También aquel día salió de Berlín el creador de la Luftwaffe y el responsable de su fracaso: Hermann Goering. Se despidió del Führer en la tarde del 20 de abril. Fue un adiós muy frío. Nunca volvieron a verse. Detrás de él, Goering dejó dos altos oficiales para mantener contacto con el cuartel general del Führer; fueron el general Koller, su jefe de estado mayor y el general Christian, su jefe de operaciones. [4] El general Christian era un joven y afortunado militar que había ascendido con rapidez en el ejército del aire, en un tiempo el favorito de Hitler. Estaba casado en segundas nupcias con Gerda Daranowski, secretaria del Führer, y formaba parte del círculo doméstico de la corte. El general Koller era menos joven, menos brillante y menos afortunado. Sobre él caían principalmente los incesantes insultos, las continuas amenazas de Hitler que producían un deplorable efecto en aquel militar, aunque procuraba no concederles la menor importancia. Koller tiene, sin embargo, cierto interés en la reconstrucción de esta complicada historia, porque también llevaba un diario.

Otro que abandonó el búnker en la noche que siguió a la conferencia del cumpleaños de Hitler fue Albert Speer. Durante muchas semanas, Speer había estado desarrollando sus planes para salvar la industria, las minas y

las comunicaciones alemanas de la táctica destructiva del partido. En todas partes sus más leales colaboradores —técnicos, industriales y obreros— habían recibido orden suya de dejar que el frente pasara por encima de ellos; de permanecer en sus puestos, y cuando la tormenta hubiera pasado, procurar reconstruir todo lo posible bajo el control de los aliados. [5] Cuando Speer fue a Berlín el 20 de abril no iba solamente a felicitar por su cumpleaños al Führer, sino a argüir en favor de su causa, de la única causa que le interesaba, que no era salvar al gobierno, al ejército o al partido, sino la herencia material del pueblo germano. Una semana antes había escrito un discurso que pensaba dirigir por radio, en un momento oportuno, a la nación. Ahora que la guerra estaba llegando a su fin, temía, y le repugnaba, el salvaje holocausto con que el partido quería señalar su caída. En su discurso proclamaba que la guerra estaba perdida, y ordenaba al pueblo alemán que pusiera intactas en manos de los aliados todas las fábricas, las comunicaciones y los campos de concentración y de prisioneros con todos los internados en ellos. Toda tarea destructiva, toda labor de los Werewolves debía cesar. Pocos días después, todavía sin pronunciar su discurso, Speer había visitado los ejércitos que luchaban al este de Berlín y había propuesto a los generales que cuando llegase el momento de su retirada rebasaran la ciudad por el norte y el sur, sin pelear dentro de ella, reduciendo las destrucciones y dejando a Hitler frente a frente con su destino, porque estaba convencido de que la única lealtad que debían guardar era con respecto al pueblo alemán, y que cuanto antes muriese Hitler sería mejor para todos. Al mismo tiempo, Speer insinuaba que en el curso de su retirada podían apoderarse de la Radio Werewolf de Köningswusterhausen. Desde aquella estación, Speer podría radiar su discurso. Los generales parecieron dispuestos a aceptar sus propuestas. El 20 de abril Speer llegó a Berlín para disuadir a Goebbels de su anunciado propósito de destruir un centenar de puentes en la capital y sus alrededores; acto de barbarie que impediría que la población pudiera recibir alimentos durante algún tiempo. Goebbels se mostró dispuesto a acatar sus razonamientos, y prometió que el *Volkssturm* lucharía fuera, no dentro de la ciudad. Esta decisión fue comunicada por Krebs a Hitler y confirmada por él.

Triunfante en esto, Speer partió para Hamburgo. Había dejado de encontrar conveniente leer su discurso por Radio Werewolf, y preparaba un nuevo plan. En Hamburgo se reunió con su amigo Kaufmann, el Gauleiter. Juntos tomaron diversas medidas para salvar las fábricas y los puentes de

Hamburgo. Luego Speer habló a Kaufmann de su discurso, cuyo texto llevaba todavía en el bolsillo. Este aprobó el contenido del mismo y ambos convinieron en que Speer podía leerlo en la estación de radio de Hamburgo. En el estudio subterráneo de la emisora, Speer leyó su discurso, un poco emocionado, ante dos militares desconocidos. Antes de comenzar les pidió que meditaran serenamente lo que iban a oír, y que al final decidieran si el documento debía ser destruido o conservado. Los oficiales lo escucharon impasibles, y como no hicieron ninguna objeción al final Speer puso el discurso en manos de Kaufmann. Debía ser radiado, explicó, si le ocurría algo; si los Werewolves, a quienes temía, lo asesinaban, o si Hitler, enterado de sus propósitos, ordenaba su ejecución. En cualquier caso debía ser difundido por radio a la muerte de Hitler. Hasta en aquel momento, Speer se sentía ligado por ciertos lazos de lealtad personal hacia el tirano, cuya política combatía, pero cuyo largo patronato no podía olvidar. Ni siquiera en tan dramáticas circunstancias se atrevía a oponerse políticamente al único hombre que, según creía, gozaba de la plena confianza del pueblo alemán. [6] El discurso de Speer no iba dirigido contra Hitler personalmente, sino contra los nazis que pudieran pretender llevar a cabo la política de destrucción, después de que Hitler hubiese caído en Berlín. Pero no era esta la única de las inhibiciones de Speer. Pronto llegará la ocasión de narrar un episodio más curioso aún de la historia de su lucha entre dos lealtades contrapuestas.

Después de la conferencia del 20 de abril, también Himmler abandonó el búnker del Führer. A última hora de la tarde llegó al castillo de Ziethen, y allí, aguardándolo, encontró al obstinado Schellenberg, el cual tenía un mensaje para él. Mientras Himmler había estado en Berlín, fue a Harzwalde para negociar con sus amigos de la Organización Judía Mundial acerca de la cuestión judía. Allí lo habían llamado por teléfono desde la embajada sueca. El conde Bernadotte abandonaría Alemania a las seis y media de la mañana siguiente. Schellenberg actuó sin pérdida de tiempo. El conde Bernadotte pasaba la noche en Hohenlychen, y Himmler debía reunirse con él para desayunar a las seis de la mañana.

A las seis en punto de la mañana Himmler y Schellenberg llegaron a Hohenlychen y desayunaron con el conde Bernadotte. Schellenberg abrigaba las mayores esperanzas. Pensaba que ahora, por fin, Himmler tendría que admitir las lógicas consecuencias de su conducta, que rompería la invisible cadena de lealtad que todavía lo ligaba a Hitler y recobraría su

plena libertad, conforme le aconsejaba Schellenberg; que aceptaría la oportunidad, la última que se le presentaba, y hablaría a Bernadotte, no igual que en las dos entrevistas anteriores como un personaje subordinado a otro, limitado en sus atribuciones, sino como Führer *de facto* , capaz de ofrecer a los anglosajones condiciones para la rendición. Pero Himmler no hizo nada de esto. Se limitó a discutir ciertas cuestiones secundarias —la libertad de varias mujeres polacas prisioneras en el campo de concentración de Ravensbrück, por ejemplo— y aun esto señalando que merecería la aprobación de Hitler, porque representaba un gesto antirruso. Media hora después, Bernadotte se despidió y la suspirada oportunidad se había perdido por tercera y acaso última vez. Schellenberg acompañó a Bernadotte durante parte de su camino. Se jactaba de poder leer los pensamientos de los demás y casi siempre encontraba que coincidían con sus propios deseos. «Himmler esperaba secretamente —dice— que hubiera pedido una vez más al conde que volara por propia iniciativa al encuentro del general Eisenhower, preparando de esta manera el camino para las negociaciones directas entre Eisenhower y Himmler.» Pero Bernadotte veía la situación con mucha mayor claridad que Schellenberg. Necesitaba un mandato directo y explícito de Himmler para mezclarse en estas cuestiones. «El Reichsführer no ve la realidad —dijo a su acompañante mientras avanzaban por la carretera de Waren—. No puedo ayudarlo más. Debió tomar en sus manos la dirección del Reich, después de mi primera visita.» Cuando Schellenberg regresó a Hohenlychen encontró a Himmler paralizado por la indecisión y atormentado por la duda. Dijo: «Schellenberg, temo al futuro». Schellenberg le respondió que eso precisamente debía decidirlo a actuar sin mayor tardanza. Himmler no respondió. Era «un alma atormentada».

Pero no era en ese mundo imaginario donde los asuntos de Alemania se estaban decidiendo. Durante todo este tiempo seguía la evacuación de los ministerios de Berlín, pero Hitler continuaba en su búnker, sin resolverse a marchar, por lo menos hasta que hiciera un nuevo esfuerzo para rechazar a los rusos de las puertas de la capital. El 21 de abril, el Führer, que llevaba unos días dirigiendo los movimientos de cada uno de los batallones encargados de la defensa, ordenó un ataque definitivo en el que habían de participar todas las tropas concentradas en Berlín. Fue el llamado ataque Steiner, bajo el mando de un general de las SS, el Obergruppenführer Steiner; iba a ser lanzado en los suburbios del sur de la ciudad, y todos los

hombres, los tanques y los aviones disponibles tenían que participar en la batalla. «Cualquier oficial que reserve sus hombres —gritó Hitler—, será fusilado antes de cinco horas.» «Usted me garantiza con su cabeza —le dijo a Koller— que se empleará hasta el último hombre.»

Estas fueron las órdenes de Hitler, pero sus órdenes tenían ahora poco que ver con la realidad. Movía batallones imaginarios, trazaba planes académicos perfectos en teoría, disponiendo de formaciones armadas inexistentes. El ataque Steiner fue el ejemplo más simbólico de la estrategia personal de Hitler. En realidad no llegó a efectuarse nunca.

Los hechos aparecieron con claridad en la conferencia celebrada el 22 de abril. Durante toda la mañana una serie ininterrumpida de llamadas telefónicas procedentes del Führer no habían cesado de preguntar si se había lanzado el ataque. En una ocasión un mensaje telefónico de Himmler informó afirmativamente; otro informe de la Luftwaffe dio noticias en sentido opuesto. A las tres de la tarde se seguía sin noticias concretas. Entonces comenzó la conferencia. Estaban presentes Bormann, Burgdorf, Keitel, Jodl y Krebs, además de Herrgesell y Hagen, los dos taquígrafos. Dönitz no asistió; la noche anterior se había trasladado, con su estado mayor, a su nuevo cuartel general de Ploen, en el Schleswig-Holstein, dejando únicamente, como oficial de enlace, al almirante Voss. Este, con los otros oficiales de enlace, Hewel y Fegelein, sus ayudantes y otros varios, permanecían en el otro lado del pasillo central, prestos a reunirse con los conferenciantes si se lo pedían. El general Koller, jefe del estado mayor de Goering, no se hallaba entre ellos. Estaba preocupado con sus órdenes de mando; «y además —recuerda quejoso— no me sentía capaz de seguir siendo insultado durante todo el día». Había convenido con el general Christian que lo representara en todos los casos.

La conferencia comenzó con la habitual exposición de la situación militar a cargo de Krebs y Jodl. Como de costumbre, las noticias eran desfavorables, pero no desesperadas. Luego vinieron las nuevas referentes al ataque Steiner. No se había materializado. Nada había ocurrido. Pese a los planes cuidadosamente elaborados y a lo feroz de las amenazas lanzadas, la Luftwaffe no había entrado en acción. No se había recibido ninguna orden de Steiner. Y después, siguiendo a esta falta de información, venían otras informaciones francamente desagradables. Mientras las tropas

se desplazaban hacia el sur para apoyar a Steiner, los rusos habían penetrado en los alrededores del norte, y sus vanguardias acorazadas estaban ahora dentro de la ciudad de Berlín.

Entonces estalló la tormenta que hizo la conferencia del 22 de abril famosa y decisiva en la historia de los últimos días de Hitler. Ha sido relatada de diversas maneras, tanto por los personajes que la presenciaron, como por los temblorosos ayudantes y las secretarias que aguardaban al otro lado del pasillo y abordaron a los participantes cuando salían agotados de una sesión de más de tres horas. Sus relatos son confusos y fragmentarios, porque la emoción, en un trance tan memorable, parece haber afectado la memoria de todos; pero todos coinciden en los puntos principales. [7] Hitler se dejó ganar por la cólera. Gritó que había sido abandonado; atacó al ejército; calificó de traidores a todos; habló de traición universal, de fracaso, de corrupción, de cobardías y de mentiras. Después, agotado, declaró que había llegado el fin. Por vez primera desesperaba del cumplimiento de su misión. Todo había concluido; el Tercer Reich era un fracaso y a su creador no le quedaba otra salida que la muerte. Se habían resuelto sus dudas. No iría al sur. Podía marcharse quien quisiera hacerlo, pero él se quedaría en Berlín y afrontaría el final cuando se presentase.

Los generales y los políticos protestaron. Le recordaron los sacrificios realizados en el pasado, que no habían sido en vano. Señalaron que los grupos de ejércitos de Schoerner y Kesselring estaban todavía intactos. Afirmaron que no había motivo para la desesperación, y de nuevo lo apremiaron para que saliera con rumbo a Obersalzberg, antes de que fuera demasiado tarde. Fegelein telefoneó a Himmler; Voss hizo lo mismo con Dönitz; y Himmler y Dönitz le pidieron que considerase de nuevo su determinación, prometiendo enviarle todas las fuerzas navales y de las SS que tenían a su disposición para socorrer Berlín. Ribbentrop telefoneó al búnker enviando un mensaje para el Führer; afirmaba tener grandes esperanzas en un golpe diplomático que estaba preparando; pero Hitler se negó a escucharlo. ¡Hasta el segundo Bismarck carecía ahora del poder persuasivo necesario para convencerlo! Hitler insistió en que se quedaría en Berlín; se ocuparía personalmente de la defensa de la ciudad, y ordenó que se dirigiese una alocución al pueblo diciendo que el Führer estaba en Berlín, que no abandonaría la ciudad, y que la defendería hasta el último momento.

Al día siguiente la noticia fue divulgada. La radio alemana dijo que Berlín y Praga eran las dos ciudades inviolables del Reich, y que en Berlín permanecerían hasta el fin, Hitler y Goebbels, el Führer y el Gauleiter.

Con aquella determinación concluyó la conferencia y los asombrados participantes salieron de la sala y se dirigieron a donde estaban esperando los ayudantes y las secretarias. No podían disimular sus emociones de indignación y tristeza. Todos parecían haber perdido el dominio de sus nervios. «Cuando salieron del salón de conferencias —dice Fräulein Krueger— estaban descorazonados, diciendo que el final había llegado.» «Tantas cosas se rompieron dentro de mí repentinamente —refiere el general Christian, testigo de la escena—, que todavía no he logrado reponerme de la emoción de aquel momento. La atmósfera del búnker me produjo una terrible impresión..., una impresión que no puedo ni siquiera explicarme.» [8] Incluso Krebs reconoció, hablando con su ayudante, que el Führer se había acalorado con terrible violencia lanzando reproches inmerecidos sobre el alto mando según nos informa Freytag von Loringhoven.

Pero el drama no había terminado; en las habitaciones privadas del Führer continuaba ante un número más reducido de testigos. Hitler envió a buscar a Goebbels, y luego a Frau Goebbels y a sus hijos. Hasta entonces Goebbels y su familia habían vivido en una casa propia o en los sótanos del Ministerio de Propaganda; en adelante se alojarían en el búnker del Führer. Frau Goebbels y los seis niños habitarían en el más apartado de los dos búnkers; Goebbels ocuparía una habitación en la parte reservada del búnker. Todos ellos se reunieron y hablaron sobre el futuro. Goebbels aseguró que se quedaría en Berlín y se suicidaría; su mujer, pese a las indicaciones en contra de Hitler, declaró que haría lo mismo y que envenenarían a sus hijos. Después de esto, Hitler sacó sus papeles y seleccionó personalmente los que debían ser destruidos. Los documentos seleccionados fueron llevados al jardín por uno de sus ayudantes, Julius Schaub, y quemados.

A continuación de esta escena, como si aún no hubiera afirmado con suficiente energía su determinación, Hitler llamó a Keitel y Bormann para decirles sencillamente: «No abandonaré nunca Berlín... ¡Nunca!». Hubo de nuevo manifestaciones de asombro y protesta, pero Hitler permaneció impasible. Envió a buscar a alguien del Ministerio de Propaganda y le preguntó si ya se había fijado en las calles de Berlín su proclama. Luego, señalando con el dedo a Keitel, añadió: «Le ordeno que salga mañana para

Berchtesgaden». Keitel afirmó que no se iría si el Führer no lo acompañaba. Hitler llamó a Jodl y le dijo que él también tenía que marchar al sur, e indicó a Bormann que saliese de la habitación.

La escena que siguió marca el punto culminante entre los extraordinarios acontecimientos de aquel día, porque había de tener dramáticas consecuencias. No hubo más testigos que Keitel y Jodl, pero, aunque difieren las palabras con que la describen, coinciden en los puntos fundamentales y no hay razones para dudar de sus detalladas versiones. Hitler repitió su resolución de echar sobre sus hombros la defensa de un Berlín que los demás no habían sabido salvar; cuando Berlín cayese, se pegaría un tiro en el último momento. Explicó que no podía luchar personalmente, porque en el aspecto físico era un hombre destrozado, pero que ni vivo ni muerto caería en manos de sus enemigos. Jodl y Keitel pretendieron en vano disuadirlo; le ofrecieron retirar tropas del oeste, abandonar la Alemania Occidental a los británicos y a los norteamericanos, y así por lo menos salvar Berlín de los rusos. Declararon que las tres cuartas partes de las fuerzas armadas estaban en el sur y que si el mando general combinado con su sección de operaciones había de trasladarse al sur también, ¿cómo podría dirigirlo desde Berlín? Si eran precisas las negociaciones, [9] era desde Obersalzberg desde donde podían realizarse. Hitler no quiso escucharlos. «He tomado una determinación y no puedo cambiarla.» No había más órdenes que dar, porque todo el Reich estaba a punto de hundirse. No quedaba nada por hacer. Era el final. Los generales insistieron pidiéndole órdenes; si había perdido personalmente toda esperanza, debía recordar cuando menos que era comandante supremo de las fuerzas armadas. Sus generales esperaban sus órdenes; ¿qué debían hacer? «¡Es sencillamente imposible que después de que usted nos ha dirigido durante tanto tiempo, despida repentinamente a su estado mayor y espere que sepa conducirse por sí mismo, sin indicaciones de ninguna clase!» Hitler repitió que no tenía ninguna orden que dar; y luego, con palabras que habían de tener las más imprevisibles consecuencias, añadió que si necesitaban órdenes se las pidiesen al mariscal del Reich. «No hay un solo soldado alemán —protestaron Jodl y Keitel— que siguiera luchando bajo el mando del mariscal del Reich.» «Ahora ya no se trata de luchar —respondió Hitler—; porque ya no tenemos por qué luchar. Si se trata de negociaciones, Goering puede llevarlas a término mucho mejor que yo.» [10]

Después de estas significativas palabras, Hitler discutió con Keitel la forma en que Berlín podía ser socorrido aún. El Duodécimo Ejército, mandado por el general Wenck, creación personal de Hitler, estaba en las orillas del Elba, al suroeste de Berlín; debía despegarse de su enemigo actual, y abrirse camino en dirección a Potsdam para rescatar Berlín, la cancillería y al Führer. Keitel se ofreció a transmitir esta orden inmediatamente a Wenck, pero Hitler insistió en que debía quedarse un rato y cenar antes de irse, porque eran ya las ocho de la noche. Llamó a un criado y le ordenó que trajese la cena, se sentó, y contempló cómo comía Keitel. Estaba perfectamente tranquilo ahora; su nerviosismo parecía haber desaparecido y volvía a ser de nuevo el amable anfitrión de Obersalzberg, interesándose personalmente por los bocadillos que llevaría el mariscal de campo para su viaje, así como media botella de coñac y algunas pastillas de chocolate, preparándolo todo como si se tratara de una excursión.

Luego, mientras Krebs recibía orden de continuar en el búnker como consejero militar del Führer, Keitel y Jodl se fueron juntos. Keitel para visitar a Wenck; Jodl en dirección al nuevo cuartel general del mando general combinado en Krampnitz. [11] Keitel era el muñeco complaciente, Jodl el cerebro director, a través de los cuales Hitler había ejercido su control sobre las fuerzas armadas. Ahora, al parecer, el Führer los abandonaba. Hicieron juntos parte del viaje. «Hay una sola cosa que puedo decir a Wenck —afirmó Keitel cuando el coche estuvo en marcha—, y es que la lucha por Berlín ha comenzado y que el destino del Führer está en juego.» Desconocemos lo que Jodl contestó a esta frase, si es que lo hizo; pero sus puntos de vista eran diferentes. Jodl, cuando menos, compartía la opinión de los generales más ortodoxos e independientes, y se sentía menos impresionado por el melodrama que por la irregular conducta militar de Hitler. Aunque eran simples aduladores, ya que en otro caso no hubieran podido sobrevivir a las tres «purgas» sufridas por el ejército, había en algunos de ellos cuando menos una conciencia que les indicaba que Hitler debiera comportarse como militar, y que el primer deber del militar es dar órdenes y aceptar las responsabilidades. En este punto el comandante supremo fracasaba, prefiriendo actuar como una histérica *prima donna* . La amenaza de suicidio y los gestos de desesperación les parecían una actitud cobarde; no podían impresionar favorablemente a unos corazones fríos y

prácticos como los suyos. Marcharon hacia su nuevo cuartel general con el ánimo lleno de un secreto desprecio para tomar las decisiones estratégicas que su señor de la guerra había decidido dejar abandonadas.

Mientras tanto, las noticias de aquella dramática conferencia estaban teniendo repercusiones en otros lugares. En Hohenlychen, donde había trasladado a mediodía su cuartel general, Himmler conoció sus inesperadas derivaciones por medio de una llamada de Fegelein. En aquel momento se encontraba en compañía de dos subordinados: el profesor Gebhardt, su «genio diabólico», a quien el día anterior había propuesto como presidente de la Cruz Roja alemana, [12] y el Obergruppenführer Gottlob Berger, jefe de la oficina central de las SS (SS Hauptamt), [13] y de la administración de prisioneros de guerra (Kriegsgefangenenwesen), a punto ya de partir para Baviera (por indicación de Schellenberg) a fin de contrarrestar la influencia del siniestro Kaltenbrunner.

«Todo el mundo está loco en Berlín —exclamó Himmler, dirigiéndose a Berger al oír las noticias que le daba Fegelein—. El Führer está furioso, diciendo que las fuerzas armadas lo han abandonado a lo largo de la guerra y ahora las SS lo están dejando en la estacada. [14] Todavía tengo aquí mi batallón de escolta; son seiscientos hombres en su mayor parte heridos o convalecientes. ¿Qué debo hacer?»

Berger era un carácter sencillo, elemental, lleno de buenas intenciones, un poco hablador, pero de emociones sinceras. Las sutilezas políticas, los psicológicos refinamientos de Schellenberg no significaban nada para él. No simpatizaba con las vacilaciones ni comprendía los conflictos a que podían dar lugar diversas interpretaciones de la lealtad debida como le ocurría a Himmler. Para él no cabían dudas posibles y habló con voz enérgica, sin vacilaciones de ningún género: «Debe marchar a Berlín, Herr Reichsführer, llevándose, naturalmente, a su batallón de escolta. Usted no tiene derecho a tener un batallón de escolta aquí, cuando el Führer se dispone a resistir en la cancillería del Reich...». «La palabra me fallaba —dice hablando de su actitud en aquel instante—, me molestaba discutir; estaba agotando mi resistencia. Dije: “Me voy a Berlín, y si cumple con su deber, usted vendrá también”.» [15]

Himmler vacilaba. Se acordaba de Schellenberg. ¿Qué diría Schellenberg si iba a Berlín ahora? Lo que más temía Schellenberg eran las visitas de Himmler a Hitler, porque siempre servían para acentuar con

mayor fuerza su devoción y lealtad hacia el Führer. Había tratado de convencerlo para que no acudiera a Berlín el día del cumpleaños de Hitler, pero esta vez no estaba allí para intentar disuadirlo. Después de comer se había quedado un rato charlando a solas con Himmler y escuchando de sus labios palabras que producían cierto íntimo deleite a su demasiado optimista espíritu. «Casi creo que tiene razón usted, Schellenberg —le había dicho Himmler—; debo actuar en un sentido o en otro.» No era una resolución clara y definitiva, pero resultaba suficiente para Schellenberg. Logró permiso para ir a visitar una vez más al conde Bernadotte, que ahora se encontraba en la frontera danesa, e informarle de que Himmler estaba dispuesto a comenzar las negociaciones; lleno de confianza en sí mismo había subido a su coche, poniéndose en marcha con rumbo al noreste. A las pocas horas, Fegelein telefoneaba desde el búnker, apremiando a Himmler para que acudiese a convencer al Führer de que se fuera, y Berger le aseguraba, en un tono imperativo, que era su deber hacerlo. No sabía qué determinación tomar. Volvía a ser un alma torturada por la duda.

Himmler volvió a telefonear al búnker. Habló personalmente con Hitler, pretendiendo inútilmente convencerlo para que se fuera. Tornó a conversar con Fegelein y discutieron un rato. Al final llegaron a un acuerdo. Himmler iría hasta Nauen, a mitad de camino de Berlín, y Fegelein saldría a su encuentro, para discutir el asunto. Al oscurecer, el Reichsführer salió de Hohenlychen en coche, acompañado por su ayudante Grothmann. Gebhardt lo seguía en otro automóvil, porque tenía razones personales que lo inducían a visitar Berlín. Deseaba ser confirmado por Hitler como presidente de la Cruz Roja, y aquella tarde había sostenido con tal objeto una conversación telefónica con su antiguo discípulo Stumpfegger.

El grupo atravesó con rapidez la distancia que lo separaba de Nauen, y allí esperaron a Fegelein. Esperaron inútilmente durante cerca de dos horas, sin que Fegelein apareciese. Entonces Gebhardt preguntó si podría ir solo hasta Berlín para enterarse de lo sucedido. Himmler dio su conformidad, y como Fegelein no llegaba, y tenía cierto temor de ir personalmente a la capital, confió a Gebhardt el mensaje que deseaba hacer llegar a las manos del Führer: el ofrecimiento de su batallón de escolta para luchar en la defensa de la cancillería.

Eran cerca de las once de la noche cuando Gebhardt llegó al búnker. Stumpfegger le dio detalles de la conferencia celebrada horas antes y después fue recibido por Hitler, a quien entregó su mensaje. Conforme a lo

convenido con Stumpfegger se ofreció a evacuar a las mujeres y a los niños que se encontraban en la cancillería, es decir, Eva Braun, las secretarias, Frau Goebbels y sus hijos. Hitler contestó que todos habían decidido, por su libre y espontánea voluntad, quedarse junto a él y correr la misma suerte. Después Gebhardt hizo en nombre de Himmler el ofrecimiento del batallón de escolta. Hitler lo aceptó, y señaló en un mapa la posición que deseaba que defendieran en el Tiergarten. Finalmente, el Führer confirmó el nombramiento de Gebhardt como presidente de la Cruz Roja alemana. La entrevista duró veinte minutos; luego Gebhardt dio media vuelta para irse. Antes de despedirse preguntó si Hitler deseaba enviar algún recado a Himmler. «Transmítale mis saludos», replicó el Führer, y Gebhardt se retiró.

Apenas se había marchado Gebhardt cuando llegó otro visitante. Se trataba de Berger, que había sido citado telefónicamente para informar a Hitler antes de marchar hacia el sur. Nada más recibir la orden corrió a Berlín. Cuando llegó, las bombas rusas caían en las proximidades de la cancillería. Berger entró en el búnker, pero Hitler celebraba en aquel momento una conferencia y tuvo que aguardar. Al fin, fue recibido. Todavía estaban algunos oficiales del ejército en compañía del Führer. Según él, Hitler estaba acabado, físicamente hundido. Hablaron acerca de la misión de Berger, de la deslealtad que parecía extenderse en el sur, y que Berger tendría que reprimir. Hablaron también de la determinación de Hitler de permanecer en Berlín. Hitler contó que Himmler había pronunciado un largo discurso por teléfono, tratando de disuadirlo; todo era inútil, porque ya había tomado una decisión. ¿Por qué no iba al sur donde podría seguir la lucha en el reducto alpino? Berger, si hemos de creer su propio relato, animó a Hitler a permanecer en la capital. Para los espíritus simples, todas las cosas son sencillas; para una naturaleza primaria y elemental como la de Berger, el deber del Führer estaba tan claro como lo estaba el del Reichsführer. Afirma: «Dije a Hitler que no cabía otra solución que la tomada; no podía traicionar al pueblo alemán. Era muy sencillo, en último término, meterse una bala en la cabeza o tomarse una de esas píldoras que terminan instantáneamente con la vida de uno. No era posible abandonar a su pueblo, después que este lo había seguido tan lealmente durante tanto tiempo...». ¡Lealmente y durante tanto tiempo! No era esto precisamente lo que Hitler pensaba del pueblo alemán en aquel momento. Berger añade: «Durante un rato el Führer no dijo una sola palabra; al cabo,

repentinamente, comenzó a chillar: “¡Todo el mundo me ha mentido! ¡Nadie me ha dicho la verdad! ¡Las fuerzas armadas me han engañado!...” y otras cosas por el estilo. Gritaba cada vez con más fuerza. Luego su cara se puso de color púrpura. Creí que iba a darle una apoplejía en cualquier momento. Tuve incluso la impresión de que ya había sufrido un ataque, porque su lado izquierdo... Pero no podía verlo con claridad. Desde luego mantenía inmóvil el brazo izquierdo, que quince días antes movía con toda normalidad, y no parecía que pisaba muy bien con el pie del mismo lado. Tampoco la mano izquierda debía de poder manejarla como de costumbre; solo su mano derecha descansaba sobre la mesa».

Al final de la entrevista discutieron el problema de los Distinguidos, los prisioneros de guerra británicos y norteamericanos bien relacionados que mantenían como rehenes. Estos prisioneros habían estado recluidos en un campo de concentración del oeste de Alemania; pero ante el avance de las tropas aliadas fueron separados de sus compañeros y trasladados a Baviera, donde estarían bajo el control de Berger. También discutieron la aparición de tendencias separatistas en Austria y Baviera. Cuando Berger se despedía, Hitler, que había permanecido sentado durante toda la charla, se puso en pie. Todo su cuerpo se estremecía. «Le temblaban las piernas, las manos y la cabeza, pero se sostenía de pie gritando: “¡Fusílelos! ¡Fusílelos a todos!” o algo por el estilo.» Pero del incoherente relato de Berger no hay manera de saber si eran los prisioneros o los separatistas quienes tenían que ser fusilados.

Era la una de la madrugada cuando Berger salió de Berlín bajo el fuego de las baterías rusas, para volar a Baviera en el cuatrimotor de Himmler. Otros muchos se marchaban también. Hitler había dicho: «Puede irse todo el que quiera; yo me quedaré». Durante toda la noche numerosos grupos abandonaron Berlín con rumbo a Obersalzberg, última etapa del gran éxodo. Schaub, el ayudante de Hitler, su ayudante naval el almirante Von Puttkamer, sus dos taquígrafos Herrgesell y Hagen, dos de sus cuatro secretarias, Fräulein Schroeder y Fräulein Wolf, y muchos otros huyeron de la amenazada capital. Entre ellos se encontraba el odioso doctor Morell. «Creo que ya no necesitaré sus drogas», fueron las últimas palabras que le dijo Hitler; se apresuró a correr al aeródromo. Desde la cancillería del partido tres autobuses se habían llevado, o se estaban llevando, a los fugitivos. Únicamente se quedaban Martin Bormann, con su ayudante, el Standartenführer de las SS, Zander, y su secretaria Fräulein Krueger.

Bormann no deseaba quedarse; seguía teniendo ambiciones políticas; para su espíritu, poco dado al melodrama, no encerraba grandes atractivos la perspectiva de un glorioso crepúsculo de los dioses, y había unido su voz a la de los generales que apremiaban a Hitler para que abandonase Berlín. Pero puesto que Hitler había decidido quedarse, no podía abandonar en modo alguno la única fuente de donde dimanaba todo su poder, y se quedó también.

Otro que salió de la cancillería aquella noche fue el general Koller. Este estaba sentado en su puesto de mando cuando sonó el teléfono y el general Christian le dijo que en el búnker se estaban desarrollando «acontecimientos de trascendencia histórica»; pero cuando Christian llegó para ampliarle su escueta información, el relato que le hizo fue tan emocionado y confuso, que Koller decidió marchar en busca de Jodl para lograr una información más completa de tan importante episodio. Dio con él en Krampnitz. Jodl se lo contó todo, y Koller se retorció las manos angustiado ante tan deplorables detalles. «Cuando el alcalde de Leipzig se suicidó en compañía de su familia, el Führer dijo que era “una cobarde evasión de su propia responsabilidad”. Ahora hace él exactamente igual.» Jodl convino en que así era. Koller preguntó: «¿Hay alguna posibilidad de que el Führer cambie de opinión?». «Absolutamente ninguna», repuso Jodl. El aspecto más significativo de la actitud de Hitler le pareció a Koller la frase del Führer, poniéndolo todo en manos del mariscal del Reich. Goering estaba en Obersalzberg y Koller era su representante en Berlín. Su deber consistía en volar inmediatamente a Obersalzberg e informar a Goering del impresionante desarrollo de los acontecimientos. «Tendría motivos sobrados para reprenderme con severidad si no lo hiciera, y no era posible explicarle en un radiograma lo que sucedía.» Jodl le dio su conformidad. A las tres y media de la madrugada del 23 de abril Koller partía en avión, de Gatow, con rumbo a Múnich, y se iniciaba una nueva intriga en el gran drama alemán.

A mediodía del 23 de abril Koller informaba de lo que sucedía a Goering en Obersalzberg. Palabra por palabra repitió su conversación con Jodl. Goering abría desmesuradamente los ojos a medida que iba conociendo detalles de la asombrosa conferencia. Reunió a un grupo de ayudantes y consejeros, y envió en busca de Lammers, ministro del Reich, jefe de la cancillería y experto en legalismos nazis. Lammers tuvo en un tiempo un poder igual al de Bormann, y los dos habían cooperado

estrechamente, buscando conseguir una mayor autoridad para ambos, pero Bormann había ido dejando de lado a su antiguo socio, y actualmente Lammers era una figura secundaria. Goering comprendía que se hallaba en una situación muy delicada. Legalmente, de acuerdo con los decretos publicados, era el sucesor de Hitler; ahora, según los informes de Koller, el Führer estaba decidido a delegar en él sus poderes. La cuestión parecía clara. Goering sacó de una caja fuerte el texto del decreto de Hitler del mes de junio de 1941. Todos convinieron en que no cabía la menor duda acerca de su significado. Pero ¿qué haría Bormann? Todos sabían que el más ferviente anhelo de Bormann era eliminar a Goering de la sucesión a un puesto que, según todos los síntomas, no tardaría en quedar vacante. Hasta entonces, al no presentarse ningún otro candidato adecuado para Hitler, su derecho no había sufrido la menor alteración; sin embargo, Goering sabía que cualquier torpeza, cualquier precipitación, podía serle fatal. Escogió con todo cuidado su camino para no caer en las posibles trampas. ¿No podría haber dado el Führer otro decreto después de 1941 que invalidase sus aspiraciones? «No —replicaba Lammers—. Si el Führer hubiese dado otras órdenes, forzosamente habría tenido que conocerlas yo.» El presidente del Senado, Müller, colaborador y amigo personal de Bormann, se encontraba presente pero no hizo objeción alguna. Goering pidió a todos los reunidos que dieran su opinión. Hubo coincidencia plena. Suponiendo que las manifestaciones de Koller fueran exactas, Goering se veía obligado, por imperativo de la ley, a hacerse cargo de la herencia. El mariscal del Reich propuso entonces enviar un telegrama a Hitler y otros telegramas complementarios a Keitel, Ribbentrop y Von Below [16] pidiendo su conformidad a tal interpretación. Todos estuvieron de acuerdo; por lo menos si Lammers, Müller y el Obersturmbannführer Frank, jefe de las SS de Obersalzberg, no dieron su conformidad, sería silenciosamente, no porque discreparan en voz alta.

Ya no había comunicación con el norte excepto por telégrafo. Goering mismo comenzó a redactar los telegramas, pero su estilo era demasiado ampuloso para las frases escuetas que exigía aquel medio de comunicación, y diversos textos fueron redactados por Koller y el coronel Von Brauchitsch, ayudante del mariscal. Goering exigió la inclusión de la frase «todos los poderes en el interior y en el exterior», porque estaba decidido a iniciar negociaciones inmediatas con los anglosajones, e incluso anunció que estaba dispuesto a ir a tratar personalmente con el general Eisenhower.

Después de todo, era por esto precisamente por lo que Hitler pensaba en él. «Si se trata de negociaciones, Goering puede llevarlas a término mucho mejor que yo.» También ponía un tiempo límite para la contestación; de no hacerlo así, si las comunicaciones quedaban cortadas, tendría que esperar indefinidamente y los acontecimientos no permitían perder mucho tiempo. Acaso Hitler hubiese muerto ya. El texto final le pareció admirablemente redactado:

> Mi Führer:
>
> En vista de su determinación de continuar en su puesto en la fortaleza de Berlín, ¿está de acuerdo en que yo asuma, inmediatamente, el mando total del Reich, con plena libertad de acción en el interior y en el exterior, como sucesor suyo, y de acuerdo con su decreto de 29 de junio de 1941? Si no recibo respuesta antes de las diez de la noche daré por seguro que ha perdido su libertad de acción, consideraré cumplidos todos los requisitos del decreto, y actuaré lo mejor que sepa en bien de los intereses de nuestro país y de nuestro pueblo. Ya conoce cuáles son mis sentimientos en esta hora, la más grave de mi vida. No encuentro palabras con que expresarlos. ¡Que Dios lo proteja, y pronto lo veamos de nuevo entre nosotros, a pesar de todo!
>
> Su leal HERMANN GOERING .

Otros telegramas complementarios, aclaratorios y conciliadores fueron enviados a Keitel, Ribbentrop y Von Below.

Aquella misma noche se celebraba otra reunión en Lübeck entre Himmler, Schellenberg y el conde Bernadotte. Los acontecimientos trascendentales que tuvieron lugar en el búnker eran desconocidos por Schellenberg y Bernadotte, pero Himmler los conocía y habían producido un efecto decisivo sobre su vacilante mente. Resolvían, o parecían resolver, su grave problema de conciencia. Durante muchos años, Himmler no tuvo ningún problema, y su obtuso cerebro no necesitó forzarse para pensar. El principio de la lealtad, sobre el cual se basaba su vida entera, todo su éxito y la totalidad de su sistema, lo había librado de toda peligrosa introspección y de cualquier dificultad de tipo intelectual. Seguía fiel en el fondo a dicho principio, pese a sus muchas ambigüedades y vacilaciones en la forma, y gracias a ese principio su vida era tan sencilla y falta de complicaciones como su ingenua fe en el galimatías nórdico de la religión nazi. Protegido por tan mágica coraza no conoció el temor ni la duda; se limitó a creer y a obrar. Adoró las deidades arias, contempló la verdad aria y participó de los sacramentos arios. Extirpó las herejías, y en nombre de la ortodoxia envió a millones de seres, sin un gesto de odio, incluso con una mirada bondadosa, a los campos de tortura y las cámaras de gas. La imaginación no puede representarse la cantidad de sufrimientos humanos, ni siquiera el número de

muertes ocasionadas por las órdenes de aquel creyente, a quien su mujer recuerda como un hombre más bien insignificante, y al que sus subordinados, odiándose ferozmente entre sí, admiraban como un jefe paternal, y el cual, por su parte, no parece haberse detenido jamás a meditar, o sentido el menor remordimiento por las terribles consecuencias de su labor. Luego Schellenberg, poco a poco, con insinuaciones y sugerencias, con protestas y halagos, había ido minando la fortaleza de aquel principio básico. Y Himmler, dejando de ser un espantoso e impersonal pontífice de Moloc, se había convertido en un ser débil, vacilante, incapaz de pensar y actuar, volviendo constantemente la vista atrás, a la regla de conducta a la cual debió toda su grandeza.

Tal era el estado de ánimo de Himmler a mediados de abril, cuando Schellenberg lo apremiaba para que asumiera todo el poder en Alemania e hiciese la paz con los anglosajones. Si Himmler hubiera sido Führer habría actuado indudablemente en la forma que le indicaba su consejero; pero no lo era. Hitler seguía vivo, y los restos de la lealtad que por él había sentido esterilizaban todos los esfuerzos insistentes y persuasivos de Schellenberg. Resultaba imposible, desde un punto de vista psicológico, que Himmler eliminase o desdeñara cuando menos la existencia de Hitler. Pero aun cuando lo hubiera hecho, surgirían por todas partes las dificultades. Si destituía o daba por desaparecido a Hitler, ¿qué seguridades tenía de ser obedecido a su vez? Porque el pueblo alemán, como Speer había comprobado, solo a Hitler obedecería ciegamente, mientras estuviera vivo. Tenía un magnetismo especial que había logrado hechizar a todos los alemanes, y entre ellos a Speer y Himmler. En realidad, el problema era el mismo para estos dos hombres. Por diferentes caminos ambos habían llegado a la conclusión de que la continuidad de la gobernación de Hitler sería desastrosa; ambos tenían, o creían tener, políticas que sustituyeran a la del Führer; pero ninguno de los dos estaba en condiciones de iniciar esa política, mientras Hitler estuviera vivo, por considerarlo como la única fuente de inspiración, de confianza, de autoridad y poder a los ojos de la inmensa mayoría de los habitantes de Alemania. Ni Speer ni Himmler podían actuar contra Hitler o independientemente de él. Para realizar sus políticas solo cabía un procedimiento: esperar hasta que Dios, la casualidad o el tiempo los desembarazase de la terrible figura que ellos no se atrevían a

tocar; pero mientras aguardaban, los acontecimientos se sucedían con extraordinaria rapidez, y cada día resultaban más irrealizables sus esperanzas y sus proyectos.

Entonces se produjo la conferencia del 22 de abril. Para Himmler fue de una importancia decisiva. Había conocido detalladamente lo sucedido por los relatos de Gebhardt y Fegelein, cuando los tres se reunieron para desayunar en Hohenlychen a la mañana siguiente. Cuando por la tarde salió en dirección a Lübeck tenía su pensamiento perfectamente claro, con una claridad que había perdido algún tiempo atrás, el día mismo en que paseó por los bosques de Wustrow en compañía de Schellenberg. Hitler había proclamado su intención de quedarse en Berlín y morir entre las ruinas de la capital. Himmler lo conocía lo suficiente para saber que no cambiaría de manera de pensar. En un par de días, Berlín habría caído y el Führer moriría sin que las manos sacrílegas de sus enemigos pudieran cogerlo. Durante dos días, Himmler podía seguir mostrándole su lealtad, como ya lo había hecho al enviarle su batallón de escolta para luchar en defensa de Hitler y de la cancillería. [17] Luego, cuando todo hubiera concluido, estaría en libertad para convertirse, como Schellenberg le decía, en el negociador de la paz y el salvador de Alemania.

La reunión tuvo lugar en el consulado sueco de Lübeck. Ha sido relatada, independientemente, por Schellenberg y Bernadotte. El suministro eléctrico estaba cortado, y tuvieron que celebrar la reunión a la luz de las velas. Apenas si habían tomado asiento cuando una alarma aérea los obligó a refugiarse en los sótanos. Volvieron después de medianoche. Por vez primera en todos aquellos días de dudas y negociaciones, Himmler habló claramente: «La vida extraordinaria del Führer —dijo— está llegando a su final». Posiblemente habría muerto ya; en cualquier caso moriría en los próximos días. Había ido a Berlín para perecer junto a sus habitantes, y la caída de la capital era tan solo cuestión de horas. Continuó diciendo que, aunque anteriormente estaba íntimamente de acuerdo con las indicaciones de Bernadotte, no había sido capaz de romper su juramento de fidelidad a Hitler. Ahora todo era distinto. Concedía poderes a Bernadotte para comunicar a los aliados occidentales, a través del gobierno sueco, su ofrecimiento de rendición. En el Este no habría rendición; allí los alemanes seguirían luchando, hasta que los anglosajones avanzaran para socorrerlos. Así, todo el sector norte escaparía a la destrucción de la guerra. Himmler prometió también que los daneses y noruegos internados en campos en

Alemania serían entregados al gobierno sueco, y escribió una carta personal para que Bernadotte la llevase a su gobierno como prueba del ofrecimiento del Reichsführer. La entrevista duró una hora, y Bernadotte emprendió inmediatamente el viaje de regreso a Estocolmo. Resuelto así su gran problema, Himmler comenzó a preocuparse por los detalles de procedimiento: qué nombre elegiría para el nuevo partido político que representaría su gobierno, y si debía inclinarse o estrechar la mano del general Eisenhower cuando le fuera presentado. [18]

Así la conferencia del estado mayor de Hitler del 22 de abril, que creó un grave problema para Goering, trajo la solución a las largas dudas de Himmler; pero Schellenberg —con la fe profunda del optimista— no quiso negarse el consuelo de una hipótesis agradable para él. Como no sabía nada de la conferencia, creyó que las palabras de Himmler eran susceptibles de una interpretación muy distinta de la realidad. Cuando Himmler dijo que si Hitler no había muerto aún, su muerte sería cuestión de horas, Schellenberg recordó inmediatamente sus propias sugerencias; cómo había apremiado a Himmler para que hiciera uso de los médicos y de las drogas venenosas; cómo había redactado las predicciones astrológicas de Wulff con dicho objetivo, y discutido con De Crinis los síntomas de la enfermedad de Parkinson. Se convenció a sí mismo, y estuvo convencido durante mucho tiempo, de que Himmler había tomado disposiciones secretas para el asesinato de Hitler, y estaba aguardando noticias del resultado. Para acentuar su convicción se olvidó de consignar en el relato de la entrevista la clara explicación de Himmler: que Hitler se quedaba deliberadamente en Berlín, para afrontar el inminente final de su vida.

Aquella misma noche, mientras Goering aguardaba respuesta a su telegrama en Obersalzberg, y Himmler ofrecía a Bernadotte la capitulación en Lübeck, tuvo lugar en Berlín una tercera y significativa entrevista. Albert Speer hizo su última visita al Führer, a quien, como Goering y Himmler, pretendía suceder sin acabar de librarse de los lazos de fidelidad que lo ligaban a él. El 23 de abril, al saber en Hamburgo que Hitler había resuelto continuar en Berlín, decidió que su lealtad personal lo obligaba a ir a la capital para despedirse. Sus actos de desobediencia política habían trascendido, quizá, y no podrían ser perdonados. El original de su discurso, aunque no había sido pronunciado aún, quedaba en Hamburgo en manos seguras; Hitler moriría pronto, y podría ser divulgado; puesto que podría

radiarse lo mismo si Speer estaba vivo o muerto, no tenía grandes tareas políticas que realizar personalmente. Decidió ir a Berlín para explicar a Hitler la determinación a la que había llegado en el conflicto «entre su lealtad personal y su deber público». No sabía lo que le sucedería como consecuencia de dicha confesión. Suponía que sería detenido, fusilado probablemente; pero no le inquietaba porque había terminado su labor y estaba dispuesto a aceptar las consecuencias de la ruptura de una fidelidad que antaño creyó inquebrantable.

Ya no era posible llegar por carretera a Berlín. Speer fue en coche hasta Rechlin y desde allí en avión a Gatow, el aeródromo occidental de Berlín. En Gatow encontró al general Christian que acababa de salir del búnker de Hitler por última vez. Luego marchó a la ciudad en un helicóptero, y tomó tierra en la avenida Este-Oeste —el gran bulevar que conduce al centro de Berlín—, cerca de la Puerta de Brandeburgo. Se dirigió inmediatamente al búnker. Hitler seguía allí con los restos de su corte: Bormann, Goebbels, Ribbentrop, Krebs, Von Below, sus ayudantes y Eva Braun. Speer hizo un relato completo de sus recientes actividades; Hitler lo escuchó, y le pareció a Speer «profundamente conmovido» por su sinceridad. Al final no hizo nada. Speer no fue detenido ni fusilado. Allí terminó el episodio.

Por qué Hitler, que en aquellos días de traiciones, recelos y sospechas estaba sediento de sangre —la sangre de los rehenes, de los prisioneros, de los militares alemanes y aun de sus propios servidores—, fue tan benévolo con Speer, es un problema que admite muy distintas explicaciones. El doctor Von Hasselbach ha señalado, en su diagnóstico sobre el caso de Hitler, que «el Führer podía odiar con violencia a unas personas, en tanto que perdonaba con facilidad a aquellos a quienes quería». Desde luego, Hitler sentía un afecto entrañable por Speer, que procedía de su amado mundo «artístico» y al que había elegido, personal e intuitivamente, para realizar una de las tareas más difíciles y complicadas. Que Speer hubiera triunfado, o casi triunfado, en su gigantesca labor era un nuevo motivo de satisfacción para él; demostraba que la intuición de Hitler se veía a veces justificada por los resultados, que no siempre elegía a tipos como Rosenberg o Ribbentrop. Hitler hablaba de Speer, con su acostumbrada indiferencia por los sutiles matices del lenguaje, como «el mayor genio de todos los tiempos». Pero cabe también otra explicación. El 23 de abril, cuando Speer lo visitó, Hitler se encontraba en un estado de calma totalmente desacostumbrada en él; era la calma que sigue a la tormenta.

Todos los que lo vieron aquel día nos hablan de su serenidad, de la profunda paz interior que había seguido a la tempestad del día anterior. [19] Speer dice que hacía mucho tiempo que no lo veía tan sereno, tan humano. Durante más de un año su actitud había sido violenta, descompuesta, consecuencia lógica (así por lo menos lo creía Speer) de su obstinada convicción, contra todas las informaciones y todas las pruebas, de que Alemania podía ganar la guerra. Ahora que, al final, abandonaba aquella convicción, imposible de sostener por más tiempo, se aflojaba la tensión de su espíritu, y miraba al mundo entero con ojos más desapasionados, más filosóficos, aguardando la muerte (dijo Speer) como una liberación luego de una vida dura, llena de dificultades. En esta actitud tranquila acaso no concedió importancia a la desobediencia de Speer y, puesto que había acudido voluntariamente a confesarla, le pareció tan solo formal, sin que implicase una fundamental deslealtad, y Speer pudo escapar, inesperadamente ileso, de entre las garras del león. Sin embargo, a los pocos días Hitler se recobraba por completo de esta pasajera debilidad. Bormann llevaba algún tiempo tratando de convencerlo de que Speer lo traicionaba; la confesión de Speer confirmaba en parte estas acusaciones. En sus últimos días, Hitler se quejó, según declaraciones de Axmann, de que Speer, como todos los demás, lo hubiese abandonado; y en su testamento político el nombre de Speer fue borrado de entre los componentes del futuro gobierno nazi. Aun en aquel instante, la calma de Hitler no alcanzaba a quienes no fuesen Speer, que tuvo pronto ocasión de comprender cómo trataba a los culpables de desobediencias menos deliberadas que la suya.

Speer tuvo que permanecer en el búnker durante ocho horas, en tanto que los aviones aliados bombardeaban Berlín destruyendo el Ministerio de Propaganda. Habló con Eva Braun, que le contó lo sucedido el día antes y las intrigas de Bormann contra todos sus rivales. También participó en otras dos conversaciones con Hitler.

La primera se refirió a la decisión de Hitler de permanecer en Berlín. Aunque había afirmado su clara determinación, que ya había sido comunicada al pueblo de la capital y al mundo entero, Bormann y Ribbentrop trataban aún de disuadirlo. Quizá creían posible que una resolución tomada en un momento de cólera, podría modificarse al renacer la calma. Si lo pensaban así, estaban equivocados. Goebbels y Eva Braun apoyaron su decisión de quedarse; Goebbels incluso le aconsejaba, como había aconsejado con tanta frecuencia a la población alemana, que no fuera

«derrotista» con respecto al resultado de la batalla. Bormann pidió ayuda a Speer, pero este no quiso dársela. Sostuvo, por el contrario, la conveniencia de luchar. Dijo a Hitler que si la defensa de Berlín fracasaba, habría llegado el final, y sería mucho más digno afrontarlo en la capital del Reich, que en su «bungaló de fin de semana» en Obersalzberg. Su consejo fue, quizá, tan inútil como las protestas de Bormann. Hitler había tomado una resolución, y nadie recordaba que jamás hubiera cambiado de manera de pensar una vez adoptada. Con firmeza y serenidad insistió en su decisión, y repitió a Speer lo que ya había dicho a Keitel y Jodl: la forma en que pensaba morir. No saldría del búnker para acabar peleando en las barricadas, y correr el riesgo de resultar herido y ser capturado por los rusos. Se suicidaría en el búnker. Ni siquiera su cadáver caería en manos de sus enemigos, que lo utilizarían para su propaganda. Lo había arreglado todo para ser incinerado.

La segunda conversación versó en torno al telegrama de Goering, que había llegado en el transcurso de la tarde.

Durante cuatro años, Bormann había estado aguardando pacientemente una oportunidad para terminar con Goering, pero no se le presentó ninguna. Ahora el tiempo apremiaba. Hitler podía morir en cualquier instante, y por imperativo de la ley, a menos que la ley fuera modificada, Goering sería su sucesor, y toda la autoridad de Bormann desaparecería en el acto. Porque en el completo desconocimiento de la realidad en que se movían los políticos alemanes, Bormann, al igual que Himmler, Goering, Schellenberg y Schwerin von Krosigk, todavía creía que habría algún poder que heredar a la muerte de Hitler. Al final, Goering le proporcionaba la ansiada oportunidad; no podía llegar en mejor momento, cuando no eran posibles las explicaciones personales ni hacerse oír el rival. Con su telegrama, Goering se ponía en las manos de Bormann, en la hora justa en que este monopolizaba por completo los oídos de Hitler. Es cierto que Goering se había precavido contra tal posibilidad, enviando telegramas semejantes a Keitel, Ribbentrop y Von Below; pero Keitel y Jodl habían abandonado el búnker y se encontraban en su nuevo cuartel general, y Ribbentrop no intervendría en modo alguno para salvar a Goering. El telegrama dirigido a Von Below le pedía que procurase que el enviado al Führer llegase a sus manos, y que empleara toda su influencia para convencer a Hitler, si ello era posible, de que emprendiera el vuelo hacia el sur. El telegrama le fue arrebatado a Von Below por Bormann y, según declaraciones de aquel, no se lo devolvió. Bormann estaba decidido a ganar inmediatamente la partida.

Cómo manejó Bormann este asunto, podemos deducirlo por las explicaciones dadas posteriormente por Hitler al sucesor de Goering, Ritter von Greim. [20] Inteligentemente, Bormann llamó la atención de Hitler sobre el párrafo en el que Goering pedía una respuesta antes de las diez de la noche. Afirmó que se trataba de un ultimátum, y no dejó de recordar al Führer que, seis meses antes, Goering había sido sospechoso de pretender abrir negociaciones de paz con los aliados. Era evidente que ahora trataba de usurpar el poder para reanudarlas. Fue fácil despertar las sospechas de Hitler, que nunca estuvieron acalladas por completo. Inmediatamente se envió un telegrama a Goering, asegurándole que Hitler seguía conservando su plena libertad de acción y prohibiéndole cualquier resolución independiente de sus órdenes. Luego, en presencia de Speer, se examinó un nuevo aspecto de la cuestión: el destino de Goering. «Hitler estaba furioso —dice Speer—, y se expresaba en términos muy duros con respecto a Goering. Aseguraba que hacía mucho tiempo que sabía que Goering había fallado, que estaba corrompido por el lujo y las drogas...»; «y, sin embargo —comentaba—, podía negociar la capitulación», añadiendo que «aquello importaba muy poco ya». «Su desprecio por el pueblo alemán —afirma Speer— resaltaba claramente de esta última observación.» Al final, Hitler no quiso dar su aprobación al fusilamiento de Goering, pero sí a que fuera destituido de todos sus cargos y del derecho a sucederlo. Dijo a Bormann que redactara un telegrama de acuerdo con esta determinación. Bormann salió un momento y volvió con el texto redactado. Hitler lo autorizó y fue enviado. En dicho telegrama se decía a Goering que su actitud constituía una traición al nacionalsocialismo y al Führer; que el castigo que le correspondía era la muerte, pero que se libraría de la última pena teniendo en cuenta sus servicios al partido, con tal de que dimitiera inmediatamente de todas sus funciones. Tenía que contestar sí o no. Al mismo tiempo Bormann envió otros despachos a los jefes de las SS de Obersalzberg, el Obersturmbannführer Frank y el Obersturmführer Bredow, ordenándoles detener a Goering por alta traición. Su estado mayor y consejeros, incluidos Koller y Lammers, debían ser arrestados o confinados en sus casas. «Del cumplimiento de esta orden responden con sus vidas.» [21] Las órdenes fueron obedecidas. Poco después de medianoche todo el grupo fue detenido en Obersalzberg. Al día siguiente se anunció en Berlín que Goering había dimitido de todos sus cargos por razones de salud. Bormann había triunfado. El problema de la sucesión continuaba en pie.

Podemos preguntarnos por qué Bormann triunfó con tanta facilidad. ¿Cómo logró que Hitler cediera tan rápidamente a sus designios? ¿No había autorizado Hitler a Goering para asumir toda la autoridad y utilizarla en sus negociaciones con los anglosajones? Al principio cabe la duda de si las palabras de Hitler en ese memorable 22 de abril fueron erróneamente repetidas. Pero las pruebas son demasiado evidentes para que podamos acogernos a este fácil subterfugio. Las palabras de Hitler, que Jodl transmitió a Koller pocas horas después de escucharlas, fueron confirmadas cinco días después por el propio Jodl [22] y ratificadas en sus puntos esenciales en una declaración prestada seis meses después por Keitel. ¿Las había olvidado Hitler o se negaba a recordarlas? ¿O concedía a dichas palabras un significado distinto a la interpretación demasiado literal que les dieron sus oyentes? La verdad tiene que estar entre estas alternativas.

Las palabras pueden tener dos funciones distintas en cualquier momento: traducir ideas o expresar estados de ánimo. Cuando un hombre dice, en un momento de desesperación, que quisiera morirse, no es preciso interpretar literalmente sus palabras; y es posible que en un momento de exasperación las palabras de Hitler, que se entendieron como expresión de sus intenciones, fueran tan solo una exteriorización de sus sentimientos; al menos así serían interpretadas posteriormente por él, caso de que las recordase; porque resulta imposible aclarar si no recordaba haberlas dicho, o se negaba a admitir que las hubiera pronunciado. No es este el único aspecto en que posteriormente se negó a reconocer sus determinaciones de aquel día tormentoso. Durante aquella tarde había renunciado, entre otras cosas, al control de las fuerzas armadas. Pese a todas las protestas de Keitel y Jodl, insistió en que dirigiesen por sí mismos en adelante la estrategia de la guerra, y en respuesta a sus protestas ante esta sugerencia les había dicho incluso que podían solicitar instrucciones del mariscal del Reich. Sin embargo, cuatro días más tarde, sin que se molestase en anunciar públicamente que había recobrado el control de los organismos militares, Hitler volvía a dar órdenes exactamente igual que antes. Cuando Goering en Núremberg pretendía rehabilitarse a los ojos de los nazis como un paladín de la lealtad, no le faltaba razón al asegurar que su destitución se debió a un error técnico. Lo que no explicó fue por qué ese error técnico se explotó tan a fondo en su contra y, aun conociéndose la verdad, no se enmendaron sus

consecuencias. La oportunidad para la caída de Goering la proporcionó su incauto telegrama; pero la razón fundamental tenía mucha mayor importancia. Era el hundimiento de la Luftwaffe. [23]

A las cuatro de la madrugada del día 24 de abril, Speer salió por última vez del búnker de Hitler. Ribbentrop ya se había marchado para no volver. Jodl y Keitel lo visitaron el 23 de abril y el mariscal de campo Schoerner había estado y se había ido. Durante dos días Hitler se había mantenido firme frente a todos los que pretendieron disuadirlo de que continuara en Berlín. Ahora quedaba poco tiempo, porque los ejércitos rusos estrechaban su cerco en torno a la ciudad, y pronto resultaría imposible abandonarla, por tierra cuando menos. No obstante, todavía se hicieron algunos esfuerzos para convencerlo. El 24 de abril un telegrama de Schoerner le aconsejaba salir de Berlín y unirse con su grupo de ejércitos, sin derrotar aún, para seguir la lucha en las montañas de Bohemia; pero el Führer respondió una vez más, según declaraciones de Lorenz, que salvaría Berlín o moriría en él. Aquella misma tarde el Gauleiter Wegener, a quien Dönitz había cargado con la responsabilidad de los asuntos civiles en la zona norte, aterrado ante la magnitud de sus problemas, pretendió aliviarlos logrando un cambio de política de Hitler. Telefoneó al búnker. ¿No estaría dispuesto el Führer a autorizar una rendición en el oeste para reforzar el frente oriental contra los rusos y ahorrar a Alemania una doble devastación? La contestación fue terminante: Hitler no deseaba ahorrar devastaciones; precisamente deseaba una gigantesca devastación —cuanto mayor mejor— para iluminar sus funerales al estilo vikingo. «Era terrible oír —escribe Schwerin von Krosigk, que se encontraba ya al lado de Dönitz en el norte— que ningún consejo, ningún argumento razonado, ninguna alusión a los terribles sufrimientos de nuestro pobre pueblo, podía penetrar a través de los muros que el Führer había alzado en torno a sus propias convicciones. Es posible que tras las paredes no hubiera realmente nada. ¿Acaso habría otra cosa que la obstinación de un espíritu ensoberbecido, sacrificándolo todo a su monstruoso ego?» El antiguo alumno del Rhodes no se molestaba en contestar a esta pregunta; sin duda, se consideraba satisfecho al pensar que la posteridad quedaría impresionada por su filosófica profundidad.

De esta forma rechazó Hitler el 24 de abril, una tras otra, todas las tentativas para modificar la decisión que, tras sus acostumbradas vacilaciones, había tomado. En adelante no se realizaron nuevos intentos,

porque al día siguiente los rusos habían completado el cerco de Berlín y solo era posible una peligrosa comunicación aérea. Quedaba cerrado el período de crisis y decisión; el asedio del búnker había comenzado.

5

El asedio del búnker

25-28 de abril de 1945

Con la partida de Speer el 24 de abril, se había ido el último de los visitantes ocasionales del búnker, y desde aquel momento, aparte de dos interesantes peregrinos del mundo exterior, los *dramatis personae* de la tragicomedia fueron siempre los mismos. En el búnker permanecían Hitler y Eva Braun; Goebbels (que ocupaba las habitaciones abandonadas por el doctor Morell) con su mujer, sus hijos y su ayudante, el Hauptstwrmführer Schwaegermann; el doctor Stumpfegger; el Sturmbannführer Heinz Linge, criado personal de Hitler; el Sturmbannführer Otto Guensche, su ayudante de las SS; sus secretarias, Frau Christian y Frau Junge, y Fräulein Manzialy, su cocinera vegetariana. Aparte de estos había otros personajes que habitaban en los demás refugios, y que en algunas ocasiones visitaban el búnker. Los más asiduos eran, naturalmente, Martin Bormann, con su ayudante de las SS el Standartenführer Zander y su secretaria Fräulein Krueger; el general Krebs, con su ayudante, el comandante Freytag von Loringhoven y su ayuda de campo Rittmeister Boldt; el general Burgdorf, con sus ayudantes el coronel Von Below, el teniente coronel Weis y el comandante Johannmeier; el general Weidling, comandante de la ciudad; los dos pilotos de Hitler, el Gruppenführer Baur y el Standartenführer Beetz; el Brigadeführer Mohnke, comandante de la cancillería; Artur Axmann, jefe de las Juventudes Hitlerianas, que defendían diversos puntos de la ciudad; [1] Werner Naumann, colaborador de Goebbels en el Ministerio de Propaganda; Heinz Lorenz, del servicio de prensa, quien traía las noticias al búnker; el Brigadeführer Rattenhuber, jefe de los detectives que cuidaban de la seguridad personal de Hitler, y su ayudante el Standartenführer Hoegl; los oficiales de la guardia de las SS, y los oficiales de enlace, almirante Voss, el Gruppenführer Fegelein y el embajador Walter

Hewel, quienes ostentaban la representación de Dönitz, Himmler y Ribbentrop. Once de estas personas han sido capturadas e interrogadas por las autoridades británicas o norteamericanas, [2] y sus declaraciones, completadas por las pruebas aportadas por personas de menor significación, como guardias y conductores, empleados, un visitante fortuito y un sastre, y confrontadas con documentos, diarios, telegramas y demás referencias escritas, han arrojado la luz que ahora ilumina ante nuestros ojos el oscuro período de la última semana de la vida de Hitler.

Es una luz un poco vacilante. No podía ser de otra manera. Aunque parte de los documentos provienen de los días en que se produjeron los hechos, la investigación a fondo no comenzó hasta cinco meses después, cuando los recuerdos comenzaban a borrarse y la imaginación y las conjeturas llenaban las lagunas abiertas por el olvido. En algunos temas, las declaraciones no han sido nunca demasiado concretas, sobre todo al especificar horas y fechas. Es fácil de comprender esto, cuando imaginamos la vida que debieron de llevar en aquellos refugios subterráneos, sintiendo constantemente sobre la cabeza el estallido de las granadas y de los bombardeos; pasando grandes ratos en una completa oscuridad, que les hacía perder la noción de las horas: con comidas ingeridas a las horas más extrañas, y con una existencia donde se borraban los linderos del día y de la noche. Sin embargo, hay algunos episodios claramente establecidos, unos cuantos documentos fechados, varias pruebas indudables de los que, tomándolos como base, después de un cuidadoso análisis, podemos deducir lógicamente las causas que los determinaron o las consecuencias que produjeron. La llegada y la partida de Ritter von Greim, los telegramas a Dönitz, las noticias respecto a la traición de Himmler, la firma del testamento de Hitler, el suicidio de Hitler y Eva Braun, la huida en masa del búnker, son acontecimientos que podemos describir con toda seguridad señalándoles días y horas; y aquellos otros acontecimientos que han llegado a nuestro conocimiento a través del testimonio más o menos falible de algunos hombres, aunque no podamos señalar el minuto exacto en que se produjeron ni garantizarlos en absoluto, podemos cuando menos relacionarlos con los otros que conocemos de manera firme y establecer la lógica interdependencia entre todos ellos.

Aparte de estos once habitantes permanentes del búnker que han caído en nuestras manos, hemos de referirnos a dos visitantes, cuyos tres días de permanencia en el refugio constituyeron, quizá, el episodio más interesante

durante las horas interminables del asedio. El día 24 de abril llegó a Múnich un telegrama procedente del búnker del Führer, ordenando al coronel Ritter von Greim [3] presentarse en la cancillería del Reich. Un segundo telegrama requería también la presencia del general Koller, cuyo mensaje a Goering había precipitado la crisis, y que había salido de su prisión de Obersalzberg, pero permanecía bajo la vigilancia de las SS. Koller se negó a ir. Era tanto como suicidarse, afirmó. La comunicación telefónica con el norte había quedado interrumpida y era imposible saber en qué aeródromos se podría aterrizar; no quería volar para caer en manos de los rusos. Estaba mal de salud; su moral se había hundido; todo lo que sabía acerca de la vida en el búnker le daba la impresión de que todos se habían vuelto locos allí, y respondió que por motivos de salud no podría cumplir la orden. A Ritter von Greim no se le pasó nada semejante por la cabeza. Greim, oficial de la Luftwaffe con un buen historial, era también un nazi convencido, cuyo entusiasmo por el sistema no disminuía ni siquiera en horas tan críticas. Trató de partir aquella noche con rumbo a Rechlin, pero su avión estaba destrozado a raíz de una incursión aérea del enemigo. Al día siguiente marchó a Obersalzberg para visitar a Koller. Los aliados acababan de bombardear Obersalzberg, y el lugar, según quienes lo vieron, parecía un paisaje lunar. El hotel de Hitler había quedado destruido; la casa de Bormann estaba en ruinas; la de Goering casi había desaparecido. El general Koller se encontraba escribiendo informes exculpatorios dirigidos al Führer, a todo el mundo, tratando de demostrar que todo el incidente se debía a un equívoco, y que Goering no tenía culpa alguna. Pero ni siquiera pudo convencer a su visitante. «Greim estaba más indignado que nunca con el mariscal del Reich. Condenaba duramente a Goering por no estar ahora junto a Hitler en la cancillería de Berlín, y empleaba los términos más violentos al hablar de su actitud del 23 de abril que calificaba de traición. Me dijo —continúa Koller— que no debía defenderlo.» Pero Koller lo defendió diciendo: «No sé por qué había de estar en el búnker. No tiene allí un solo amigo. Todos son enemigos suyos que, en lugar de ayudarlo, lo atacaban a él y a la Luftwaffe de la manera más insidiosa desde hace varios meses, durante los dos últimos años en realidad. ¿Y qué sería de Alemania si todos los que tienen la responsabilidad de dirigir los negocios públicos se encerraran en los refugios subterráneos? No es que yo pretenda defender al mariscal; tiene demasiados defectos para que pueda hacerlo. Ha hecho casi imposible mi vida; me ha tratado de forma abominable, amenazándome sin

razón con un consejo de guerra, del mismo modo que amenazó con fusilar a los oficiales del estado mayor. Pero, a pesar de todo esto, no puedo alterar maliciosamente los hechos ocurridos entre el 22 y el 23 de abril. El mariscal del Reich no ha hecho absolutamente nada que pueda ser calificado de traición».

Las protestas de Koller eran fútiles, pero no dejaban de tener su interés. Con admirable insistencia, Koller siguió explicando los verdaderos motivos que habían determinado la caída de Goering, tanto a Greim, Christian y Von Below, como a los jefes del mando general combinado y al mismo Hitler; [4] pero ni la condena ni el castigo sufrieron la más ligera modificación. En lugar de ello, se subrayó su importancia, porque en los últimos días Bormann ordenó la ejecución de Goering, y Hitler, en su testamento, lo acusó resueltamente, expulsándolo del partido. Se veía claramente que la verdad no importaba lo más mínimo a quienes lo habían condenado. Lo que deseaban no era hacer justicia en este episodio aislado, sino juzgar toda su actuación, y una vez asegurada la condena, les interesaban muy poco los hechos que les sirvieron de pretexto para conseguirlo.

En la noche del 25 al 26 de abril, Ritter von Greim voló con rumbo a Rechlin. El avión en que viajaba iba pilotado por una persona de extraño carácter que lo acompañó en todas las peripecias de su última aventura: era la famosa piloto de pruebas Hanna Reitsch.

El relato hecho por Hanna Reitsch de sus tres días de estancia en el búnker ha sido publicado ya. [5] Es un relato dramático y retórico a la vez, y dado que la retórica tiende a quitar color a los hechos, algunos puntos del mismo se pueden cuestionar y otros incluso refutar. La misma Hanna Reitsch lo ha hecho recientemente. Sin embargo, una parte importante del relato sigue siendo indiscutible y sirve por tanto para confirmar la evidencia de ciertos incidentes. [6] La autoría de los pasajes más sensacionales del relato es dudosa, pero estos defectos de estilo y detalle se pueden identificar fácilmente; y aunque los motivos que movieron a Hanna Reitsch a hacer esta última visita son inciertos, destaca un elemento de su personalidad: su valor. Los viajes que hizo junto a Greim para ir y volver de Berlín fueron mucho más peligrosos y estimulantes que cuantas aventuras pudo correr anteriormente como piloto de pruebas.

Llegados a Rechlin en la madrugada del 26 de abril, Greim y Reitsch intentaron volar hasta Berlín en un helicóptero que podría aterrizar en los jardines de la cancillería del Reich o en las calles de la ciudad. Supieron que

el único helicóptero disponible se había estropeado la víspera. Pero allí estaba el sargento piloto que había llevado a Speer en su última visita al búnker y que, como ya tenía cierta experiencia, recibió orden de llevar a Greim a Berlín por el mismo camino. El avión era un Focke Wulf 190; solo había sitio para un pasajero que debía situarse detrás del asiento del piloto; Hanna Reitsch decidió no perderse aquella última parte del viaje, y como Greim estaba dispuesto a llevarla, y era de pequeña estatura, la metieron en la cola del aparato a través de una abertura de emergencia. Cuarenta cazas los acompañaron en su marcha hacia el aeródromo de Gatow —el único aeródromo de Berlín en manos alemanas—, sufriendo constantes ataques de la aviación rusa. Llegaron a Gatow solo con unos cuantos balazos en las alas; pero se perdieron varios de los aparatos de escolta.

Desde Gatow, Greim intentó hablar por teléfono con la cancillería, pero resultó imposible. Encontró en el aeródromo un avión de entrenamiento y decidió volar con él hasta el centro de la ciudad y aterrizar en alguna calle a poca distancia de la cancillería. Los cazas restantes entablaron combate con los aparatos rusos para distraer su atención, mientras Greim se elevaba. Ahora él pilotaba el avión, y Reitsch iba como pasajera. Volaron a poca altura en dirección a la Puerta de Brandeburgo.

Bajo ellos, en la ciudad, la lucha seguía en las calles; por encima, volaban los aviones rusos. A los pocos minutos una granada antiaérea rusa causaba considerables destrozos en el avión y hería gravemente a Greim en el pie derecho. Reitsch consiguió, por encima de los hombros de su acompañante, hacerse cargo de los mandos del avión, y tras una serie de difíciles maniobras logró posar el aparato en la avenida Este-Oeste. Requisaron un coche y Greim recibió los primeros auxilios camino de la cancillería. Una vez en el búnker, fue conducido al pequeño quirófano acondicionado por Stumpfegger, quien le curó el pie destrozado. Esto sucedía entre las seis y las siete de la tarde del día 26 de abril.

Hitler acudió al quirófano y dio la bienvenida a Greim. Dice Reitsch que el rostro del Führer demostraba agradecimiento porque hubieran llegado. Dijo que incluso un soldado tenía derecho a desobedecer órdenes que le parecieran inútiles y desesperadas. Luego preguntó a Greim si sabía por qué lo había llamado, y el interrogado respondió negativamente. «Porque Hermann Goering me ha traicionado a mí y a la Patria —explicó Hitler—. A espaldas mías ha entablado relaciones con el enemigo. ¡Su actitud es de una cobardía imperdonable! En contra de mis órdenes ha

enviado un telegrama irrespetuoso, diciendo que hace años lo nombré mi sucesor y que ahora, puesto que no puedo seguir gobernando desde Berlín, está dispuesto a gobernar en mi lugar desde Berchtesgaden. Y terminaba su telegrama diciendo que si no recibía respuesta antes de las nueve y media de aquella noche, [7] daría por segura mi aceptación.»

Mientras Hitler hablaba había lágrimas en sus ojos; tenía la cara completamente blanca y, cuando tendió a Greim el telegrama de Goering, le temblaban violentamente las manos. Mientras Greim leía, Hitler respiraba agitado. Se contrajeron los músculos de su rostro. Repentinamente gritó: «¡Un ultimátum! ¡Un claro ultimátum! Ya no me queda nada por ver. Todo el mundo me traiciona. Ni conservan la lealtad, ni observan las reglas del honor. No existe amargura ni traición que no haya tenido que soportar. ¡Y ahora esto! Es el final. No existe una sola forma de herir que no se haya intentado contra mí». [8]

Después de una breve pausa, Hitler recobró su compostura, y dijo a Greim que lo había llamado para nombrarlo comandante en jefe de la Luftwaffe con el grado de mariscal de campo, en sustitución de Goering. Se había sacrificado la vida de muchos aviadores alemanes y no pocos aparatos imprescindibles en aquel momento, solo por esta formalidad, solo para llevar a Greim al búnker. Un telegrama hubiera sido suficiente, pero Hitler prefirió aquel melodramático y costoso procedimiento, que sirvió para mantener encerrado durante varios días en el búnker a Ritter von Greim, herido y postrado en cama. Día tras día eran enviados nuevos aviones desde Rechlin con intención de llevarlo a su nuevo cuartel general una vez que había recibido su nombramiento. Aunque Greim y Reitsch solicitaron permanecer en el búnker y sacrificar su vida por el honor de la Luftwaffe, Hitler insistió en que debían marcharse; pero todos los aviones que mandaban eran derribados por los rusos antes de que llegasen a Berlín. [9]

Esa noche, Hitler llamó a su propio despacho a Hanna Reitsch. Su rostro reflejaba un gran cansancio y sus ojos tenían una mirada vaga y un poco perdida. Le dijo que la causa parecía desesperada, a menos que (y a la simple mención de ello aumentaba su animación) el ejército de Wenck avanzara desde el suroeste para socorrer a la ciudad. Pero si no era así, si los rusos tomaban la población, entonces él y Eva Braun tenían ultimados sus planes para suicidarse y que sus cadáveres fueran consumidos por el fuego. Entregó a Hanna Reitsch unos frasquitos de veneno para ella y para

Greim, a fin de que los utilizasen en caso necesario. Fue una escena melodramática de aquellas que al parecer abundaron en la vida, o por lo menos en el diario, de Hanna Reitsch.

Por la noche las bombas rusas comenzaron a caer sobre la cancillería misma, y los habitantes del búnker adoptaron diversas actitudes de pavor o de valentía, mientras la inmensa y al parecer sólida estructura del refugio crujía bajo las explosiones. Hanna Reitsch pasó la mayor parte de la noche a la cabecera de Ritter von Greim, dispuestos ambos a suicidarse si los rusos irrumpían en cualquier instante. Habían convenido tomarse el veneno facilitado por Hitler, y luego, antes de que hiciera efecto, tirar de las anillas de dos grandes bombas de mano que colocarían muy cerca de sus cuerpos. Así morirían víctimas del veneno y sus cuerpos quedarían destrozados por la explosión. No solo eran Hitler y Eva Braun quienes deseaban salir de este mundo de una manera estrepitosa.

Mientras tanto, al infortunado general Koller no lo dejaban permanecer tranquilo y seguro en Obersalzberg. Sus adversarios no hacían mucho caso de las quejas sobre su salud. En la tarde del 26 de abril fue informado por el representante de Bormann en Berchtesgaden de que, fuera el que fuese su estado de salud, tenía que volar a Berlín para informar al Führer; era una orden personal de Hitler. Al parecer, un militar no tenía derecho a desobedecer ni siquiera aquellas órdenes que le pareciesen inútiles y desesperadas. Koller se retorció las manos, telefoneó a uno y otro lado y se entregó a un soliloquio elocuente, pero vacilante, en el diario que redactaba. ¿Cómo podía estar seguro de que la orden procedía del Führer? ¿Quién podría decirle qué firma llevaba el telegrama? ¿Por qué una orden de Hitler le llegaba a través del representante de Bormann y no por conducto del representante de la Luftwaffe cerca del Führer? Todo era muy extraño. Pensó en la desgracia de Goering, en las turbias intenciones de Bormann y en la ineficaz protección que frente a un hombre como él representaba la inocencia. Pero además, toda la vida del búnker se le antojaba, por cuanto conocía, francamente desconcertante; las acciones del Führer eran más raras a cada momento. Parecía incluso que Hitler había recobrado su mando supremo sobre las fuerzas armadas, que abandonó el 22 de abril; así, por lo menos, lo indicaba una orden suya recibida en Múnich por el general Winter. Al final, Koller decidió ir a Berlín. Había ocasionado un verdadero escándalo con su interpretación de ciertas palabras, y ahora prefería arriesgar su vida antes que fiarse otra vez de su propio criterio. Dijo adiós a

su familia y rechazó las peticiones de sus subalternos para que no emprendiera la marcha. «Los oficiales del estado mayor pusieron unas caras muy largas —asegura—. Dijeron más tarde que no hubiesen dado nada por mi vida y que creían que Bormann acabaría conmigo. Esto hubiera sido muy sencillo para él en una ciudad sitiada como Berlín. Nadie averiguaría jamás lo sucedido.» En las primeras horas de la mañana, Koller aterrizó en Rechlin, dispuesto a seguir su vuelo hacia la capital y tomar tierra, como Speer y Greim, en la avenida Este-Oeste. Los informes que recibió en Rechlin fueron francamente descorazonadores. Le dijeron que desde la noche anterior era imposible volar a Berlín. Grandes columnas de humo se elevaban de la destruida ciudad; todos los campos de aviación estaban perdidos, incluso Gatow; una barrera de baterías antiaéreas impedía toda aproximación a la avenida Este-Oeste. Todos convinieron en que ningún avión podría aterrizar allí; Ritter von Greim y Hanna Reitsch no volverían.

En el cuartel general del mando general combinado de Fuerstenberg, Koller escuchaba tan desoladoras noticias y a la vez trataba de aclarar la actitud y conducta de Goering. Habló con Jodl, que le ratificó sus manifestaciones de unos días antes; simpatizaba con sus puntos de vista, pero no podía hacer nada. Quiso debatir el asunto con Keitel, pero este pretextó un trabajo urgente y se escabulló. Encontró a Himmler y trató de recabar su ayuda. «Un mal asunto», comentó Himmler ambiguamente, y se alejó, diciendo cortésmente que ya hablarían del tema más adelante. Luego llegó Dönitz, y Koller se dirigió a él. «El gran almirante me dijo que estaba convencido de que los motivos que impulsaron al mariscal habían sido honrosos; pero cortó la conversación inmediatamente, afirmando que tenía que irse a comer. También aseguró que hablaría conmigo más tarde, pero se marchó repentinamente.» Koller encontraba todo aquello muy raro. Esperaba que lo sucedido a Goering fuera tema general de las conversaciones, «pero tuve la impresión de que nadie quería hablar del asunto del mariscal ni de la seriedad de la situación. En todo momento me parecieron personas que vivían en un planeta diferente y tenían miedo de abrir la boca».

Absolutamente perplejo, Koller fue al teléfono para hablar con el búnker del Führer e informar de su llegada a Fuerstenberg. Hitler se había retirado a descansar y no debía ser molestado. Habló con Ritter von Greim. Este le dijo que no intentase ir a Berlín. El Führer no había dado tal orden;

era innecesario y probablemente imposible. Aunque fuera posible entrar allí, no lo sería salir. Greim mismo se hallaba herido, postrado en la cama, con el Führer sentado a su cabecera hablándole...

Koller expresó su condolencia por el estado de Greim, por sus heridas y su tardío nombramiento. Se lamentó del fracaso de todos sus esfuerzos y filosofó acerca del trágico destino de Alemania. «Creo que no podremos trabajar juntos durante mucho tiempo —dijo en tono lúgubre por teléfono—; no será posible hacer gran cosa con la Luftwaffe, ahora que se aproxima el fin.» Esperó oír un eco doloroso de sus palabras procedentes del búnker. Pero el mundo estaba lleno de sorpresas para el general Koller. La vida en el búnker debía de ser mucho más desconcertante aún que en Fuerstenberg. Ritter von Greim, como cuantos anteriormente cayeron dentro del círculo mágico de Hitler, parecía seducido por aquella extraordinaria personalidad. Lo mismo les había ocurrido a todos: a Stumpfegger, que se olvidó de Himmler y Gebhardt y de sus propios intereses, y se inclinaba en adoración reverente delante del nuevo dios; le sucedió a Burgdorf, el militar profesional que traicionó a su casta y, cuando el vino se le subía a la cabeza, bailaba con Bormann [10] y denunciaba la traición de los mariscales; le había ocurrido a Hewel, [11] oficial de enlace de Ribbentrop; a Himmler, incluso al sagaz Speer, que no fue capaz de resistir la influencia magnética del Führer; y ahora le sucedía a Ritter von Greim. En lugar de una triste admisión de la proximidad de la derrota, Koller escuchó exaltadas promesas acerca de una próxima e indudable victoria. «¡Espere, espere un poco! —gritó la voz del nuevo mariscal de campo—. ¡No desespere! ¡Todo se arreglará satisfactoriamente! La presencia del Führer y su confianza en el triunfo me han transformado. ¡Este lugar es para mí como una fuente de la eterna juventud!» Koller no quería dar crédito a sus oídos. «El búnker es un manicomio —escribió en su diario—. No puedo comprenderlo. A menudo me pregunto si no seré un estúpido, incapaz de seguir los pensamientos de estas gentes y de ver el camino de salvación. O quizá sea que disponen de un sexto sentido del que estamos desprovistos los mortales ordinarios. Por fuerza, uno tiene que empezar a dudar de su propia cordura.»

Poco después llamaron por teléfono a Koller desde el búnker. Era la voz de Hanna Reitsch. Deseaba que Koller transmitiera un último mensaje a su familia que residía en Salzburgo, explicándole que no había podido negarse a los insistentes requerimientos de Greim para que lo acompañase. [12] Luego hizo una descripción detallada de su vuelo a Berlín, no omitiendo

nada y repitiéndolo todo. Fue inútil que Koller pretendiera detener el torrente de palabras; nada podía pararla. Al cabo de veinte minutos colgó resueltamente el auricular y dejó que ella siguiera hablándole al vacío. «Era la única línea de comunicación con el búnker, y se necesitaba para cosas más importantes.»

Sin embargo, no todos en el búnker estaban locos por igual e inspirados por la fuente de la eterna juventud. Aquel mismo día 27 de abril, un hombre dio pruebas de cordura. Desgraciadamente para él resulta tan peligroso estar cuerdo en un manicomio, como loco entre personas cuerdas, cosa que no tardó en comprobar a costa suya Fegelein.

Fegelein era el representante personal de Himmler en el cuartel general del Führer. Como Himmler y los más odiosos nazis, procedía de Baviera. Había comenzado su carrera como jugador en las carreras de caballos. La elegancia de su atuendo y la habilidad de sus manejos le granjearon la admiración de Christian Weber, [13] «el rey sin corona de Baviera», que había sido mozo en una de las mejores cuadras antes de que la protección de los nazis lo elevase a la magnificencia y de que el extraordinario aumento de su obesidad lo incapacitara para ensillar los caballos. Gracias al apoyo de Weber, la ascensión de Fegelein fue muy rápida. Se había incorporado a la Waffen SS y pronto tuvo el mando de una división de caballería. Afortunado en todas sus empresas, excepto en la última, atrajo la atención de Hitler por sus éxitos en el frente oriental. En 1944 sucedió a Wolff como oficial de enlace de Himmler cerca de Hitler. En el mismo año conquistó lo que en opinión de muchos constituía su triunfo más brillante. Observando con la mirada astuta del oportunista que el centro del poder de la jerarquía nazi se había desplazado del gobierno y los ministerios hacia la corte y quienes la integraban, se casó con Gretl, la hermana de Eva Braun. Así, en el momento que parecía más favorable, dejaba de depender íntegramente de Himmler y aseguraba su posición dentro del círculo familiar del Führer. Al mismo tiempo no olvidó guardarse las espaldas llegando a una provechosa alianza con Bormann. De allí en adelante, según las palabras de quien estaba en las mejores condiciones para poder juzgar, es decir Ohlendorf, «deliberadamente traicionó a Himmler en beneficio del Führer», de cuyo lado procuraba no apartarse. [14] Schellenberg afirma que fue Fegelein quien aconsejó a Hitler degradar públicamente al regimiento de las SS que se había dejado aniquilar para tratar de llevar a cabo los planes estratégicos del

Führer, un insulto que los militares no perdonaron nunca a Himmler que había sido incapaz de impedirlo. [15] Era, dice Speer, «un tipo muy desagradable», que ejercía «una perniciosa y radical influencia en la corte». Los fieles subordinados de Himmler —hombres bastante familiarizados con la infinita variedad de la depravación humana— coinciden al hablar de los vicios de Fegelein.

No obstante, si Fegelein era un rufián, no estaba loco; por lo menos no estaba tan loco como Ritter von Greim. Todos sus actos, tanto las lealtades como las traiciones, se inspiraron siempre en un calculado interés personal, actuando sin el impedimento de los principios o los escrúpulos. Si había abandonado a Himmler para servir a Hitler no fue porque, como tantos otros espíritus, se dejara hechizar por su influencia hipnótica, sino porque Himmler comenzaba a perder valor y la corte personal de Hitler le ofrecía mayores posibilidades y facilidades para seguir trepando. Su fidelidad, sus alianzas, su matrimonio, todo tendía a un mismo fin: eran pasos dados con la esperanza de conseguir compartir los privilegios del círculo familiar del Führer. Pero cuando Fegelein retornó al búnker el 25 de abril, tras su última visita al mundo exterior, [16] su lúcida mente comprendió que los privilegios del círculo familiar iban haciéndose de día en día menos envidiables, porque las declaraciones de Hitler y Eva Braun con respecto a sus propósitos habían sido suficientemente explícitas. Fegelein no vaciló. No había conseguido entrar en ese círculo para que su cadáver ardiese en la pira familiar. Dejando que los demás moradores del búnker se apretujaran en torno al Führer, suplicando participar con su sacrificio en el sacramento de su muerte, [17] Fegelein aguardó una oportunidad, se deslizó fuera del búnker y desapareció.

Dada la falta de concreción con respecto a días y horas en la vida que llevaban los habitantes del búnker y el secreto del que pretendió rodearse todo el episodio, es imposible señalar con exactitud el momento en que se produjo esta última aventura de la existencia de Fegelein, que había de terminar, en contra de su costumbre, con un definitivo fracaso. Su residencia habitual no era el búnker del Führer, sino uno de los otros refugios, y su desaparición pasó inadvertida durante algún tiempo en el entorno inmediato de Hitler. Algunas llamadas telefónicas en las que preguntaba por las últimas noticias, demostraban que se hallaba en Berlín, y por el momento nadie se preocupó de hacer averiguaciones. Fue al parecer en la tarde del 27 de abril cuando Hitler reclamó su presencia y supo que

Fegelein no se encontraba en la cancillería. Se hicieron averiguaciones. Nadie sabía cuándo ni adónde se había marchado. En aquella atmósfera enrarecida, las sospechas nacían rápidamente y adquirían pronto visos de certidumbre. Los recelos formaban parte de la naturaleza del Führer. Se habían hecho crónicos tras el complot de los generales, y nuevas experiencias lo hacían desconfiar de todo y de todos. Inmediatamente llamó al jefe de su guardia personal, los cualificados detectives que constantemente lo seguían y protegían a él y a los demás altos cargos nazis. Este oficial, el Standartenführer de las SS Hoegl, recibió orden de salir en su busca, llevando consigo un grupo de guardias armados de su escolta de las SS. [18] Tenía que encontrar a Fegelein y traerlo de nuevo al búnker. Hoegl marchó a la zona de Charlottenburg donde vivía Fegelein y lo encontró en su propia casa, tumbado sobre la cama, vestido de paisano. Libre al fin de la tormentosa atmósfera del búnker, relativamente tranquilo en aquel *milieu* más civilizado, podía contemplar fría y desapasionadamente el mundo; comparar con filosófico desprendimiento las ventajas de vivir y morir, y escoger libremente la alternativa que pareciera más oportuna a su oportunista mente. Fegelein explicó a Hoegl que había escogido vivir, y sugirió que con su ayuda podría encontrar un avión que lo sacara de la destruida ciudad para llevarlo, junto a su mujer, a la placentera vida familiar de Baviera. Esta insinuación no fue aceptada por Hoegl. Replicó que no era posible pensar en tales cosas sin el consentimiento explícito del Führer. Fegelein no se desanimó. Cogiendo el teléfono llamó al búnker y habló con su cuñada Eva Braun. Le dijo que seguramente había alguna confusión con respecto a su conducta; ¿querría interponer su valiosa influencia para arreglar las cosas con Hitler? Desgraciadamente para él, el frío ejercicio de la inteligencia, posible en el ambiente relativamente plácido de Charlottenburg, resultaba imposible en el aire enrarecido del refugio subterráneo de la cancillería del Reich, donde las amenazas y las promesas, los gestos tribunicios y las protestas de lealtad, los recelos y la exaltación general (si hemos de creer a Hanna Reitsch) excluían todo sereno razonamiento. Eva Braun replicó secamente que no era posible tomar en consideración siquiera la propuesta marcha a Baviera de su cuñado; Fegelein tenía que regresar al búnker. Y mientras Fegelein volvía a la cancillería rodeado por una guardia con armas, Eva Braun se retorcía las manos desesperada clamando: «¡Pobre, pobre Adolf! ¡Abandonado por todos, traicionado por todos! ¡Es preferible que mueran diez mil personas a

que él se pierda para Alemania!». Todo caía sobre el Führer, añadió con tristeza; Goering lo había traicionado inicuamente; y ahora, al final de su vida, se veía traicionado incluso por su viejo y leal amigo. A su regreso, Fegelein se vio degradado de su puesto de Gruppenführer y por el momento encerrado bajo guardia armada en el segundo búnker. [19]

Aquella noche, la del 27 al 28 de abril, el bombardeo ruso de la cancillería alcanzó su punto culminante. Para quienes permanecían en los refugios el ruido de las explosiones parecía tener un lúgubre significado; todas las bombas caían en el centro de los edificios de la cancillería. Esperaban que en cualquier instante las tropas rusas irrumpieran entre las ruinas. Durante la noche, según el relato de Hanna Reitsch, Hitler reunió a su corte, y en una sesión macabra estuvieron discutiendo los proyectos de suicidio y el mejor procedimiento para que sus cadáveres quedasen totalmente destruidos. La aparición de los primeros soldados rusos sería la señal para la realización de este sacrificio ritual. Luego todos los presentes pronunciaron un corto discurso jurando eterna lealtad al Führer y a Alemania. Si este era el ambiente del búnker, no habrá muchas personas equilibradas que puedan criticar la determinación de Fegelein.

En realidad, se trataba en gran parte de una farsa: la artificial emoción y el correspondiente verbalismo que produce fácilmente, suelen ser aceptadas sin dificultad como verdaderas por las inmaduras mentes teutonas. El servilismo rastrero de una corte es siempre odioso; combinado con engaños expresados en tonos grandilocuentes, resulta nauseabundo. A fin de cuentas, como se comprobó al llegar la hora crítica, muy pocos de los que afirmaban anhelar una muerte común, llevaron a la práctica tan heroica resolución. Es cierto que Ritter von Greim, un mes después, cuando su herida descuidada hacía imposible que se moviera, ingirió un veneno en la cautividad, y que uno o dos más pueden haber hecho lo mismo en manos de los rusos. Pero es curioso señalar cómo muchos de los que juraron morir en el búnker, tan pronto como recuperaron el completo equilibrio de sus facultades mentales se apresuraron a asegurar a sus capturadores británicos o norteamericanos que ellos nunca pensaron en guardar verdadera fidelidad a la Alemania nazi.

De Hitler por lo menos cabe decir que su emoción era sincera. Estaba dispuesto a morir si Berlín caía. Y sin embargo —tal era la extraordinaria seguridad en sí mismo que alternaba en su interior con momentos de desesperación—, todavía creía que la ciudad podía salvarse. Aunque estaba

dispuesto a morir si los rusos entraban, seguía pareciéndole imposible que la capital del Reich pudiera caer estando en ella el Führer. Se consideraba a sí mismo como un amuleto milagroso, como un tótem cuya sola presencia hacía inconquistable una ciudad. En cierta ocasión había dicho a Keitel en Rastenburg: «Si abandono la Prusia Oriental, esta caerá; si me quedo, se salvará». Keitel lo había convencido para que saliera de la Prusia Oriental y, naturalmente, la Prusia Oriental había caído; pero se proponía no salir de Berlín y, por lo tanto, Berlín no podía caer. Así se engañaba a sí mismo, mientras esperaba con ansiedad la llegada del ejército de Wenck, para lo cual las Juventudes Hitlerianas luchaban desesperadamente por mantener sus cabezas de puente sobre el Havel. En realidad, el ejército de Wenck era ya una fuerza derrotada; pero Hitler llevaba mucho tiempo dirigiendo, desde sus refugios subterráneos, las operaciones de ejércitos inexistentes, marcando movimientos tácticos y estratégicos, calculando por anticipado los éxitos que habían de obtener y denunciando a gritos la traición de sus generales cuando los resultados obtenidos no correspondían a sus previsiones. Así en aquellos días hablaba constantemente de la táctica que emplearía Wenck para liberar la ciudad. Paseaba de un lado a otro del búnker (según el melodramático relato de Hanna Reitsch) [20] agitando un mapa, un poco descolorido por el sudor de sus manos, y explicaba a cualquiera complicadas operaciones militares precisas para su salvación. A veces, gritaba órdenes como si estuviera dirigiéndose a los defensores; otras extendía el mapa sobre una mesa, se inclinaba, y con manos temblorosas colocaba botones que marcaban los imaginarios progresos de las fuerzas que acudían en su socorro. En la atmósfera enrarecida de una corte, las emociones y las creencias cambian rápidamente de dirección. Nadie, excepto Hitler, seguía confiando en el ejército de Wenck, pero ninguno se atrevía a disentir de sus promesas; en cualquier momento el coro que había estado cantando en ritmo *lamentoso* hablando de desesperación y suicidio, podía romper repentinamente en un *allegro vivace* para dar una triunfal bienvenida al ejército de Wenck. [21]

Pero los hechos fueron destrozando las ilusiones de los más obstinados optimistas. El 28 de abril los rusos estaban ya luchando cerca del centro de Berlín y no había la menor señal de la proximidad de Wenck. Del interior del búnker comenzaron a salir telegramas histéricos. «Espero el inmediato socorro de Berlín», telegrafiaba Hitler a Keitel. «¿Qué está haciendo el ejército de Heinrici? ¿Dónde está Wenck? ¿Qué ocurre con el Noveno

Ejército? ¿Cuándo se unirán Wenck y el Noveno Ejército?» [22] Durante todo el día los moradores del búnker estuvieron esperando noticias; como no llegaron se limitaron a repetir los rumores. ¿Cuál podía ser la explicación del fracaso de Wenck? Una explicación, la exacta, la verdadera, era que el ejército de Wenck, como fuerza efectiva de choque, había dejado de existir; pero las verdades no lograban abrirse paso por entre los diversos ruidos que llenaban la atmósfera del búnker. Allí solo se admitía una explicación. Cualquiera que fuese el problema, la respuesta era siempre la misma: traición. A medida que avanzaba el día esta explicación parecía más y más evidente. Las comunicaciones con el mundo exterior se hacían más difíciles; únicamente el radioteléfono del mando general combinado servía para canalizar la información, pero ¿se podía ahora confiar ni siquiera en Keitel? A las ocho de la noche, Bormann envió un telegrama que nos demuestra claramente el ambiente que prevalecía en el búnker. Fue enviado al almirante Von Puttkamer en Múnich, para ser reexpedido a Dönitz. Decía: «En lugar de urgir y apremiar a las tropas para que corran en nuestro socorro, los hombres de responsabilidad y mando permanecen en silencio. La traición ha reemplazado a la lealtad. Nosotros seguimos aquí. La cancillería está ya en ruinas». Unas horas más tarde llegaron al búnker noticias auténticas del mundo exterior. Fueron traídas del Ministerio de Propaganda por el oficial del servicio de prensa cuyo deber consistía en traer al Führer las noticias del extranjero que tuvieran verdadera importancia. El oficial era Heinz Lorenz y las noticias que trajo fueron las de las negociaciones de Himmler con el conde Bernadotte. Había sido una filtración de la prensa extranjera.

6

«Et tu Brute»

Desde que salió de Lübeck, tras su entrevista con Bernadotte, Himmler no había vuelto a pensar en sus conspiraciones, o mejor dicho en las complicadas conspiraciones de Schellenberg; lo dejó todo en manos de Schellenberg, que durante los tres días siguientes esperó inquieto en Flensburgo y Dinamarca, con su delicada antena tendida en dirección a Estocolmo, presta en todo momento a captar los primeros ecos del triunfo. El 27 de abril, Bernadotte regresó trayendo consigo las noticias que cualquier hombre inteligente, excepto un jefe nazi, hubiera podido dar anticipadamente por descontadas: que ni Himmler ni una rendición limitada y condicionada eran aceptables para las potencias occidentales. Con un profundo abatimiento recibió Schellenberg este, para él inesperado, fracaso. Durante tanto tiempo había admirado su propia astucia, el virtuosismo de su diplomacia y confiado de tal manera en sus amistades suecas, que nunca se le ocurrió pensar que podría fracasar. Había comprometido en la empresa no solo su propia reputación, sino también la de su jefe. ¿Cómo podría ahora enfrentarse con Himmler a quien de una manera tan insistente, y (como ahora parecía) tan equivocada, había empujado a una postura falsa e indefendible? Se sintió aliviado cuando Bernadotte se ofreció a acompañarlo en su visita al Reichsführer para darle cuenta de lo sucedido; pero al telefonear a su despacho y explicar al secretario, Rudolf Brandt, que el resultado había sido negativo y que el conde Bernadotte deseaba ver a Himmler, la respuesta fue una rotunda negativa. El Reichsführer ya había visto bastante al conde Bernadotte y no tenía el menor interés en volver a verlo.

Temblando de miedo, Schellenberg dio una serie de excusas diplomáticas a Bernadotte, y luego marchó solo a enfrentarse a su jefe. Por el camino reflexionó acerca de la forma en que posiblemente sería recibido, y sus pensamientos nada tenían de agradables. Pero una vez más, y

repentinamente, se le ocurrió una solución salvadora. «Como yo sabía —escribe— que mi posición con Himmler era ahora verdaderamente difícil, y que en ciertas circunstancias nada tendría de sorprendente que se pensara en liquidarme, cruzó por mi mente la idea de enviar a buscar a un astrólogo de Hamburgo, conocido de Himmler, para que viniera conmigo, a fin de que una sesión astrológica distrajera un poco la atención de Himmler, que debía de estar furioso, especialmente porque sabía que el Reichsführer tenía un elevado concepto de dicho individuo.» [1] Con tales procedimientos los políticos destacados del Tercer Reich procuraban suavizar sus mutuas relaciones. Es agradable consignar que cuando Schellenberg se enfrentó con Himmler en las primeras horas del día 29 de abril, no fue liquidado, aunque su situación había empeorado bastante, ya que se había hecho pública la noticia de las negociaciones. Himmler estaba, no sin razón, irritado, y expresó su amarga contrariedad. Veía que todo el asunto no podía tener más que consecuencias desagradables; temía incluso que fuera publicada la carta enviada al ministro de Asuntos Exteriores sueco; habló de las repercusiones que pudiera tener en sus relaciones personales con Hitler, y culpó a Schellenberg, como responsable directo, de todo lo sucedido. «Sin embargo —escribe satisfecho de sí mismo Schellenberg—, conseguí aplacarlo con ayuda del astrólogo, y hasta me atreví a hacer proposiciones con respecto a una solución de alcance más limitado, con tan convincentes argumentos que Himmler me pidió una hora para meditar el tema.» Al cabo, Himmler dio su consentimiento para llegar a esa solución de carácter más limitado, la cual comprendía el cese de las hostilidades en Noruega y Dinamarca, y dio instrucciones a Schellenberg para tratar en este sentido. Lo hizo con entera seguridad, porque seguía sintiendo plena confianza con respecto al futuro. Hitler tardaba mucho tiempo en morir, pero el fin no podía tardar mucho ya; entonces, como nuevo Führer, Himmler tendría la autoridad necesaria para tomar todas las determinaciones precisas.

Durante todo aquel tiempo no se le ocurrió pensar a Himmler que hubiese la menor duda acerca de sus derechos de sucesión al trono de Hitler. Era Reichsführer; tenía un ejército privado; sus numerosos cargos, su largo historial, su indiscutible lealtad, todo parecía apoyar sus aspiraciones. Y una de las razones por las que nunca conspiró para conquistar el poder, estribaba precisamente en la seguridad de que ese poder vendría cualquier día y de una manera automática a sus manos. Incluso tenía un programa preparado para tal momento, aunque no trazado por él, naturalmente, ya que

tal cosa estaba fuera de los estrechos alcances de su inteligencia. Proyectaba la creación de un nuevo partido, para el cual Schellenberg le había sugerido el título adecuado: el Nationale Sammlungspartei (Partido de Unión Nacional), y la sombra de un gobierno integrado por altos jefes de policía y otros que, como Schellenberg, abrigaban la ilusión de que un gabinete presidido por Himmler podría sobrevivir y permitirles sobrevivir a ellos bajo la protección de las fuerzas aliadas victoriosas en la guerra. [2] Entre estos optimistas hemos de incluir al asesino Ohlendorf y al estúpido Schwerin von Krosigk; ni el historial del uno ni la inteligencia del otro fueron considerados incompatibles con los cargos ministeriales bajo la dirección del supremo chiflado y primer criminal de todo el sistema nazi.

Tales ilusiones pueden parecernos incomprensibles; pero no eran tan solo subordinados de Himmler quienes las mantenían. Casi todos los nazis admitían que Himmler era el sucesor lógico de Hitler, una vez caído en desgracia Goering. El mismo día en que se hicieron públicas sus negociaciones con Bernadotte, Himmler contó a uno de sus seguidores (Ohlendorf) cómo ejercería la nueva autoridad, añadiendo que había hablado con Dönitz, y que este, que lo consideraba como el futuro Führer, estaba dispuesto a trabajar bajo sus órdenes. El mismo día, Schwerin von Krosigk discutió el asunto con dos ayudantes de Dönitz. Dado que Goering y Hess habían sido excluidos de la sucesión, convinieron en que había tres posibilidades. O Hitler no quería introducir modificaciones en su «testamento», [3] en cuyo caso solo Himmler se encontraba en condiciones de recoger la herencia, o Hitler alteraba su testamento, en cuyo caso indudablemente designaría a Himmler como sucesor, o dejaría la solución al arbitrio de las circunstancias que siguieran a su muerte, y los opinantes reconocían que tampoco en este caso habría otro candidato posible que el propio Himmler. Incluso dos días más tarde, según declaraciones de Von Krosigk, cuando las negociaciones de Himmler eran conocidas en el mundo entero, Speer y otros estuvieron discutiendo solemnemente idéntico problema y llegaron a la conclusión de que no había otra salida posible que Himmler.

Pero, como muchos en aquellos días, todos ellos olvidaban que Hitler no había muerto aún. Cercado en la destruida capital del Reich, encerrado a quince metros bajo tierra, desprovisto de los medios ordinarios de comunicación, mental y físicamente acabado, sin poder para mandar, razón para persuadir o máquina coercitiva para ejecutar, Hitler seguía siendo, en

el caos universal provocado por él, único señor cuyas órdenes eran obedecidas sin discusión. Goering, prisionero ahora en Mautendorf, bajo una fuerte guardia de las SS, tenía tiempo para meditar sobre los peligros de pretender anticiparse a recibir una herencia que debía ser suya. Himmler aprendería pronto la misma amarga lección. El poder del Führer tenía caracteres mágicos y nadie podía pretender poner sus manos en él, hasta que Hitler estuviese verdaderamente muerto.

Volvamos ahora nuestra atención al refugio subterráneo, adonde Lorenz acababa de llevar desde el Ministerio de Propaganda el informe de la agencia británica Reuter acerca de las negociaciones de Himmler con el conde Bernadotte. En el búnker, Lorenz halló sentados juntos a Bormann, Goebbels y Hewel, y les dio una copia del texto. Le dijeron que Hitler estaba conferenciando con Ritter von Greim. Lorenz dio entonces una segunda copia a Heinz Linge, criado personal de Hitler, para que se la entregase a este.

La escena que siguió a la entrega de aquella nota ha sido descrita de distinta manera por los diversos testigos, de acuerdo con las oportunidades de conocimiento directo que tuvieron y sus recursos de vocabulario. Todos coinciden en que fue algo terrible. Hitler se sintió acometido por la más violenta indignación. Era el último, el más cruel de todos los golpes que le asestaba el destino: *der treuer Heinrich* (el fiel Heinrich) lo había traicionado también; el único jefe nazi cuya lealtad estuvo siempre por encima de toda sospecha, lo apuñalaba por la espalda. A medida que las noticias se extendieron por el búnker, el complaciente coro se hizo eco de la voz de su señor, y hombres y mujeres compitieron en sus denuestos contra el traidor. Luego Hitler se retiró con Bormann y Goebbels a su cuarto, cerraron las puertas y la conferencia empezó.

Lo que ocurrió o fue decidido en el transcurso de dicha conferencia, probablemente nunca llegaremos a saberlo de una manera concreta y detallada. Todos los participantes han muerto o desaparecido, y aunque Krebs y Burgdorf pudieron ser llamados y consultados durante la misma, han desaparecido también. Pero a partir de aquel instante los acontecimiento del búnker adquieren un nuevo ritmo; el período de espera por la llegada de Wenck fue seguido por unas horas de acción intensa comparables a la crisis del 22 de abril; comenzaba la última fase de la tragicomedia.

No se puede negar que la traición de Himmler fue para Hitler la señal de que llegaba el final. Siempre había vacilado antes de tomar una decisión; dudaba y dejaba pasar las horas, y con sus dudas sembraba la perplejidad entre quienes lo rodeaban impacientes; luego, cuando adoptaba una determinación, la mantenía irrevocablemente. Dudó durante dos días antes de resolver si debería o no quedarse en Berlín, y una vez adoptada su resolución la mantuvo contra consejos, protestas y ruegos. Después había dudado durante toda una semana antes de decidir cómo terminar con todo; ahora estaba dispuesto a tomar una decisión. En la noche del 28 al 29 de abril despojó a Himmler de todos sus pretendidos derechos a la sucesión, escribió su testamento y se casó con Eva Braun.

Primero envió en busca de Fegelein. Tan pronto como la increíble noticia de la traición de Himmler llegó a sus oídos, muchos problemas que se le antojaban inexplicables dejaron de serlo. Ahora comprendía por qué había fracasado el ataque de Steiner del 21 de abril: Himmler tenía interés en que no tuviera éxito, y había ordenado a Steiner que no se moviera. Comprendía, también, por qué Fegelein había huido del búnker: formaba parte de un complot tramado por las SS. Fegelein fue detenidamente interrogado, al parecer por el Gruppenführer Müller, jefe de la Gestapo. [4] Se dice que admitió que tenía conocimiento de las entrevistas de Himmler con el conde Bernadotte. Esto puede ser cierto, ya que las reuniones de Himmler con Bernadotte no fueron más secretas que las celebradas por Kaltenbrunner o Ribbentrop. Sin embargo, cualesquiera que sean las cosas que pueda haber sabido y confesado, es difícil que reconociera (como mentes calenturientas han afirmado después) su participación en un complot de Himmler para asesinar a Hitler, porque tal complot no existió jamás. Aunque algunos altos jefes de las SS habían pensado en ello, [5] Himmler, como hemos visto, no participó en sus proyectos; solo la crédula imaginación de Schellenberg pudo hacerle suponer cosa distinta. Y aunque Steiner mismo era partidario de entablar negociaciones de paz con los anglosajones, el fracaso de su ataque no precisa de explicaciones políticas, y, desde luego, no se debió a Himmler, que creía en su necesidad. Sin embargo, no era justicia lo que Hitler necesitaba, sino venganza. Declaró a Axmann que la defección de Himmler era el peor acto de traición que jamás se había conocido, que la tentativa de fuga de Fegelein ya era en sí misma un crimen, y deseaba que corriera la sangre. El doctor Brandt se le había

escapado de entre las garras en el último minuto; Fegelein no se le escaparía. Después de su interrogatorio, Fegelein fue sacado del búnker por guardias de la escolta, conducido al jardín de la cancillería y fusilado.

Aliviado por este derramamiento de sangre, Hitler volvió a considerar la situación militar. Se señalaba ahora la presencia de tanques rusos en la Potsdamer Platz, y Greim recibió orden de que todos los aviones disponibles fuesen lanzados al ataque sobre ellos. Greim dio sus instrucciones por teléfono al general Christian; una dirección más personal pronto sería posible. Porque el día 28 de abril, tras cerca de tres días de encierro en el búnker y contra todas las esperanzas, un aeroplano había logrado llegar a Berlín para recoger al nuevo comandante en jefe de la Luftwaffe y llevarlo a su cuartel general de operaciones. Era un Arado 96, y el sargento piloto que lo condujo desde Rechlin había bajado desde una altura de cuatro mil metros para tomar tierra en la avenida Este-Oeste.

Poco después de medianoche, Hitler acudió a la habitación de Greim para darle las últimas instrucciones. Estaba muy pálido, con el rostro casi blanco, y sentándose en el borde de la cama explicó a Greim la doble naturaleza de su misión. Primeramente, había de organizar un ataque de la Luftwaffe contra las posiciones desde donde los rusos podían lanzarse al asalto de la cancillería. Con ayuda de la Luftwaffe, todavía era posible que Wenck forzara el sitio de Berlín. En segundo lugar, debía ordenar la detención del traidor Himmler. Al mencionar este nombre, la voz de Hitler se endureció y le temblaron las manos. Gritó: «Un traidor no puede sucederme como Führer. Usted tiene que garantizarme que eso no sucederá».

Tanto Greim como Reitsch protestaron; querían continuar allí; entendían que el intento de salir era totalmente inútil; no podrían llegar a Rechlin... Pero Hitler insistió en que debían marcharse. Constituían la única posibilidad de éxito para sus nuevos planes. Greim se ablandó ante esta afirmación, pero Hanna Reitsch siguió lanzando bravatas y abandonó el búnker en el mismo estado de ánimo que había llegado a él. Llevaba consigo una serie de cartas precipitadamente escritas por los moradores del refugio: cartas oficiales de Hewel al Ministerio de Asuntos Exteriores, instalado ahora en Schloss Fuschl, cerca de Salzburgo, y de Bormann a la cancillería del partido en Obersalzberg, aparte de algunas particulares de Goebbels y su mujer al hijo de esta, y de Eva Braun a su hermana Frau Fegelein. La carta de Goebbels a su hijastro contenía algunas frases sonoras

acerca de su ejemplar devoción por la causa santa y noble del Führer. La de Eva Braun no llegó a su destino. Hanna Reitsch afirma que era «tan vulgar, tan pobre y al mismo tiempo tan teatral», que su conservación solo hubiera servido para perjudicar la memoria de quien la había escrito, y la rompió. En dicha carta, demasiado retórica al parecer, es digno de señalar (si la referencia que Hanna Reitsch dio del texto es exacta) que no se hacía la menor referencia a la salud del marido de Frau Fegelein, cuyo cuerpo estaba siendo enterrado en el jardín de la cancillería, en el momento en que escribía su cuñada.

Cuando Greim salió del búnker llevaba consigo cierto consuelo para su atormentado espíritu. Durante muchos meses, Hitler había tronado contra la incompetencia y cobardía de los altos mandos de la Luftwaffe, insultando a sus oficiales, exigiendo imposibles y amenazando a todo el mundo con las más salvajes venganzas. Pero ahora que Goering había cesado en su puesto, su resentimiento parecía haberse evaporado. Hablando con Greim se expresó en términos elogiosos para la Luftwaffe; afirmó que desde el principio al fin había demostrado ser la mejor de todas las armas. Hasta sus enemigos reconocían que todos sus miembros, incluso el personal de tierra, luchaban con excepcional bravura. De su inferioridad técnica, dijo con gran énfasis, había que culpar a otros. Incluso en el transcurso de esta *amende honorable* tuvo un recuerdo para el pobre general Koller, que tantas veces se retorció desesperado las manos bajo el torrente de rayos y centellas, lanzado con frecuencia durante los últimos meses contra el pararrayos del jefe del estado mayor de la Luftwaffe. [6]

La historia posterior de Greim y Reitsch puede ser descrita con brevedad: salieron de Berlín, como habían entrado, en medio de terribles escenas de destrucción y graves peligros que no pierden nada de su intensidad dramática a través del relato de Hanna Reitsch. Las explosiones agitaban el avión como si fuera una pluma llevada por el viento hasta que subieron a una altura de seis mil metros y, mirando hacia abajo, podían ver Berlín convertido en un mar de llamas. Una vez en Rechlin, Greim dio órdenes enérgicas para que todos los aeroplanos en condiciones de prestar servicio apoyaran las operaciones de socorro de Berlín. Desde allí marcharon a Ploen, donde se encontraba el cuartel general de Dönitz. De su estancia en Ploen tenemos un relato gráfico, pero quizá poco exacto, de una entrevista entre Hanna Reitsch y Himmler, durante la cual las sinceras acusaciones de la heroína de la escena se estrellaron contra la frialdad

inexpresiva del villano de la obra, hasta que una dramática incursión aérea puso punto final a la conversación. Después de pasar unos días en Ploen, Greim y Reitsch, el héroe herido y la abnegada heroína, reanudaron sus vuelos, marchando a Koeniggraetz, Graz y Zell-am-See con patrióticos mensajes para Schoerner y Kesselring. En Zell-am-See se encontraron al perseverante general Koller, y de su pluma, más pedestre pero más exacta, tenemos una última impresión del aspecto que ofrecía esta curiosa pareja: Greim, convertido en una ruina física, con la piel amarillenta, cojeaba apoyado en dos muletas; Reitsch lloraba y hablaba con gestos grandilocuentes, y los dos cantaban su aburrido dúo, lanzando feroces acusaciones contra Goering o entonando su letanía sobre las virtudes del Führer y de la Patria. «En tales circunstancias —escribe, quejoso, Koller—, resultaba imposible hablar de asuntos prácticos y concretos.»

Tras la partida de Ritter von Greim, [7] Hitler volvió su atención hacia un nuevo asunto: el matrimonio con Eva Braun. Para esta ceremonia simbólica, Goebbels había traído al búnker a un tal Walter Wagner, un inspector municipal que trabajaba a las órdenes del Gauleiter de Berlín y que dada su categoría de oficial de la administración de la ciudad, fue considerado la persona adecuada para oficiar en la ceremonia del matrimonio civil. Apareció en el refugio, donde era desconocido para todos, excepto para Goebbels, vistiendo el uniforme del partido nazi con brazalete del *Volkssturm* . La ceremonia se efectuó en el pequeño salón de conferencias o sala de los mapas, en la parte privada del búnker. [8] Además de Hitler, Eva Braun y Walter Wagner, estuvieron presentes, como testigos, Goebbels y Bormann. Las formalidades duraron poco tiempo. Los dos contrayentes declararon que eran arios puros y que no padecían ninguna enfermedad hereditaria. Teniendo en cuenta la situación militar y otras extraordinarias circunstancias, deseaban celebrar una boda de guerra, de palabra, y sin ningún aplazamiento. En pocos minutos las dos partes dieron su consentimiento, se firmó el certificado y terminó la ceremonia. Cuando la novia tuvo que estampar su nombre, comenzó a escribir «Eva Braun», pero se detuvo antes de completarlo. Borrando la B inicial, puso «Eva Hitler, *née* Braun». Concluido el acto, los novios y el acompañamiento salieron al pasillo de las conferencias. Allí les aguardaban unos pocos generales y secretarias. Dieron la mano a todos y se retiraron a sus habitaciones privadas para un desayuno de bodas. Poco después, Bormann, Goebbels, su mujer y las dos secretarias de Hitler, Frau Christian y Frau

Junge, fueron invitados a entrar. Allí permanecieron sentados durante varias horas, bebiendo champaña y charlando. Se habló de los viejos tiempos y de los antiguos camaradas, de la boda de Goebbels, de la que fue testigo Hitler en días más felices; ahora había cambiado la postura de ambos y la suerte había cambiado también. Hitler habló nuevamente de sus proyectos de suicidio. Dijo que el nacionalsocialismo había muerto y que no resucitaría; la muerte sería un alivio para él, cuando sus mejores amigos lo abandonaban o traicionaban. Una atmósfera enrarecida y lúgubre parecía envolver al grupo, y una de las secretarias abandonó la estancia. Hubo muchas idas y venidas, porque la reunión se prolongó bastante, y había otros asuntos que atender. Durante algunos ratos Krebs, Burgdorf y Von Below formaron parte del grupo, así como Guensche, el ayudante de las SS y Fräulein Manzialy, la cocinera vegetariana. Hitler y su secretaria Frau Junge se retiraron a una habitación inmediata, a la que de vez en cuando eran llamados algunos de los que participaban en la fiesta. El Führer estaba dictando su testamento. [9]

Así, después de muchos años de incertidumbre, se definía claramente la posición de Eva Braun. La confusa ambigüedad de su estado legal desaparecía al fin. Y, según el relato de Karnau, cuando un servidor, al día siguiente, en un momento crítico se dirigió a ella llamándola *Gnädiges Fräulein* , Eva Braun respondió: «Debe llamarme Frau Hitler».

Las razones que impulsaron a Hitler a esta ceremonia tardía no nos son conocidas; pero podemos imaginárnoslas sin grave riesgo de error. Eva Braun deseaba casarse. Se sentía molesta por su nada clara situación, y habría recibido con entusiasmo cualquier determinación que en dicho sentido hubiera podido insinuar el Führer. Pero Hitler no parecía dispuesto a complacerla. Posiblemente no deseaba mostrar a los ojos de sus fanáticos el aspecto humano que implicaba que a su lado hubiera una esposa o una amante. No deseaba su presencia en el acto final de su vida, y cuando Eva llegó a Berlín por última vez el 15 de abril, trató, sin conseguirlo, de convencerla para que se fuera. Pero como se quedó, merecía una recompensa. Su lealtad apoyaba y reforzaba sus derechos. Hitler había dicho que solo ella le sería fiel hasta el final y su intuición no lo engañó en esto. A medida que los demás lo abandonaban, se daba más cuenta de la devoción que le guardaba aquella mujer. Según declaraciones de Von Below, hablando con sus ayudantes, Hitler puso de relieve el contraste entre su fidelidad y la vergonzosa traición de Goering y Himmler en quienes

había confiado. La lealtad merecía una demostración de reconocimiento, y no había duda posible acerca de la demostración que Eva Braun esperaba y deseaba: el matrimonio que la diferenciase de todas las demás mujeres de la corte y que la hiciera digna de participar en el honor de la muerte ritual del Führer.

Mientras tanto, en los intervalos de la fiesta que siguió a la boda, Hitler se preocupaba por los asuntos que quería dejar resueltos aquella misma agitada noche. Se retiró a una habitación inmediata con su secretaria Frau Junge para dictarle dos documentos: su última voluntad, y su testamento político, que había de ser su apelación a la posteridad, y sentaba las bases para el nacimiento del mito nazi.

Puesto que este era su claro propósito, dichos documentos tienen un extraordinario interés, porque en este último manifiesto del movimiento nazi, redactado en forma de altanera despedida al mundo y de mensaje para las generaciones venideras, no había más que los viejos latiguillos, la llamada negativa a la Revolución de la Destrucción, las protestas de su inocencia y las recriminaciones a los demás por el fracaso.

El testamento político consta de dos partes: la primera tiene un alcance general, la segunda se refiere a determinaciones concretas. «Es falso que ni yo ni nadie en Alemania desease la guerra en 1939. Fue deseada y provocada exclusivamente por los políticos internacionales que procedían del grupo judío o trabajaban en defensa de los intereses judíos. Después de todos mis ofrecimientos de desarme, la posteridad no puede en modo alguno echar sobre mí la responsabilidad de esta guerra...» Con estas palabras, la imaginación retrocede desde el testamento al *Mein Kampf* , desde el epitafio al programa inicial del partido nazi, de la negativa a aceptar las responsabilidades de la derrota a las promesas de una gloriosa victoria. Viene luego el grito de desesperación: «Después de una guerra de seis años, que será considerada algún día por la historia como la más heroica y gloriosa manifestación de la voluntad de vivir de un pueblo, no puedo abandonar la ciudad que es capital de esta nación. Como nuestras fuerzas son demasiado pequeñas para rechazar durante más tiempo los ataques del enemigo, y como nuestra resistencia va siendo gradualmente destrozada por un ejército de ciegos autómatas, yo deseo compartir el destino que millones de otros han aceptado y continúo aquí, en la ciudad. Pero no caeré en manos de un enemigo que necesita un nuevo espectáculo, exhibido por los judíos, para divertir a sus masas histéricas. He resuelto, por

tanto, continuar en Berlín y escoger voluntariamente la muerte en el instante en que crea que la residencia del Führer y Canciller no pueda seguir siendo defendida...». Después expresa su adiós a las fuerzas del partido nazi y su condena para aquellos a quienes culpaba del fracaso, añadiendo: «En el futuro será un punto de honor para los oficiales del ejército alemán, como ya lo es para los de la armada, que la rendición de territorios y ciudades es imposible y que, por encima de todo también, los jefes deben ser un brillante ejemplo de leal devoción a su deber hasta la misma muerte». En la primera guerra mundial, Hitler fue un soldado; cuando se produjo el fracaso, atacó a los políticos por haber traicionado a los soldados. En aquel tiempo ningún elogio le parecía desmesurado al hablar del estado mayor general: «La organización y dirección del ejército alemán es lo más admirable que el mundo ha conocido en ninguna época». En la segunda guerra mundial fue político; cuando llegó el desastre, atacaba a los militares por haber traicionado a los políticos, y a todos por traicionarlo a él.

Después de las generalidades, las concreciones. La segunda parte del testamento político, como la primera, está más llena de recriminaciones y negativas que de afirmaciones positivas. Comienza así: «Antes de mi muerte, expulso del partido al antiguo mariscal del Reich Hermann Goering y lo despojo de todos los derechos que le fueron otorgados por el decreto de 29 de julio de 1941 y por mi discurso ante el Reichstag de 1 de septiembre de 1939. En su lugar, designo al gran almirante Dönitz como presidente del Reich y comandante supremo de las fuerzas armadas».

Se ve aquí con claridad lo que se resolvió tras las cerradas puertas del búnker del Führer a poco de recibirse la noticia de la traición de Himmler. El problema de la sucesión quedó decidido al fin. Puesto que los políticos lo habían traicionado, y el ejército, y las SS, tenía que sucederle un marino. La armada no se había mostrado muy espectacular en sus operaciones, pero en todo momento demostró ser auténticamente nazi. «En el futuro será un punto de honor para los oficiales del ejército, *como ya lo es para los de la armada* ...» En esta frase, Hitler había encontrado solución a un problema que durante tanto tiempo pareció irresoluble.

El siguiente párrafo está de perfecto acuerdo con el precedente. Se refiere al otro architraidor. «Antes de mi muerte, expulso del partido y de todos sus cargos al antiguo Reichsführer SS y ministro del Interior del

Reich Heinrich Himmler. Asimismo nombro al Gauleiter Karl Hanke Reichsführer SS y jefe de la policía alemana, y al Gauleiter Paul Giesler, ministro del Interior del Reich.»

«Goering y Himmler, por sus negociaciones secretas con el enemigo, sin mi conocimiento ni aprobación, y por sus ilegales atentados para usurpar el poder del Estado, aparte de sus traiciones a mi persona, han arrojado una vergüenza indeleble sobre el país y el pueblo de Alemania.»

Una vez destituidos los traidores y nombrado su propio sucesor y los que habían de ocupar el puesto de los expulsados, Hitler les dicta el gobierno que tendrán que aceptar: «A fin de que el pueblo alemán pueda tener un gobierno de hombres honrados que continúen la guerra por todos los procedimientos», y así usurpa el privilegio de su sucesor y señala los nombres de las diecinueve personas que han de ocupar los cargos ministeriales. Aparte de Dönitz, que ha de ser presidente del Reich, comandante supremo de las Fuerzas Armadas, ministro de la Guerra y comandante en jefe de la Armada, los nombramientos más interesantes son los de Goebbels como canciller del Reich, Bormann como canciller del partido, y Seyss-Inquart, el Quisling austríaco, opresor de Holanda, como ministro de Asuntos Exteriores. Ribbentrop, el segundo Bismarck, se veía al fin expulsado del puesto que con tan poco éxito había ocupado. Otro que aparece silenciosamente omitido es Albert Speer. Era sustituido en el Ministerio de Armamentos por su subordinado Saur. Al final se concedía cierto favor al errante benjamín de la corte: se guardaba silencio sobre sus transgresiones y no se lo desplazaba con ira, sino con dolor. El mariscal de campo Schoerner, de cuyo grupo de ejércitos todavía intacto dependía la defensa de Bohemia, era nombrado comandante en jefe del ejército. En el cambio general producido, un nombre permanecía inmutable: el del ministro de Finanzas, conde Schwerin von Krosigk. En la gran crisis de su época podía repetir la frase del abate Sieyès: *J'ai survécu* .

A este nuevo gobierno impuesto por su testamento, Hitler dictaba sus órdenes. Aunque algunos de sus ministros, como Bormann y Goebbels, habían ido a Berlín por su propia voluntad y no querían abandonar la capital sino caer en ella con su Führer, Hitler señalaba que debían obedecer sus instrucciones y seguir viviendo para llevar adelante la administración nazi, la guerra nazi y el mito nazi. Finalmente (así termina tan extraño

documento) debían «por encima de todo, mantener las leyes raciales en toda su severidad y oponerse sin compasión a la envenenadora de todas las conciencias nacionales, a la judería internacional».

jeden einzelnen verpflichtet, immer dem gemeinsamen Interesse zu dienen und seine eigenen Vorteile demgegenüber zurückzustellen. Von allen Deutschen, allen Nationalsozialisten, Männern und Frauen und allen Soldaten der Wehrmacht verlange ich, daß sie der neuen Regierung und ihrem Präsidenten treu und gehorsam sein werden bis in den Tod.

Vor allem verpflichte ich die Führung der Nation und die Gefolgschaft zur peinlichen Einhaltung der Rassegesetze und zum unbarmherzigen Widerstand gegen den Weltvergifter aller Völker, das internationale Judentum.

Gegeben zu Berlin, den 29. April 1945. 4.00 Uhr.

Als Zeugen:

Dr. Joseph Goebbels

Wilhelm Burgdorf

Martin Bormann

Hans Krebs.

Última página del testamento político de Hitler, con su firma. Véanse abajo las firmas de cuatro testigos: el doctor Goebbels, Martin Bormann, Wilhelm Burgdorf y Hans Krebs

El testamento personal de Hitler era un documento más breve y menos grandilocuente; no es el testamento del genio revolucionario, del ángel de la destrucción, sino del pequeño burgués austríaco, del coleccionista de cuadros de Obersalzberg, del marido de Eva Braun. Explicaba su matrimonio, disponía de sus propiedades y anunciaba su próxima muerte.

> Aunque durante los años de lucha creí que no podría aceptar la responsabilidad del matrimonio, ahora, antes del fin de mi vida, he decidido tomar por esposa a la mujer que, después de muchos años de sincera amistad, vino a esta ciudad, ya casi sitiada, por su propia y espontánea voluntad para compartir mi destino. Morirá conmigo, por expreso deseo suyo, como mi mujer. Esto nos compensará a ambos de todo lo que perdimos durante los años de mi trabajo al servicio de mi pueblo.
>
> Mis posesiones, en cuanto valgan algo, pertenecen al partido, y si este no existiera, al Estado. Si el Estado también queda destrozado, en ese caso no son precisas instrucciones de ninguna clase.
>
> Los cuadros comprados por mí en el transcurso de los años nunca fueron reunidos con fines privados, sino con el propósito de instalar un museo de pinturas en mi ciudad natal de Linz, sobre el Danubio. Es mi más fervoroso deseo que este testimonio sea cumplido en todas sus partes.
>
> Como ejecutor testamentario señalo a mi más leal camarada de partido, Martin Bormann. Le otorgo plena autoridad para tomar toda clase de determinaciones. Queda autorizado para entregar a mis parientes y servidores lo que puedan ser considerados como recuerdos personales o, si es necesario, lo preciso para sostener un nivel de vida pequeño burgués, [10] especialmente a la madre de mi mujer y a los fieles servidores de uno y otro sexo que él conoce perfectamente. Entre ellos se encuentran mis anteriores secretarias Frau Winter, etc., quienes me ayudaron durante muchos años con su trabajo.
>
> Mi mujer y yo hemos decidido morir para escapar a la vergüenza de la derrota o la capitulación. Es nuestro deseo que nuestros cuerpos sean quemados inmediatamente en el sitio en que he realizado la mayor parte de mi trabajo diario en el transcurso de estos doce años de constantes servicios a mi pueblo. [11]

A las cuatro de la madrugada ambos testamentos estaban listos para la firma. Se hicieron tres copias, porque no era nada seguro su envío, y tan importantes documentos no debían perderse para la posteridad. Después de que Hitler los hubo firmado, el testamento político fue atestiguado por Goebbels, Bormann, Krebs y Burgdorf. El testamento personal fue firmado también por Goebbels, Bormann y el coronel Nicolaus von Below, llamado para tal objeto como miembro de su entorno personal durante los últimos ocho años.

Después de la firma, Hitler se retiró a descansar. Pero para Bormann y Goebbels todavía quedaba trabajo que hacer. Ambos habían asistido al cónclave secreto celebrado después del anuncio de la traición de Himmler,

y en el curso del cual suponemos fundadamente que fueron abordados y resueltos los problemas de la sucesión y sus derivados. Los dos, según Hitler, habían deseado y seguían deseando, permanecer y morir en Berlín. Ambos habían recibido órdenes de Hitler de seguir viviendo para continuar la administración nazi. Cada uno de ellos debía tomar una decisión: ¿cuál de las dos voces obedecer?

Martin Bormann era un hombre poco romántico. Ni estadista ni soldado, ni profeta ni apóstol, ni adalid, ni fanático, únicamente amaba una cosa: el poder. Y el poder que amaba no consistía en su apariencia externa, en sus adornos y honores, ni siquiera en sus recompensas materiales, sino en su realidad, en la firme seguridad de su ejercicio. Con Hitler, Bormann había gozado de esa seguridad; ahora que Hitler había decidido morir, ¿qué esperanzas tenía de continuar ejerciéndolo? No deseaba morir; siempre habló en favor de la marcha de Berlín y la supervivencia; pero si había de vivir, ¿cómo lograría retener en sus manos el poder que amaba? Personalmente podía considerarse un cero, cuyo valor dependía íntegramente de la unidad representada por su señor. Solo había dos posibilidades de supervivencia como la «eminencia parda» del nazismo. O triunfaba por sí mismo, resultando elegido para el cargo del nuevo Führer, o el designado tenía que ser una persona que necesitara utilizar sus indispensables servicios. No sabemos si Bormann abrigó esperanzas de ser nombrado sucesor, pero es bastante improbable. Sus dotes eran las de un secretario, no las de un estadista; las de un padre José, no las de un cardenal Richelieu, y Hitler, indudablemente, lo consideraba, como a Himmler, demasiado «poco artístico» para transformarse en Führer de Alemania. Mas si no había de ser el sucesor y sí únicamente el consejero del sucesor, entonces era preciso que ese sucesor fuera un hombre que no pudiera prescindir de sus servicios. Goering no hubiera sido este hombre, y Goering fue desplazado. Para asegurarse todavía más, Bormann tomó algunas precauciones adicionales. Envió a sus fieles servidores de Obersalzberg un telegrama acerca de cuyo significado no cabe la menor duda. [12] Decía: «La situación en Berlín es más tensa y difícil. Si Berlín y nosotros caemos, los traidores del 23 de abril deben ser exterminados. ¡Cumplid con vuestro deber! ¡Vuestra vida y honor dependen de ello!». El telegrama fue entregado al comandante de la fortaleza en la que Goering estaba encerrado, pero aquel se negó a reconocer la autoridad de Bormann, y Goering se salvó por el momento de la muerte.

Era igualmente seguro que Himmler no utilizaría nunca los consejos de Bormann; Himmler tenía ya demasiados amigos deseosos de ocupar el puesto de consejeros. Pero el peligro de que Himmler fuera designado quedó descartado por los acontecimientos de aquella accidentada y decisiva noche. El sucesor elegido fue Dönitz. Dönitz no era un político, sino un marino. También era nazi. No tenía experiencia política, pero era entusiasta de Hitler y de los ideales de Hitler. Necesitaría desde luego un buen consejero nazi, que comprendiera los misterios de la política y fuese competente en materias de gobierno y administración. No sabemos el consejo que Bormann dio acerca de la designación del sucesor, si realmente fue consultado; pero caben pocas dudas de que recibiera con agrado el nombramiento de Dönitz, y la orden de Hitler en su testamento de que no debía morir, sino continuar viviendo, abría nuevas perspectivas ante sus ojos. Bajo el mando de Dönitz, Bormann decidió que su deber consistía en obedecer; obedeciendo podía seguir conservando aquella autoridad sin la cual la vida carecería de toda dulzura para él.

Goebbels era un carácter totalmente distinto. Como intelectual del partido, la esencia y justificación de su vida no se hallaba en el poder que manejaba, ni en las recompensas materiales que de él pudieran derivarse, sino en el mito del que era profeta y que solo él podía expresar en forma lúcida e inteligente. Para él, sobrevivir significaba, no la supervivencia de su persona, sino del mito, y con su clara comprensión se había dado cuenta de que la conservación de la primera implicaría el aniquilamiento del segundo. Hitler mismo había comprendido esta importante verdad psicológica, resolviendo tomar aquel mismo camino que prohibía seguir a su profeta. Pero ¿por qué tenía que monopolizar Hitler de esta manera todas las virtudes del partido? Si, con su muerte, entraba en la historia como jefe indiscutible, ¿no habría un sitio, a su lado, para su fiel seguidor? Si el dios de la destrucción iba a inmolarse en su destruido cielo, ¿no podía hacer lo mismo el profeta de la destrucción, aunque su inmolación fuera menos magnificente, menos brillante conforme correspondía a su menor categoría? Sobrevivir en tales circunstancias sería una perfecta inconsecuencia.

En todos sus últimos actos, discursos y escritos, Goebbels nos ha dejado claras demostraciones de esta filosofía. Cuando Bormann le aconsejó marcharse, protestó indignado que su voluntad era quedarse. En los días finales las paredes del búnker retumbaron con su aburrida oratoria. Cojeando alrededor de su cuarto o agarrándose al respaldo de una silla

como si fuera la barandilla de una tribuna, había tronado contra la supervivencia del traidor Goering y glorificado, en nombre de los futuros historiadores, el grande y fecundo ejemplo que se derivaría de su propia muerte. [13] En la carta a su hijastro que Hanna Reitsch sacó del búnker, Goebbels expresaba la misma filosofía, escribiendo: «Alemania se repondrá de los estragos de esta terrible guerra, pero únicamente si tiene ejemplos que puedan guiarla en el camino de su reconstrucción». Al hablar de «reconstrucción» no aludía únicamente a la reconstrucción de la industria, de la independencia o de la grandeza de Alemania, sino a la del nazismo; y su afirmación, así interpretada, encierra una profunda verdad psicológica. Después de cualquier gran derrota hay siempre hombres que dicen que la necesidad más urgente es continuar la administración. Pueden aducir toda una serie de buenos argumentos en apoyo de sus puntos de vista, que en general convienen a los vencedores. Pero si no se trata simplemente de sobrevivir bajo un sistema diferente, sino de resucitar una ideología derrotada, la administración y sus cuidados son un punto de vista muy mezquino que conducirá al fracaso, como hubieron de comprobar a su pesar el mariscal Pétain y quienes lo apoyaban. La resurrección de un mito exige, no una continuidad, sino un gesto, aunque este gesto sea el suicidio.

Después de firmar como testigo los dos testamentos de Hitler, Goebbels se retiró a su habitación y allí redactó su apología personal en la forma de un «Apéndice al testamento político del Führer». En él escribió:

> El Führer me ha ordenado que si la defensa de la capital del Reich se hunde, abandone Berlín para formar parte como ministro de un gobierno designado por él.
>
> Por vez primera en mi vida, debo negarme categóricamente a obedecer una orden del Führer. Mi mujer y mis hijos se unen a mí en esta negativa. Si actuase de otra manera —aparte del hecho de que los sentimientos de humanidad y lealtad me prohíben abandonar al Führer en esta hora de su mayor necesidad—, aparecería a los ojos de todos durante el resto de mi vida como un deshonrado traidor y un vulgar canalla, y perdería todo respeto por mí mismo, así como el respeto de mis conciudadanos, el cual considero imprescindible para cualquier intento futuro de reconstruir Alemania.
>
> En el delirio de traición que rodea al Führer en estos días, los más críticos de la guerra, debe haber alguien por lo menos que lo siga incondicionalmente hasta la muerte, aunque esta actitud esté en contradicción con la forma, y (en un sentido material) plenamente justificada la orden dada por él en su testamento político.
>
> Al actuar así creo prestar el mejor servicio al porvenir del pueblo alemán. En los duros tiempos que se aproximan, los ejemplos serán mucho más importantes que los hombres. Siempre se pueden encontrar hombres capaces de conducir a la nación por el camino de la libertad; pero la reconstrucción de nuestra vida nacional sería imposible, a menos que pueda basarse sobre ejemplos claros y dignos.

Por esta razón, en unión de mi mujer y en nombre de mis hijos, que son demasiado jóvenes para poder opinar, pero que coincidirían sin reservas con esta determinación si fueran mayores, expreso mi voluntad inalterable de no dejar la capital del Reich, aunque caiga, sino por el contrario, siempre al lado del Führer, poner fin a una vida que no tendría valor en el futuro para mí, si no pudiera emplearla en el servicio del Führer y a su lado.

Eran las cinco y media de la mañana cuando el doctor Goebbels estampó su firma en este documento, el último en definitiva de sus famosas alocuciones a la nación alemana. Por lo menos, hemos de reconocer que al final no se vio abandonado por la psicológica agudeza de su cerebro ni por la claridad latina de sus medios de expresión.

Por todo esto la noche del 28 al 29 de abril, como la tarde del 22 de abril, fue un período de formidables decisiones. El día siguiente estuvo ocupado en la ejecución de las determinaciones adoptadas. La primera cuestión fue enviar el testamento de Hitler a sus sucesores. A las ocho de la mañana el general Burgdorf mandó llamar al comandante Willi Johannmeier, ayudante militar de Hitler, y le dijo que se le iba a confiar una importante misión. Tenía que sacar de Berlín una copia del testamento político del Führer, atravesar las líneas rusas y entregárselo al mariscal de campo Schoerner, recién nombrado comandante en jefe del ejército. Con él irían otros dos mensajeros, portadores de similares documentos, el Standartenführer de las SS Wilhelm Zander, consejero personal de Bormann, en representación de este, y Heinz Lorenz, el oficial del Ministerio de Propaganda que había traído al búnker las noticias de la traición de Himmler, como representante de Goebbels. Estos dos hombres recibieron por separado sus instrucciones. Como jefe de la Wehrmacht, como militar con una limpia historia de lucha y gran fama de valentía y de hombre de recursos, Johannmeier recibió el encargo de conducir al grupo en su dificultoso viaje a través de las líneas enemigas. Burgdorf entregó a Johannmeier una copia del testamento político de Hitler. Con él iba una carta de Burgdorf a Schoerner, escrita de su puño y letra que decía:

Querido Schoerner:

Adjunto le remito por mano de confianza el testamento de nuestro Führer, quien lo escribió hoy al recibir la noticia impresionante de la traición de Himmler. Marca una decisión inalterable. El testamento debe ser publicado tan pronto como el Führer lo ordene o inmediatamente que se confirme su muerte. Con mis mejores deseos, *Heil Hitler* .

Suyo

WILHELM BURGDORF

El comandante Johannmeier le entregará el testamento.

Por lo menos Schoerner comprendería, si recibía la carta, que Hitler, al igual que Julio César, había muerto con el *Et tu Brute* en los labios.

A la misma hora, Bormann llamaba a su consejero Wilhelm Zander y le daba instrucciones semejantes. Tenía que llevar una copia del testamento del Führer al almirante Dönitz. Zander se estremeció al oír el mandato. Era una hombre medianamente educado, estúpido pero honrado, que en los últimos días había considerado con filosófica meditación la historia de los doce años precedentes; había visto con una nueva perspectiva su participación personal en aquella historia y había llegado a una decisión. Era un idealista, como se decía a sí mismo, que hacía mucho tiempo se había unido al partido, sirviéndolo con entusiasmo aun abandonando su próspero negocio en Italia, sin buscar ganancias personales, sino inclinándose reverente ante el altar del nuevo dios, para darse cuenta al final, y demasiado tarde ya, adónde conducen a los fanáticos los idealismos exaltados. Cuando aparecían claramente ante sus ojos las verdaderas consecuencias, Zander sabía que ya no era posible dar media vuelta y retroceder. Era tarde para cualquier cambio. Había dedicado su vida al nazismo y ya no podría recobrarla. Y ahora, por una inversión de su anterior idealismo, solo aspiraba a una muerte silenciosa que pusiera fin a una vida malgastada, y le sirviera de expiación por las ilusiones cuya falsedad había tardado tantos años en comprender. Una semana antes, cuando el convoy de aviones y camiones habían trasladado a los fugitivos desde la cancillería del partido a Obersalzberg, Zander se negó a marchar con ellos. Estaba decidido a correr en Berlín la suerte del nazismo. Y en la víspera del gran acontecimiento final, se le ordenaba salir para continuar nuevamente, sin objetivo ni propósito, su medio malgastada existencia. Le explicó todo esto a Bormann y terminó pidiendo ser excusado de la misión. Bormann acudió a Hitler y le dio cuenta de la dificultad que se interponía entre sus planes. Al volver dijo a Zander que sus objeciones no habían sido tomadas en consideración. Tenía que ir; era una orden terminante del Führer. Le entregó los documentos que había de llevar: copias del testamento personal y político de Hitler y el certificado de su matrimonio con Eva Braun. Para entregar junto a dichos documentos, Bormann escribió una breve nota dirigida al almirante Dönitz, en la cual, como en todas sus últimas comunicaciones, expresaba su amargura por el fracaso del ejército de socorro. Decía:

Querido gran almirante:

Puesto que todas las divisiones han fracasado en sus tentativas de socorro, y nuestra situación parece desesperada, el Führer dictó anoche el adjunto testamento político. *Heil Hitler* . Suyo,

BORMANN

Mientras, Johannmeier había buscado a Lorenz para decirle que le esperaba una misión especial. Lorenz fue a desayunar a la parte del pasillo del búnker de Hitler que servía de comedor general; allí encontró a Zander que le dio un recado parecido, aconsejándole que fuese inmediatamente a hablar con Bormann o Goebbels. Lorenz se presentó a Goebbels quien le ordenó hablar con Bormann y luego volver a verlo a él. Bormann entregó a Lorenz copias de los testamentos personal y político. Al separarse del canciller del partido, Goebbels le entregó el «Apéndice» que había escrito. Lorenz tenía que guardar todos estos documentos y escapar al cuartel general de Dönitz o a cualquier punto del territorio dominado por los británicos o los norteamericanos. No debía entregárselos a nadie, sino llevarlos cuando le fuera posible a Múnich, la cuna del movimiento nazi, donde habían de ser conservados como documentos de la Edad Heroica. Pensando en la historia, Goebbels había adjuntado su propio manifiesto a los testamentos de Hitler; no eran los generales ni los políticos quienes le interesaban, sino la posteridad.

El resto de la mañana estuvo ocupado en febriles preparativos de viaje, y cerca ya del mediodía los tres hombres, Johannmeier, Lorenz y Zander, acompañados de un cabo llamado Hummerich, salieron del búnker. Formaban un grupo mal equipado y abastecido, y su aspecto denunciaba claramente la improvisación con que adoptaron las medidas precisas para su viaje. No llevaban ni alimentos, ni dinero, ni documentos personales; cada uno cogió lo que pudo encontrar como su *viaticum* . Lorenz se presentó a Hitler para despedirse, pero Hitler no le dijo una sola palabra, limitándose a estrecharle la mano en silencio. Zander no tuvo tiempo para decir adiós a Bormann y cuando telefoneó para hacerlo así, su jefe le respondió irritado preguntando por qué no había salido ya, y ordenándole ponerse en marcha sin más demoras. Sus trajes mostraban la misma disparidad: Johannmeier y Zander iban de uniforme, del ejército el primero y de las SS el segundo, en tanto que Lorenz llevaba traje de paisano. Abandonaron la cancillería, y a través de los garajes salieron a la Hermann Goering Strasse, desde donde siguieron su camino hacia el oeste por el Tiergatten y Charlottenburg hacia Pichelsdorf, en el extremo norte del lago Havel. Johannmeier y Hummerich iban en cabeza; Lorenz y Zander los seguían a unos pasos de distancia.

Durante el camino tenían que atravesar tres cercos rusos en torno al centro de la ciudad, el primero en las proximidades de la columna de la Victoria, el segundo en la estación del Zoo y el tercero delante de Pichelsdorf, donde un batallón de las Juventudes Hitlerianas defendía el puente en espera de la llegada del ejército de Wenck. Una vez allí el comandante del batallón los acomodó en su refugio y durmieron hasta el anochecer. A las diez de la noche, tras consultar al comandante del batallón, cogieron dos botes y se lanzaron sobre las aguas del lago en dirección al sur con rumbo a la cabeza de puente del Wannsee, mantenida por unidades del Noveno Ejército alemán. En la madrugada del 30 de abril desembarcaron separadamente, Johannmeier en la cabeza de puente del Wannsee, y Lorenz y Zander en la península Schwanenwerder. Permanecieron todo el día metidos en refugios subterráneos; al anochecer se reunieron y bogaron juntos hacia Pfaueninsel, una isla que se alza en medio del Havel. Desde la cabeza de puente del Wannsee, Johannmeier pudo enviar un mensaje por radio a Dönitz, informándole de su posición y rogándole el envío de un avión para recogerlos. En la Pfaueninsel, Johannmeier y Zander se hicieron con trajes civiles y abandonaron sus uniformes. Allí fueron alcanzados por otros tres hombres que habían salido, como ellos, de la asediada cancillería del Reich.

Porque en la mañana del 29 de abril, cuando los tres portadores del testamento de Hitler abandonaron el búnker, todas las comunicaciones telefónicas entre Berlín y el mundo exterior habían cesado; el globo que servía de base al radioteléfono del mando general combinado fue derribado, y la conversación entre Krebs y Jodl no pudo terminarse nunca. Los ayudantes de los generales de la corte ya no tenían función alguna que desempeñar. Comprendiéndolo así, tres de ellos, el comandante barón Freytag von Loringhoven, ayudante del general Krebs; su colaborador Gerhardt Boldt, y el teniente coronel Weiss, ayudante del general Burgdorf, decidieron escapar de la cancillería, si era posible, y unirse con el todavía esperado ejército de Wenck. Estudiaron sus mapas, acudieron a sus jefes, y estos les prometieron pedir a Hitler el correspondiente permiso.

A mediodía del 29 de abril se celebró en el búnker la acostumbrada conferencia. Asistieron Hitler, Bormann, Goebbels, Krebs, Burgdorf, Hewel, Voss, Von Below, Freytag von Loringhoven y Boldt. Krebs dio cuenta de las últimas noticias. Los rusos habían avanzado en Grunewald, en Charlottenburg y en la estación de ferrocarriles de Anhalter; se carecía de información de los demás frentes. Seguían sin noticias de Wenck. Las

municiones que se les arrojaron desde el aire por la noche eran insuficientes y ni siquiera todas habían podido ser halladas entre las informes ruinas de Berlín. Después de la conferencia, el general Burgdorf preguntó a Hitler si permitiría a los tres oficiales realizar un intento para unirse al ejército de Wenck. Hitler dio su conformidad y los oficiales recibieron sus instrucciones. Tenían que buscar al general Wenck y decirle que se diera prisa, porque la cancillería no tardaría mucho en caer. Por la tarde, Freytag von Loringhoven, Boldt y Weiss se despidieron de todos y salieron del refugio. Siguieron el mismo camino que sus predecesores, y con ayuda de un guía de las Juventudes Hitlerianas, llegaron al puente de Pichelsdorf en la madrugada del 30 de abril. Desde allí navegaron en una canoa plegable por el Havel hasta la Pfaueninsel, donde dieron alcance a los tres portadores del testamento. En el Reichssportfeld (el campo de deportes construido para la Olimpíada de 1936) habían sido alcanzados por otro nuevo fugitivo del búnker, el coronel Nicolaus von Below, ayudante de Hitler en representación de la Luftwaffe y última persona que abandonó el refugio antes de la muerte de Hitler.

El coronel Von Below se había movido durante ocho años en el entorno inmediato de Hitler y era ya uno de los miembros familiares, aunque de segunda importancia, de su corte. Gracias a su amistad personal con el Führer, fue invitado a participar en la recepción de bodas en la mañana del 29 de abril y a firmar como testigo el testamento personal de Hitler. Pero aunque había recibido de Hitler y a su propio requerimiento una cápsula de veneno, no tenía grandes deseos de participar en el acto final. Cuando, después de la conferencia de mediodía, oyó que el Führer aprobaba la marcha de Freytag von Loringhoven, Boldt y Weiss, pensó que también él era un ayudante que no tenía ya ninguna misión que realizar en la destruida y aislada cancillería del Reich. El ejemplo de los otros lo animó. Evidentemente no era obligatorio permanecer en el búnker. Krebs y Burgdorf afirmaban que se quedarían y morirían allí, pero habían dejado marchar a sus ayudantes; ¿no podía hacer lo mismo Hitler? A despecho de los votos colectivos de suicidio, atestiguados, o por lo menos relatados, por Hanna Reitsch, tres hombres habían salido del búnker aquella mañana, otros tres se disponían a partir, y tanto Hewel como Voss habían insinuado discretamente a Von Below que no veían razones que los impulsaran al suicidio, y que procurarían escapar si les era humanamente posible.

En la conferencia de las cuatro de la tarde, Krebs informó que la situación era igual que por la mañana, solo que algo peor. Entonces Von Below se acercó a Burgdorf para preguntarle si se le permitiría escapar del búnker. Burgdorf replicó que ese era un asunto que solo el Führer podía decidir. Von Below expuso sus deseos a Hitler, que enseguida dio su consentimiento. Parece que Hitler accedió a todo aquel día; su 29 de abril se parece mucho al 23 del mismo mes, fecha en que perdonó a Speer. Los dos fueron días de calma después de una crisis tormentosa. Pero Hitler tenía otra razón para autorizar a Von Below a salir del búnker. Deseaba enviar un nuevo documento fuera de Berlín, como una postdata a su testamento. Dijo a Von Below que tenía que intentar llegar a los cuarteles generales del mando general combinado, que se encontraban ahora en Ploen, en el Schleswig-Holstein, y entregar una carta al mariscal de campo Keitel. Tenía que estar dispuesto a partir después de la conferencia de la noche.

La conferencia comenzó a las diez de la noche. Asistieron a ella Hitler, Goebbels, Bormann, Krebs, Burgdorf, Hewel, Voss, Von Below y el general Weidling, comandante de la ciudad. El general Weidling describió la situación militar de Berlín que, conforme cabía esperar, seguía empeorando. Los rusos habían avanzado por la Saarlandstrasse y la Wilhelmstrasse hasta cerca del Ministerio del Aire. Desde el norte de la ciudad habían penetrado en las calles comprendidas entre la Bismarckstrasse y la Kantstrasse, y desde el sur hasta el suburbio del Grunewald y el Reichssportfeld; únicamente una pequeña fuerza alemana seguía manteniendo la cabeza de puente sobre el Havel en Pichelsdorf (las unidades de las Juventudes Hitlerianas, que había permitido seguir adelante a los dos grupos de fugitivos). En los demás frentes, Weidling señalaba más éxitos de los rusos; su avance era general. Los rusos llegarían a la cancillería el 1 de mayo lo más tarde. Weidling afirmaba que todavía quedaba una última oportunidad para concentrar todas las tropas de Berlín, romper en un punto el cerco ruso y escapar. Hitler replicó que este plan era irrealizable. La retirada era posible tan solo para fugitivos aislados; para grandes unidades militares, con hombres agotados, mal armados y casi sin municiones, cualquier intento conduciría a un desastre. Con estas manifestaciones se cerró la discusión. Como siempre, Hitler dijo la palabra final.

Después de la conferencia, Von Below llamó a su asistente, Heinz Matthiesing, [14] a quien ordenó prepararse para el viaje. Luego se despidió oficialmente. Hitler le dio la mano, pero, como hizo con Lorenz, en medio

de un absoluto silencio. Von Below dijo adiós a los demás moradores del búnker. El general Krebs le pidió que saludara en su nombre a su mujer, si le era posible, y le dio su dirección; también le entregó una carta dirigida al general Jodl. En ella, [15] Krebs informaba a Jodl de que la situación de Berlín era desesperada; el cerco de la ciudad era completo; faltaban armas y municiones, ya que resultaban inadecuadas e insuficientes las que suministraban vía aérea; ya no era posible aterrizar en Berlín, nada se sabía de Wenck, y habían dejado de tener esperanzas en su ejército de socorro. La resistencia de la capital solo podría prolongarse unos días. El Führer esperaba que en los demás frentes se luchase hasta el último hombre.

El nuevo documento de Hitler fue entregado a Von Below por Burgdorf; iba dirigido a Keitel y era el adiós del Führer a las fuerzas armadas alemanas. En él (si la reconstrucción de Von Below es exacta) Hitler declaraba que la lucha de Berlín llegaba a su final, que prefería suicidarse a pasar por la vergüenza de la rendición, que había designado a Dönitz como sucesor, y que dos de sus más antiguos partidarios, Goering y Himmler, lo habían traicionado. Luego hablaba de la labor de las fuerzas armadas, que su estrategia había llevado a la destrucción. Elogiaba a la Armada; con su elevada moral había borrado la desgracia de 1918 y no podía achacársele culpa alguna en la derrota. También excusaba a la Luftwaffe; había combatido con bravura; fue culpa exclusiva de Goering si no logró mantener hasta el fin su supremacía inicial. Pero el ejército... Al hablar del ejército, Hitler establecía una clara distinción: de un lado estaban los soldados, en cuyas filas luchó personalmente muchos años atrás, que confiaban en él, y en los que él todavía creía; del otro los generales que habían desperdiciado el arma magnífica que tenían en las manos, oponiéndose a su estrategia, minando su política y conspirando incluso contra su persona. En este último mensaje al mundo no podía dejar de consignar, una vez más, su odio contra aquel estado mayor general al que un tiempo consideró como la organización más admirable que conociera el mundo. «El pueblo y las fuerzas armadas —escribía según la versión dada por Von Below de la carta— [16] lo han dado todo en esta larga y dura lucha. El sacrificio ha sido inmenso. Pero ha habido muchas personas que han abusado de mi confianza. La deslealtad y la traición han minado la resistencia a lo largo de la guerra. No puedo seguir garantizando al pueblo que lo llevaré a la victoria. El estado mayor general no puede ser comparado con el estado mayor de la primera guerra mundial. Su labor

estuvo muy por debajo de los hombres que luchaban en los frentes.» La carta finalizaba con una repetición, totalmente absurda ahora, del sueño del pangermanismo, la definitiva, la única y positiva afirmación del *Mein Kampf* : «Los esfuerzos y sacrificios del pueblo alemán en esta guerra han sido tan grandes que no puedo creer que hayan sido inútiles. El objetivo final debe seguir siendo la conquista de territorios en el Este para bien del pueblo alemán».

A las doce de la noche del 29 al 30 de abril, Von Below y su asistente abandonaron la cancillería. Siguieron, con ligeras variantes, lo que ya era la ruta clásica de huida, saliendo por la Hermann Goering Strasse, a través de la Puerta de Brandeburgo y de la Charlottenburger Chaussee a la estación de Tiergarten; luego, por la Kantstrasse, bajo el fuego ruso, y la Masuren Allee al cuartel general de las Juventudes Hitlerianas, desde donde un guía los condujo por la Reichsstrasse hasta el Reichssportfeld. Allí encontraron a Freytag von Loringhoven, Weiss y Boldt, y los siguieron a la cabeza de puente de Pichelsdorf, desde donde, como sus predecesores, embarcaron cruzando el Havel y tomando tierra en la margen occidental entre Gatow y Kladow.

7

La muerte de Hitler

Cuando Von Below abandonó el búnker, Hitler estaba ya realizando preparativos para su muerte. Durante el día le fueron comunicadas las noticias del mundo exterior. Mussolini había muerto. El compañero de Hitler en su carrera criminal, el heraldo del fascismo que le había mostrado claramente las posibilidades de las dictaduras en la Europa moderna, y que lo había precedido también en la desilusión y la derrota, le enseñaba ahora sin posibilidad de dudas cuál era el destino que debían esperar los tiranos derrocados. Capturado por los partisanos durante el levantamiento general del norte de Italia, Mussolini y su amante Clara Petacci habían sido ejecutados, y sus cadáveres colgados por los pies en la plaza del mercado de Milán, para que la multitud vengativa pudiera golpearlos y apedrearlos. Si hubieran conocido todos los detalles de lo sucedido, Hitler y Eva Braun no podrían haber hecho otra cosa que repetir las órdenes que ya habían dado: sus cadáveres tenían que ser destruidos de forma que «no quedase el menor rastro de ellos». «No caeré en manos de un enemigo que necesita un nuevo espectáculo para divertir a sus masas histéricas.» En realidad, es muy improbable que el Führer llegase a conocer los detalles de la muerte del Duce, aunque estos solo habrían servido para fortalecer su firme determinación. El destino de los déspotas vencidos ha sido generalmente el mismo, y Hitler, que se había complacido en exhibir el cadáver de un mariscal de campo colgado de un gancho de carnicero, no tenía necesidad de remotos ejemplos históricos ni de una nueva y dramática demostración para imaginarse la suerte de su propio cadáver, si llegaba a ser encontrado. [1]

Por la tarde, Hitler ordenó que diesen muerte a *Blondi* , su perro alsaciano favorito. El profesor Haase, su antiguo cirujano, que atendía ahora a los heridos en su clínica de Berlín, acudió al búnker y envenenó al animal. Los otros dos perros que pertenecían al Führer habían sido ya sacrificados a tiros por el sargento que los cuidaba. Después de esto, según declaraciones

de Frau Junge, Hitler entregó a sus secretarias cápsulas de veneno para que las utilizasen en caso de extrema necesidad. Dijo que lamentaba no poder hacerles un regalo más agradable, pero añadió que estaba orgulloso de su valor, y que ya hubiera deseado que sus generales fueran tan dignos de confianza como ellas.

Por la noche, mientras los moradores de los otros dos refugios estaban cenando en el pasillo-comedor del búnker de Hitler, fueron visitados por uno de los guardias de las SS, quien les informó de que el Führer deseaba despedirse de las damas, y que nadie se fuese a dormir hasta que hubieran recibido nuevas órdenes. Alrededor de las dos y media de la madrugada llegó la orden. Fueron citados para acudir al búnker y se reunieron todos en el mismo pasillo-comedor, un total de unas veinte personas entre mujeres y oficiales. Cuando estuvieron reunidos, Hitler salió de la parte privada del búnker, acompañado de Bormann. Según el testimonio de la baronesa Von Varo, tenía un gesto abstraído; su mirada parecía fija, los ojos cubiertos por aquella película de humedad que ya había advertido Hanna Reitsch. Algunos de los que lo vieron entonces han sugerido que había tomado alguna droga; pero no es precisa tal explicación para un aspecto del rostro de Hitler que ya han comentado a menudo otros observadores más familiarizados con él. Cruzó en silencio el pasillo, estrechando la mano de todas las mujeres. Varias le hablaron, pero el Führer no respondió o murmuró algo totalmente inaudible. La ceremonia del apretón de manos silenciosa casi se había convertido en una costumbre en el transcurso de aquel día.

Cuando se hubo ido, los asistentes permanecieron un rato en el pasillo discutiendo acerca de su significado. Pronto convinieron en que únicamente podía querer decir una cosa. Iba a tener lugar el suicidio del Führer. Algo inesperado y sorprendente ocurrió entonces. Fue como si una nube grande y pesada desapareciera de los espíritus de los moradores del búnker. El terrible hechicero, el tirano que había angustiado sus días con una intolerable tensión melodramática, se iría pronto y durante las próximas horas crepusculares ellos podían relajarse. En la cantina de la cancillería, donde soldados y ordenanzas ingerían sus comidas, se organizó un baile. Llegó la noticia de lo que sucedía, pero nadie interrumpió su diversión. Un mensaje del búnker del Führer ordenaba silencio, pero el baile continuó. W. O. Müller, un sastre que había sido utilizado por los miembros del cuartel general, y que ahora estaba encerrado como los demás en la cancillería, se

sintió extraordinariamente sorprendido cuando el Brigadeführer Rattenhuber, jefe de la guardia policial y general de las SS, le dio una palmada cordial en la espalda y lo saludó con democrática familiaridad. En la rigurosa jerarquía del búnker, el sastre experimentó un deslumbramiento. Lo trataban como si fuese un militar de alta graduación.

«Era la primera vez que oía a un alto jefe darme las buenas noches —afirma—, y esto me indicó que todo había cambiado.» Más tarde, por uno de sus iguales, conoció los motivos de su repentina y desacostumbrada amabilidad. Hitler se había despedido y estaba a punto de suicidarse. Hay pocas cosas que eliminen de un golpe las diferencias de clase como el peligro común y el común alivio.

Aunque Hitler debía de estar preparándose ya para la muerte, había todavía en el búnker al menos un hombre que seguía pensando en la vida: Martin Bormann. Si Bormann no podía convencer a los ejércitos alemanes para que acudiesen a rescatar a Hitler y a él mismo, sí podía insistir en sus deseos de venganza. Poco después de la ceremonia de despedida, a las tres y cuarto de la madrugada del 30 de abril, envió otro de aquellos telegramas que con tan vivos colores nos presenta la neurosis predominante en el refugio. Iba dirigido a Dönitz, en Ploen, pero Bormann no se fiaba de los medios ordinarios de comunicaciones, y envió su despacho a través del Gauleiter de Meckleburgo. Decía:

> Dönitz:
> Cada día se acentúa nuestra impresión de que las divisiones que debían socorrer Berlín han estado totalmente inactivas durante varias jornadas. Todos los informes que recibimos están controlados, alterados o modificados por Keitel. En general, solo podemos comunicarnos a través de Keitel. El Führer le ordena que proceda inmediatamente y sin compasión contra todos los traidores. [2]
>
> BORMANN

Una postdata contenía la siguiente afirmación: «El Führer está vivo y dirige la defensa de Berlín». Estas palabras, que no aludían a la proximidad del fin —en realidad, parecían negar su inminencia—, sugieren que Bormann se resistía aún a admitir que su poder pudiera terminar pronto, o que tuviera que solicitarlo de otra fuente menos segura para él que la de Hitler.

Más tarde, en la misma madrugada, cuando el nuevo día de trabajo había comenzado, los generales fueron como de costumbre al búnker con sus informes militares. El Brigadeführer Mohnke, comandante de la

cancillería, anunció una ligera mejora de la situación: la estación de Schlesischer había sido reconquistada por las fuerzas alemanas. Pero en los demás sectores no había variado el cariz de los acontecimientos. A mediodía las noticias era francamente malas. El túnel del ferrocarril de la Friedrichstrasse había sido ocupado por los rusos; el túnel de la Vossstrasse, cerca de la cancillería, estaba parcialmente en sus manos; habían conquistado todo el área del Tiergarten, y las fuerzas rusas habían llegado a la Potsdamer Platz y al puente de Weidendammer sobre el río Spree. Hitler recibió estos informes sin muestras de emoción. Comió alrededor de las dos de la tarde. Eva Braun no apareció; o no sentía hambre o almorzó sola en su habitación. Como de costumbre en ausencia de la que ya era su mujer, Hitler compartió su mesa con sus dos secretarias y la cocinera. La conversación no indicaba nada extraordinario. Hitler aparecía tranquilo y no hablaba de sus intenciones. Sin embargo, ya se estaban realizando los preparativos para la ceremonia final.

A primera hora de la mañana los miembros de la guardia habían recibido orden de recoger sus raciones de todo el día, porque no se les permitiría volver a cruzar por el pasillo del búnker; y aproximadamente a la hora de la comida, el ayudante de las SS de Hitler, el Sturmbannführer Guensche, dio orden al oficial de transporte y conductor Sturmbannführer Erich Kempka de llevar doscientos litros de petróleo al jardín de la cancillería. Kempka protestó, diciendo que sería muy difícil reunir esa cantidad en tan poco tiempo, pero le contestaron que tenía que hacerlo. Al fin halló unos ciento ochenta litros que mandó llevar al jardín. Cuatro hombres los llevaron en *jerricanes* , [3] colocándolos junto a la salida de emergencia del búnker. Allí tropezaron con un policía de guardia que les pidió explicaciones. Respondieron que debía de ser para el aparato de ventilación del refugio. El policía les dijo que no fueran tontos, porque el aparato funcionaba con aceite. En aquel momento el criado personal de Hitler, Heinz Linge, apareció. Tranquilizó al policía, concluyó la discusión y despidió a los hombres que habían llevado el petróleo. Poco después todos los hombres de la guardia y la escolta, excepto los que estaban de servicio en aquellos momentos, recibieron orden de abandonar la cancillería. Ningún observador casual debía presenciar la escena final.

Mientras, Hitler había terminado su almuerzo y despedido a sus invitadas. Durante un rato permaneció en sus habitaciones. Luego surgió de la parte reservada del búnker acompañado de Eva Braun, y tuvo lugar otra

ceremonia de despedida. Allí estaban Bormann y Goebbels, Burgdorf, Krebs, Hewel, Naumann, Voss, Rattenhuber, Hoegl, Guensche, Linge y las cuatro mujeres: Frau Christian, Frau Junge, Fräulein Krueger y Fräulein Manzialy. Frau Goebbels no se hallaba presente; abatida por la muerte inminente de sus hijos, permaneció durante todo el día en su cuarto. Hitler y Eva Braun dieron la mano a todos, y luego se marcharon a sus habitaciones. Los demás fueron alejados, excepción hecha de los altos jefes y aquellos otros pocos cuyos servicios serían necesarios. Todos estos aguardaron en el pasillo. Se oyó un solo disparo. Esperaron unos minutos antes de entrar en las habitaciones del Führer. Cuando lo hicieron, hallaron a Hitler tendido sobre el sofá, que aparecía empapado en sangre. Se había disparado un tiro en la boca. Eva Braun estaba asimismo sobre el sofá, muerta también. Tenía a su lado un revólver, pero no llegó a utilizarlo, prefiriendo envenenarse. Eran las tres y media de la tarde. [4]

Poco después, Artur Axmann, jefe de las Juventudes Hitlerianas, llegó al búnker. Era demasiado tarde para participar en la ceremonia de la despedida, pero lo dejaron entrar en la parte reservada del refugio para ver los cuerpos muertos del Führer y su esposa. Los miró con todo detenimiento y permaneció un rato en la habitación hablando con Goebbels. Luego Goebbels salió, y Axmann quedó un momento solo con los cadáveres. Fuera, en el búnker, se preparaba otra ceremonia: el funeral vikingo.

Después de enviar el petróleo al jardín, Kempka había ido hacia el búnker por el pasillo subterráneo que ponía en comunicación su despacho en la Hermann Goering Strasse con los edificios de la cancillería. Al llegar fue recibido por Guensche con la exclamación: «¡El Jefe ha muerto!». [5] En aquel momento la puerta de la habitación de Hitler estaba abierta, y Kempka se convirtió en uno de los participantes del funeral.

Mientras Axmann meditaba delante de los cadáveres, dos hombres de las SS, uno de ellos el criado de Hitler, Linge, entraron en el cuarto. Envolvieron el cuerpo de Hitler en una manta, tapando la ensangrentada y maltrecha cabeza, y lo sacaron al pasillo donde todos los presentes lo reconocieron por los pantalones negros que llevaba siempre y que asomaban por debajo de la manta. Después, otros dos oficiales de las SS subieron el cuerpo por los cuatro tramos de escalones de la salida de emergencia, y lo sacaron al jardín. Acto seguido, Bormann entró en la habitación de la tragedia y cogió el cuerpo de Eva Braun. Su muerte no había sido sangrienta, y no era necesaria una manta para taparla. Bormann

sacó el cadáver al pasillo, y allí se lo entregó a Kempka, que lo llevó hasta el pie de la escalera, donde Guensche se hizo cargo de él; Guensche, a su vez, se lo dio a un tercer oficial de las SS, que lo subió hasta el jardín. Como medida de precaución, la otra puerta del búnker, que daba a la cancillería, y varias de las puertas de la cancillería que daban al jardín, habían sido cerradas precipitadamente para evitar la presencia de intrusos indeseables.

Desgraciadamente, las más prudentes precauciones resultan inútiles en ocasiones. Y en este caso, consecuencia directa de las precauciones fue que dos personas no autorizadas presenciaran la escena de la que quería excluírselas. Uno de los policías de escolta, un tal Erich Mansfeld, estaba de servicio en la torre de observación del extremo del búnker y al oír un precipitado cerrar de puertas y pasos de varias personas, consideró su obligación averiguar lo que sucedía. Bajó, pues, de su torre de observación al jardín y se acercó a la salida de emergencia para ver lo que pasaba. En la puerta tropezó con la procesión fúnebre que salía en aquel instante. Primero marchaban dos oficiales de las SS llevando un cuerpo envuelto en una manta, por debajo de la cual salían unas piernas envueltas en pantalones negros. A continuación iba otro oficial de las SS con el cadáver de Eva Braun en los brazos. Detrás iban los plañideros: Bormann, Burgdorf, Goebbels, Guensche, Linge y Kempka. Guensche gritó a Mansfeld que se quitase inmediatamente de en medio, y este, una vez visto el interesante pero prohibido espectáculo, retornó a su torre. [6]

Después de esta interrupción prosiguió el rito conforme al plan establecido. Los dos cadáveres fueron colocados juntos en el suelo a pocos metros de distancia de la salida del búnker, y se los roció con el petróleo de las latas. Un bombardeo ruso vino en aquel momento a añadir estruendo y peligro a la ceremonia, y los plañideros corrieron a buscar protección a la puerta del refugio. Guensche hizo un pequeño reguero de petróleo en el suelo, encendió una cerilla en la misma puerta del búnker, prendió fuego y las llamas prendieron en los cuerpos. Pronto estuvieron envueltos en llamaradas. Los plañideros permanecieron inmóviles, hicieron el saludo hitleriano y volvieron a bajar al refugio donde se dispersaron. Poco después, Guensche describió el espectáculo a quienes no habían podido presenciarlo. Según los testimonios de Fräulein Krueger y Frau Junge, dijo que la quema del cuerpo de Hitler había sido la experiencia más terrible de su vida.

Mientras, un nuevo testigo había presenciado el espectáculo. Era otro de los policías de la escolta y acudió, también, atraído precisamente por las excesivas precauciones adoptadas. Se llamaba Hermann Karnau. Karnau, como los demás guardias que no estaban de servicio, recibió orden de un oficial de escolta de las SS y marchó a la cantina de la cancillería; pero al cabo de un rato, a pesar de las órdenes, decidió regresar al búnker. Al llegar a la puerta del refugio la encontró cerrada. Entonces resolvió atravesar el jardín para penetrar por la salida de emergencia. Cuando daba la vuelta a la torre donde Mansfeld estaba de servicio, se vio sorprendido por dos cuerpos que aparecían tendidos en el suelo a pocos pasos de la puerta del búnker. Casi al mismo tiempo los dos cadáveres comenzaron a arder, de una manera espontánea al parecer. Karnau no pudo explicarse por el momento el fenómeno. No veía a nadie, y el fuego no podía ser resultado de la acción del enemigo porque lo hubiese advertido, ya que estaba a muy corta distancia. «Posiblemente alguien arrojó una cerilla desde la entrada del búnker», sugiere, y su insinuación responde a la realidad de los hechos.

Karnau contempló un instante los cadáveres ardiendo. Pudo reconocerlos con facilidad, aunque Hitler tenía la cabeza destrozada. Afirma que ofrecía «un aspecto extremadamente repulsivo». Luego descendió al refugio por la salida de emergencia. En el búnker se encontró con el Sturmbannführer Franz Schedle, el oficial que mandaba la escolta de las SS. Schedle había sido herido recientemente en un pie por una bomba y avanzaba cojeando. Parecía trastornado por la pena. Murmuró: «El Führer ha muerto; está ardiendo ahí fuera». Karnau lo acompañó hasta su lugar de descanso.

Mansfeld, de centinela en la torre, vigilaba también la quema de los cadáveres. Cuando volvió a meterse en la torre cumpliendo la orden de Guensche, vio, a través de una de las troneras, levantarse una columna de humo negro del jardín. Cuando el humo se disipó un poco, pudo contemplar los dos cuerpos que sacaron por la escalera de la salida de emergencia. Estaban ardiendo. Después que los plañideros se hubieron marchado, siguió mirando. Con ligeros intervalos vio aparecer algunos hombres de las SS que salían del búnker para echar más petróleo sobre los cadáveres, a fin de que continuasen ardiendo. Algún tiempo después acudió Karnau a relevarlo, y los dos juntos estuvieron examinando de cerca los cadáveres. El fuego

había consumido parte de los cuerpos y se veían claramente los huesos de las piernas de Hitler. Una hora más tarde, Mansfeld volvió a examinar los cadáveres, comprobando que las llamas eran más pequeñas ahora.

En el transcurso de la tarde un tercer policía de escolta vio arder los cuerpos. Se llamaba Hans Hofbeck. Subió la escalera de la salida de emergencia y se detuvo en la puerta. Pero no pudo permanecer mucho rato allí. El olor de la carne quemada era insoportable y volvió a bajar al refugio.

Más tarde, aquella misma noche, el Brigadeführer Rattenhuber, jefe de los policías de escolta, entró en el llamado «búnker del perro», donde los guardias descansaban en sus horas libres, y habló al sargento, diciéndole que informara a su jefe Schedle que necesitaría tres hombres de toda confianza para enterrar los cadáveres. Poco después retornó al «búnker del perro» y se dirigió a los hombres allí reunidos, que eran los seleccionados. Les hizo jurar que guardarían los acontecimientos del día como un secreto sagrado. Cualquiera que hablase una sola palabra de lo ocurrido, sería fusilado inmediatamente. Poco después de medianoche Mansfeld volvió a su puesto de centinela en la torre. Las granadas rusas seguían cayendo y el cielo estaba iluminado por las bengalas. Se dio cuenta de que parecían haber manipulado en el cráter abierto por una bomba delante de la salida de emergencia, y que los cadáveres habían desaparecido. No dudó de que el cráter se había convertido en una tumba para ellos, porque era inconcebible que la explosión de una granada hubiera apilado la tierra alrededor con tan perfecta simetría. A la misma hora aproximadamente, Karnau, que estaba de servicio con otros guardias en la Vossstrasse, oyó decir a uno de sus camaradas: «Es triste que ninguno de los oficiales parezca inquieto por la suerte del cadáver del Führer. Me enorgullece ser el único que sabe dónde está». [7]

Esto es todo lo que sabemos acerca del paradero de los cadáveres de Hitler y Eva Braun. Linge dijo después a una de las secretarias que habían sido quemados, conforme había ordenado el Führer, «hasta que no quedó de ellos el menor rastro». Pero es muy dudoso que pudiera realizarse tan completa combustión. Ciento ochenta litros de petróleo, ardiendo lentamente sobre un suelo arenoso, pueden quemar la carne y hacer desaparecer los tejidos; pero los huesos tienen que haber resistido al calor. Estos huesos no han sido encontrados nunca. Quizá fueron destrozados y mezclados con los de otros cuerpos, con los cuerpos de los soldados muertos en la defensa de la cancillería y el cadáver de Fegelein, enterrado

también en el jardín. Los rusos cavaron en el jardín y sacaron a luz muchos de esos cuerpos. Acaso, como se dice que Guensche afirmó, las cenizas fueron depositadas en una caja y sacadas de la cancillería. O puede ser que no resulte precisa ninguna explicación complicada. Es posible que las primeras investigaciones se llevaran a cabo con un descuido excesivo. Los investigadores que fueron capaces de no dar durante cinco meses con el diario de las entrevistas celebradas por Hitler, es fácil que no hayan dado con otras reliquias que estaban ocultas con mayor cuidado. Pero cualquiera que sea la explicación, es indudable que Hitler consiguió realizar su postrera ambición. Al igual que Alarico, enterrado en algún lugar secreto bajo el lecho del río Busento, el destructor moderno de la humanidad jamás será descubierto.

Mientras estos últimos ritos y maniobras eran observados por guardias y centinelas, los regentes del búnker estaban atareados en asuntos más importantes. Una vez que prendieron fuego a los cadáveres y les hicieron un respetuoso saludo de despedida, volvieron al refugio para ocuparse del futuro. Nuevamente, como después del primer adiós de Hitler, una nube pesada parecía haber dejado de oprimir sus espíritus. Había terminado la pesadilla de la represión ideológica, y aunque el porvenir se ofrecía oscuro y dudoso, al menos tenían libertad para considerarlo con toda serenidad. Desde aquel instante nadie parece haberse preocupado por el pasado o por los dos cuerpos que seguían ardiendo en el jardín. Había terminado un episodio, y en el poco tiempo que les quedaba tenían que preocuparse de resolver sus problemas personales. Como el guardia observó hablando con Karnau, era triste que todos se mostraran tan indiferentes con respecto al cadáver del Führer.

La primera prueba del cambio producido en la atmósfera del búnker la tuvieron las secretarias, que habían sido alejadas durante la fúnebre ceremonia, en cuanto volvieron a sus puestos. Al llegar supieron por Guensche y Linge lo sucedido; pero aun sin ello hubieran comprendido que Hitler había desaparecido. Observaron que todo el mundo estaba fumando en el búnker. En vida de Hitler esto estuvo rigurosamente prohibido; pero ahora que el profesor se había marchado, los chicos podían saltarse todas sus reglas. Bajo la suavizadora influencia de la nicotina —cuya falta debió de aumentar la tensión nerviosa de las semanas precedentes— se sentían capaces de hacer frente a los problemas administrativos que el Führer les había confiado.

El primer asunto a resolver era la sucesión. Con la muerte de Hitler el centro del poder se había trasladado automáticamente desde el búnker a la lejana residencia del nuevo Führer en el Schleswig-Holstein. Era mortificante para Bormann, que durante tanto tiempo diera órdenes y ejerciera una ilimitada autoridad en nombre de Hitler, admitir que ahora no tenía influencia alguna, a menos que Dönitz quisiera confirmar su nombramiento como ministro del partido en el nuevo gobierno. Por otro lado, era improbable que alguna copia del testamento hubiera llegado a manos de Dönitz, que tendría que desconocer aún no solo la muerte de Hitler, sino su propio derecho de sucesión. El deber de Bormann consistía, sin la menor duda, en informar telegráficamente de ambas cosas al nuevo Führer, y es interesante advertir de qué manera tan ambigua comunicó las noticias.

Después de la muerte de Hitler, Bormann envió a Dönitz el siguiente telegrama:

> Gran almirante Dönitz:
>
> En lugar del antiguo mariscal del Reich, Goering, el Führer os ha designado, Herr gran almirante, como su sucesor. La autorización escrita está en camino. Tome inmediatamente todas las medidas que requiere la situación.
>
> BORMANN

El hecho importante y trascendental de que Hitler ya estaba muerto no se menciona en el despacho. Parece como si Bormann deseara prolongar un poco más la autoridad que tanto amaba, pero que ya no podía ejercer legalmente.

La llegada de este telegrama causó cierta consternación en Ploen. El nombramiento era totalmente inesperado. Solo dos días antes, Dönitz había ofrecido su apoyo a Himmler, ya que era el más indicado para suceder a Hitler, y Himmler incluso tenía preparada la designación de su gobierno. Ahora la situación experimentaba un cambio radical. «¡No Himmler, sino Dönitz!», exclamaba el asombrado Schwerin von Krosigk, quien, como de costumbre, había apostado por el caballo equivocado, aunque su habilidad para sobrevivir le permitía garantizar su propio nombramiento en cualquier nueva situación. Dönitz no solo se mostraba sorprendido, sino incluso mortificado. Era casi el único entre todos los jefes nazis que no acariciaba ambiciones de suceder a Hitler, y se encontraba de pronto con que la sucesión recaía sobre sus hombros. Desde que fue nombrado para mandar la zona norte de Alemania, el almirante se encontraba nervioso; uno de los que

integraban su entorno inmediato [8] afirma que su estado empeoró al recibir el telegrama. Sin embargo, como se trataba de una orden del Führer, nadie pensó en desobedecerla. No hubo discusión ni problema. Los guardaespaldas de Himmler, que parecían dominar todo el cuartel general, se mantuvieron inactivos, y Himmler mismo abandonó de mala gana sus esperanzas de alcanzar el poder supremo, ofreciendo sus servicios a Dönitz. Y este, asumiendo también de mala gana su nueva responsabilidad, replicó de la siguiente forma, en telegrama dirigido a Hitler, a quien creía vivo aún:

> Mi Führer:
>
> Mi lealtad hacia usted es siempre incondicional. Haré todo lo posible por socorrerlo en Berlín. No obstante, si el destino me obliga a gobernar el Reich como sucesor suyo, continuaré la guerra hasta un final honroso y digno de la heroica lucha del pueblo alemán.
>
> GRAN ALMIRANTE DÖNITZ

¿Cuál era el propósito de Bormann al ocultar la muerte de Hitler, mientras pretendía seguir teniendo una autoridad de la que carecía para autorizar a Dönitz a hacerse cargo del mando? Especular profundamente sobre los motivos humanos es una tarea poco provechosa; pero en este caso concreto hay una cosa de la que podemos estar seguros. Bormann estaba decidido a llegar a Ploen por un camino o por otro. Estudiaba ya incluso los procedimientos de que podría servirse para realizar el viaje. Es posible hasta que pretendiera ser el portador de las primeras noticias ciertas. Así, reduciendo al mínimo el período de su temporal eclipse, esperaba, con su presencia en el momento decisivo, reforzar sus aspiraciones a continuar desempeñando una autoridad determinante.

El primer plan de Bormann para tal viaje consistía en una huida en masa a través de las líneas rusas, y a los supervivientes de la corte se les advirtió que estuvieran preparados para realizar el intento durante la oscuridad de la noche inmediata. Pero tal escapada en masa sería peligrosa y correría graves riesgos de fracasar (Hitler ya había asegurado que era imposible el día antes, cuando la situación no era aún tan desesperada); en el transcurso de la tarde se le ocurrió otra posibilidad menos peligrosa. Puesto que Goebbels y Bormann eran, en virtud del testamento de Hitler, miembros del nuevo gobierno, ¿no podían las autoridades militares rusas reconocerles tal categoría, y si les ofrecían la rendición, permitir a Bormann ir a Ploen para recabar de Dönitz la necesaria ratificación? Bormann se vería de esta manera enviado a Ploen por los mismos rusos, se uniría al nuevo gobierno y ocuparía su posición como uno de los dirigentes del

nuevo Reich. Esta esperanza puede parecernos ridícula a nosotros; pero en el limbo de los jefes nazis nada parecía ridículo. Desde luego no era más ridícula que los planes políticos de Himmler, o de Schellenberg, o de Ribbentrop, o de Schwerin von Krosigk, todos los cuales admitían como posible la supervivencia de un gobierno nazi, o por lo menos seminazi. Y su idea no se le antojó ridícula a Bormann.

Este proyecto de un tratado con los rusos fue discutido en el curso de una larga conferencia celebrada en la noche del 30 de abril. Asistieron a la misma Bormann y Goebbels, además de Krebs, Burgdorf, Axmann y, posiblemente, Mohnke. Se estableció contacto por radio con el cuartel general ruso y se mandó a un mensajero a preguntar si el mariscal Zhúkov querría recibir a un representante del gobierno alemán. La respuesta fue favorable, y a medianoche Krebs en persona salió del búnker llevando una carta de Goebbels y Bormann. Era el emisario más indicado ya que, gracias a su larga experiencia como agregado militar en Moscú, conocía el carácter ruso y su idioma. Además era conocido como un gran defensor de la amistad germano-rusa, y Bormann y Goebbels confiaban en que fuera bien recibido en los cuarteles generales rusos al ser recordado como el hombre que en una ocasión había sido abrazado públicamente por Stalin. [9] En dicha carta, según el testimonio de Frau Christian y Fräulein Krueger, informaban a Zhúkov de la muerte de Hitler y de los cargos que debían ocupar en virtud de los nombramientos hechos por el Führer en su testamento. Autorizaban al portador, general Krebs, para negociar un armisticio o una tregua, cuya decisión definitiva dependería del nuevo Führer, el almirante Dönitz.

Durante el resto de la noche y toda la mañana siguiente, Goebbels y Bormann esperaron el regreso de Krebs y la contestación a su carta. A las once de la mañana no se había recibido la menor respuesta, [10] y Bormann se decidió entonces a informar a Dönitz de que su reino había comenzado. Pero todavía seguía sin admitir de una manera explícita la muerte de Hitler. Su lacónico telegrama se ocupaba más que nada de su posición personal. Decía así:

> Gran almirante Dönitz:
>
> El testamento está en pleno vigor. Me reuniré con usted tan pronto como me sea posible. Hasta entonces le recomiendo aplace la publicación del testamento.
>
> BORMANN

Con esta breve y no enteramente satisfactoria comunicación, Dönitz tendría que darse por contento por el momento.

A mediodía o poco después, Krebs retornó al búnker procedente del cuartel general del mariscal Zhúkov. La respuesta que traía no era satisfactoria. Los rusos exigían la rendición incondicional y la entrega de todas las personas que había en el búnker. No admitían privilegios para nadie ni viajes autorizados a Schleswig-Holstein. Se celebró una nueva conferencia en el refugio y se acordó enviar un mensaje a los rusos dando por terminadas las negociaciones. Ahora no quedaba posibilidad de opción. Había que intentar la escapada en masa.

A las tres y cuarto, un tercer y último telegrama fue enviado a Dönitz como complemento a las menguadas informaciones transmitidas por Bormann. Estaba firmado por Goebbels. Como ya no tenía ambiciones personales, Goebbels no necesitaba, como Bormann, recurrir a ambigüedades y reticencias; podía ser claro y explícito. Su telegrama estaba redactado en los siguientes términos:

> Gran almirante Dönitz:
>
> Muy secreto y urgente. Oficial.
>
> El Führer murió ayer a las 15.30 horas. Su testamento de fecha 29 de abril lo designa a usted como presidente del Reich; al ministro del Reich, doctor Goebbels, como canciller del Reich; al Reichsleiter Bormann como ministro del partido; al ministro Seyss-Inquart como ministro de Asuntos Exteriores. Por orden del Führer el testamento ha sido sacado de Berlín para ser enviado a usted, al mariscal de campo Schoerner, y para su conservación y publicación. El Reichsleiter Bormann intentará reunirse con usted hoy e informarle de la situación. El momento y la ocasión de hacer el oportuno anuncio a la prensa y a las tropas queda a su discreción. Confirme recepción.
>
> GOEBBELS [11]

Al recibir este telegrama, Dönitz tomó sobre sus hombros la carga que se le confiaba, pero también los derechos que se le conferían. Entre estos estaba la posibilidad de rechazar los consejos de los ministros de su predecesor y escoger su propio gobierno. Decidió no aceptar los ministros que se le imponían en el telegrama (porque aún no había recibido, ni llegó a recibirla nunca, la lista completa contenida en el testamento) y no esperó a la llegada de Bormann para hacer público lo que sucedía. A las nueve y media de la noche, Radio Hamburgo advirtió al pueblo alemán que se le iba a dar «una grave e importante noticia». Después, en tono heroico, acompañado de los compases de una ópera de Wagner y los lentos acordes de la séptima sinfonía de Bruckner, se dio la noticia de que Hitler había muerto luchando hasta el fin contra el bolchevismo. A las 22.20, Dönitz en persona anunció la muerte de Hitler y su propio nombramiento. «El Führer cayó esta tarde», dijo; había muerto luchando «a la cabeza de sus tropas».

Ambas afirmaciones eran falsas. Hitler había muerto «ayer», no «hoy», y puesto que Dönitz no había recibido información alguna sobre la forma de su muerte, cualquier relato que hiciera de ella sería pura especulación. Pero si Dönitz hubiera sabido y dicho que Hitler se había suicidado, ¿cómo habrían recibido las tropas esa declaración? ¿No podían abrigar la impresión de que el Führer había abandonado su puesto, que habían sido traicionados y que sus juramentos de lealtad hacia él quedaban automáticamente anulados por su deserción? Tal había sido la actitud de Koller y Jodl el 23 de abril, cuando Hitler anunció su intención de suicidarse, y tal era la posición del general Weidling aquel mismo día. Weidling llegó como de costumbre al búnker y le dijeron que «el Führer se había hecho el haraquiri». Volvió a su puesto de mando disgustado, y libró a sus subordinados de los juramentos prestados. Como nuevo Führer, que consideraba los juramentos de lealtad de las fuerzas armadas hechos a su predecesor como una parte de su herencia, [12] Dönitz no podía afrontar tales riesgos. Si tenía que negociar una paz conveniente con el Oeste, el apoyo de las fuerzas armadas le era de todo punto imprescindible. Y, aunque no tenía conocimiento exacto de lo sucedido, no dudó en juzgar que lo más prudente era decir que el Führer había muerto como un soldado en su puesto de lucha.

Mientras, en el búnker, Bormann y sus colegas estaban planeando los detalles de la escapada en masa que pudiera significar para todos la libertad y para él, personalmente, el poder. No todos participaban en los preparativos, porque había algunos que habían perdido toda esperanza y todo interés en seguir viviendo, y que preferían, como Zander hubiera preferido, encontrar su final entre los escombros de la arruinada cancillería. Entre ellos estaba Goebbels. Hacía tiempo que había adoptado su determinación; la había anunciado en su Apéndice al testamento del Führer; su mujer había recibido una última condecoración del Führer, y ahora había llegado el momento de cumplir las determinaciones. Después de enviar su postrer telegrama, Goebbels se retiró a sus habitaciones del refugio, con su mujer e hijos. Unos pocos amigos los visitaron para despedirse; entre ellos se encontraban Axmann y Kempka. Después de decirles adiós, se prepararon para la muerte. Esta vez no hubo dramas espectaculares de tipo wagneriano; Goebbels no intentaba competir con su señor. Como jefe supremo, Hitler tenía derecho a un espectacular funeral simbólico; Goebbels, como figura secundaria, lo seguiría, tras un oportuno intervalo, a

la región de las sombras. Había buscado la última solución y la respuesta era negativa. El propio aniquilamiento era la consecuencia lógica de su nihilismo ideológico. Primero, fueron envenenados los seis hijos del matrimonio. Más tarde, de noche ya, Goebbels llamó a su ayudante, Guenther Schwaegermann y le dijo: «Schwaegermann, estamos sufriendo las consecuencias de la peor de todas las traiciones. Los generales han traicionado al Führer. Todo está perdido. Voy a morir, junto a mi mujer y mis hijos. Usted quemará mi cadáver. ¿Puede hacerlo?». Schwaegermann prometió hacerlo así, y Goebbels se despidió de él, entregándole una fotografía del Führer con marco de plata que cogió de su mesa. Frau Goebbels también le dijo adiós. Después, Schwaegermann llamó al conductor de Goebbels, que pertenecía también a las SS, ordenándole buscar petróleo para la cremación, porque la grotesca escena del día anterior había de reproducirse en menor escala. Poco más tarde (alrededor de las ocho y media) Goebbels y su mujer atravesaron el pasillo del búnker. Al pie de las escaleras de la salida de emergencia se cruzaron con Schwaegermann y el conductor, Rach, que esperaba con el petróleo preparado, pero pasaron por su lado sin decir palabra y subieron al jardín. Casi inmediatamente se oyeron dos disparos, y cuando Rach y Schwaegermann llegaron al jardín encontraron muertos en el suelo al doctor y a su esposa. El ordenanza de las SS que los había matado, por orden suya, los estaba contemplando en aquel instante. Cumpliendo sus instrucciones rociaron de petróleo los cadáveres, les prendieron fuego y se marcharon. Fue una cremación descuidada e incompleta, y los cuerpos chamuscados fueron encontrados al día siguiente por los rusos, ya que no se realizó el menor intento para enterrarlos o destruirlos. Al volver a bajar al búnker, Rach y Schwaegermann se entrevistaron con el Brigadeführer Mohnke, quien les ordenó prender fuego al refugio. Vaciaron una lata de petróleo que les quedaba en el salón de conferencias y prendieron fuego. Luego abandonaron el búnker del Führer. Eran las nueve de la noche y la huida en masa de la nueva cancillería estaba a punto de iniciarse. [13]

En el búnker de la nueva cancillería se iba reuniendo un grupo desordenado de empleados del partido, de militares y mujeres. Estaban bajo el mando de Bormann, pero, como dice W. O. Müller, uno de los participantes: «No había en realidad ningún mando efectivo; todos corrían de un lado para otro como gallinas con la cabeza cortada». Cuando estuvieron reunidos se les explicó el camino a recorrer en su éxodo. Habían

de avanzar en varios grupos, a través de sótanos y túneles, hasta la estación de la Wilhelmsplatz. Desde allí tendrían que seguir por el ferrocarril subterráneo hasta la estación de Friedrichstrasse, donde podrían salir a la superficie. En la Friedrichstrasse procurarían unirse con los restos de las fuerzas que mandaba Mohnke, que habían estado defendiendo el área de la cancillería, y con su ayuda tratar de abrirse camino por la orilla del Spree, a través de las líneas rusas y en dirección al noroeste. Una vez alcanzados los suburbios del noroeste de Berlín, cada uno procuraría por sí mismo, de la forma que le fuera posible, ganar las líneas alemanas o un punto en que pudiera considerarse a salvo.

Este era el proyecto; la ejecución fue muy diferente. Dieron las once de la noche antes de que estuvieran en condiciones de ponerse en marcha. Salieron, conforme al plan establecido, formando diversos grupos. El primero estaba integrado por Mohnke, Guensche, Hewel, el almirante Voss, el piloto de Hitler, Baur, las tres secretarias y la cocinera. El resto los siguió con breves intervalos, en cuatro o cinco grupos. Bormann iba en uno de los grupos centrales; en su bolsillo llevaba la última copia del testamento de Hitler; [14] intentaba llevarlo a Schleswig-Holstein como prueba de sus derechos. Cuando el último grupo salió de la cancillería, todavía quedaron allí tres hombres. Eran los generales Krebs y Burgdorf y el comandante de la guardia de las SS el Hauptsturmführer Schedle. Preferían quedarse y suicidarse cuando los rusos entrasen en la cancillería, y lo más probable es que hayan muerto. Schedle estaba gravemente herido en un pie y difícilmente hubiera podido huir, caso de haberlo intentado. Cuando los otros abandonaron la cancillería las llamas salían por las puertas del abandonado búnker del Führer: era el fuego del funeral del doctor Goebbels. [15]

Llegado a la estación de Friedrichstrasse, el primer grupo de fugitivos salió a la calle y se encontró con un cuadro espantoso y desconcertante. Las ruinas de Berlín parecían estar en llamas, y las granadas estallaban por todas partes a su alrededor. Sin embargo, el grupo logró mantenerse unido. Arrastrándose por entre los escombros, pasando por túneles y sótanos, llegaron al Spree y lo cruzaron por una pasarela de hierro paralela al puente Weidendammer; después, siguiendo hacia delante, alcanzaron el Hospital de la Caridad y se detuvieron allí, mientras sus jefes, Mohnke y Guensche, buscaban a los grupos que habían de seguirlos. La búsqueda fue inútil. Ningún otro grupo fue capaz de cruzar el Spree.

Los grupos que marchaban tras ellos habían salido también a la calle en la estación de Friedrichstrasse; pero toda cohesión entre ellos se rompió ante la confusión del cuadro que hallaron al surgir a la superficie, y sus componentes marcharon por la destrozada Friedrichstrasse con rumbo al puente de Weidendammer. En el lado norte del puente había una barrera antitanque, que no era posible pasar porque un intenso fuego ruso barría el camino. Resguardándose en las ruinas del viejo Palacio del Almirante, en el lado sur del puente, esperaron hasta que la llegada de unos tanques alemanes les ofreció la posibilidad de forzar la barrera. Resguardados detrás de estos avanzaron formando un grupo confuso en el que iba Bormann, Stumpfegger, Axmann, Kempka, Beetz (segundo piloto de Hitler), Naumann, Schwaegermann y Rach. Algunos de ellos cruzaron la barrera siguiendo el tanque que marchaba en cabeza y llegaron a la Ziegelstrasse, unos trescientos metros más allá; pero allí una Panzerfaust, cayendo sobre el tanque, produjo una violenta explosión. Beetz y Axmann resultaron heridos; Kempka perdió el sentido y quedó temporalmente ciego; Bormann y Stumpfegger fueron lanzados al suelo, inconscientes quizá, pero escaparon sin heridas. El avance quedó frustrado y el grupo tuvo que regresar nuevamente al puente.

Derrotados como grupo, cada uno trató de salvarse individualmente. Kempka logró atravesar el río por una pasarela y, tras ocultarse durante todo un día entre varias mujeres yugoslavas refugiadas en un puente del ferrocarril, mientras los rusos celebraban la caída de Berlín, fue capturado por el enemigo; pero escapó, cruzó a nado el Elba, y al fin cayó en poder de los norteamericanos. De Beetz no se ha vuelto a saber nada; probablemente pereció oscuramente a manos de los rusos. De los demás, Bormann, Naumann, Schwaegermann, Axmann, Stumpfegger, Rach y algún otro, se mantuvieron juntos en un principio, siguiendo la vía del ferrocarril hasta la estación de Lehrter. Al llegar a este punto se dividieron, y mientras Bormann y Stumpfegger marcharon en dirección este, por la Invalidenstrasse hacia la estación de Stettiner, los otros se encaminaron al oeste con rumbo a Alt Moabit. También estos últimos se separaron pronto. Schwaegermann y Rach huyeron, cayendo el último en manos de los norteamericanos; Naumann huyó también. Pero Axmann, tropezando con una patrulla rusa, se volvió para correr en la dirección tomada por Bormann y Stumpfegger. No tardó en darles alcance. Bajo el puente del ferrocarril que cruza por encima de Invalidenstrasse los encontró, tendidos boca arriba

en el suelo, con la luz de la luna dándoles en la cara. Deteniéndose un momento, vio que los dos estaban muertos, pero el fuego ruso le impidió un examen detenido de los cadáveres. No advirtió en ellos heridas visibles ni destrozos de alguna explosión. Supuso que les habrían disparado por la espalda. Axmann continuó su huida solo, se unió a los que quedaban de sus Juventudes Hitlerianas, y logró permanecer oculto durante seis meses en un escondite de los Alpes bávaros, donde al cabo fue detenido, y fue entonces cuando hizo su relato. [16]

Mientras, el primer grupo que había logrado cruzar el Spree no tuvo mucha mejor suerte. Abandonando el Hospital de la Caridad, continuaron hacia el norte a lo largo de Friedrichstrasse y Chausseestrasse hasta los cuarteles de Maikaefer. Allí, el fuego de un tanque ruso los obligó a meterse en un refugio subterráneo, y cuando salieron ya no iba con ellos el almirante Voss: había sido capturado por los rusos. [17] El resto del grupo prosiguió trabajosamente su camino hacia delante, llegando a la Schönhäuser Allee, donde buscaron cobijo en un sótano. Allí estaban las cuatro mujeres, Mohnke, Guensche, Hewel, Baur y Rattenhuber, a quien habían traído consigo, a pesar de encontrarse herido. Fue su último refugio. En la tarde del 2 de mayo los rusos se presentaron en el sótano exigiendo una rendición inmediata. La resistencia era imposible y todos levantaron los brazos. Se dejó marchar libremente a las cuatro mujeres, y tres de ellas lograron llegar más tarde a las zonas británica y norteamericana. [18] Cuando las mujeres abandonaron el sótano, Rattenhuber, Hewel, Guensche y Mohnke les comunicaron su determinación de suicidarse, y es muy probable que lo hicieran, aunque el comunicado ruso informó de la captura de Rattenhuber. Nada tendría de extraño, ya que la prisión en manos de los rusos ofrecía pocas esperanzas para ellos. [19] Baur fue detenido vivo, pero gravemente herido. [20] De los demás personajes que conocieron los secretos del búnker y que no han sido mencionados en este relato del éxodo, Hoegl murió en el puente Weidendammer y Linge fue capturado por los rusos. [21]

Así terminó, en un fracaso total, el último intento de huir de Berlín. Con él terminaron las esperanzas de Bormann de participar en el nuevo gobierno, y servir de lazo de unión con el anterior, y la posibilidad de entregar a Dönitz el testamento de Hitler.

Porque, mientras tanto, los otros tres portadores de tan importante documento solo lograban hacer muy lentos progresos en su viaje hacia el oeste. Los dejamos en nuestro relato en la Pfaueninsel en el lago Havel, en

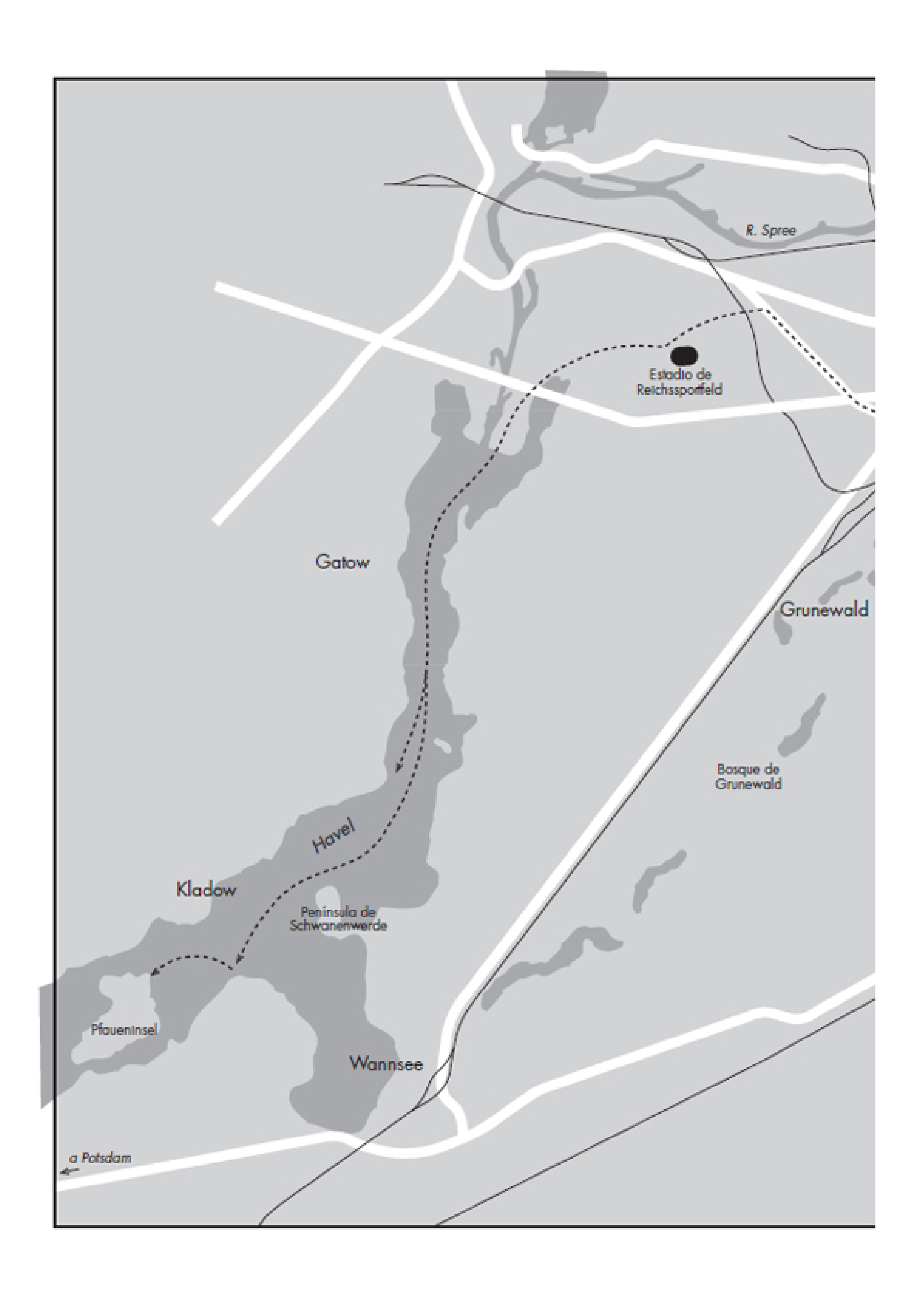
la noche del 30 de abril. Allí esperaron durante todo el día siguiente, aguardando en vano el avión que Dönitz tenía que mandar para recogerlos. Durante la noche siguiente, los rusos bombardearon la isla, y los cuatro hombres, Johannmeier, Lorenz y Zander, con su compañero Hummerich, cogieron una canoa y remaron hacia el centro del lago para librarse del fuego. Encontraron un pequeño yate abandonado y buscaron refugio en él; pero el yate no tenía velas y no podía moverse, con lo que corrían el peligro de que los rusos los descubrieran desde las playas, con los reflectores que lanzaban su luz brillante. Mientras estaban en el yate apareció un hidroavión Junkers 52 que amaró en el agua, sin duda mandado por Dönitz a recogerlos. Desde donde estaban solo podían ver la sombra del hidroavión y escuchar el zumbar de sus motores. Resolvieron llegar hasta el piloto. Zander marchó hacia allá en un bote; Lorenz y Hummerich lo siguieron en otro y Johannmeier quedó en el yate, haciendo señas al piloto con su linterna. Sus esfuerzos resultaron inútiles. Los dos botes se acercaron al avión, y Zander y Lorenz gritaron que el comandante Johannmeier estaba con ellos; entre el estruendo de los motores el piloto les dijo que lo trajesen. En aquel momento zozobró el bote de Zander, y sus compañeros se entretuvieron en sacarlo del agua. Los rusos comenzaron a disparar contra el avión, y mientras los emisarios volvían a recoger a Johannmeier, el piloto tuvo miedo y emprendió el vuelo. Volvió a su punto de origen e informó a Dönitz que había fracasado en sus intentos por dar con los fugitivos. Por tan estrecho margen, Johannmeier y sus compañeros fallaron en la misión que les fue confiada.

El grupo pasó otro día en el Havel, unos ratos en la isla y otros en el yate; luego, antes del amanecer del día 3, reanudaron su viaje, desembarcaron en los baños del Wannsee, siguieron hacia Potsdam y Brandeburgo, cruzaron el Elba por Parey, entre Magdeburgo y Genthin y entraron posteriormente, mezclados entre los trabajadores extranjeros, en la zona de ocupación anglosajona. En ese momento ya había terminado la guerra; Dönitz se había rendido, y fácilmente llegaron a la conclusión de que su misión no tenía ya ni objetivo ni posibilidades de realización. Zander emprendió un largo viaje hasta Baviera, y allí, una vez ocultos todos los documentos en un baúl depositado en la aldea de Tegernsee, destruyó, o quiso destruir, todos los lazos y relaciones que lo unían con su desastroso pasado. Cambió de nombre, de identidad, de posición social; sus pocos amigos antiguos recibieron la noticia de que había muerto y comenzó una

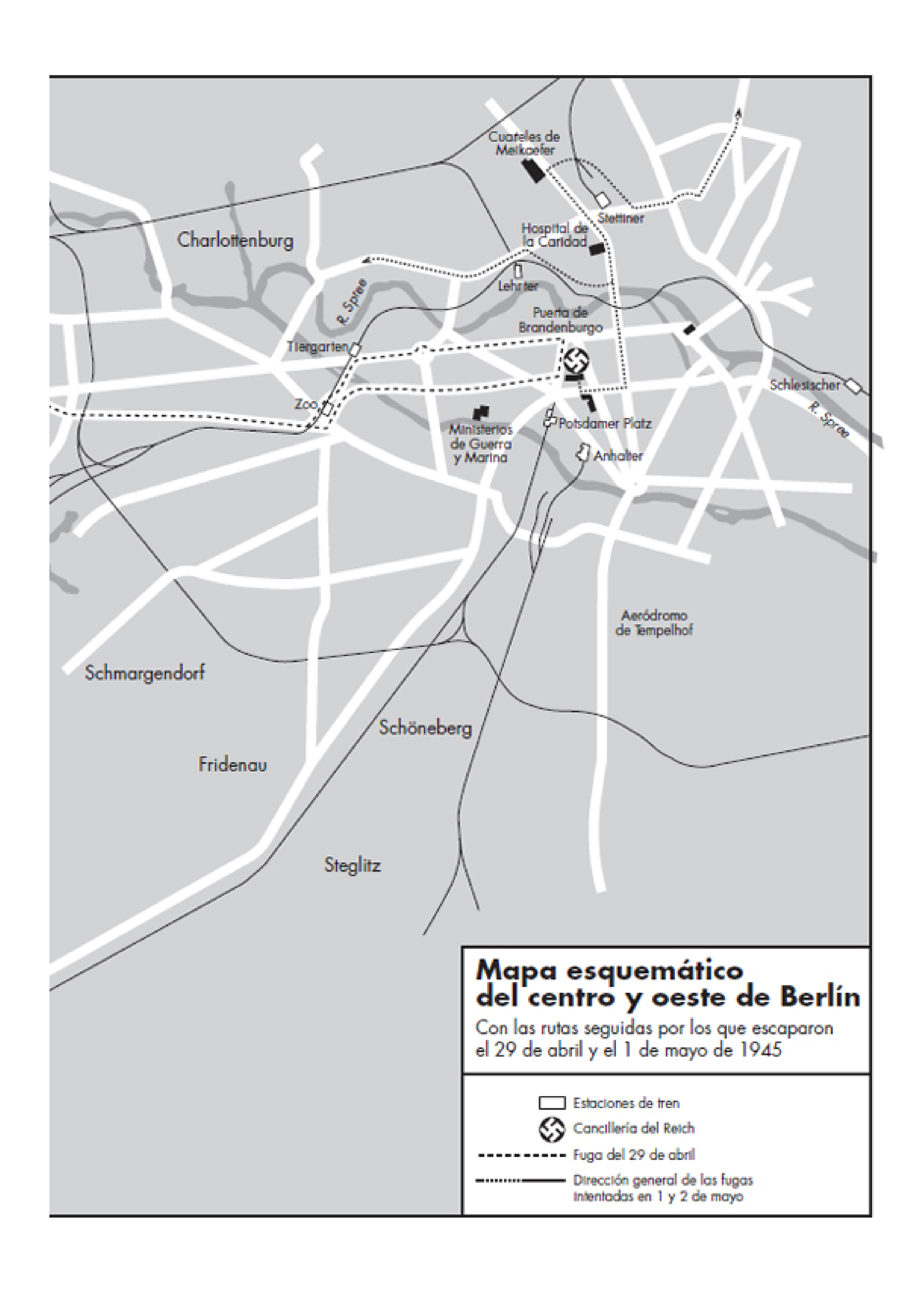
nueva vida con el nombre de Friedrich Wilhelm Paustin. Johannmeier marchó a la casa de su familia en Iserlohn, en Westfalia, y enterró sus documentos, metidos en una botella, en el patio trasero de la finca. Si la suerte de los documentos hubiera dependido exclusivamente de estos dos hombres, jamás hubieran llegado posiblemente a conocimiento de las autoridades aliadas, porque uno era demasiado animoso y valiente para entregarlos bajo ninguna presión, y el otro logró borrar por completo su rastro. Fue el charlatán periodista Lorenz quien, con su vanidad e indiscreción, hizo posible el descubrimiento de tan importantes documentos.

No tuvo Von Below más suerte en su tentativa de entregar el mensaje de que era portador. En la madrugada del 1 de mayo desembarcó, junto a su asistente Matthiesing, en la orilla oeste del Havel. Desde allí prosiguieron su camino hacia occidente, escondiéndose en los bosques durante el día y avanzando de noche. En pocos días llegó a perder, también, todas las esperanzas de realizar su misión, y en un bosque solitario quemó los documentos que debiera haber entregado a Keitel y Jodl. Pocas jornadas más tarde encontró a un sargento mayor de su oficina en Berlín. Se llamaba Pardau y había escapado del sótano de la Schönhäuser Allee cuando fueron capturados Mohnke y sus compañeros. Pardau les contó la historia de la muerte y cremación de los cadáveres de Hitler y Eva Braun. Luego se separaron. Von Below se dirigió a la Universidad de Bonn donde comenzó una nueva vida como estudiante de leyes; Matthiesing se fue a su casa, cerca de Osnabruck. Uno y otro fueron apresados posteriormente por los británicos.

Freytag von Loringhoven, Boldt y Weiss también continuaron su viaje; como no tenían que entregar ningún documento, la huida era su única preocupación. Después de separarse de Johannmeier y sus compañeros en la Pfaueninsel, se unieron a la guarnición del Wannsee, que a poco de su llegada resultó destruida o prisionera en un intento desesperado por abrirse paso, cuando no le quedaban municiones. Solo Freytag von Loringhoven y Boldt lograron escapar, y aquella noche, mientras estaban escondidos en una trinchera abandonada, Boldt trató de suicidarse, tomando una fuerte dosis de morfina. Freytag von Loringhoven lo obligó a vomitar toda la dosis y le salvó la vida. Más tarde siguieron su marcha hacia el oeste, esquivando las patrullas rusas, cruzando a nado los ríos, hasta que llegaron a la zona ocupada por los anglosajones donde fueron hechos prisioneros.



R. Spree
Estadio de
Reichssportfeld
Gatow
Grunewald
Bosque de
Grunewald
Havel
Kladow
Peninsula de
Schwanenwerde
PfaueninseI
Wannsee
a Potsdam


Cuarteles de Melkaefer
Stettiner
Hospital de la Caridad
Charlottenburg
Lehrter
R. Spree
Puerta de Brandenburgo
Tiergarten
Schlesischer
R. Spree
Zoo
Potsdamer Platz
Ministerios de Guerra y Marina
Anhalter
Aeródromo de Tempelhof
Schmargendorf
Schöneberg
Fridenau
Steglitz
Mapa esquemático del centro y oeste de Berlín
Con las rutas seguidas por los que escaparon el 29 de abril y el 1 de mayo de 1945
Estaciones de tren
Cancillería del Reich
Fuga del 29 de abril
Dirección general de las fugas intentadas en 1 y 2 de mayo

Así, con la dispersión de los discípulos tras la muerte de Hitler, terminan los últimos días de Berlín. El Führer había muerto; su testamento estaba perdido; sus seguidores encontraron la muerte, fueron hechos prisioneros o erraban como fugitivos sin nombre por los bosques de la Alemania central. El viejo centro del poder se había disuelto sin dejar rastro, y un nuevo centro se alzaba en Schleswig-Holstein, que no tenía más lazos de unión con el antiguo que el texto de los telegramas que daban cuenta a Dönitz de su nombramiento, y la sombra siniestra, presente en todas partes, del desencantado Himmler.

Porque si Dönitz había aceptado con pesar su inesperada designación, era mucho mayor el dolor con que Himmler se vio desposeído de lo que ya consideraba como suyo. Todos sus planes habían fracasado; su posibilidad de rehacerse había pasado; la oportunidad se le escapaba de entre las manos. Había vendido su alma al diablo —abandonando la estrecha senda de la fe y olvidando los extremos incondicionales de su lealtad— y el diablo no le pagaba lo convenido. Aunque fue a ver a Dönitz y le ofreció sus servicios, lo hizo sin mucho entusiasmo ni grandes esperanzas de ser aceptado. Dönitz y él no hablaban el mismo idioma, solo coincidían en cuanto a su insuficiencia política. Como explica el secretario de Himmler, «en los círculos puramente militares que rodean al gran almirante, no se comprende la política de aproximación a las potencias occidentales desarrolladas por Himmler». Aquella noche Himmler pensó en dimitir —ignoraba que Hitler lo había destituido ya, y no soñaba siquiera que pudiera intentarlo por su parte Dönitz—, e incluso en suicidarse.

Himmler no se suicidó..., al menos en aquel momento. Para un hombre fuera de la realidad todo es posible, y aquella misma noche regresó del norte un espíritu ausente, capaz de resucitar todas sus soñadas fantasías. Era Schellenberg. Para Schellenberg la situación no presentaba dificultades; todo evolucionaría favorablemente, si se dejaban las cosas en sus manos. En todo cuanto sucedía veía pruebas y demostraciones de la importancia que suponía que los demás concedían a sus opiniones políticas. ¿Acaso no había destituido Dönitz, «bajo la fuerza irrebatible» de sus argumentos, a Ribbentrop, y designado para sustituirlo al bueno de Schwerin von Krosigk? ¿No solicitó Schwerin von Krosigk la colaboración de Schellenberg? ¿No escuchaban todos con el mayor interés la larga exposición de sus puntos de vista sobre la cuestión nórdica y el problema checo? ¿No lo consideraban Keitel y Jodl sencillamente como «el más

experto en materia internacional»? Schellenberg se ofrecía para ser enviado en misión especial cerca del gobierno sueco o del general Eisenhower. Todo le parecía posible en ese momento; ¿por qué, entonces, había de desesperar Himmler? Himmler convino con él en no desesperarse. En realidad, si hemos de creer al propio interesado, el antiguo Reichsführer compartía la admiración universal por el genio de Schellenberg. A los pocos días (nos informa la misma fuente extremadamente parcial) tuvieron una «corta pero significativa conversación», que giró en torno a estas frases de Himmler: «Si le hubiese hecho caso antes...», y «Quizá sea usted el primer alemán a quien se permita comenzar a hacer algo de nuevo por su pobre país». Como dice Samuel Butler, «la ventaja de hacer uno su propio elogio consiste en que uno puede colocarse siempre en el lado del acierto y de la razón».

Pero no eran tan solo Himmler y Schellenberg quienes vivían en aquella atmósfera de optimismo irresponsable. El aire de Schleswig-Holstein era, después de todo, la misma atmósfera corrompida de la Alemania nazi, que había provocado tan extraordinarias fantasías en quienes la respiraban. Del mismo modo que Bormann esperaba conservar su autoridad bajo el mando de Dönitz, así Ribbentrop, aunque destituido, no desesperaba de conseguir una gran influencia política en el futuro. Al día siguiente de su destitución redactó un documento para someterlo a la aprobación de Dönitz, en el que sugería que el gobierno alemán independiente en el Schleswig-Holstein podía lograr el reconocimiento por parte de los aliados, y servir de base a una nueva Alemania «nacional y nacionalsocialista». [22]

Aunque fanático y de cortos alcances, Dönitz por lo menos tenía algo del sentido común de los hombres prácticos. Si políticamente resultaba un ignorante, no era un asno. Cuando examinó la herencia que se ponía en sus manos, se echó a temblar. Su primera preocupación fue reunir todas las pruebas de la legalidad de su nombramiento; ordenó una declaración bajo juramento de los empleados que habían intervenido en la tramitación de los telegramas recibidos del búnker, para estar seguro de su autenticidad; y mientras estas medidas de justificación se llevaban a cabo, se disponía a faltar a los términos del encargo que había aceptado. Como todos los conservadores, pretendía sostenerse, en el momento crítico de la derrota, sobre un gobierno de técnicos ajenos a la política. El testamento de Hitler, o mejor dicho, el corto extracto que del mismo había recibido, le imponía un gobierno del que tenían que formar parte Bormann, Goebbels y Seyss-

Inquart. Dönitz no sabía nada de la suerte corrida por Goebbels y Bormann, pero ni siquiera la voluntad de Hitler podía forzarlo a aceptar como colaboradores a tan famosos nazis. Los telegramas le informaban de su nombramiento y lo autorizaban para tomar en el acto «todas las medidas que la situación requiera». Seguro de su autoridad, se apresuró a nombrar a Schwerin von Krosigk ministro de Asuntos Exteriores, y decidió pasar por alto la última parte de la orden recibida. Al mismo tiempo resolvió irse desembarazando gradualmente de los nazis que lo rodeaban, y especialmente de Himmler.

El 2 de mayo, Dönitz trasladó su cuartel general desde Ploen a Flensburgo, en la frontera danesa. Con él, como miembro extraoficial del nuevo gobierno, marchó Albert Speer. Ahora que Hitler había muerto, Speer se sentía capaz de llevar a cabo el plan durante tanto tiempo proyectado, pero que no se resolvió a poner en práctica en vida del Führer. El día 3 de mayo el discurso, cuyo texto había depositado en Radio Hamburgo, fue leído por fin al pueblo alemán que, al cabo de muchos años de afirmaciones abstractas y grandilocuentes de la mitología política nacionalsocialista, oía la cuerda voz de un tecnócrata pidiéndole que no desesperase, que la desilusión no lo llevara a la apatía, sino que procurara librarse del hambre y la miseria conservando cuanto pudiera ser salvado del utillaje nacional. Debían comenzar a reconstruir los ferrocarriles, «en la medida que nos lo permita u ordene el enemigo»; tenían que continuar la producción industrial y el comercio; había que intensificar el trabajo agrícola y los productores de alimentos tendrían preferencia en el suministro de elementos esenciales para su labor. Si la «esencia biológica» del pueblo alemán había de salvarse, Speer exponía procedimientos mucho más prácticos para conseguirlo, que los virtuosismos políticos de Schellenberg.

Al mismo tiempo, Dönitz envió al almirante Von Friedeburg a entrevistarse con el mariscal de campo Montgomery para presentarle el primer ofrecimiento de rendición.

Himmler trasladó también su residencia a Flensburgo. [23] A despecho de todos los síntomas, que a un hombre un poco más sensible le hubiesen indicado sin posibilidad de error la proximidad del fin, se había recobrado de su momentánea depresión, y se sentía más lleno de confianza que nunca. No había disminuido la guardia que lo rodeaba constantemente; una serie de coches lo seguían dondequiera que fuese; altos oficiales de las SS formaban

el cuadro en torno de él; uno de ellos, Pruetzmann, antaño jefe de los infelices Werewolves, era en ese momento su oficial de enlace con Dönitz. En incautas conversaciones con sus indiscretos subordinados, Himmler aludió a sus ambiciones y proyectos: sería el primer ministro de la Alemania derrotada, bajo el mando de Dönitz; y quizá no estuviera siempre por debajo de Dönitz, porque este era viejo mientras que él tenía muchos años de vida y poder por delante. Por el momento, estaba impaciente por demostrar a Dönitz todo lo imprescindible de sus servicios, y pedía a sus amigos que hicieran ver al nuevo Führer, empleando este o aquel argumento, las ventajas de darle participación en el poder. Incluso se anticipó a la respuesta, presentándose sin ser invitado en las conferencias del estado mayor de Dönitz. No podía creer que no fuera deseada su participación, e incluso molestaba a los jefes de las SS, por su falta de sensibilidad con respecto a la situación.

El día 5 de mayo, Himmler celebró en Flensburgo la última conferencia con su estado mayor. Como anticuados dinosaurios, moviéndose torpemente en una edad geológica distinta de la suya, acudieron todos al cuartel general del antiguo Reichsführer: altos jerarcas de las SS, jefes de la policía, Obergruppenführer y Gruppenführer, dirigentes de unas organizaciones ya muertas, a los que únicamente les quedaban sus portentosos títulos, el recuerdo de una autoridad desvanecida, y una serie de absurdas ilusiones. Himmler entró en el salón donde lo esperaban sus seguidores, acompañado de una secretaria y un ayudante, y pronunció un discurso sobre la situación política. Señaló que había sido atacado por negociar con las potencias anglosajonas sin expresa autorización del difunto Führer —Ritter von Greim y Hanna Reitsch habían llegado a Schleswig-Holstein, descargando sobre él toda su iracunda retórica—, pero eso carecía de importancia ya. Afirmó que todavía existían posibilidades políticas, «aunque las posibilidades de que hablaba me hicieron estremecer», dice uno de sus oyentes. Himmler pretendía establecer una administración nazi «reformada» en Schleswig-Holstein, que podría llevar a cabo negociaciones de paz con las naciones occidentales como un gobierno independiente en su propio territorio. Luego entró en los detalles de la administración, en los detalles que tanto encantaban a aquella extraña mentalidad. Las oficinas centrales de las SS quedarían disueltas, y sus jefes formarían parte del estado mayor de Himmler como consejeros. El jefe de policía ordinaria, el Obergruppenführer Wuennenberg, tenía que

continuar ejerciendo sus funciones; los policías que actuasen en la zona del nuevo «gobierno» habían de ser cuidadosamente seleccionados. Concedió otras tareas y títulos a la mayor parte de sus subordinados. Con respecto a él, aseguró de una manera terminante que no pensaba suicidarse ni dejarse matar. Estaba lleno, por el contrario, de vitalidad y de planes para el porvenir. Todo lo que deseaba ahora era una entrevista con el mariscal de campo Montgomery. Tenía proyectos que implicaban que los vencedores respetaran su vida y su autoridad, que habría de seguir ejerciendo; estaba seguro de que sus proyectos se realizarían. Cuando terminó la reunión, hasta los jefes de las SS movían tristemente la cabeza al pensar en las absurdas ilusiones del Reichsführer.

Al día siguiente, las ilusiones comenzaron a desvanecerse. Dönitz escribió una carta a Himmler en la que le decía:

> Al ministro del Interior del Reich y Reichsführer de las SS, Himmler.
>
> Querido Herr ministro del Reich:
> En vista de la situación actual he decidido dispensarlo de su labor como ministro del Interior del Reich y miembro del gobierno del Reich, como comandante en jefe del ejército de reserva y como jefe de policía. Considero abolidos todos esos cargos. Le doy las gracias por los servicios que ha prestado al Reich. [24]

Cartas semejantes fueron dirigidas a Goebbels, cuya muerte no se conocía aún en Flensburgo; a Rosenberg, que todavía ostentaba el irónico título de ministro de los Territorios Ocupados en el Este, y al ministro nazi de Justicia, Thierack. Como Bormann no tenía puesto ministerial no necesitaba ser destituido. Dönitz estaba decidido a romper con el pasado y comenzaba por destituir a los nazis. A la semana de la muerte de Hitler, que desde su búnker subterráneo solo con la fuerza y terror de su nombre había prolongado artificialmente la existencia de todos ellos, el detritus del partido era barrido con toda facilidad. Dos días más tarde se firmaba en Reims la rendición incondicional, y el Reich milenario había concluido.

Todavía quedaba Himmler. Ya no era Reichsführer, ni alto sacerdote ni inquisidor, sino un hombre desorientado, irresoluto, ignorante, que lo había perdido todo y seguía negándose a ver la realidad, dando vueltas por Flensburgo, inquietando a todo el mundo y constituyendo un enigma para su propio estado mayor, que ahora no tenía ni objetivo ni finalidad. Todavía conservaba su aparatoso séquito: un estado mayor de ciento cincuenta hombres, una sección de radio y una escolta de cuatro coches blindados para protegerlo, pero no sabía para qué podía servirle ni qué hacer. A veces

preguntaba a sus amigos buscando consejo. ¿Debía suicidarse?, ¿rendirse?, ¿esconderse? Quizá alguno de los mariscales de campo nazis quisiera protegerlo; por ejemplo, Busch o Schoerner. Fue en busca de Busch, pero a los pocos días Busch lo había rechazado, y Schoerner estaba demasiado lejos para que pudiera correr a su lado. [25] Himmler no podía comprender que el respeto del que se vio rodeado cuando tenía el poder en sus manos, no se lo siguieran guardando en sus horas de debilidad. Un día volvió a desaparecer silenciosamente, pero volvió a aparecer. Escribió al mariscal de campo Montgomery y esperó ansiosamente la respuesta, pero no tuvo contestación. Ahora no tenía a su lado ni siquiera a Schellenberg para que lo tranquilizara con sus falsas ilusiones, porque este se había marchado a Suecia. Himmler preguntaba a diario por él; «pero Schellenberg —dice uno de sus subordinados— no pensaba volver. Había hecho demasiadas promesas a Himmler que no podría soñar en cumplir». Himmler buscaba alivio en la compañía del detestable Gebhardt, pero este, como todo el mundo en aquellos momentos, solo se preocupaba de la manera de salvarse él. Conviene añadir que naturalmente Schellenberg no atribuyó el fracaso de sus ingeniosos proyectos políticos a cualquier defecto en la forma de concebirlos o desarrollarlos; tenía un concepto demasiado elevado de sí mismo para llegar a tan desoladora conclusión. En Suecia, cuando volvía la vista atrás para examinar su definitivo fracaso, su juicio dejaba a salvo su amor propio al escribir: «Fue la indecisión del Reichsführer lo que destruyó todos nuestros planes».

El Reichsführer seguía indeciso. Durante quince días más continuó dando vueltas sin objetivo alguno en torno a los organismos administrativos de Flensburgo. Después, un día se marchó con su ayudante y su secretaria. Se había vestido de soldado raso, y para no ser reconocido se puso un parche sobre un ojo. Indeciso hasta el fin, no sabía ni adónde ir. Al fin se dirigió a uno de los puestos de control británicos. Allí, reconocido, desnudado para ser registrado, cuando los dedos de un médico se acercaban a su boca y su última posibilidad para determinar la forma de su muerte podía esfumarse, tomó al fin una decisión. Mordió la cápsula venenosa que llevaba escondida entre los dientes y murió en pocos segundos.

Fue una muerte adecuada, tan adecuada como el bárbaro funeral de Hitler y la silenciosa desaparición de Goebbels; adecuada para su carácter —porque era sucio e irresoluto— y adecuada a las funciones que ya no podría seguir ejerciendo. El terrible sacerdote de Hitler, a quien había

servido en el altar, interpretando los misterios y presidiendo los sacrificios humanos que exigía su culto, una vez que cayó en la duda se convirtió en una simple sombra errante, en un sacristán fantasmal soñando con la santa aureola que ya no podría contemplar. Ahora el dios mismo había perecido; el templo estaba en ruinas; los fieles se habían dispersado o convertido, y el suicidio del sacerdote es el final lógico de un capítulo de la historia. La historia de una tribu salvaje y de una primitiva superstición.

Epílogo

El propósito de la investigación que hizo que se escribiera este libro fue establecer los hechos relacionados con la muerte de Hitler e impedir la creación de un mito. La explotación a que el propio Hitler sometió a la mitología política ha tenido consecuencias demasiado terribles para el mundo como para que nadie pueda desear una repetición. Los hechos están ahora claros, y si el mito, como la verdad, depende de las pruebas, podemos considerarnos a salvo. Pero los mitos no son como las verdades: son el triunfo de la credulidad sobre la evidencia. La formación de un mito está, es cierto, condicionada exteriormente por los hechos; hay un mínimo de evidencia en la que ha de apoyarse, si quiere vivir; pero una vez satisfecho ese mínimo básico, el cerebro humano se considera en libertad para aceptar los mayores absurdos. Cuando consideramos sobre qué pruebas tan risibles han sido aceptadas por millones de seres las más ridículas creencias, hemos de vacilar antes de juzgar nada por anticipado como irrealizable o increíble.

Por esta razón, aunque los hechos quedan claramente expuestos en este libro, no me atrevo a profetizarle un éxito rotundo con respecto a su propósito original. Muchos hombres vieron morir a Nerón; pero al cabo de un año aparecieron varios falsos Nerones que fueron creídos. En la propia historia inglesa, no cabe duda de que los Príncipes fueron asesinados en la Torre de Londres, aunque hubo muchos que más tarde hallaron conveniente afirmar que seguían viviendo. Después de tan descorazonadores ejemplos, nos volvemos con una sensación de alivio hacia la historia del filósofo griego Empédocles quien, para conservar su reputación, se arrojó al cráter del Etna, confiando en que sus crédulos conciudadanos, recordando sus propias profecías, supusieran que había ascendido a los cielos. Pero los ciudadanos de Girgenti no llegaron a tal conclusión. Cuando encontraron una sandalia del profeta que casualmente arrojó el volcán, satisficieron su curiosidad sin recurrir a los milagros. Esta analogía es más esperanzadora; pero conviene añadir que los griegos de Sicilia, que tan certeramente se negaron a creer en lo imposible, se veían favorecidos por una educación

escéptica y un alto nivel de vida. Los alemanes han estado durante muchos años desprovistos de la primera, y tendrán desgraciadamente que renunciar al segundo por lo menos durante algún tiempo.

Sin embargo, yo creo que los hechos establecidos en este libro pertenecen a la categoría del innegable mínimo, sin el cual ni los más estrafalarios mitos pueden levantarse. Podrá resucitar el nazismo; pueden tornar las espumas de las majaderías de los nibelungos, cuyas emanaciones envenenaron la política alemana incluso antes de la aparición de Hitler; un nuevo partido puede levantar el mito de Hitler. Pero si es así, será siempre el mito de Hitler muerto, no de Hitler vivo. Este es quizá un consuelo muy pequeño, pero es todo lo que puede proporcionarnos la simple verdad. Impedir que se creen nuevos mitos políticos no es tarea del investigador histórico, sino de los políticos prácticos.

Dejando de lado, por este motivo, la peligrosa tarea de pretender profetizar y controlar el futuro, debemos considerar con toda serenidad las lecciones que se derivan de este extraordinario capítulo de la historia. Algunas de esas lecciones han sido expuestas en el curso del relato, pero quizá merezca la pena ordenarlas y resumirlas en este epílogo. Creo que nadie habrá leído esta narración de la vida en un manicomio, sin plantearse por lo menos dos preguntas, a las que espera se le dé contestación. Primero, ¿cómo estos hombres lograron alcanzar y conservar el poder? Y segundo, ¿cómo estuvieron cercanos a ganar la guerra? La primera de estas dos preguntas nos lleva de lleno a una amplia consideración sobre la naturaleza del poder dictatorial.

Thomas Carlyle sostuvo la teoría de que el poder debía ser confiado incondicionalmente a los grandes hombres, a los héroes leales consigo mismos, que no necesitaran responder de sus actos ante las instituciones o los prejuicios de los hombres inferiores. Pensaba que cuando una nación tiene la suerte de alumbrar a un gran hombre, no debía pretender poner límites a su grandeza, sino sentirse feliz dejándose llevar hacia delante. Esta doctrina sonaba armoniosamente en los oídos alemanes en una época de tristeza y derrota, cuando el pueblo germano desconfiaba de las instituciones políticas y de su propia capacidad para utilizarlas. Fue aceptada por Hitler, a quien hemos visto escuchando con egoísta complacencia la lectura de la *Historia de Federico el Grande* , de Carlyle, en el búnker de Berlín. Hitler, como Carlyle, creía en la «grandeza histórica», más importante para él que la felicidad o la supervivencia de un

pueblo, y se consideraba a sí mismo como un gran hombre —en lo cual seguramente no se equivocaba, porque es absurdo pretender que quien ha provocado tan profunda convulsión en el mundo sea un tipo vulgar—. Los alemanes lo recibieron como el Mesías a quien estaban esperando, y en las horas de su triunfo aparente le sacrificaron sus instituciones políticas, porque no creían en ellas, sino en el hombre.

Pero esta doctrina de Carlyle, que tan elocuentemente nos ilustra la historia del nazismo, descansa sobre dos premisas de muy dudosa validez: primera, que la «grandeza», o cualquier otra concepción igualmente abstracta, sea deseable, y, segunda, que el carácter humano permanezca invariable, porque a un gran hombre solo se le podría confiar el poder absoluto si continuara en todo momento siendo «grande». La doctrina opuesta es la sintetizada por lord Acton en su famoso aforismo: «El poder corrompe, y el poder absoluto corrompe absolutamente todo». Es la doctrina de que el poder no es simplemente la expresión efectiva de un carácter inmutable, sino que puede afectar y alterar el carácter que lo ejercita. La historia del nazismo nos indica que esta tesis es exacta.

En los primeros días del nazismo, Hitler demostraba un genio político que corremos graves riesgos de olvidar ahora, pero que convendría recordar en todo momento. Su objetivo final aparecía claro a los ojos de quienes no pretendían engañarse voluntariamente: anhelaba la destrucción de la civilización europea y su sustitución por un imperio bárbaro en la Europa central, la terrible hegemonía de un nuevo y más estable Gengis Kan. «Una nueva Edad Media —diría Churchill—, quizá más siniestra y prolongada que ninguna, gracias al empleo de una ciencia pervertida.» Pero una vez señalada la bestialidad de su ambición hemos de admitir que supo desarrollarla con auténtico genio político. Azuzó y explotó todos los impulsos crueles, las creencias irracionales, los prejuicios atávicos, los recuerdos y los temores de un pueblo frustrado; descubrió una nueva técnica de explotación, y la utilizó con habilidad y cálculo en su camino hacia fines remotos. Su propósito estaba claro, su política firme, sus procedimientos variables, capaces de adaptarse a cada momento, eficaces. Si los alemanes aspiraban a los mismos fines que él, y si la doctrina de Carlyle fuera correcta, pudieron suponer razonadamente (y así les ocurrió a muchos) que el Führer había encontrado el último secreto de la política, y

que las instituciones que limitaban o entorpecían el poder infalible del nuevo Leviatán, el dios mortal, eran simplemente los ídolos de una fe fracasada, dignos tan solo de un sacrificio inmediato.

Entre los años 1938 y 1941, Hitler obtuvo sus triunfos más espectaculares; cada uno de esos triunfos era recibido por el pueblo alemán con un nuevo sacrificio de gratitud, hasta que, en 1941, el propio Hitler dio por cierta su infalibilidad. Con sus ejércitos a pocos kilómetros de Moscú, considerándose el mayor genio militar de todos los tiempos, no creyó necesaria ya la habilidad política, aquella paciencia y flexibilidad con que actuó anteriormente y que era, después de todo, un reconocimiento de la posibilidad del error. En el otoño de 1941, cuando desmovilizó cuarenta divisiones y ordenó la reconversión de la industria que había de volver a su producción de paz; en diciembre de 1941, cuando declaró fanfarronamente la guerra a Estados Unidos, nueva víctima que añadiría mayores esplendores a su inevitable triunfo, estaba claro que no se hallaba dispuesto a reconocer en adelante que podía cometer ningún error. La habilidad política se consideraba innecesaria y fue descartada, y las instituciones que podían haberlo corregido, si se equivocaba, también habían sido descartadas.

Sin perder de vista nada de todo esto, debemos fijar nuestra mirada en los últimos días del nazismo descritos en este libro. En ellos veremos, al final, las consecuencias lógicas del sueño de Carlyle. Después del 20 de julio de 1944, la oposición del ejército, la última y única oposición existente en Alemania, fue aplastada. El poder de los nazis era tan absoluto, tan por completo habían sido destruidas todas las instituciones, su divorcio de las normas políticas tan rotundo, que podemos ver en el panorama que ofrecían un espectáculo sorprendente: una situación en la que los políticos, en lugar de ser representantes de unas fuerzas determinadas, se convirtieron en la expresión directa de un poder irresponsable.

Son obvias las consecuencias de tal irresponsabilidad. No es solo que los excesos personales de un único hombre, más o menos corrompido por el poder, no puedan ser contrarrestados por nadie, sino que la fórmula de Hitler «Dominio mundial o aniquilamiento» se convirtiera en la política de una nación, y que su espíritu destructor, al no poder actuar sobre el resto del mundo, se ensañara con la propia Alemania. Se producen consecuencias independientes de la personalidad. Aunque la dictadura es defendida algunas veces como eficaz, y en determinadas circunstancias en efecto

pueda serlo, la verdadera dictadura es por definición incondicional e, inherentemente, de una completa ineficacia. El poder irresponsable, que no se basa en instituciones responsables, no puede ser ejercido convenientemente centralizado ni siquiera por un dios mortal; tiende fatalmente a dividirse en imperios parciales, regidos por subordinados también irresponsables. Además, aunque se encuentre ese dios, como es mortal tiene necesariamente que morir; por ello el problema de la sucesión está siempre en pie. Los candidatos a la sucesión han de ser elegidos, por supuesto, entre aquellos que en el momento de la muerte de su predecesor, supieron conservar entre sus manos la mayor y más efectiva porción del poder. Incluso aquellos que no pueden aspirar a la sucesión, tienen que equiparse para sobrevivir bajo el imperio del sucesor. Detrás de la fachada de aparente unanimidad, todas las dictaduras son en buena parte centrífugas: la rigidez formal de una corte oculta una anarquía política, en la cual celosos feudatarios, con sus ejércitos particulares y su retención de los recursos públicos, están pactando en secreto, o a veces luchando abiertamente, por el fortalecimiento de sus respectivas posiciones o la conquista del poder. En realidad ni las cortes ni el feudalismo son buenos educadores de la inteligencia política, y ello determina, por regla general, el fracaso lamentable de los ambiciosos que en tales ambientes se mueven. Los sátrapas de Cromwell, después de una breve lucha, acabaron vendiéndose a una autoridad tradicional; los bonzos de Hitler conspiraron absurdamente por un trono al que no había posible sucesión. Las características de una dictadura moderna —su pretendida autosuficiencia, su deliberado aislamiento intelectual— reducen todavía más el desarrollo de la inteligencia política en ellas; conducen directamente al limbo político e intelectual, donde figuras como Goering, Goebbels y Himmler, con sus drogas y sus perfumes, su nihilismo y su misticismo, sus aduladores y sus astrólogos, pueden determinar la política a seguir, y nulidades como Ribbentrop, Schellenberg y Schwerin von Krosigk ser considerados expertos en asuntos internacionales. Hemos de recordar por fuerza a los parásitos del imperio romano de quienes escribió Juvenal, al hablar de las bromas de la Fortuna, que transformaba a los bufones de ayer en señores de vida y muerte de hoy, sin perjuicio de convertirlos mañana mismo en limpiadores de las letrinas públicas.

Y no es solo la inteligencia política lo que perece por la falta de crítica inherente a todo poder absoluto, porque también los progresos técnicos, por apolíticos que puedan parecernos, dependen en buena parte de la libre discusión, del enfrentamiento de teorías y métodos, cosa que rechaza siempre el patronato que las dictaduras cuidan mucho de ejercer. Ahora que conocemos todos los secretos alemanes, podemos ver con absoluta claridad cómo declinó la ciencia germana bajo el predominio de los nazis. Este relato nos muestra una de las causas de ese declinar, porque ¿cómo puede adelantar la medicina cuando la dirección de los estudios, la distribución de recursos, el juicio sobre los resultados y la recompensa al mérito verdadero está en manos de corrompidos charlatanes como Morell y Conti y los fanáticos chiflados de las SS? Incluso el hundimiento de la ciencia militar se advierte con facilidad. Hitler comenzó la guerra con un grupo de generales capaces, educados en la escuela de la mejor tradición militar del mundo; la terminó con un puñado de obedientes marionetas y con él mismo. Los historiadores militares del futuro probablemente tendrán algo que decir de Beck y Halder, de Manstein y Rundstedt; pero no malgastarán mucho tiempo para ocuparse de Keitel o Krebs, y ni siquiera de Kesselring y Schoerner. ¿Y qué dirán de Hitler mismo?

Se ha convertido en una costumbre reírse del genio estratégico de Hitler que fue, ciertamente, desastroso para Alemania; pero aquí también conviene observar no simplemente el final, sino las etapas que condujeron a él. A través del necio orgullo militar de los generales profesionales y de la cortina de humo del servilismo oficial, es posible advertir que el talento militar de Hitler no era totalmente despreciable. La extensión de sus conocimientos y su extraordinaria memoria para los detalles han tenido que ser admitidos por todos, aunque a veces un poco a regañadientes; su voluntad de poder, que al final destruyó Alemania, alcanzó a veces resultados que los generales profesionales consideraban prácticamente imposibles desde un punto de vista lógico, [1] y sus planes de operaciones merecen, cuando menos, el honor de la discusión y la controversia. [2] Pero ni el pensamiento ni los métodos de Hitler tenían fijeza alguna. Su intuición le hizo escoger, en materia política, a tipos de eficacia tan dispar como Ribbentrop y Speer, y en asuntos militares a Guderian y Keitel. Un genio tan poco seguro necesitaba de la corrección de la crítica y de la oposición de quienes pudieran tener opinión distinta de la suya; y fue precisamente la desaparición de la crítica, y no los errores inherentes a su pensamiento, lo

que hizo que al final la estrategia de Hitler resultara tan desastrosa como su política. Los que tenían acceso a las conferencias con su estado mayor durante los dos primeros años de la guerra, nos hablan de sus procedimientos más serenos, pacientes y comprensivos: Hitler permanecía sentado en silencio, solo planteando de vez en cuando alguna cuestión o dando su parecer sobre el tema, aprendiendo cuanto podía de los técnicos a quienes deseaba despreciar, pero temía en lo más íntimo. Gradualmente el triunfo fue engendrando la confianza; la propaganda de Goebbels y las adulaciones de Keitel le hicieron creer que tenía un poder infalible; a nadie se le permitía discutir los dogmas de su genio estratégico, [3] y ¡qué diferentes eran en los últimos meses las conferencias de su estado mayor! Hitler seguía allí, convertido en la figura central, en la autoridad decisiva; pero una muralla china lo separaba del mundo real. No escuchaba otras voces que los ecos de la suya, porque los cortesanos supervivientes tenían buen cuidado de no hablar de la verdad y ni siquiera se molestaban en conocerla. Hitler seguía interesándose por todos los detalles, moviendo ejércitos, regimientos y batallones, pero en un campo de batalla puramente imaginario. Así el Führer preparaba el imaginario ataque de Steiner o dirigía el ejército fantasma de Wenck.

Por ello, al leer el relato de los últimos días de Hitler, hemos de tener muy en cuenta que fueron sus últimos días, y muy distintos en muchos sentidos de los primeros; de otra forma desaprovecharíamos la lección política que se desprende de ellos. Sin embargo, debemos recordar también que lo ocurrido en estos últimos días estaba ya implícitamente contenido en su actuación de los comienzos. La mayoría de los dictadores de la historia han pasado por etapas semejantes. Dueños de un poder revolucionario, basado en una idea revolucionaria que puede representar en un momento dado la voluntad de un pueblo, lo transforman en un poder militarista a impulsos del triunfo; cuando las promesas revolucionarias han sido traicionadas y el éxito desaparece, solo les queda en las manos un poder desnudo, defendido con argucias políticas y a base de la policía secreta; pero como nada de esto resulta suficiente durante un espacio indefinido de tiempo, el sistema acaba hundiéndose o siendo arrollado. En teoría, naturalmente, el poder revolucionario puede llegar a ser respetable y tradicional, y desarrollarse de acuerdo con líneas ordenadas como ocurrió con el imperio romano; pero la mayoría de los dictadores modernos —

Cromwell, Napoleón, Hitler, Mussolini, etc.— siguen el otro camino. Yo creo que es la ineficacia final de los poderes dictatoriales lo que impide que su éxito perdure por mucho tiempo.

Estas observaciones quizá sirvan de respuesta a la primera pregunta de cómo el poder llegó a manos de tales hombres; pero la respuesta misma nos lleva a una nueva cuestión. Si estas son las lógicas consecuencias de la separación del poder de las instituciones que debieran contenerlo, ¿qué fuerzas determinan, en un mundo práctico y no siempre lógico, que esas consecuencias lógicas se produzcan? ¿Por qué no se produjo una revuelta efectiva o una oposición decisiva en Alemania una vez que se vio claramente que desde un punto de vista lógico eran inevitables? Es cierto que las instituciones de resistencia habían sido sacrificadas y que en el mundo moderno todas las ventajas están de parte del gobierno; es verdad que Goebbels procuraba sostener el entusiasmo de los alemanes hablándoles de milagros y de regímenes milenarios, de armas secretas y de sorpresas diplomáticas; es cierto, también, que la dictadura mata la inteligencia política tanto en los gobernados como en los gobernantes. Pero los hombres no son autómatas ciegos; hay en ellos un residuo, por pequeño que sea, de sentido común, y no son solo las víctimas, sino también los agentes de los que gobiernan. En tales condiciones, la sumisión incondicional de ochenta millones de seres a un loco que los lleva clara y deliberadamente a un desastre, exige y necesita una explicación.

Se ha dicho a veces que la insistencia de los aliados en exigir una «rendición incondicional» aterraba a los alemanes induciéndolos a seguir obedeciendo al Führer; pero si tal afirmación implica que en caso contrario hubieran podido levantarse contra él, yo creo que no responde a la verdad. De aquellos alemanes que preferían el gobierno de los nazis a la rendición incondicional, ¿cuántos hubieran sido lanzados a la rebelión por una promesa de moderación hecha por los aliados? Las condiciones solo pueden concertarse con quien tiene poder para aceptarlas y pactar; en caso contrario no son condiciones, sino promesas, ¿y qué alemán se dejaría influir por promesas tras doce años de propaganda del doctor Goebbels? De quienes tenían en sus manos algún poder, acaso los jefes del ejército estuvieran dispuestos a una negociación; pero la condición previa de la destrucción del ejército alemán, les hubiera parecido tan mala como una rendición incondicional; mas lo efectivo es que ni siquiera el ejército defendió la posibilidad de una paz. En cuanto a la «oposición democrática» inventada

por periodistas imaginativos, fue algo tan fantástico como el centauro o el hipogrifo. No hay duda de que muchos alemanes murmuraban ocultamente contra el régimen nazi, y se nos han presentado después como enemigos suyos; pero en tiempos de guerra las negociaciones solo pueden llevarse a cabo con fuerzas políticas efectivas y no con sombras murmurantes. ¿Cuántos de esos «demócratas» llegaron a presentar un programa o se acercaron a los aliados con propuestas concretas? Tan solo aparecieron algunos aristócratas aislados, unos militares destituidos y clérigos asustados. ¿Podríamos tener en ellos más confianza que en Schellenberg o Schwerin von Krosigk? Si hemos de comprender la docilidad del pueblo alemán, tendremos que buscar una explicación distinta, y al encontrarla hallaremos, acaso, la más descorazonadora de las características alemanas: la desconfianza en la política.

Al aislar de esta manera las características alemanas no debemos caer, naturalmente, en el error del racismo. Las características alemanas no provienen de la sangre o del clima de dicho pueblo, sino de la manera de pensar y de las tradiciones de gobierno a las que los germanos están acostumbrados. La historia de Alemania se caracteriza por una serie de fracasos políticos tan continuados que han llegado a convertirse en tradición, en la tradición de que ese fracaso es total y absolutamente inevitable. ¿Quién ha triunfado entre los políticos alemanes?, podría preguntarse un alemán, y su respuesta lógica sería que Federico el Grande y Bismarck; es decir, los hombres de hierro. Por otro lado, ¿qué movimiento liberal o popular ha triunfado en Alemania? ¿Los liberales románticos de 1815-1830, lanzando baladronadas en las universidades provinciales? ¿Los abogados y hombres de negocios de 1848, teorizando solemnemente en Frankfurt? ¿La República de Weimar, silenciosamente destruida desde dentro por Brüning, y luego barrida por los nazis, sin la sombra de una resistencia revolucionaria? Con tantos y tales recuerdos es fácil convencer a los alemanes de que, cualesquiera que sean los regímenes que puedan triunfar en otros países, en el suyo solo la fuerza tiene éxito. Es cierto que el káiser había fracasado, pero al menos tuvo una serie de éxitos, a diferencia de la República de Weimar, que no alcanzó ninguno, y quizá solo fracasó por razones puramente técnicas: su política personal, no sus principios fundamentales. Este era, por lo menos, el punto de vista de Hitler, cuando hablaba de «los tontos de 1914-1918» y prometía tener mayor éxito. Ahora vemos que Hitler fracasó de manera más catastrófica. Pero hubo un

momento en que estuvo a punto de triunfar; y si más tarde los gobiernos «liberales» fracasan, es posible que los alemanes vuelvan la mirada no al desastroso final de Hitler, sino a su transitoria prosperidad y a lo cercano que estuvo de conseguir la victoria.

Esta constante tradición del fracaso de los políticos en Alemania ha tenido otras consecuencias, además de la desesperanza en la razón, y la creencia en la eficacia de la fuerza. Y una de ellas es la conversión de la política en un misterio. Si tan pocos alemanes han conseguido triunfar en la política, un alemán puede decir que está claro que la política se encuentra por encima del alcance y la capacidad de los hombres corrientes, que son mucho más provechosos en tareas comerciales, agrícolas, industriales o militares. El ruedo político queda así vacío, y cualquier charlatán que afirma comprender los misterios políticos puede entrar y probar suerte. La política alemana se ha movido casi siempre en medio del vacío. El pueblo ha concentrado su entusiasmo en la industria y en el ejército, dejando la dirección del ejército y de la industria, tanto en la guerra como en la paz, en manos de los aventureros que han ocupado la despreciada escena política. Para tranquilizar sus conciencias, los alemanes han inventado consoladoras filosofías: la filosofía del marxismo, según la cual todas las políticas no son sino inmateriales reflejos de las relaciones sociales, y la filosofía de los tecnócratas, para quienes la política no tiene la menor importancia. En esta guerra hemos visto con claridad cuán falsas son ambas filosofías, ya que durante ellas la enloquecida política de una dictadura, no solo controló la industria y el ejército, sino que los empleó erróneamente, empujándolos hacia el desastre final. La respuesta a la pregunta de por qué los nazis estuvieron tan cercanos a ganar la guerra, debe ser, por lo tanto, que jamás estuvieron a punto de ganarla ellos. Los que estuvieron próximos a triunfar fueron la industria y el ejército alemanes, a los cuales al principio, en los tiempos en que todavía se creía necesaria la habilidad política, utilizó y dejó actuar la dictadura. La guerra se perdió por un irrefrenable desarrollo de la dictadura, al que el pueblo alemán dio su consentimiento, incluso al final, impulsado por una fatal tradición política.

Cuán fatal era esa tradición resalta claramente de una historia personal contada en este libro. En estas páginas que muestran especies tan variadas de la corrupción y de la locura humanas, una sola figura permanece en pie en un extraordinario aislamiento. Cualesquiera que sean los errores de juicio y la neutralidad de conciencia que le permitieron adquirir y conservar

la amistad personal del más sangriento tirano de la historia moderna, es indudable que Albert Speer estaba moral e intelectualmente solo en la corte de Hitler. Tuvo la inteligencia precisa para comprender la fuerza de la política y el valor para resistir las órdenes de su señor, a quien todos los demás proclamaban irresistible. Como administrador fue, indudablemente, un genio. Miraba al resto de la corte con un digno desprecio. Sus anhelos eran pacifistas y constructivos: deseaba reconstruir Berlín y Núremberg y había planeado «sin un coste superior al de dos meses de guerra inútil» (como afirmó tristemente desde el banquillo de los acusados de Núremberg) convertirlas en las mayores ciudades del mundo. No obstante, en un sentido político, Speer es el auténtico criminal de la Alemania nazi, porque él, más que ningún otro, representaba esa fatal filosofía tecnocrática que tuvo responsabilidad primordial en el desastre de Alemania, y que estuvo a punto de hundir al mundo entero. Durante diez años estuvo en el mismo centro del poder político; su clara inteligencia diagnosticó la naturaleza y observó las transformaciones del nazismo; vio y analizó las personalidades reunidas a su alrededor; oyó sus órdenes vergonzosas y sangrientas y comprendió el alcance y las consecuencias de sus fantásticas ambiciones, pero no hizo nada por impedirlo. Suponiendo que la política no tenía importancia, se hizo a un lado y se dedicó a construir carreteras, puentes y fábricas, hasta que surgieron a la luz las consecuencias lógicas de un gobierno de locos. Al final, cuando esas consecuencias amenazaron destruir toda su labor, Speer aceptó la lección y pretendió actuar. Pero ya era demasiado tarde: Alemania había sido destruida.

Notas sobre las fuentes de información

Incluimos a continuación una lista de las principales fuentes personales de información (excluyendo los documentos capturados al enemigo), sobre las que se basa el precedente relato:

a) Personalidades de la corte de Hitler

1. *Speer (Albert)* . Ministro de Armamentos y de Producción de Guerra del Reich. En una serie de interrogatorios y declaraciones, Speer nos ha dado la información más completa y objetiva sobre este punto concreto. Es también una autoridad valiosa acerca de su propia política de oposición a los planes de Hitler sobre «tierra quemada», un tema en el que sus afirmaciones han sido ratificadas y confirmadas por otras fuentes subsidiarias de información, especialmente las de Karl Kaufmann, Gauleiter de Hamburgo, y Karl Koller (véase n.º 20), y sobre los incidentes desarrollados en el búnker de Hitler con ocasión de sus últimas visitas de los días 20, 23 y 24 de abril de 1945. El propio Speer dio detalles más amplios en el curso de su defensa durante el proceso de Núremberg. El Tribunal Militar Internacional lo condenó a veinte años de cárcel.

2. *Schwerin von Krosigk (conde Lutz)* . Ministro de Finanzas del Reich. El diario de Krosigk, escrito pensando en la historia, recoge episodios que el autor consideraba trascendentales durante el período comprendido entre el 15 de abril y el 5 de mayo de 1945. En 1949 fue condenado a diez años de cárcel.

Hay numerosas fuentes de información complementarias sobre este tema, que han sido utilizadas para cuestiones de detalle.

b) Relaciones de Hitler con los jefes del ejército

3. *Halder (Generaloberst Franz)* . Anteriormente (hasta 1942) jefe del estado mayor general del ejército. Halder ha hecho relatos completos detallados y objetivos sobre las relaciones entre Hitler y los generales, el desarrollo del OKW, etc. Estos relatos han sido complementados con datos procedentes de las declaraciones de otros generales, incluyendo entre ellos al mariscal de campo Wilhelm Keitel (n.º 31), quien creía en el genio estratégico de Hitler, y otros muchos más que no creían.

c) Salud física y personalidad de Hitler

Los doctores mencionados a continuación han sido interrogados sobre la salud y las condiciones físicas de Hitler, así como sobre otros asuntos personales:

4. *Brandt (doctor Karl)* . Cirujano del estado mayor de Hitler (*Begleitarzt*) hasta octubre de 1944. Condenado y ejecutado en 1947.

5. *Von Eicken (profesor)* . Especialista de garganta, nariz y oídos. Asistió a Hitler en 1935 y de nuevo después del 20 de julio de 1944.

6. *Giesing (doctor Erwin)* . Especialista de garganta, nariz y oído. Cuidó de Hitler tras el atentado del 20 de julio de 1944.

7. *Von Hasselbach (doctor Hans Karl)* . Cirujano, delegado de Brandt hasta octubre de 1944.

8. *Morell (profesor Theodor)* . Médico personal (*Leibarzt*) de Hitler, a quien vio por última vez el 22 de abril de 1945. Murió en 1948.

d) Himmler y su séquito

9. *Schellenberg (Walter)* . Brigadeführer de las SS, Jefe de la RSHA, Amt VI (Servicio de Inteligencia Exterior). Aunque nominalmente subordinado de Kaltenbrunner, Schellenberg mantenía relaciones directas con Himmler, lo que le convierte en una valiosa fuente de información. Mientras se encontraba en Suecia, entre el fin de las hostilidades y su rendición al SHAEF, Schellenberg recogió en un cuidadoso diario los acontecimientos del último mes de la guerra. También ha sido minuciosamente interrogado. Condenado a seis años de cárcel en 1949, murió en 1952.

10. *Gebhardt (profesor Karl)* . SS Obergruppenführer. Médico personal y consejero de Himmler. Condenado y ejecutado en 1947.

11. *Brandt (doctor Rudolf)* . SS Standartenführer. Secretario de Himmler. Condenado y ejecutado en 1947.

12. *Grothmann (Werner)* . Ayudante militar de Himmler.

13. *Berger (Gottlob)* . SS Obergruppenführer. Jefe de la SS Hauptamt y Kriegsgefangenenwesen. Condenado a veinticinco años de cárcel en 1949.

14. *Ohlendorf (Otto)* . SS Obergruppenführer. Jefe del RSHA, Amt III (Servicio de Seguridad) y alto funcionario del Ministerio de Finanzas. Condenado y ejecutado en 1948.

15. *Von Woyrsch (Udo)* . SS Obergruppenführer y general de la policía.

16. *Von Herff (Maximilian*). SS Obergruppenführer y general de las Waffen SS. Jefe del Personalhauptamt.

17. *Juettner (Max)* . SS Obergruppenführer. Jefe de la SS Führungshauptamt.

18. *Kaltenbrunner (Ernst)* . SS Obergruppenführer. Jefe del RSHA. Kaltenbrunner se encontraba en el sur de Alemania a la muerte de Hitler y por tanto su testimonio no es muy relevante en este aspecto; pero ha sido interrogado cuidadosamente y sus manifestaciones arrojan luz sobre muchas otras cuestiones.

De los arriba mencionados, los números 10, 14, 15 y 16 estuvieron con Himmler en Schleswig-Holstein durante los últimos días; los números 11 y 12 se hallaban con él cuando fue capturado. El libro del conde Bernadotte *The Fall of the Curtain* contiene alguna información, pero se trata de un observador superficial y en general sus informes tienen poco valor.

e) La destitución de Goering

19. *Goering (Hermann)* . Mariscal del Reich. Condenado por el Tribunal Militar Internacional, se suicidó en 1946.

20. *Koller (Karl)* . General de la Luftwaffe. Jefe del estado mayor de la Luftwaffe. El diario de Koller, que abarca el período comprendido entre el 16 de abril y el 9 de mayo de 1943, es un relato detallado de gran valor, no solo con relación a la destitución de Goering (en la cual tuvo un papel decisivo), sino respecto a otros muchos episodios. Koller estuvo con el OKW en Fuerstenberg y en comunicación telefónica regular con el búnker. También recibió el 8 de mayo, y consignó, un relato hecho por Ritter von Greim de los acontecimientos producidos durante su estancia en el búnker (26-29 de abril).

21. *Lammers (Hans Heinrich)* . Jefe de la cancillería. Lammers estuvo presente en la conferencia de Goering del 23 de abril y ha hecho declaraciones y entregado documentos con respecto a dicho episodio.

A estos cabe añadir que Speer (n.º 1) fue testigo presencial de ciertos acontecimientos producidos en el búnker en relación con este asunto y que Kaltenbrunner (n.º 18) ha dado cuenta de una conversación celebrada con el SS Obersturmbannführer Franz, que tomó parte en la conferencia de Goering y que más tarde fue responsable de su detención.

f) Acontecimientos en el búnker (22 de abril a 1 de mayo de 1945)

22. *Axmann (Artur)* . Jefe de las Juventudes Hitlerianas. Axmann visitó el búnker en diversas ocasiones. Acudió el 30 de abril de 1945 y examinó los cadáveres de Hitler y Eva Braun. Participó en la huida del 1 de mayo y afirma haber visto los cadáveres de Bormann y Stumpfegger.

23. *Von Below (Nicolaus)* . Coronel de la Luftwaffe. Agregado de guerra de la Luftwaffe en el cuartel general del Führer. Estuvo en el búnker hasta la medianoche del 29 al 30 de abril. Firmó como testigo el testamento personal de Hitler.

24. *Boldt (Gerhardt)* . Rittmeister, ayudante del general Krebs (Jefe del estado mayor general del ejército). Salió del búnker el 29 de abril.

25. *Christian (Eckard)* . General de la Luftwaffe. Jefe de la Luftwaffenführungsstab. Estuvo en el búnker hasta la noche del 22 al 23 de abril; luego con el OKW en Fuerstenberg. Tuvo contacto telefónico con el búnker y con Ritter von Greim, durante la estancia de este en el refugio de Berlín.

26. *Christian (Gerda) (de soltera Daranowski)* . Mujer del número 25. Secretaria de Hitler. Abandonó el búnker el 1 de mayo.

27. *Freytag von Loringhoven (comandante barón)* . Ayudante del general Krebs. Salió del búnker el 29 de abril.

28. *Johannmeier (comandante Willi)* . Agregado de la Wehrmacht al cuartel general del Führer, como ayudante del general Burgdorf. Salió del búnker el 29 de abril, llevando una copia del testamento de Hitler destinada al mariscal de campo Schoerner.

29. *Junge (Gertrud)* . Secretaria de Hitler. Dejó el búnker el 1 de mayo.

30. *Karnau (Hermann)* . Revieroberwachtmeister. Guarda del Servicio de Seguridad Dienststelle I, de centinela en el búnker. Presenció la cremación de los cuerpos de Hitler y Eva Braun.

31. *Keitel (Generalfeldmarschall Wilhelm)* . Jefe del OKW. En el búnker diariamente hasta el 23 de abril; luego con el OKW en Krampnitz y Fuerstenberg. Condenado por el Tribunal Militar Internacional y ejecutado en 1946.

32. *Kempka (Erich)* . SS Sturmbannführer. Chófer personal de Hitler y oficial de transportes. Tomó parte en la cremación de los cuerpos de Hitler y Eva Braun. Salió del búnker el 1 de mayo.

33. *Krueger (Else)* . Secretaria de Bormann. Salió del búnker el 1 de mayo.

34. *Lorenz (Heinz)* . Empleado del Deutsche Nachrichtenbüro, trabajando en el Ministerio de Propaganda; informó frecuentemente a los moradores del búnker y salió de él el 29 de abril llevando copias de los testamentos personal y político de Hitler y el Apéndice de Goebbels, para ser guardados en Múnich.

35. *Mansfeld (Erich)* . SS Hauptscharführer. Guardia del Servicio de Seguridad Dienststelle I, de servicio en el búnker. Testigo de la cremación de los cadáveres de Hitler y Eva Braun. Abandonó el búnker el 1 de mayo.

36. *Müller (Willi Otto)* . Sastre, residente en la cancillería del Reich. Fue testigo de algunos episodios de interés.

37. *Matthiesing (Heinz)* . Asistente de Von Below (n.º 23), a quien acompañó en su salida de Berlín el 29 de abril.

38. *Poppen (Hilco)* . Guardia del Servicio de Seguridad Dienststelle I, de servicio en el búnker, de donde salió el 1 de mayo.

39. *Reitsch (Hanna)* . Piloto de pruebas y compañera de Ritter von Greim. En el búnker entre el 26 y el 29 de abril.

40. *Schwaegermann (Guenther)* . Hauptsturmführer de las SS. Ayudante de Goebbels. Estuvo en el búnker del 22 de abril al 1 de mayo. Quemó los cuerpos de Goebbels, su mujer y sus hijos.

41. *Von Varo (baronesa)* . Visitante fortuita del búnker hasta el 1 de mayo. Asistió a la primera despedida de Hitler a las 2.30 de la madrugada del 29 de abril.

42. *Zander (Wilhelm)* . Standartenführer de las SS. Ayudante de Martin Bormann. Partió del búnker el 29 de abril, llevando copias de los testamentos personal y político de Hitler y el certificado de matrimonio de

Hitler y Eva Braun, con destino al almirante Dönitz.

Notas

1 . Esta información, según se expuso en el informe final del proceso penal contra Martin Bormann (4 de abril de 1973) llevado a cabo por la Fiscalía del estado de Frankfurt, aparece como apéndice del libro *Der Sekretär* , 1977, de Jochen von Lang.

2 . Hugo Manfred Beer, *Moskaus As im Kampf der Geheimdienste* , Pähl, 1983.

3 . El mito de que el material de la «red Lucy» procedente de «Werther» fue suministrado por el servicio secreto británico gracias a la información interceptada por radio, empezó como una simple conjetura por parte de Malcolm Muggeridge en 1967. A partir de 1974, el mito fue creciendo gracias a otros escritores cuando el secreto de *Ultra* fue descubierto por F. W. Winterbotham. También ha sido aceptado por el antiguo oficial de la KGB Pavel Sudoplatov: véase su libro *Special Tasks* (1994), pp. 140-145. Pero en realidad hay muchas objeciones a esta teoría. Los autores del informe de la CIA titulado *The Rote Kapelle* (Washington D.C., 1979) tenían sus sospechas acerca de los oficiales antinazis, sobre todo de algunos que formaban parte del Abwehr, como Hans Oster e incluso el mismo Canaris. Esto explicaría muy bien el intento de Canaris de hacer recaer las sospechas en el odiado nazi Bormann; pero ¿habrían colaborado los oficiales conservadores en la victoria rusa? El escritor alemán mejor situado para estudiar la cuestión es Wilhelm Ritter von Schramm, que sirvió en la Wehrmachtführungsstab en el cuartel general del Führer entre 1943 y 1945. En esa época, sospechó del teniente Wilhelm Scheidt, que se ocupaba de la historia oficial de la guerra; pero cuando escribió su libro *Verrat im Dritten Reich* (Düsseldorf, 1967), dejó de lado esa teoría: «Ich war in dieser Hinsicht selbst auf der falschen Spur» (p. 333). Schramm rehusó incluso considerar a Bormann, quien no tenía acceso a las reuniones militares: «Politische und militärische Konferenzen fanden getrennt statt». Su conclusión fue que «Werther» no debió de ser una persona, sino una categoría de informaciones procedentes de diversas fuentes; lo cual puede ser cierto, pero deja sin respuesta la cuestión principal.

4 . Esta publicación parcial de 1992 lleva el título *Martin Bormann Agent Sovietskoi Razbedki* (Martin Bormann, agente del espionaje soviético), y fue impresa por la editorial Otechestvo, utilizada por la KGB.

5 . En su libro, Tartakovski afirma haber descubierto la tumba de Bormann en un cementerio de Moscú y cita la inscripción de la lápida: «Martin Bormann 1900-1970». Desgraciadamente, cuando más tarde se le preguntó a este respecto no fue capaz de mostrarnos la tumba, y tampoco aparecía registrada en los archivos del cementerio.

1 . La confusión y especulación generadas por la desaparición de Hitler durante estos meses fue examinada en detalle por Donald M. McKale, *Hitler, the Survival Myth* , Nueva York, 1987. (*Nota del autor* , 1995)

2 . Por lo menos, eso afirmó cuando lo interrogaron en 1945. En sus *Memoirs* , recuerda haber visto a Hitler en una ocasión posterior.

3 . Véase el texto de este telegrama en «Gran almirante Dönitz:»..

4 . Karl Koller, *Der letzte Monat* , Mannheim, 1949.

5 . El texto del informe facilitado a la prensa puede verse en William L. Shirer, *End of a Berlin Diary* , Nueva York, 1947. También apareció resumido en los periódicos británicos y norteamericanos del 2 de noviembre de 1945.

6 . En el informe del 1 de noviembre de 1945, fechaba la celebración del matrimonio, a falta de pruebas definitivas, la *tarde* del 29 de abril. Las pruebas obtenidas posteriormente demostraban que en realidad tuvo lugar la *mañana* del 29 de abril. En el informe también acepté la declaración de Gebhardt conforme había visitado el búnker «entre el 23 y el 24 de abril». Nuevas evidencias me convencieron de que no era posible, y más tarde, tras interrogar nuevamente a Gebhardt, establecí que su visita fue el 22 de abril tal como advertí en mi libro.

7 . Véase el texto de este documento en «El Führer me ha ordenado que si la defensa...».

8 . En mayo de 1956, Guensche fue liberado y trasladado a la Alemania Occidental; pero sus declaraciones a la prensa no hicieron más que confirmar lo que yo ya había escrito.

9 . Fue publicado en inglés, en *News of the World* , 23 de octubre de 1955-1 de enero de 1956, y en alemán, en *Revue* (Múnich, 26 de noviembre de 1955-11 de febrero de 1956.

10 . Algunos periódicos, por ejemplo *The Observer* , 9 de octubre de 1955) y el *Manchester Guardian* , 10 de octubre de 1955, informaron de que Baur había presenciado el suicidio de Hitler. Fue un malentendido y el propio Baur lo desmintió.

11 . No obstante, Kempka se ha obstinado en describir una y otra vez la «muerte» de Bormann en este incidente en su libro *Ich habe Adolf Hitler verbrannt* , Múnich, 1950.

12 . *Der Bund* , Berna, 17 de febrero de 1953.

13 . Desde que escribí esto, la historia de Axmann ha sido confirmada por el descubrimiento e identificación del cadáver de Bormann. Véase Prólogo, (*Nota del autor* , 1995)

14 . El relato oficial de este encuentro, publicado por el teniente coronel Trojanowski en el periódico del Ejército Rojo *Red Star* entre otros, hace constar que Krebs vio a Chuikov. Otro relato más detallado, publicado en el periódico de Düsseldorf *Der Fortschritt* el 19 de mayo de 1955, afirma que vio a Zhúkov. Según este último relato, basado en los informes de prisioneros liberados que probablemente lo sabían por Krebs a su regreso a la cancillería, el encuentro fue amistoso: Krebs fue invitado a un vaso de vodka e interrogado acerca de los acontecimientos en el búnker.

15 . Al parecer, Krebs se suicidó en el búnker. Al menos así informó el general Weidling a los rusos cuando fue capturado, y así lo notificaron ellos el 9 de junio de 1945, a pesar de que Stalin seguía diciendo en Moscú que Krebs estaba vivo y oculto en algún lugar.

16 . Mengershausen sigue sin estar dispuesto a facilitar el nombre del autor de este documento, de lo cual deduzco que sigue vivo. De los que siguen con vida, Guensche es probablemente el mejor informado. Pero existen otros testigos que podrían haber proporcionado a los rusos suficiente material, al menos de segunda mano.

17 . La precisión de estas declaraciones sobre la dentadura de Hitler se ve confirmada por las radiografías de su cabeza hechas en septiembre de 1944 (cuando Hitler estuvo en manos de su médico a consecuencia del atentado del 20 de julio de 1944) y halladas entre los archivos del médico personal de Hitler, doctor Morell. Agradezco a D. S. Hayton Williams el que me explicara el significado de estas radiografías.

18 . *The Times* , 9 de julio de 1945 (declaración del doctor Bruck); *Süddeutsche Zeitung* , 30 de diciembre de 1953 (declaración de Fräulein Liselott Spalcke).

19 . *Süddeutsche Zeitung* , 30 de diciembre de 1953; la declaración de Mengershausen, y *The Times* , 14 de octubre de 1954. Otro dentista que tuvo la desgracia de que se lo relacionara con la dentadura de Hitler, y en consecuencia pasó diez años en Rusia, fue el doctor Helmut Kunz. Véase *Süddeutsche Zeitung* , 21 de octubre de 1953.

20 . *Das Bild* , 26 de enero de 1956.

21 . Los rusos obtuvieron al menos tres identificaciones positivas del cadáver de Goebbels. La primera el 2 de mayo a cargo de Hans Fritzsche; otra alrededor del 20 de mayo por Wilhelm Exkhold, el oficial encargado de la seguridad personal de Goebbels; y la tercera a finales de mayo, según lo descrito anteriormente, por Mengershausen.

22 . Resulta interesante observar que cuando Artur Axmann fue interrogado en 1946, dijo que había dado por supuesto que Hitler, al pegarse un tiro en la boca, habría destrozado sus accesorios dentales, porque de lo contrario resultaba inconcebible que los rusos hubieran identificado su cadáver gracias a estos accesorios. De hecho ahora sabemos que no sufrieron ningún daño y fueron identificados. En cualquier caso es difícil suponer que pudiera haber alguna duda por aquel entonces.

23 . La declaración de los rusos, según se publicó en *The Times* el 7 de junio de 1945, contiene algunas inexactitudes menores; pero era de esperar ya que fue relatada de segunda mano por los miembros del alto mando del general Eisenhower a su regreso a París.

24 . La declaración de Zhúkov fue publicada en el *Pravda* , el 10 de junio de 1945; y en inglés en el *Soviet War News* , el 11 de junio de 1945.

25 . Según escribió el *Sunday Express* al día siguiente de la declaración de Zhúkov, el 10 de junio de 1945, «estas declaraciones de los rusos van a generar de nuevo la inquietud por toda Europa». Y así fue.

26 . *The Times* , 16 de junio de 1945.

27 . *Ibid* ., 8 y 13 de octubre de 1945.

28 . *Pravda* , 2 de mayo de 1945.

29 . Robert E. Sherwood, *The White House Papers* , Londres, 1949, p. 880.

30 . Robert E. Sherwood, *The White House Papers* , p. 902.

31 . James F. Byrnes, *Speaking Frankly* , Nueva York, 1947, p. 68.

32 . William D. Leahy, *I Was There*, Londres, 1950, p. 463.

33 . James F. Byrnes, *loc. cit* .

34 . Resulta interesante observar la similitud entre la opinión de Stalin y lo que el coronel general Berzarin describió como «mi opinión», es decir, que Hitler se había refugiado con Franco. Parece poco probable que Berzarin, militar apolítico, se hubiera aventurado a expresar una opinión personal en un asunto tan «político».

35 . Hay muchos indicios que demuestran que Stalin estaba decidido a desacreditar a Zhúkov. Por ejemplo, en Rusia se volvió a escribir la historia de la guerra de tal modo que el papel de Zhúkov quedara reducido o eliminado. Véase Isaac Deutscher, *Stalin* , 1949, pp. 483n y 562.

36 . Por ejemplo, los aliados occidentales obtuvieron numerosos historiales de los médicos de Hitler, incluidas radiografías de la cabeza, que hubieran sido concluyentes en la identificación del cráneo.

37 . Es preciso recordar que en esa época Stalin exigía el derrocamiento de Franco para completar la victoria sobre el fascismo. En palabras del *Pravda* , en un artículo titulado «El general Franco, agente de Hitler» (6 de julio de 1945), «En interés de la paz y la seguridad europeas es preciso destruir cuanto antes el semillero fascista en la península Ibérica».

38 . Según un artículo de M. Anzhaparidze y V. Tsirgiladze publicado en *Iskusstvo Kino*, 1950, n.º 4, el guion de *La caída de Berlín* se completó en mayo de 1948, después de ocho revisiones, y el rodaje empezó en enero de 1949.

39 . No se sabe con precisión cuándo llegaron a Rusia los cadáveres. Los rusos dieron a entender a Baur que todavía estaban en Berlín en el verano de 1946 y solo más tarde los trasladaron a Rusia; pero esta podría haber sido la interpretación de Baur. O tal vez los cadáveres fueran llevados temporalmente a Berlín junto con el grupo de la cancillería del Reich (véase más adelante). Vassilki habría insinuado que se trasladaron en el verano de 1945, y esto parece una suposición razonable. Es probable que todas las pruebas –incluidos los cadáveres– se trasladaran conjuntamente.

40 . Para un relato completo de este incidente, véase *Der Fortschritt* , Düsseldorf, 5 de mayo de 1955.

41 . El relato de este antiguo prisionero (cuya identidad nunca ha sido revelada) fue publicado en *Revue* , Múnich, 11 de febrero de 1956.

42 . En 1952 se quiso conseguir una declaración legal de la muerte de Hitler para establecer la propiedad legal del gobierno austríaco sobre una pintura confiscada de Vermeer, *El artista en su estudio* , que Hitler había comprado al conde Jaromir Czernin-Morzin en 1940. Después de la disputa por la competencia entre los tribunales (*Amtsgerichte*) de Berchtesgaden y Berlín-Schöneberg, que se decidió en favor del primero en julio de 1955, el victorioso tribunal de Berchtesgaden aplazó en octubre de 1955 el certificado de defunción definitivo hasta que todos los prisioneros alemanes hubieran regresado de Rusia.

43 . *News of the World* , 23 de octubre de 1955.

44 . Esta teoría explicaría cualquier rastro de veneno que los rusos hubieran podido encontrar en su cadáver. Pero soy escéptico a este respecto. Incluso para los rusos el agujero de bala en la cabeza de Hitler tendría que haber sido más evidente que cualquier rastro de veneno en su cadáver. Y dado que ni siquiera mencionaron el agujero de bala, ¿por qué deberíamos creer sus afirmaciones acerca del veneno?

45 . El recién liberado Guensche también declara ahora que Hitler se pegó un tiro.

46 . *Hitler Directs His War* , Nueva York, 1950, pp. 17-22.

47 . *Hitler's Table Talk*, 1953, p. 316.

48 . Rudolf Semler, *Goebbels, the Man Next to Hitler* , 1947, p. 188.

1 . El consejo de ministros del Reich, si bien existió en teoría, no tuvo ninguna trascendencia real y nunca se reunió. Lammers, la lumbrera constitucional nazi, declaró en Núremberg que en una ocasión intentó reunir de modo informal a los miembros del consejo, para tomar unas cervezas; pero Hitler prohibió un experimento a su parecer tan peligroso.

2 . Algunos de los contrastes entre la teoría de Hitler, tal como la expuso en *Mein Kampf* , y la forma en que actuó durante la guerra son señalados más adelante, especialmente en las páginas 107, 108, 111-112 y 119.

3 . *Mein Kampf* , capítulo XIV. Todas las citas del *Mein Kampf* se refieren a la 45.ª edición, publicada en dos volúmenes en 1938.

4 . *Hitler Speaks* , capítulo III. (Las arengas de Darré en tiempo de guerra confirman plenamente las afirmaciones de Rauschning.)

5 . Véase más adelante.

6 . Compárense sus alocuciones citadas más adelante.

7 . *Mein Kampf* , p. 249.

8 . En un discurso ante el Reichstag, después de la liquidación de Roehm y sus partidarios el 30 de junio de 1934, Hitler condenó a aquellos que veían en la revolución un fin en sí misma; pero fue una condena táctica, impuesta por el ascendiente temporal que el ejército tenía sobre él.

9 . El relato de este complot abortado, revelado primero por Halder y más tarde confirmado por otros generales (Müller-Hildebrandt, por ejemplo), ha sido aceptado como auténtico por las autoridades aliadas.

10 . *Mein Kampf* , p. 736.

11 . Halder, que fue testigo presencial, ha descrito la escena cuando Hitler, «enfurecido, ya no era un ser racional... Echaba espuma por la boca y me amenazaba con los puños. No era posible ninguna discusión razonable». El departamento disuelto era el OKW Wirtschafts und Rüstungsamt, dirigido por el general Thomas. Speer también describe el incidente.

12 . Esta frase, según Halder, fue repetida en infinidad de ocasiones por Hitler, y la idea se convirtió en una monomanía para él.

13 . El OKW (Oberkommando der Wehrmacht), en sus orígenes un comité coordinador de las tres ramas de las fuerzas armadas, fue gradualmente transformado por Hitler en un instrumento de control político, utilizado esencialmente para imponer su voluntad al OKH o estado mayor del ejército, el reducto más fuerte de la oposición militar. He traducido OKW como mando general combinado, porque esto da una idea más aproximada de sus funciones bajo Hitler que una traducción literal. Keitel era jefe del OKW; Jodl, jefe de OKW Führungsstab (mando de operaciones).

14 . Keitel dijo en Núremberg que «todo soldado profesional confirmaría sin vacilaciones que las dotes de mando y estrategia de Hitler causaban admiración. Muchas noches de guerra las pasábamos en su cuartel general estudiando los tratados militares de Moltke, Schlieffen y Clausewitz, y su asombroso conocimiento no solo de los ejércitos, sino de las armadas del mundo entero, denotaban su genio». Lejos de ser el jefe del OKW (es decir, Keitel), quien aconsejaba a Hitler, era este quien le aconsejaba a él (declaración del 5 de abril de 1946). Es cierto que Hitler tenía una asombrosa memoria para todos los detalles de tipo militar, pero es difícil sostener que esto constituya verdadero genio estratégico. Un juicio mucho más exacto es el de Halder, que afirma que Hitler mostraba una extraordinaria comprensión para los detalles técnicos y una gran capacidad para las generalizaciones, pero que casi todas las decisiones de la estrategia han de asentarse en la zona intermedia entre ambas categorías, y en este punto Hitler fallaba.

15 . La guerra de los Diadocos fue la lucha entre los sucesores de Alejandro Magno.

16 . Una anécdota contada por Rauschning tiene cierta dramática ironía. Hess acababa de triunfar en una competición aérea, y Hitler exclamó: «Debe abandonar estas cosas en el futuro. Tiene otras tareas más importantes que hacer» (*Hitler Speaks* , p. 18).

17 . Son muy raras las fotografías de Bormann.

18 . El conde Bernadotte refiere algunas de dichas bromas en su libro *The Fall of the Curtain* , 1945.

19 . En lo que ha sido calificado como «uno de los más monstruosos documentos que se hayan redactado jamás», Himmler declaró: «Nosotros, los alemanes, que somos el único pueblo del mundo que adopta una actitud decente con respecto a los animales, también adoptaremos una actitud decente con respecto a estos animales humanos [se refería a las mujeres checas y rusas], pero sería un crimen contra nuestra sangre pretender ahorrar la suya o proporcionarles ideales de ninguna clase». (Núremberg, documento 1919-PS). Según Kersten, Himmler odiaba la caza, a la que calificaba de «asesinato a sangre fría de animales inocentes e indefensos», y en cierta ocasión le dijo: «Ese condenado sabueso de Goering se dedica a matar animales. Imagine, Herr Kersten, a un pobre ciervo pastando tranquilamente, cuando de repente aparece un cazador con su escopeta y dispara al pobre animal... ¿Encontraría placer en esto?» (declaración de Kersten en el Rijksinstitut voor Oorlogsdokumentatie, Ámsterdam). En realidad Goering rechazaría la acusación de crueldad: defendía la opinión ortodoxa de que los animales disfrutaban siendo cazados; y en nombre de ellos erigió un monumento a su propia persona en Karinhall, como señal de agradecimiento de los animales del Reich a su protector.

20 . El departamento en cuestión era el RSHA, es decir, el Reichssicherheitshauptamt, Amt vii.

21 . El Freundeskreis des RFSS era un grupo de financieros místicos, encabezados por un tal Wilhelm Keppler (véase la nota «24. El industrial fue Wilhem Keppler...»), que formaron un círculo «selecto» bajo dicho nombre.

22 . En Núremberg la magnífica colección de cráneos humanos reunidos en el Ahnenerbe fue objeto de una detallada descripción. Himmler celebró la guerra con Rusia, entre otras razones porque le permitiría enriquecer su colección con ejemplares de cráneos de aquel tipo subhumano que denominaba «comisario judeo-bolchevique» y dio instrucciones concretas para que los comisarios fueran asesinados sin dañar sus cráneos. (Carta del doctor Wolfram Sievers, jefe de Ahnenerbe, al secretario de Himmler, Brandt, leída en Núremberg el 8 de agosto de 1946.)

23 . Era la secta llamada Bibelforscher, el equivalente alemán de los testigos de Jehová. Su destino más común era acabar recluidos en campos de concentración. Kersten, el masajista, intercedió por ellos, como hizo por muchas de las víctimas de Himmler, y este respondió con esta fantástica idea (declaraciones de Kersten y Schellenberg).

24 . Declaraciones de Himmler citadas en Núremberg, *The Times* , 15 de febrero de 1946. La escena durante la cual Hitler, Goering, Keitel y Rosenberg «cortaron el gigantesco pastel» en el cuartel general del Führer en julio de 1941 fue descrita por Bormann, en un documento citado por *The Times* , 18 de diciembre de 1945.

25 . La presentación de Canaris como «una personalidad de gran inteligencia» y del Abwehr como «una organización espiritual», según pretendió uno de sus miembros, el coronel Lahousen, en la declaración prestada en Núremberg el 30 de noviembre de 1945, no se corresponde con la realidad. El Abwehr puede presentar algunos mártires, pero no santos, ni intelectuales.

26 . Ernst Kaltenbrunner sucedió a Heydrich como jefe del RSHA y era nominalmente superior de Schellenberg, aunque el acceso directo de este último a Himmler reducía mucho los términos de dicha subordinación. Otto Ohlendorf era dirigente del RSHA, Amt III (también llamado SD o Sicherheitsdienst) y al mismo tiempo Staatssekretär del Ministerio de Economía del Reich.

27 . Los motivos que inducían a Schellenberg a salvar estas vidas eran, desde luego, puramente oportunistas, porque era demasiado «realista» para creer en bobadas humanitarias. Como explicó a un amigo, el exterminio de los judíos habría sido una labor de excepcional trascendencia de haberse llevado a cabo por completo; pero, puesto que las dos terceras partes de los judíos estaban fuera de su alcance, dicha política «era peor que un crimen; era una locura». («Da aber nur ein Drittel in unserer Hand war, die übrigen aber ausserhalb unseres Machtbereiches lebten, sei die Art der Behandlung der Juden schlimmer als ein Verbrechen, es sei eine Dummheit gewesen», escribe Schwerin von Krosigk en su diario con fecha 15 de abril de 1945.)

28 . Hitler consideró seriamente el proyecto de construir un muro en Oriente y habló de él a menudo; por ejemplo, en una carta a Mussolini del 25 de marzo de 1943. Véase Ulbrich von Hassell, *Vom andern Deutschland* , p. 276.

29 . Es preciso señalar que los hombres del complot del 20 de julio, Beck, Tresckow, Olbricht, Stauffenberg y otros pocos oficiales del estado mayor, constituían un grupo extremista entre los enemigos del gobierno nazi, y no estaban apoyados por otros numerosos grupos de cuya ineficaz oposición se ha hablado bastante. Si Stauffenberg hubiera tenido éxito al pretender matar a Hitler, los otros grupos habrían aceptado sin vacilaciones su dirección; el fracaso, aterrándolos y acentuando la hostilidad entre ellos, dio tiempo y oportunidad al gobierno para actuar con rapidez y acabar con todos. El castigo que cayó sobre ellos por igual les ha dado una apariencia de unidad de propósitos y política que nunca habían tenido. Así los grupos civiles de Goerdeler y Von Trott zu Solz aparecían separados del grupo militar, que a su vez estaba también subdividido. Rommel, por ejemplo, aunque de acuerdo con las finalidades del complot, parece haberse mostrado sinceramente indignado por los procedimientos de Stauffenberg.

30 . El general Wilhelm Burgdorf era jefe Personabteilung OKH y ayudante de la Wehrmacht en el cuartel general del Führer. Coincidía plenamente con los puntos de vista de Hitler, Bormann y Goebbels.

31 . El lector que persista en la lectura hasta la página 125 sabrá algunas cosas más con respecto a dichas píldoras.

32 . Por Eugene Dollmann, el alto mando de las SS y jefe de policía en Italia, que acompañaba a Mussolini.

33 . Schwerin von Krosigk, citado en la página 161.

34 . Fue estrangulado lentamente hasta morir en el campo de concentración de Flossenburg el 9 de abril de 1945.

35 . Este relato de la muerte de Rommel ha sido facilitado por Jodl y Keitel, y confirmado por otras diversas fuentes. Véase Hans Speidel, *Invasion 1944* , Tubinga, 1949.

36 . En realidad parece poco probable que Himmler tuviera conocimiento previo del complot, si bien es seguro que algunos de los que lo rodeaban, especialmente Schellenberg, lo conocían en líneas generales, y aunque Schellenberg se cuidó mucho de hablar del asunto a Himmler, este tuvo sobrada oportunidad de saber que algunos de sus subordinados estaban coqueteando con la oposición. Otro de los subordinados de Himmler que aseguró haber conocido el complot fue Ohlendorf.

37 . Los delegados regionales de Himmler en Alemania y en los países ocupados eran los Hoeherer SS und Polizei Führer.

38 . Goering ha hecho un relato semejante. Es preciso señalar que el conflicto entre Himmler y Bormann no era únicamente una cuestión de personalidades y jurisdicciones; también era un conflicto entre el partido y las SS. Los miembros de las SS, por su carácter más fanático, eran asimismo más desinteresados, en general, que los del partido, y sentían un odio profundo hacia la corrupción de sus oficiales. En esto se basaban muchos de los proyectos de las SS de sustituir a Hitler por Himmler. La misma oposición reconoció este hecho. Véase Hassell, *Vom andern Deutschland* , p. 178.

39 . *Mein Kampf* , p. 231.

1 . Rauschning, *Hitler Speaks* , 1939, pp. 15 y 125.

2 . El general Wenck era comandante en jefe del Duodécimo Ejército alemán, que luchaba en las márgenes del Elba. Este ejército tuvo cierta importancia en el final del nazismo.

3 . Los hechos consignados en este párrafo han sido señalados independientemente por Ohlendorf y Schellenberg. En Núremberg, tanto Speer como Fritzsche dijeron que creían que los Werewolves estaban controlados por Bormann –es decir, que en Berlín había un grupo que usurpó el nombre y pretendió controlar el movimiento–, aunque Fritzsche añadió que Bormann tenía por encima de él a un Obergruppenführer, cuyo nombre había olvidado, es decir, Pruetzmann. En realidad, Pruetzmann fue siempre responsable ante Himmler y dirigió el movimiento hasta el final.

4 . Rauschning, *Hitler Speaks* , p. 274.

5 . Rauschning, *Hitler Speaks* , p. 125.

6 . *Ibid* ., p. 15.

7 . Aunque es improbable que Hitler hubiese leído a estos siniestros filósofos, hay muchas y sorprendentes similitudes entre los principios de unos y otro. La afirmación de Pareto de que el arte de gobernar consiste en «aprovecharse de los resentimientos, no malgastando esfuerzos en una vana tentativa por destrozarlos» (*Tratado de Sociología General*), guarda una extraña semejanza con alguna observación de Hitler ya citada; y la teoría de Hitler (*Mein Kampf* , p. 759) de que un pueblo o una clase que una vez se ha sometido a una amenaza ya permanece sometido por siempre, es exactamente una afirmación de Sorel. Goebbels reivindicó la elaboración nazi de la teoría de Sorel acerca del mito como una de sus contribuciones decisivas al movimiento (véase Semler, *Goebbels* , pp. 56-58).

8 . En *Mein Kampf* (p. 198), Hitler ataca a los propagandistas del káiser por presentar a sus enemigos como despreciables. Sus «garantías» de que Alemania no volvería a sostener una guerra en dos frentes están en la memoria de todos.

9 . Speer. Citado en la declaración de Himmler, más adelante, en la página 147.

10 . El servilismo de la corte de Hitler forma un violento contraste con los ideales del *Mein Kampf* (p. 259), donde denuncia como «sepultureros de la monarquía» a los aduladores que rodeaban al káiser, cuando un hombre honrado tendría «que reprender y aconsejar seriamente a Su Majestad en persona».

11 . Hitler consideró siempre Linz como su ciudad natal. Véase más adelante.

12 . *Documents concerning German-Polish relations* , p. 128.

13 . Cuando visité el refugio de la cancillería, en septiembre de 1945, el cuarto de Goebbels estaba todavía lleno de libros sobre la construcción de teatros de ópera.

14 . Von Hasselbach es descrito en estos términos por sus interrogadores y por los doctores Giesing y Brandt (véase más adelante) quienes añaden que Von Hasselbach era «probablemente una de las pocas personas relacionadas con Hitler que no se dejó hechizar por él».

15 . Este ayudante fue Brückner, y el incidente el mismo que condujo a la designación de Brandt.

16 . Este relato de Speer coincide casi por completo con otro presentado por Heinz Lorenz. La firma de Hitler puede verse en su testamento (véase «Última página del testamento político de Hitler...»).

17 . Esta opinión fue sostenida por varios doctores que no habían tenido relación directa con Hitler (por ejemplo De Crinis; véase más adelante); pero es una interpretación que no fue excluida por Brandt.

18 . Este discurso forma otro violento contraste con lo que se dice en el *Mein Kampf* . Allí Hitler habla (p. 304) con un profundo desprecio de la estúpida propaganda que pretendía ganar simpatías para el káiser, haciendo conmovedores relatos de sus largas horas de trabajo y sus frugales comidas. «Nadie le regateaba ni un poco más de comida ni las horas de necesario descanso [...]. La leyenda inventada por la propaganda lo ayudó muy poco y le perjudicó mucho.»

19 . En las fotografías de Hitler saludando a Mussolini después del atentado pudo observarse que le tendía la mano izquierda.

20 . Los hechos relatados en este párrafo han sido descritos por Keitel y Von Eicken.

21 . Giesing era un especialista de garganta, nariz y oídos, pero tenía competencia en otras ramas de la medicina. Sus interrogadores lo consideraron un médico competente que había examinado a Hitler con mucho mayor cuidado que sus doctores personales.

22 . En la receta aparecen como *Extr. Nux Vom.; extr. Bellad. A.a.0.5; extr. Gent. 1.a* .

23 . La caída de Brandt pudo tener otros motivos que el incidente profesional que la precipitó. Según Speer, «por una razón incomprensible» Bormann era un enemigo declarado de Brandt. En opinión de Schellenberg todo el asunto formaba parte de «una elaborada trama» en la que estaban implicadas Eva Braun y su hermana. (Para una información más detallada acerca de estas intrigas, véase A. Zoller, *Hitler Privat* , Düsseldorf, 1949, pp. 62-65; *The Bormann Letters* , 1954, *passim* . [*Nota del autor* , 1956])

24 . El industrial fue Wilhelm Keppler, anteriormente mencionado (véase nota «21. Giesing era un especialista...»). Keppler fue enviado por Hitler como uno de sus representantes a la Conferencia Económica Mundial de Londres en 1933. Preguntado acerca de Hitler por un conocido inglés, contestó: « Der Führer hat eine Antenne direkt zum lieben Gott» .

25 . *Hitler Speaks* , p. 23.

26 . *Hitler Speaks* , p. 26.

27 . *Ibid* ., p. 140.

1 . El Reichsleiter Robert Ley, jefe del frente obrero alemán, es recordado sobre todo como patrocinador del movimiento «Fuerza a través de la diversión». Al parecer aspiraba a un milenio de diversión sin límites para el proletariado; pero su habitual estado de embriaguez hacía que la exposición pública de sus ideas fuera casi siempre confusa. No tenía ninguna ambición política y su papel se reducía a ser un simple adulador de Hitler, quien el 28 de marzo lo puso al mando de un ineficaz grupo de partisanos denominado Freikorps Adolf Hitler. Ley no permaneció en Berlín. Fue capturado por las fuerzas aliadas en el sur de Alemania y se las ingenió para suicidarse mientras esperaba a ser juzgado en Núremberg.

2 . Los detalles del plan de Speer han sido ampliamente confirmados por Dietrich Stahl, jefe del Comité Principal para las Municiones (*Hauptausschuss Munition*) del ministerio de Speer.

3 . En su primera declaración, Speer atribuía su fracaso a su experiencia en el frente del Rin; en Núremberg habló únicamente del obstáculo técnico. En general, en su testimonio de Núremberg insistió mucho menos que en sus primeras declaraciones acerca de su dependencia personal de Hitler; pero esto no basta para creer que aquellas declaraciones no eran consecuentes o que una de las dos versiones sea falsa.

4 . Esta carta, en la cual Speer recuerda a Hitler su conversación del 18 de marzo, es auténtica, y fue utilizada como prueba en Núremberg. Es un documento notable, que muestra la extraordinaria libertad que Speer (y ningún otro) podía utilizar en sus relaciones con Hitler. El relato que damos de dicha entrevista está tomado de la carta mencionada.

5 . Wulff publicó el relato de sus experiencias como astrólogo de la corte de Himmler (*Tierkreis und Hakenkreuz* , Gütersloh, 1968, traducida al inglés como *Zodiac and Swastika* , Nueva York, 1973). La disputa por la influencia entre el astrólogo y el masajista es francamente divertida. (*Nota del autor* , 1995)

6 . Folke Bernadotte, *The Fall of the Curtain* (p. 20 de la edición inglesa de 1945). El conde Bernadotte mantuvo cuatro conversaciones con Himmler los días 19 de febrero, 2, 21 y 23-24 de abril. Las dos últimas entrevistas se describen más adelante. Fue en la conversación del 2 de abril en la que Himmler dio su interesante, pero sobrecargada descripción, de los jefes nazis: Hitler casi ocupado exclusivamente en el estudio de planes arquitectónicos para reconstruir las ciudades alemanas; Goering tomando cocaína, envuelto en una toga y pintándose las uñas de rojo.

7 . Schellenberg alude a uno de los actos de despecho más ultrajantes de Hitler con respecto a su ejército. El Leibstandarte Adolf Hitler era un regimiento de las Waffen SS, que en aquella época estaba combatiendo en el Alto Danubio, como parte del Sexto ejército Panzer de las SS, bajo el mando del gánster favorito del Führer, Sepp Dietrich. El LAH recibió orden de atacar de acuerdo con los planes estratégicos de Hitler; pero debido a un error en la predicción del tiempo, se señaló para el ataque un día que llovía torrencialmente. Los planes de Hitler eran considerados sagrados, y el ataque se realizó; el resultado fue una espantosa carnicería. Cuando Hitler fue informado del fracaso se indignó con el LAH y ordenó que todos sus miembros fueran despojados de sus brazaletes como castigo. Los soldados, indignados, se arrancaron sus condecoraciones, que enviaron a Hitler, por mediación de Himmler, en un orinal de hojalata. También le enviaron un brazo, con su brazalete incluido, de uno de los camaradas muertos en combate. La orden de Hitler no fue anulada. Sin embargo, los soldados no perdonaron nunca a Himmler ni a Sepp Dietrich que, aunque injuriados por el gesto del Führer, no fueron capaces de hacerle comprender la sinrazón de su actitud.

8 . Se trata de Rudolf Brandt, secretario de Himmler, que no debe confundirse con el doctor Karl Brandt, antiguo cirujano de Hitler.

9 . En enero de 1945, Lammers (jefe de la cancillería del Reich) preguntó a Bormann si Hitler estaría dispuesto a reconsiderar el tema de la sucesión puesto que Goering había caído en el descrédito. Bormann replicó: «Si la cuestión no hubiera sido decidida hace años, no creo que el Führer nombrase ahora al mariscal del Reich; pero me temo que no quiera modificar el nombramiento, una vez que está hecho. Dejemos por el momento este tema» (declaración de Lammers).

10 . Ni siquiera la misteriosa Olga, cuyo nombre fue descubierto en la puerta de la habitación «inmediata al cuarto destinado a Hitler», en el cuartel general provisional del OKW de Ohrdruf, en Turingia. Cuando se conquistó Ohrdruf, periodistas imaginativos especularon mucho respecto a Olga, a su belleza, a su influencia sobre Hitler y a las relaciones entre ambos. Desgraciadamente, jamás existió esa Olga. «Olga» era simplemente el nombre convenido del cuartel general de Ohrdruf, que, por otro lado, no fue visitado jamás por Hitler.

11 . Schwerin von Krosigk no cita correctamente a Carlyle. El ministro a quien escribió Federico fue el conde d’Argenson.

12 . Frau Inge Haberzettel, que trabajaba en la misma habitación que la secretaria de Goebbels, Fräulein Hildebrandt. Le agradezco estos datos a Leslie Randall, corresponsal del *Evening Standard* .

13 . Tanto Steengracht, empleado del Ministerio de Asuntos Exteriores que declaró en favor de Ribbentrop en Núremberg, como Speer se han referido al júbilo de Goebbels al conocer la noticia de la muerte de Roosevelt. En el diario de Semler (*Goebbels* , pp. 191-192) se encuentra un relato minucioso de este mismo incidente, que confirma los detalles aquí mencionados. Es preciso resaltar que, casi con toda seguridad, el propio Goebbels no creía en la astrología de la que tan a menudo se servía. «Los tiempos locos exigen medidas locas», comentó a Semler bajar en otra ocasión similar (*ibid* ., p. 124). No solo los nazis confiaban en las estrellas para proteger al Tercer Reich; la oposición, por su parte, también recurría a ellas para acabar con los nazis. Véanse las opiniones del presidente del Senado Kameke en el diario de Ulrich von Hassell (*Vom andern Deutschland* , pp. 53, 107, 140 y 152). Es una lástima que la ciencia de la astrología decepcionara *a todos* sus partidarios.

14 . Schwerin von Krosigk. Véase Semler, *Goebbels* , pp. 119-123.

15 . Datos de Speer y Schwerin von Krosigk. El conde Bernadotte, en *The Fall of the Curtain* , p. 18, indica también que en la primavera de 1945, aparentemente «gozaba Ribbentrop aún de la confianza y el apoyo de Hitler».

16 . Como intermediario actuó Ottfried Dewitz, subordinado de Schellenberg.

17 . Seldte había sido anteriormente jefe del Stahlhelm (Casco de acero). Como Schwerin von Krosigk, llevaba mucho tiempo en la administración del país, ya que era Reichsarbeitminister desde 1933.

1 . Véase más adelante el plano del búnker o refugio de la cancillería.

2 . El 20 de julio de 1944, Hitler cayó en los brazos de Keitel (véase el relato en «Con todo, la conspiración estuvo bien planeada...»).

3 . La rendición incondicional de todos los ejércitos alemanes de Italia fue negociada por el sucesor de Kesselring, general Vietinghoff y el general de las SS Wolff; pero los primeros pasos fueron dados por Kesselring antes de su relevo. A Kesselring y Schoerner se los llamaba, generalmente, «los mariscales de Hitler».

4 . El título que ostentaba Christian era jefe de la Luftwaffenführungsstab. Tanto Koller como Christian han proporcionado amplia información de los acontecimientos en que participaron.

5 . El relato de Speer con respecto a su política, está confirmado por Koller y por Karl Kaufmann, Gauleiter de Hamburgo.

6 . He basado este relato en las primeras declaraciones de Speer. En Núremberg, un año más tarde, su versión difería ligeramente: afirmaba que había aplazado la difusión por radio del discurso hasta la muerte de Hitler, debido tan solo a la petición de los militares presentes, que se veían forzados a pedírselo obligados por su juramento de fidelidad al Führer.

7 . Las principales fuentes de información sobre la conferencia del 22 de abril son Keitel, Jodl, Christian, Freytag von Loringhoven, Lorenz, Herrgesell, Von Below y Fräulein Krueger. Sus posibilidades de conocer lo ocurrido son diversas, y sus relatos no tienen siempre la debida coherencia; pero puedo declarar con satisfacción que los hechos consignados en mi narración son exactos.

8 . Christian, citado por Koller. Al ser interrogado varios meses después, su relato seguía siendo confuso.

9 . Parece indudable que en esta época Hitler hablaba de la posibilidad de negociar con el enemigo. Las versiones de Jodl (dada verbalmente a Koller pocas horas después de la escena) y de Keitel (facilitada en un interrogatorio a que fue sometido varios meses después), hablan explícitamente de la posible necesidad de las negociaciones y de lo adecuado de Goering para dicha tarea. Algo parecido dijo Hitler a Speer el día 23 de abril (citado más adelante en la página 197).

10 . Estas palabras están tomadas del relato de Jodl. La versión de Keitel contiene la misma afirmación de que podían pedir órdenes a Goering, añadiendo a continuación: «Creo que también dijo: “Bueno, Goering es mucho mejor para estas cosas: puede entenderse mejor con los del otro lado”, o algo por el estilo».

11 . Aunque los principales servicios habían sido o estaban siendo evacuados a Baviera, y toda la organización debía estar lo más reunida posible, conforme el propio Hitler conviniera, la negativa final de Hitler obligaba a Keitel y a Jodl a mantener un reducido estado mayor del OKW en la zona norte, desde donde pudieran permanecer en contacto con él. Este cuartel general estuvo primero en Krampnitz, en los alrededores del oeste de Berlín, y luego en Fuerstenberg, cerca de Mecklemburgo. Por último se reunió con el estado mayor de Dönitz en Ploen y se trasladó con él a su última capital, Flensburgo.

12 . En el puesto del profesor Grawitz, que se había suicidado en Berlín.

13 . Las oficinas estaban en la Douglasstrasse.

14 . Una alusión al fracaso de Steiner y de Sepp Dietrich, ambos generales de las SS.

15 . El relato hecho por Berger de sus actividades en aquellos días se caracteriza por una locuacidad a veces un poco incongruente. Sus declaraciones han sido confrontadas cuidadosamente con las hechas por Gebhardt y Grothmann; sin embargo, el relato de sus conversaciones con Hitler y Himmler, que se basan únicamente en su testimonio, lo hacemos con ciertas reservas.

16 . Como ayudante de Hitler en nombre de la Luftwaffe, Von Below estaba encargado, naturalmente, de las relaciones entre Goering y el Führer.

17 . Marchó bajo el mando del comandante de las SS, Obersturmbannführer Persch, ya que Fegelein llegó tarde para ponerse a su cabeza.

18 . El conde Bernadotte (*The Fall of the Curtain* , p. 22) consigna la afirmación terminante de que Hitler solo viviría unos días, que Himmler le ofreció la rendición, y que (antes de la llegada de Himmler) Schellenberg hizo lo mismo. Este debe de ser un lapsus de memoria. Schellenberg no conocía lo ocurrido en Berlín, y él mismo reconoce que tuvo las primeras indicaciones por las palabras pronunciadas por Himmler en presencia de Bernadotte.

19 . Christian y Keitel confirman las observaciones de Speer a este respecto.

20 . Declarado por Koller el 8 de mayo de 1945 y confirmado por Hanna Reitsch (véase más adelante).

21 . Este telegrama fue visto y leído por Karnau; el texto facilitado por él fue reconocido como auténtico por Zander.

22 . Afirmaciones de Koller el 27 de abril de 1945: «Jodl confirma de nuevo cuanto me dijo aquella noche» (es decir, la noche del 22 al 23 de abril).

23 . Casi todos los oficiales de la Luftwaffe afirman que Goering tuvo personalmente la culpa de su fracaso.

1 . Había alrededor de mil miembros de las Juventudes Hitlerianas luchando en Berlín. Su principal tarea era defender los puentes del Wannsee en previsión de la llegada del ejército de socorro de Wenck. El puesto de mando de Axmann estuvo en el 86 de Kaiserdamm hasta el 26 de abril, y desde entonces hasta el día 30, en un sótano de la cancillería del partido en el 64 de la Wilhelmstrasse.

2 . Fueron Schwaegermann, Frau Christian, Frau Junge, Zander, Fräulein Krueger, Freytag von Loringhoven, Boldt, Below, Johannmeier, Axmann y Lorenz. Los testigos suplementarios fueron el chófer Erich Kempka, los guardias Karnau, Mansfeld y Poppen, el asistente Matthiesing, la visitante fortuita baronesa Von Varo y el sastre Müller. Para más detalles, véanse «Notas sobre las fuentes de información».

3 . Ritter von Greim tenía el mando de la Luftflotte 6 cuyo cuartel general estaba establecido en Múnich. Greim se suicidó tras ser capturado el 24 de junio de 1945; pero hay amplios relatos de sus actividades en los diarios de Koller y Schwerin von Krosigk, y en las declaraciones del general Christian y de Hanna Reitsch.

4 . Koller envió a Hitler un informe completo por medio de Greim, y Greim se lo entregó al Führer. Sin embargo, este continuó criticando al mariscal, y, cuando Greim y Reitsch se reunieron con Koller el 8 de mayo de 1945 en Zell am See, «atacaron al mariscal del Reich dirigiéndole los peores insultos». Greim sostenía que había que fusilar a Goering, y Reitsch pedía a Koller que no intentara defenderlo.

5 . En *News Chronicle* los días 28, 29 y 31 de diciembre de 1945; *Cornhill Magazine* (invierno de 1946); William L. Shirer, *End of a Berlin Diary* ; y varios periódicos norteamericanos y alemanes.

6 . El informe del interrogatorio a Hanna Reitsch no se ha utilizado sin indicación explícita.

7 . En realidad, el telegrama de Goering hablaba de las diez de la noche.

8 . Los pasajes más intensos de este relato han sido desmentidos por Hanna Reitsch, pero sí lo ha confirmado en líneas generales. Como ha hecho Koller al citar a Greim.

9 . El hecho de que fuesen derribados todos los aviones enviados a recogerlos se deduce de una lectura cuidadosa del relato de Hanna Reitsch, y ha sido declarado así de una manera explícita por el general Christian. La afirmación de Reitsch de que un avión que logró aterrizar en Berlín el 27 de abril volvió de vacío, porque ella y Greim deseaban quedarse en el búnker, está en contradicción con las manifestaciones de Christian y Koller que tenían la responsabilidad de enviar los aviones de socorro. Koller cita una conversación telefónica con Greim el 27 de abril, en la cual este lo apremió para que mandasen algún aeroplano para sacarlo de Berlín.

10 . Burgdorf bailó con Bormann en una fiesta celebrada en Rastenburg, en el curso de la cual cometió muchas indiscreciones. Todo el mundo coincide al hablar de su inmoderada afición por la bebida.

11 . Walter Hewel había seguido la ideología nazi desde su más temprana juventud. Siendo todavía un muchacho participó en el *putsch* de Múnich de 1923 y, al igual que Hitler, fue encarcelado en la fortaleza de Landsberg. Tras su liberación trabajó como oficinista en una compañía comercial inglesa en las Indias Orientales holandesas. A raíz de esta experiencia se lo consideró un experto en asuntos extranjeros y recibió el cargo de «embajador». Como oficial de enlace de Ribbentrop ante Hitler, parece ser que cayó totalmente bajo la influencia personal de este último.

12 . En realidad, Greim no le había pedido nada; fue ella quien insistió en acompañarlo.

13 . Weber, uno de los más corrompidos y fraudulentos jefes nazis, fue presidente del consejo municipal de Múnich. Reunió una fortuna colosal por distintos procedimientos de especulación. Los establos que construyó para sus diez caballos de carreras (algunos de ellos robados de las cuadras francesas) han sido descritos como «un paraíso de los caballos». Fue asesinado durante el levantamiento de Baviera de abril-mayo de 1945.

14 . Según Berger, «Bormann, Fegelein y Burgdorf formaban un estrecho círculo en torno a Hitler, y era muy difícil para uno de fuera llegar hasta el Führer, especialmente después del atentado contra su vida». Speer asegura lo mismo.

15 . Véase nota «7. Schellenberg alude a uno de los actos...».

16 . Fegelein había salido de Berlín en automóvil con el Hauptsturmführer Bornholdt, del SS Begleitkommando para visitar al Obergruppenführer Juettner, jefe de la SS Führerungshauptamp de Fuerstenberg. El 25 de abril no era posible regresar en coche y Fegelein retornó en barca, dejando a Bornholdt en Fuerstenberg (declaración de Bornholdt). Las últimas palabras de Fegelein a Juettner fueron: «Desde luego no tengo intención de morir en Berlín» (Juettner).

17 . Por lo menos este es el cuadro que nos pinta Hanna Reitsch, aunque otros testigos menos aficionados al melodrama no recuerdan tales detalles.

18 . Hitler tenía dos guardias distintas: primero, la Reichssicherheitsdienst (RSD), una organización mandada por el Brigadeführer Rattenhuber (que permanecía en el búnker) y que consistía en unidades independientes (Dienststellen) destinadas a la protección de los altos jefes nazis. La Dienststelle número 1 de dicha organización, bajo el mando del Standartenführer Hoegl, era la guardia personal de Hitler y ahora se encontraba en parte en el búnker y en parte en Obersalzberg. La guardia de la RSD se componía de expertos detectives de la Policía Criminal (Kripo), que también (puesto que toda la policía alemana dependía de Himmler) pertenecían a las SS. Los guardias que presenciaron la cremación del cuerpo de Hitler pertenecían a esta fuerza. Segundo, la SS Begleitkommando, o Escolta, bajo el mando del Obersturmführer de las SS Franz Schedle. Esta era una guardia puramente militar formada por soldados leales, pero no muy inteligentes, que vigilaba delante de los edificios oficiales y eran menospreciados por los miembros de la RSD.

19 . Los detalles de la detención de Fegelein se los debemos a Fräulein Krueger, quien los supo por Beetz, y a Von Below. Las exclamaciones de Eva Braun fueron citadas por Reitsch, quien luego dijo que las palabras no habían sido exactamente las mismas.

20 . Posteriormente, Reitsch fue mucho menos melodramática al hablar de este episodio.

21 . Hans Fritzsche, jefe del departamento de radio del Ministerio de Propaganda, describió en Núremberg (el 27 de junio de 1946), cómo «en los días en que Berlín estaba rodeado por el Ejército Rojo se dijo al pueblo berlinés que un ejército de socorro, el ejército de Wenck, marchaba hacia la capital; se imprimieron octavillas que contenían un texto semejante a este: "¡Soldados del ejército de Wenck: nosotros, los berlineses, sabemos que habéis llegado a Potsdam. ¡De prisa! ¡Ayudadnos!"». Estas octavillas fueron esparcidas como por error por las calles de Berlín para levantar la moral de los ciudadanos.

22 . Keitel ha dado de memoria el texto de este telegrama, diciendo que lo recibió en Waren el 28 de abril. (Es posible que esté equivocado en la fecha, como se equivoca con frecuencia al señalar días, pero yo le concedo el beneficio de la duda.) El general Gotthard Heinrici había sucedido a Himmler en el mando del grupo de ejércitos del Vístula, que ahora luchaba al oeste de Berlín.

1 . El astrólogo era, naturalmente, Wulff, citado con anterioridad en la página 144.

2 . Este gobierno fantasma es mencionado por Ohlendorf y Speer, así como por Schellenberg.

3 . No se referían, naturalmente, al testamento del 29 de abril, el cual no era conocido aún en Ploen, sino a la declaración de Hitler de antes de la guerra.

4 . Müller es mencionado por Frau Junge, Kempka y Axmann como la persona que dirigió el interrogatorio de Fegelein, y otros varios han señalado su presencia en el búnker durante los últimos días; pero todo el episodio de Fegelein continúa siendo bastante oscuro. Como alto oficial de las SS, Müller debió de ser sospechoso después de la traición de Himmler; pero en aquella época su posición era casi independiente de Himmler, y nunca tuvieron mucha confianza en él los demás subordinados del Reichsführer.

5 . Aparte de Schellenberg, podemos asegurar que tal complot fue considerado por otros jefes de la policía y de las SS (entre los que figuraban Steiner, Ohlendorf, Gottberg y Hildebrandt), pero no parece que fueran más lejos de unas breves charlas en ratos perdidos.

6 . Son declaraciones de Greim citadas por Koller (8 de mayo de 1945). Parte del relato anterior, basado principalmente en los informes de Greim (a Koller) y Reitsch, ha sido confirmado también por Von Below.

7 . Tanto Greim como Reitsch afirmaron no saber nada del matrimonio, cuya celebración he situado poco después de su partida. Es imposible que se hubiera celebrado sin que lo supieran durante el tiempo que permanecieron en el búnker del Führer, y parece comprobado por diversos informes que salieron de allí poco después de medianoche. Zander y Lorenz aseguran que el matrimonio se efectuó entre la una y las tres de la madrugada; el certificado de matrimonio está fechado claramente el 29 de abril (es decir después de medianoche). Teniendo en cuenta todo esto he rechazado las declaraciones de Von Below, Fräulein Krueger y Frau Christian de que la ceremonia se celebró antes de medianoche.

8 . Habitación número 2 en el plano (véase el «Plano del búnker de Hitler»).

9 . Este relato de la boda está basado en las declaraciones de Fräulein Krueger, Frau Christian, Frau Junge, Zander, Lorenz, Von Below y la prueba del certificado matrimonial.

10 . La frase alemana es « zur Erhaltung eines kleinen bürgerlichen Lebens» .

11 . En la época de su descubrimiento y publicación fue puesta en duda la autenticidad del testamento de Hitler por el autor de una carta dirigida al *Daily Telegraph* y por otros, quienes señalaban las características poco alemanas del texto mecanografiado. Dichas características no aparecían en los documentos originales, sino que fueron introducidas en las reproducciones fotográficas publicadas por los periódicos por editores que deseaban restaurar la parte borrada del escrito. El argumento carece, pues, de toda base firme. En realidad, la autenticidad de los documentos ha quedado establecida, sin la menor duda posible, por una serie considerable de pruebas circunstanciales, por un examen técnico de las firmas y por el testimonio de cuantos los conocieron, incluyendo entre ellos a uno de los firmantes del testamento personal (Von Below) y la secretaria que mecanografió ambos documentos (Frau Junge).

12 . El texto de este telegrama es citado por Koller el 1 de mayo como habiendo sido recibido «ayer» (es decir, el 30 de abril); pero puesto que el texto ha sido confirmado por Zander, que abandonó el búnker el 29 de abril, tuvo que ser enviado antes. Frau Christian conocía el telegrama, pero ignoraba si Hitler lo autorizó.

13 . El relato de Hanna Reitsch sobre la conducta de Goebbels en el búnker, como todos sus relatos, aparece demasiado influido por sus simpatías personales, y su incorregible entusiasmo por la retórica; pero es, en esencia, probablemente exacto. De cualquier forma, los sentimientos coinciden con los expresados por Goebbels en la carta dirigida a su hijastro, Harold Quandt, cuyo texto ha llegado a nosotros, y en su «Apéndice» del cual Hanna Reitsch no sabía una sola palabra.

14 . Matthiesing ha sido interrogado, y su relato confrontado con el de Von Below.

15 . Según Von Below, ya que el texto original fue destruido.

16 . El texto original de este documento fue destruido también; lo damos aquí en la forma en que lo reconstruyó Von Below. Su versión parece auténtica.

[1] . Con frecuencia aquellas personas cuya imaginación es más fuerte que su memoria han asegurado que en la determinación de Hitler influyó poderosamente la suerte de Mussolini. Un relato de las conversaciones sostenidas entre sí por los prisioneros juzgados en Núremberg, atribuido al principal psiquiatra del Tribunal y aparecido en el *Sunday Express* del 25 de agosto de 1946, incluso pone en boca de Goering las siguientes palabras: «¿Se acuerda de lo sucedido a Mussolini? Tuvimos fotografías de Mussolini colgado boca abajo junto a su amante en medio de la calle. Era un espectáculo espantoso. Hitler se estremeció al contemplarlas gritando: "¡Esto no me ocurrirá nunca a mí!"». Una simple mirada a las fechas basta para destruir esta historia. Goering vio a Hitler por última vez ocho días antes de la muerte de Mussolini. Goering pudo haber visto fotografías de Mussolini muerto durante su cautiverio; Hitler no. Tal es el valor de los testimonios no comprobados debidamente, sobre los cuales, no obstante, se basa gran parte de la historia escrita.

2 . En el texto alemán, el nombre de Keitel está sustituido por el nombre en código de *Teilhaus* .

3 . *Jerricanes* son unas latas de petróleo alemanas, cada una de las cuales contiene diecisiete litros.

4 . El procedimiento de suicidio escogido por Hitler y Eva Braun ha sido descrito en idéntica forma por Fräulein Krueger y Frau Junge (quienes lo supieron por Guensche) y Frau Christian (que lo oyó contar a Linge) y por otros varios cuyas informaciones tenían el mismo origen. También lo confirma Axmann, que inspeccionó personalmente los cadáveres. Kempka, que trasladó el cadáver de Eva Braun, no advirtió en él manchas de sangre.

5 . *«Der Chef ist tot!»* Los servidores personales de Hitler se referían siempre a él como *der Chef* .

6 . Este episodio ha sido confirmado, independientemente, por Kempka y Mansfeld que coinciden. Kempka habla del incidente de un guardia (es decir, Mansfeld) que se dio de frente con la comitiva y fue despedido por Guensche. Algunos de los detalles fueron proporcionados por Schwaegermann.

7 . En sus relatos respecto a la cremación de los cadáveres, Mansfeld y Karnau coinciden en los hechos, pero difieren en las fechas y las horas. Los dos equivocan la fecha. Las horas señaladas por Mansfeld son exactas, al menos en lo que ha podido comprobarse, en tanto que las de Karnau tienen mucha menos certidumbre. Si hemos de creer la narración de Mansfeld los cuerpos comenzaron a arder a eso de las cuatro de la tarde (esto es casi exacto) y todavía estaban ardiendo a las seis y media; las órdenes de Rattenhuber para el entierro fueron dadas «más tarde, aquella noche», y los cuerpos fueron enterrados alrededor de las once de la noche.

8 . Julius Weitmann, informador de prensa en el cuartel general de Dönitz.

9 . Esto sucedió en marzo de 1941, cuando Matsuoka, el ministro de Asuntos Exteriores japonés, abandonó Moscú para visitar Berlín. El incidente me fue relatado por el general Heim, quien lo conocía por Krebs. También aparece en el diario de Semler (*Goebbels* , p. 26). Según Semler, Stalin «abrazó a Krebs al estilo ruso y le dijo: “Si permanecemos unidos como hermanos, nada malo nos puede suceder. En tus manos está que sigamos siendo buenos amigos”».

10 . Según el teniente coronel Troianovski, corresponsal del periódico del Ejército ruso *Estrella Roja* , Zhúkov insistió en la rendición incondicional. Krebs regresó al búnker y fue enviado de nuevo por Goebbels y Bormann con el ofrecimiento de la rendición siempre y cuando su «gobierno» fuera reconocido por los rusos. Esta condición no fue aceptada, y Krebs volvió definitivamente al búnker. (*Nota del autor* , 1956)

11 . Este telegrama, tal y como fue recibido por Dönitz, llevaba únicamente la firma de Goebbels, pero lo más probable es que fuera debido a un error. El secretario de Dönitz, Edmund Kraft, declaró más tarde bajo juramento que había olvidado transcribir por descuido la firma de Bormann; y el ayudante de Dönitz, Walter Ludde-Neurath, en su libro *Regierung Dönitz* , Gotinga, 1950, al citar el telegrama solo reproduce la firma de Goebbels, pero advierte que no puede afirmar con seguridad que no apareciera también el nombre de Bormann. (*Nota del autor* , 1956)

12 . Este fue el argumento empleado por Dönitz en su discurso radiado dirigido al pueblo alemán en la noche del 1 de mayo. Afirmaba que dada la interrupción de las comunicaciones resultaba imposible la prestación de un nuevo juramento de lealtad por parte del ejército. Pero el argumento de Dönitz fue rebatido técnicamente. Los soldados habían jurado fidelidad a Hitler personalmente como Führer y comandante supremo de la Wehrmacht. Ahora ya no existía Hitler, ni Führer ni comandante supremo ninguno, por lo que el juramento había dejado de tener sentido. Weidling tenía razón.

13 . Este relato está basado en la declaración de Schwaegermann, completada por las manifestaciones de Axmann y Kempka.

14 . Declaración de Bormann a Axmann. El documento debía de ser una simple copia del testamento, ya que no figura entre el número de las que en un primer momento se hicieron.

15 . Entre el éxodo de la mayoría de los refugiados y la captura por los rusos de la cancillería el día 2 de mayo, debió de producirse el incidente relatado el 26 de junio de 1946 en Núremberg por Hans Fritzsche. Como único alto funcionario que había quedado en Berlín, Fritzsche reunió a los empleados que quedaron entre las ruinas de su ministerio y se preparaba (faltando a las órdenes de Hitler de seguir luchando) a ofrecer una capitulación al mariscal Zhúkov. «Pero cuando iba a enviar un emisario, apareció el general Burgdorf, último ayudante de Hitler y me amenazó con fusilarme por faltar a las instrucciones del difunto Führer.»

16 . Estos episodios han sido relatados por Axmann, Kempka y Schwaegermann. La referencia a la muerte de Bormann se apoya únicamente en la declaración de Axmann, pero puesto que esta (aparte de algunos errores de tiempo) ha demostrado ser exacta en otros aspectos, es también sincera probablemente en este punto. (El relato de Axmann ha sido confirmado ahora. Véase Prólogo, [*Nota del autor* , 1995]).

17 . Voss y el mariscal de campo Schoerner fueron liberados por los rusos en las Navidades de 1954, y regresaron a Alemania en enero de 1955. (*Nota del autor* , 1956)

18 . Frau Christian, Frau Junge y Fräulein Krueger. Fräulein Manzialy se separó de ellas poco después de salir del sótano.

19 . En realidad, Rattenhuber y Guensche fueron capturados vivos y devueltos a Alemania en 1955 y 1956, respectivamente. (*Nota del autor* , 1956)

20 . El comunicado ruso del día 6 de mayo menciona la captura de Baur y Rattenhuber. Informaciones obtenidas de Frau Baur en octubre de 1945 demuestran que Baur estuvo luego en un hospital militar ruso, convaleciendo de la amputación de una pierna.

21 . Fue visto y reconocido entre un grupo de alemanes prisioneros de los rusos por Fräulein Krueger y Frau Christian. Los rusos no han sido capaces de completar nuestras informaciones con un interrogatorio conveniente de Rattenhuber, Baur y Linge; pero seguramente sería poco lo que de nuevo podrían decirnos, excepto Rattenhuber (si vive), que podría indicarnos el lugar donde fueron enterrados los cadáveres de Hitler y Eva Braun.

22 . El borrador redactado por Ribbentrop se encontró entre los documentos obtenidos en Flensburgo.

23 . El relato de los últimos días de Himmler en Flensburgo está basado principalmente en las declaraciones de Ohlendorf, Juettner, Von Woyrsch y Von Herff.

24 . Se ha podido confirmar que esta carta nunca llegó a manos de Himmler. El texto original (que fue encontrado en los archivos de Dönitz) llevaba la siguiente nota: *Auf Befehl des Grossadmirals gestrichen* («cancelada por orden del gran almirante»). En 1947 la palabra *gestrichen* fue confundida con *zu schicken* (es decir, «Para ser enviada por orden del gran almirante»). Queda claro, por tanto, que Dönitz (como afirma Ohlendorf) comunicó la noticia de la destitución a Himmler en una entrevista personal. (*Nota del autor* , 1956)

25 . Schoerner abandonó a su ejército y se rindió a las tropas norteamericanas en Baviera el 9 de mayo. Fue entregado a los rusos, quienes lo liberaron en las navidades de 1954. (*Nota del autor* , 1956)

1 . Speer afirma que únicamente la intervención de Hitler en el primer invierno ruso salvó a los ejércitos alemanes del mayor desastre, y que este episodio confirmó al Führer en su creencia acerca de la ineptitud de los generales. Desde luego, la voluntad de Hitler era extraordinaria y su confianza en sí mismo ilimitada. Su error consistía en creer que la fe puede mover montañas por sí misma, en lugar de proporcionar simplemente el impulso preciso para acometer las grandes empresas.

2 . Los críticos de Hitler sostienen a veces que sus éxitos estratégicos, tales como la batalla de Francia en 1940, fueron solo posibles gracias a que el mando del ejército no siguió al pie de la letra sus instrucciones, y que sus éxitos tácticos, como la batalla de Kiev en 1941 y la ofensiva de las Ardenas en 1944, constituyeron disparates estratégicos. No tengo la competencia precisa para juzgar en estas materias. En la nota de la página 69 han podido ver los lectores opiniones sobre este punto de Halder y Keitel. Teniendo en cuenta que Halder odiaba a Hitler personal y políticamente y lo despreciaba como militar (Halder es un general orgulloso que cree que ningún aficionado puede comprender los misterios de la guerra), hemos de respetar su admisión un poco a regañadientes de la capacidad militar de Hitler.

3 . El rechazo por parte de Hitler de los hechos desagradables sería increíble si no estuviera tan bien atestiguada. Según Halder, Hitler se quejaba con frecuencia de los «malditos objetivos perseguidos» por el estado mayor general del ejército.

Los últimos días de Hitler
Hugh Trevor-Roper

Título original: *The Last Days of Hitler*

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.ed-critica.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2020

ISBN: 978-84-9199-255-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com